

Bajo las estrellas



Jenn Bennett



*Bajo las
estrellas*

“Un romance dulce y sorprendentemente sustancial, sobre dos amigos que desean ser algo más”. –Kirkus.

Dos amigos que ya no se hablan.

Un viaje de acampada que sale mal.

Un oso. Una tormenta. Un regreso peligroso.

Sentimientos ocultos que salen a la luz.

Dolores pasados que luchan por quedar atrás.

Dos corazones rotos que empiezan a sanar.

Y todo eso, bajo las estrellas.

Descubre esta romántica aventura de la autora de *¿Alex, quizás?* y *Night Owls*.



**ENCUÉNTRANOS
EN**

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya



Jenn Bennett

es la autora multipremiada de *Night Owls* y *¿Alex, quizás?*, ambos publicados por VR YA.

Además de libros juveniles, escribe libros románticos y de fantasy urbano para adultos, como las series *Roaring Twenties* y *Arcadia Bell*.

Vive cerca de Atlanta con su esposo y sus dos gatos.

¡Visítala!

www.jennbennett.net

La aventura más dulce y divertida está a punto de empezar.

Zorie y Lennon solían ser inseparables, pero desde hace un tiempo se han vuelto expertos en ignorarse.

Cuando sus amigos los llevan engañados a acampar, la estratagema sale mal y de pronto los dos se encuentran atrapados en lo salvaje. Solos, lejos y sin hablarse.

Sentimientos ocultos, secretos y heridas del pasado saldrán a la luz durante el peligroso viaje de regreso a la civilización, y los viejos amigos deberán volver a confiar el uno en el otro para salir ilesos y recomponer su corazón.

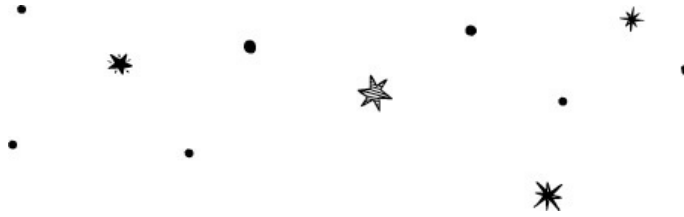


Bajo las estrellas

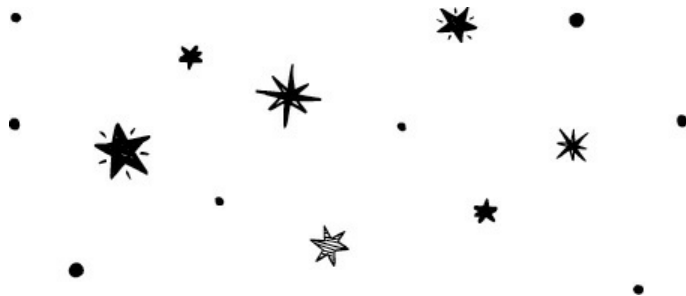
Jenn Bennett

Traducción: Victoria Boano



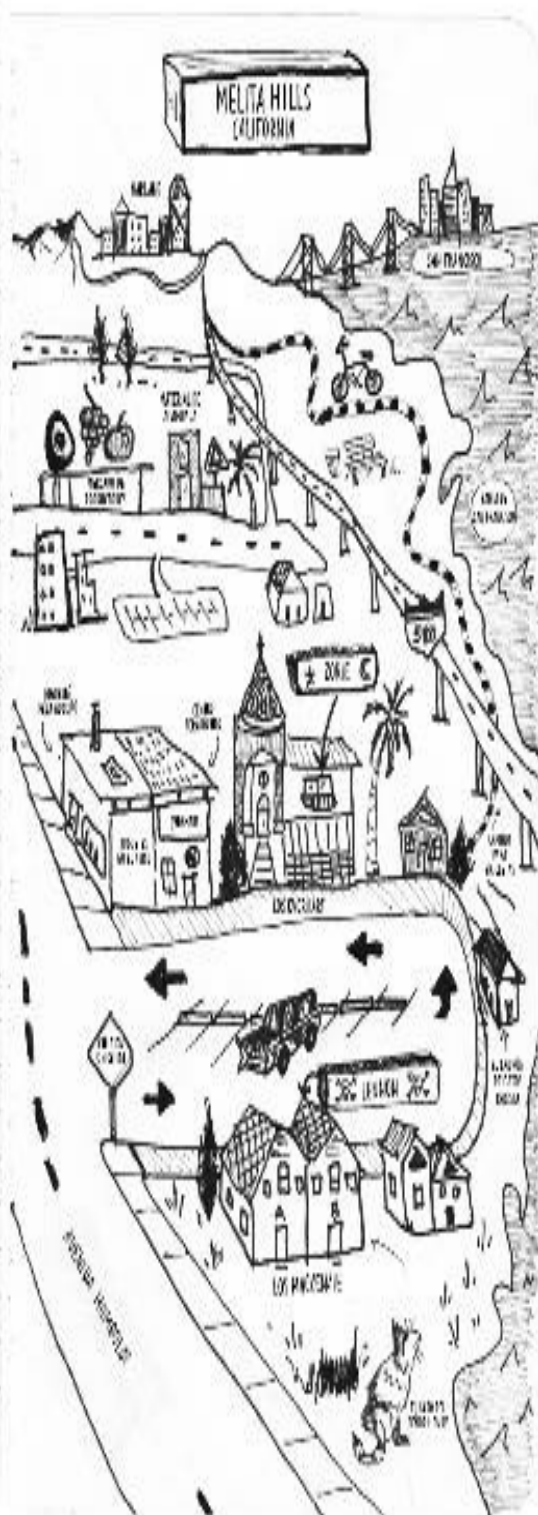
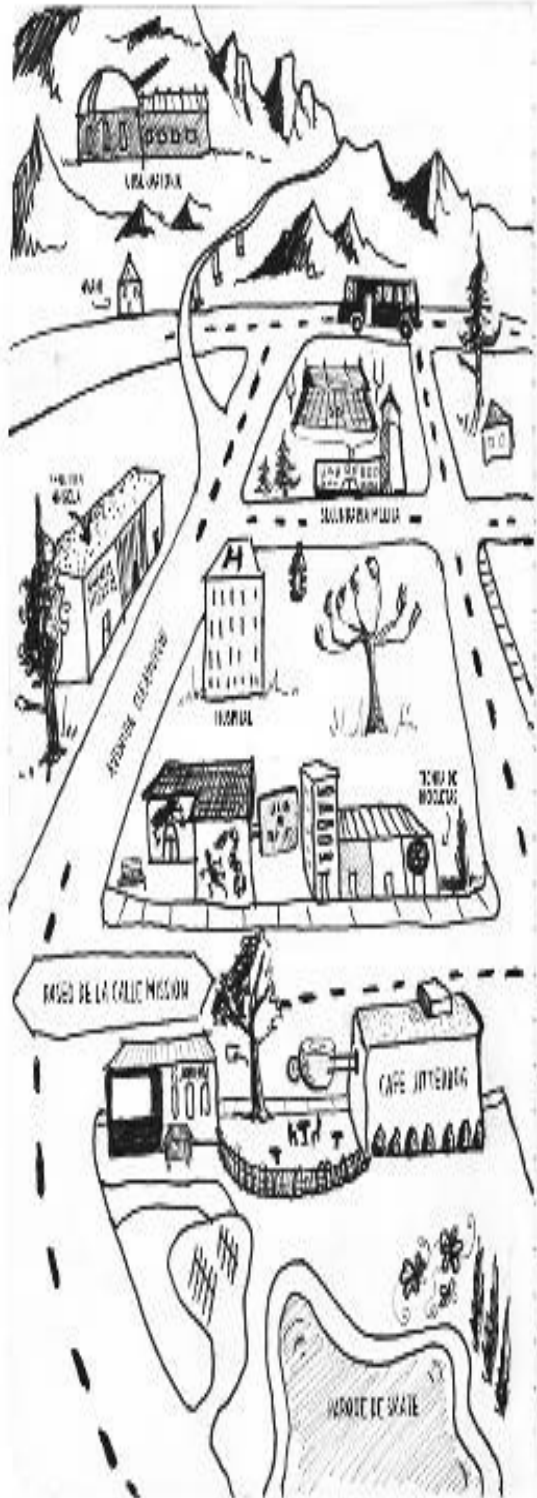


Para mi hermano y mi cuñada, que se casaron después de irse de campamento, perderse y pasar una noche en medio de la nada. Nada mejor que un poquito de miedo a la muerte para encender la chispa de un gran amor.



Parte 1





Capítulo 1



La espontaneidad está sobrevalorada. Las películas y la televisión nos quieren hacer creer que la vida es mejor para los fiesteros que se animan a lanzarse a la piscina con la ropa puesta. Pero, detrás de escena, está todo cuidadosamente planificado. El agua tiene la temperatura ideal. La iluminación y los ángulos de cámara están pensados al detalle. Los diálogos han sido memorizados. Y es por eso que resulta tan atractivo: alguien ha planeado todo con cuidado. Una vez que te das cuenta de eso, la vida se vuelve mucho más fácil. A mí me pasó.

Soy una planificadora empedernida, y no me importa quién lo sepa.

Creo en las agendas, las rutinas, los calendarios cubiertos de *washi-tape*, las listas con viñetas en diarios de papel cuadriculado y los planes bien pensados. La clase de planes que no se arruinan, porque han sido desarrollados teniendo en cuenta todas las posibilidades y resultados. Nada de improvisar, ni de tocar de oído. Así es cómo ocurren desastres.

Pero no a mí. Hago planes para mi vida y los mantengo. Por ejemplo, las vacaciones de verano. La escuela empieza en tres semanas, y antes de cumplir dieciocho años y embarcarme en mi último año de secundaria, este es mi plan para el resto del verano:

Punto uno: dos mañanas a la semana, trabajar en la empresa de mis padres, el Centro Terapéutico Everhart. Reemplazo a la recepcionista habitual, que está haciendo un curso de verano en la Universidad de California en Berkley. Mi mamá es acupunturista y mi papá, masajista, y ambos son propietarios del centro terapéutico. Eso quiere decir que en vez de tener que cocinar hamburguesas y soportar los gritos de desconocidos en la ventanilla de un local de comidas rápidas, trabajo en una recepción de estilo zen en la

que puedo tener todo perfectamente organizado, y donde sé perfectamente cuáles son los clientes que pasarán por la puerta. Sin sorpresas, sin dramas. Predecible, tal y como me gusta.

Punto dos: tomar fotografías de la próxima lluvia de estrellas de las Perseidas con mi club de astronomía. La astronomía es mi Santo Grial. Estrellas, planetas, lunas y todo lo que tenga que ver con el espacio. Futura astrofísica de la NASA, reportándose.

Punto tres: evitar todo tipo de contacto con la familia Mackenzie.

Esos tres planes eran perfectamente realizables hasta hace cinco minutos. Mis planes para el verano se tambalean, porque mamá quiere convencerme de que vaya de campamento

De campamento. Yo.

Miren, no sé nada de la naturaleza. Ni siquiera sé si me gusta estar al aire libre. Me da la impresión de que la sociedad ha avanzado lo suficiente como para permitirnos evitar el aire fresco y la luz del sol. Si quiero ver animales salvajes, pongo un documental en la tele.

Mamá lo sabe. Pero está haciendo un esfuerzo *enorme* para venderme una especie de filosofía “la naturaleza es buena” al estilo de Henry David Thoreau mientras estoy sentada detrás de la recepción del centro terapéutico. Claro, siempre habla de las bondades de la naturopatía y el vegetarianismo, pero en esta ocasión está poetizando sobre la belleza majestuosa del gran estado de California, y sobre la “oportunidad única” de disfrutar de la naturaleza antes de que empiecen las clases.

–Sé sincera. ¿De verdad me ves acampanando? –pregunto, y me acomodo detrás de la oreja los rizos oscuros con forma de tirabuzones.

–Acampanando no, Zorie –replica–. La señora Reid te invitó a ir a un campamento de lujo.

Luce un ambo gris bordado con el logo del centro, y se inclina hacia el escritorio y me cuenta en voz baja y excitada sobre la clienta adinerada que se relaja sobre la camilla de acupuntura en las salas traseras, mientras disfruta de los anticuados pero curativos sonidos de Enya, santa patrona de los centros de salud alternativa en todo el mundo.

–Campamento de lujo –repito, con escepticismo.

–La señora Reid dice que tiene reservadas unas carpas de lujo en las Sierras Altas, en un lugar que queda entre Yosemite y el Parque Nacional Bosque del Rey –explica mamá–. Un campamento glamoroso. ¿Entiendes? *Glamping.*

–Sigues repitiéndolo, pero no sé qué quiere decir eso. ¿Cómo es posible que una carpa sea de lujo? ¿No se suele dormir sobre piedras?

–La señora Reid y su esposo recibieron una invitación de último momento al chalet de un colega en Suiza, así que no pueden ir al campamento. Tienen una reserva para una carpa de lujo. El campamento... –dice mamá, acercándose un poco más.

–¿No se trata de uno de esos cultos hippies raros, no? –la interrumpo.

Mamá gruñe con dramatismo.

–Escúchame. Hay un chef que prepara comidas gourmet, un lugar para fogatas al aire libre, duchas con agua caliente, de todo.

–Duchas con agua caliente –repito, con una buena dosis de sarcasmo–. Sabes cómo enamorarme, cariño.

–El punto es –continúa, ignorándome– que en realidad no te enfrentas a los elementos, pero sientes como si lo hubieras hecho. El campamento es tan popular que asignan las carpas por sorteo con un año de anticipación. Está todo pago, las comidas y el alojamiento. La señora Reid dice que sería una pena no aprovecharlo, y por eso le dio permiso a Reagan para que vaya con algunas amigas a pasar una semana allí, un último viaje con sus amigas antes de que empiecen el último año de la secundaria.

La señora Reid es la madre de Reagan Reid, atleta estrella, la abeja reina de la clase y mi amiga, o algo así. En realidad, Reagan y yo éramos muy amigas cuando éramos niñas. Luego, sus padres se volvieron ricos y ella empezó a juntarse con otra gente. Además, entrenaba todo el tiempo para las Olimpiadas. Sin darnos cuenta, nos fuimos alejando.

Hasta el otoño pasado, que volvimos a hablar durante el almuerzo en la escuela.

–Te vendría bien pasar tiempo al aire libre –afirma mamá, y juega con su cabello oscuro mientras intenta convencerme de que vaya a ese campamento de locos.

–La lluvia de estrellas de las Perseidas es la semana que viene –le recuerdo.

Sabe que planifico con rigor. Las vueltas de tuerca y los cambios inesperados me molestan, y esto del campamento –perdón, *glamping*– me está dando mucha, *mucha* ansiedad.

–Podrías llevarte el telescopio al campamento. Estrellas de noche, senderismo de día –observa, después de reflexionar un momento.

Seguro que a Reagan le encanta el senderismo. Tiene los muslos duros como

rocas y los abdominales como una tabla de lavar. Yo me quedo prácticamente sin aire después de caminar dos calles a la cafetería, y me gustaría recordárselo a mamá, pero ella cambia de tema y recurre a la culpa.

–La señora Reid dice que Reagan la está pasando muy mal este verano. Está preocupada por ella. Creo que espera que el viaje le levante el ánimo después de lo que pasó en las pruebas olímpicas de junio.

Reagan se cayó (se cayó de cara, *paf*, al piso) y quedó descalificada de las pruebas olímpicas de atletismo. Era su gran oportunidad para avanzar. Básicamente se quedó sin posibilidades de participar de las próximas Olimpiadas de verano y tiene que esperar cuatro años más. La familia estaba destrozada. A pesar de eso, me sorprende oír que su madre esté preocupada por ella. Se me ocurre algo.

–¿La señora Reid me invitó al viaje, o tú hiciste que me invitara?

–Un poco de la columna A, y otro poco de la columna B –dice mamá, con una sonrisa avergonzada.

Dejo caer la cabeza sobre el escritorio.

–Vamos –dice, y me sacude el hombro con delicadeza hasta que levanto la cabeza de nuevo–. Le sorprendió enterarse de que Reagan todavía no te había invitado, así que claramente lo hablaron antes. Y tal vez tú y Reagan necesitan algo así. A ella le está costando recuperarse. Y tú siempre dices que te sientes fuera de lugar en su grupo de amigas, esta es una oportunidad de pasar tiempo con ellas fuera de la escuela. Deberías estar arrodillándote a mis pies. ¿Qué tal suena “Gracias, mamá más genial del mundo, por conseguirme una invitación al evento del verano. Eres mi heroína, Joy Everhart”? –bromea, llevándose las manos al corazón con dramatismo.

–Eres rara –mascullo, haciéndome la indiferente.

–Y menos mal que lo soy, ¿no? –sonríe.

De hecho, sí. Sé que de verdad quiere que sea feliz, y que haría cualquier cosa por mí. Joy es mi madrastra, en realidad. Mi mamá biológica murió inesperadamente de un aneurisma cuando yo tenía ocho años, cuando aún vivíamos en la bahía de San Francisco. De pronto, papá decidió que quería ser masajista y se gastó todo el dinero del seguro de vida en conseguir la licencia. Es así de impulsivo. En fin, conoció a Joy en una conferencia de medicina alternativa. Se casaron unos meses después, y nos mudamos todos juntos a Melita Hills, donde rentaron el espacio para el centro y nuestro apartamento al lado.

Claro que como Joy tiene treinta y ocho años –es unos cuantos años más

joven que mi padre— y es coreana-estadounidense, he tenido que soportar geniales comentarios de personas intolerantes que mencionan lo obvio: que no es mi mamá verdadera. Como si yo no me hubiera dado cuenta de que ella es asiática y que yo soy tan occidental y pálida que parece que padezco de deficiencia de vitamina D. Para ser sincera, en mi mente, Joy *es* mi mamá. Mis recuerdos de “La vida antes de Joy” son borrosos. Con los años, me siento mucho más cerca de ella que de papá. Me apoya y me alienta. Solo me gustaría que fuera un poquito menos hippie y alegre.

Esta vez, por más que me cueste admitirlo, su entusiasmo por el campamento de lujo está justificado. Pasar tiempo fuera de la escuela con Reagan y su círculo íntimo fortalecería sin lugar a dudas mi posición social, que siempre siento que está en peligro de colapsar cuando me junto con gente que tiene más dinero o que es más popular que yo. Me gustaría sentirme más cómoda con ellos. Con Reagan, también. Nada me hubiera gustado más que ella me hubiese invitado al campamento, y no su mamá.

Se abre la puerta de entrada y mi padre entra como si nada a la sala de espera, recién rasurado y con el cabello oscuro peinado cuidadosamente hacia atrás.

—Zorie, ¿llamó el señor Wiley?

—Canceló la cita de hoy —le informo—. Pero reprogramó media sesión para el jueves.

Media sesión dura media hora, y media hora significa la mitad del dinero, pero mi padre oculta su decepción rápidamente. Le puedes decir que su mejor amigo se acaba de morir, y él podría pasar a coordinar una reunión en el club de ráquetbol sin que se le mueva un pelo. Dan Diamante, lo llaman. Puro brillo y ostentación.

—¿El señor Wiley dijo por qué no podía venir? —me pregunta.

—Una emergencia en uno de sus restaurantes —explico—. Un chef de la tele pasará a filmar un segmento para su programa.

El señor Wiley es uno de los mejores clientes de papá. Como casi todas las personas que se atienden aquí, el dinero le quema en la billetera y se puede permitir pagar precios superiores a la media por masajes o acupuntura. Nuestro centro terapéutico es el mejor de Melita Hills, e incluso mamá salió nombrada en el *San Francisco Chronicle* como una de las mejores acupunturistas de la bahía de San Francisco, y alguien “por quien vale realmente la pena cruzar el puente”. Mis padres cobran a los clientes precios acordes a eso.

Lo que sucede es que desde el año pasado la cantidad de clientes ha ido reduciéndose lenta pero constantemente. La razón principal de esa reducción, y el objeto de la ira de mi padre, es el negocio que se instaló en el local al lado del nuestro. Para nuestra humillación, estamos ubicados ahora junto a una tienda que vende juguetes para adultos.

Sip, de *esos* juguetes.

El letrero gigante en forma de vagina que tiene al frente es difícil de ignorar. Claramente nuestros clientes ricachones no han podido hacerlo. A la gente con clase no le gusta estacionar frente a un *sex shop* cuando tienen cita para un masaje terapéutico. Mis padres se dieron cuenta de eso bastante rápido cuando clientes de muchos años comenzaron a cancelar sus citas semanales. No podemos permitirnos perder aquellos clientes que aún no han huido de nuestra envidiable ubicación cerca de las tiendas de la calle Mission, como me recuerda papá cada vez que puede.

Y es por eso que sé que está molesto por la cancelación del señor Wiley – era su única cita del día–, pero cuando deja la recepción y se va a su oficina a sufrir en privado, mamá no se altera.

–Entonces –comenta–. ¿Le digo a la señora Reid que irás al campamento con Reagan?

Como si yo fuera a darle una respuesta en el momento y sin considerar todos los factores. Al mismo tiempo, odio aguarle la fiesta.

–No seas cautelosa. Sé prudente –me recuerda. *La gente cautelosa le tiene miedo a lo desconocido y lo evita. La gente prudente planifica para poder enfrentarse a lo desconocido con mayor seguridad.* Me lo dice cada vez que me resisto a algún cambio en un plan–. Investigaremos todo juntas.

–Lo consideraré –respondo, diplomáticamente–. Supongo que puedes decirle a la señora Reid que le enviaré un mensaje a Reagan para pedirle los detalles y que decidiré luego. Pero ha hecho bien, Dra. Metichestein.

–Hablando de eso –replica, con una sonrisa triunfante–, mejor vuelvo a verla y a sacarle las agujas antes de que se quede dormida en la camilla. Ah, casi lo olvido. ¿Llegó algo de FedEx?

–Nop, solo el correo normal.

–Me llegó un aviso de que había llegado un paquete –dice, frunciendo el ceño.

Maldición. Sé lo que pasó. Tenemos un problema con el correo mal entregado. El correo se la pasa dejando nuestros paquetes en el *sex shop* de al lado. Y el *sex shop* está relacionado directamente con el punto número tres de

mi plan para un verano perfecto: evitar todo tipo de contacto con los Mackenzie.

Mamá adelanta el labio inferior y abre los ojos bien grandes.

–Porfis –me suplica dulcemente–. ¿Puedes ir de una corrida al lado y preguntarles si tienen mi paquete?

Gruño.

–Lo haría yo misma, pero, tú sabes. Tengo a la señora Reid llena de agujas –dice, indicando con el pulgar hacia las habitaciones traseras–. Quiero equilibrar su fuerza vital, no torturar a la pobre mujer. No la puedo dejar ahí atrás para siempre.

–¿No puedes ir a la hora del almuerzo?

Ya tuve que visitar la tierra de los consoladores una vez esta semana, y ese es mi límite.

–Tengo que irme en una hora para almorzar con tu abuela, ¿recuerdas?

Claro. Su madre, quiere decir. La abuela Esther odia las llegadas tarde, un sentimiento que comparto por completo. Pero eso no cambia el hecho de que preferiría que me arrancaran un diente antes que tener que ir al lado.

–¿Qué tiene de importante ese paquete, de todos modos? –pregunto.

–Ese es el tema –contesta mamá, atándose el largo cabello lacio en un ajustado rodete en la coronilla–. Alguien me mandó la notificación. Una tal Catherine Beatty. No conozco a nadie con ese nombre, y no pedí nada por correo. Pero la notificación me llegó al correo electrónico del trabajo, y aparece nuestra dirección.

–Un paquete misterioso.

–Las sorpresas son divertidas –dice, maliciosamente.

–Salvo que alguien te envíe un paquete lleno de arañas o una mano. Tal vez le clavaste una aguja demasiado fuerte a alguien.

–O quizás la clavé perfectamente, y me mandan chocolates.

Se roba un bolígrafo del escritorio y se lo mete en el rodete para que no se desarme.

–Por favor, Zorie. Mientras tu papá está ocupado.

Dice eso último en un susurro. A papá le daría un ataque si me viera al lado.

–Está bien. Iré –digo, pero no estoy para nada contenta.

Planes para el verano, los quise tanto.

Coloco sobre el escritorio un cartel hecho a mano que dice ¡VUELVO ENSEGUIDA!, me arrastro a través de la puerta de entrada hacia la mañana soleada, y me preparo para la catástrofe.

Capítulo 2



Juguetes en el ático, o Traseros en el ático, como le dice mamá en broma – hasta que papá le echa una de sus miradas súper serias de *Eso no es gracioso, Joy*– es un *sex shop* boutique especializado en productos para mujeres. Está limpio y bien iluminado. No sucio y repleto de raritos como Cohete de amor en la otra punta de la ciudad, que tiene las ventanas pintadas y está abierto las veinticuatro horas del día. Claro, por si necesitas un par de esposas peludas a las tres de la mañana.

También tiene un escaparate temático que las dueñas cambian todos los meses. Este mes es un bosque, por lo que hay una selección de consoladores de goma de colores brillantes que, como si fueran hongos, emergen del césped sintético. Uno incluso tiene una ardilla de plástico pegada a un costado. Me resultaría gracioso si no fuera porque mucha gente que conozco suele pasar frente al escaparate y tengo que soportar comentarios morbosos y risitas al respecto de cierta gente en la escuela.

Nuestras tiendas en pugna –y nuestros hogares– están lado a lado al final de un paseo de compras arbolado lleno de tiendas de ropa, restaurantes orgánicos y estudios de arte. La gran parte de las casas de nuestra calle, que es un callejón sin salida, son antiguas casas victorianas que han sido divididas y convertidas en apartamentos. No es el típico lugar donde uno esperaría encontrar sexo a la venta.

Papá dice que un lugar que vende “ayudas maritales” no es “un lugar adecuado para una niña”. Las dos mujeres dueñas de la tienda le suelen borrar su sonrisa deslumbrante con regularidad. Son las Hatfield, y él es McCoy. Hamilton y Burr. Nuestras vecinas son el Enemigo y no debemos confraternizar con los Mackenzie. Por supuesto que *no*.

Mamá se llevaba bien con ellas, así que no está muy de acuerdo con papá. ¿Y yo? Yo me siento tironeada. La situación me estresa muchísimo. Es complicada. Muy, *muy* complicada.

Las paredes color rosa y el olor sintético de la silicona me rodean en cuanto ingreso a la tienda. Es antes del mediodía, y solo hay algunas clientas en el local: un alivio. Aparto la mirada de una muestra de fustas de cuero y voy derecho al mostrador que está en el centro de la tienda, donde dos mujeres de cuarenta y tantos están charlando. Estoy detrás de las líneas enemigas. Espero que no me disparen.

–No era Alice Cooper –dice una mujer con cabello oscuro hasta los hombros mientras coloca una caja de cartón pequeña sobre el mostrador–. Era el tipo que está casado con la pelirroja que conduce un programa de entrevistas. ¿Cómo se llama? Osbourne.

La mujer que está a su lado, de ojos verdes y piel clara, se apoya contra el mostrador y se rasca la nariz, que está llena de pecas.

–¿Ozzy? –dice, con un acento que es una combinación suave de estadounidense y escocés–. No me parece.

–Te apuesto un cupcake –contesta, mientras sus ojos color café se encuentran con los míos. Su rostro oblongo se ilumina con una sonrisa–. ¡Zorie! Tanto tiempo sin verte.

–Hola, Sunny –respondo, y saludo a su pecosa esposa–. Mac.

–Lindas gafas –observa Sunny, por mis gafas retro con forma de ojo de gato en azul.

Tengo una docena de gafas, en distintos estilos y colores. Las compro súper baratas en una tienda en Internet, y las combino con mis atuendos. Los labiales de colores súper brillantes y todo lo que sea tela escocesa son lo mío, y también las gafas con onda. Seré una cerebrita, pero chic.

–Gracias –le digo, sinceramente. No es la primera vez que lamento que papá se esté peleando con estas mujeres. Eran como una segunda familia para mí hace no mucho tiempo.

Desde la primera vez que las conocí, Sunny y Jane “Mac” Mackenzie, que han vivido frente a nosotros desde que nos mudamos al vecindario, insistieron con que las llame Sunny y Mac. Punto. Nada de señora, señorita o cualquier otro título. No les gustan las formalidades, en el trato o en la ropa. Son californianas de pura cepa. Las típicas *riot grrrl* lesbianas dueñas de un *sex shop*.

–Danos una mano. Estamos jugando a Leyendas urbanas del rock –me dice

Mac, apartándose el cabello rojo fuego y plata de la cara—. ¿Qué estrella del heavy metal le arrancó la cabeza a un murciélago de un mordisco en el escenario? En los sesenta.

—Los setenta —la corrige Sunny.

Mac pone los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Escucha, Zorie. Pensamos que es Alice Cooper u Ozzy Osbourne. ¿Cuál de los dos?

—Mm, no sé —respondo, con la esperanza de que abandonen el juego y yo me pueda llevar lo que vine a buscar e irme. Las dos se están comportando como si nada hubiera cambiado y yo siguiera yendo a cenar con ellas todos los domingos. Como si mi padre no hubiera amenazado con destruirles la tienda con un bate de béisbol por espantarles los clientes, y como si ellas no le hubieran gritado que se pudriera mientras docenas de personas los observaban desde enfrente y los filmaban con sus celulares. La filmación estaba en YouTube una hora después.

Sí. Divertido. A papá nunca le gustaron los Mackenzie, desde que eran los vecinos “raros” de enfrente. Pero después de que inauguraron el *sex shop* el otoño pasado y nuestro centro empezó a irse a pique, el sentimiento se transformó en algo más fuerte.

Pero está bien, si Sunny y Mac quieren fingir que está todo como siempre, no hay problema. Les seguiré la corriente, siempre y cuando me sirva para irme más rápido.

—¿Alice Cooper, quizás? —digo.

—Imposible. Fue Ozzy Osbourne —dice Sunny con seguridad, abriendo el paquete que está sobre el mostrador con un cúter—. Búscalo, Mac.

—Mi teléfono murió.

Sunny chasquea la lengua.

—Justo ahora... No quieres perder la apuesta.

—Lennon sabrá la respuesta.

Siento una pelota en el estómago. Existen muchas razones por las cuales no quiero venir aquí. El bosque de consoladores. El miedo de que me vea alguien que me conoce. La disputa de papá con las dos mujeres que parlotean detrás del mostrador. Pero el chico de diecisiete años que sale del depósito con aire despreocupado es el que me hace querer volverme invisible.

Lennon Mackenzie.

Camiseta Monster. Jeans negros. Botas negras anudadas hasta las rodillas. Pelo negro con el flequillo peinado hacia un lado, que de algún modo está

despeinado a la perfección.

Si un personaje de animé cobrara vida con la misión de ocultarse en rincones oscuros mientras planea la destrucción del mundo, se parecería mucho a Lennon. Es el abanderado de lo extraño y lo macabro. También es el motivo principal por el cual no quiero almorzar en la cafetería de la escuela con el resto de la plebe.

Lleva una novela gráfica sobre zombis en una mano y algo pequeño e inidentificable bajo el otro brazo. Mira mi falda escocesa en tonos de azul, y luego su mirada sube hasta llegar a mi rostro. Su postura relajada cambia inmediatamente y se vuelve tensa y rígida. Y cuando sus ojos oscuros se encuentran con los míos, refuerzan con claridad lo que ya sé: *no* somos amigos.

La cosa es que solíamos serlo. Buenos amigos. Está bien, *mejores* amigos. Compartíamos muchas clases, y como vivimos en casas enfrentadas en la misma calle, pasábamos tiempo juntos después de la escuela. Cuando éramos niños, íbamos a andar en bicicleta a un parque de la ciudad. En la secundaria, el paseo diario en bicicleta se transformó en una caminata diaria por Mission hasta la cafetería del barrio, Jitterbug, junto a mi perra siberiana blanca, Andrómeda. Y *eso* luego se convirtió en caminatas nocturnas por la bahía de San Francisco. Me llamaba Medusa (por mis rizos oscuros y rebeldes) y yo lo llamaba Grim (por lo gótico). Estábamos siempre juntos. Amigos inseparables.

Hasta que todo cambió el año pasado.

Junto valor, me acomodo las gafas y me dibujo una sonrisa educada.

–Hola –saludo.

Levanta la barbilla a modo de respuesta. Es todo lo que me piensa dar. Solía confiarme sus secretos, y ahora no merezco ni un saludo. Pensé que dejaría de afectarme en algún momento, pero el dolor sigue siendo igual de intenso.

Nuevo plan: no decirle ni una palabra. No acusar recibo de su presencia.

–Cariño –le dice Sunny a Lennon, mientras desempaca lo que parece ser lubricante–. ¿Qué estrella de rock le arrancó la cabeza a un murciélago de un mordisco? Tu otra mamá con menos onda piensa que es Alice Cooper.

Mac se hace la ofendida y me señala.

–¡Ey, que Zorie también lo piensa!

–Está equivocada –repite Lennon despectivamente, y su voz suena grave y ronca, como si proviniera del fondo de un pozo profundo y oscuro. Esa es otra

cosa de Lennon que me enloquece. No tiene solamente una buena voz, tiene una voz *atractiva*. Es grande, llena de seguridad y sonora, y tan sensual que me pone incómoda. Suena como la voz de un actor de doblaje que hace de villano o la de un locutor satánico. Me pone la piel de gallina, y odio que todavía tenga ese efecto sobre mí—. Es Ozzy Osbourne —nos informa.

—¡Ja! Te lo dije —exclama Sunny, victoriosa.

—No hice más que elegir a uno de los dos —le digo a Lennon, un poco más enojada de lo que me gustaría.

—Bueno, elegiste mal —responde, aburrido.

—¿Por qué se supone que tengo que ser una experta en el abuso de murciélagos en el mundo del rock? —replico, sintiéndome insultada.

Eso es más de su gusto.

—No es conocimiento arcano —dice, apartándose con el nudillo el cabello artísticamente despeinado—. Es cultura popular.

—Claro. Información indispensable que necesitaré saber para entrar a la universidad de mis sueños. Creo que recuerdo esa pregunta en los exámenes de SAT.

—La vida es más que los SAT.

—Por lo menos yo tengo amigos —observo.

—Si crees que Reagan y el resto de su pandilla son tus amigos, me apena decirte que te equivocas.

—Cielos, ustedes dos —exclama Sunny—. Consíganse una habitación.

Siento que se me enciende el rostro.

Mm, no. Esto no es *en el fondo me gustas*. Esto es *en el fondo te odio*. Seguro, es puro labios y pelo y voz de barítono, y tengo ojos en la cara: es atractivo. Pero la única vez que arriesgamos nuestra examistad para cruzar apenas la línea (una época a la que denominamos el Gran Experimento), terminé llorando desconsolada en el baile de bienvenida, intentando entender qué salió mal.

Nunca lo supe. Pero me lo imagino.

Le dedica una mirada sufrida a su mamá, como diciendo *¿Ya terminaste?* y se vuelve para dirigirse a Mac.

—La historia de Ozzy y el murciélago es una exageración. Alguien del público arrojó un murciélago muerto al escenario, y Ozzy pensó que era de plástico. Cuando le mordió la cabeza, se quedó completamente espantado. Lo tuvieron que llevar al hospital después del recital para que se diera una vacuna antirrábica.

–No importa. Tengo razón, y me debes un cupcake. De coco. Dado que no desayunamos, lo tomaré ahora. *Brunch* –dice Sunny, empujando a Mac con la cadera.

–Eso suena muy bien, de hecho –asiente Mac–. Zorie, ¿quieres uno?
Niigo con la cabeza.

–Bebé, mi bebé –ruega Mac, mimosa y jovial, volviéndose hacia Lennon–. ¿Puedes ir a la pastelería? ¿Porfis?

–Madre, mi madre. Tengo que estar en el trabajo en treinta minutos – observa, y odio que pueda ser tan frío conmigo y a los dos segundos tan cálido con sus madres. Cuando deja el libro sobre el mostrador, veo lo que estaba acunando en el otro brazo: un lagarto dragón barbudo rojo, largo como mi antebrazo. Tiene una correa enganchada a un arnés de cuero negro que envuelve sus patitas delanteras–. Tengo que devolver a Ryuk a su hábitat antes de irme.

Lennon está obsesionado con los reptiles, porque *obvio*. Tiene una pared del cuarto llena de ellos: serpientes, lagartos y su única mascota que no es un reptil, una tarántula. Trabaja medio tiempo en una tienda de animales en la calle Mission, donde puede ejercer de rarito con otros amantes de las serpientes como él.

Mac se estira sobre el mostrador para poder rascar la cabeza escamosa del dragón.

–Está bien. Supongo que ganas tú, Ryuk –arrulla–. Ay, cielos, se te está saliendo el arnés.

Lennon coloca al dragón sobre el manga. Ryuk intenta escapar, y casi se cae del mostrador.

–No es la mejor manera de hacerlo –le informa Lennon, adusto–. Si quieres matarte, es mejor que tomes una sobredosis de vitaminas para reptiles que saltar.

–Lennon –lo regaña suavemente Sunny.

Una sonrisa oscura apenas se asoma en los extremos de sus gruesos labios.

–Perdón, mamá.

Cuando éramos pequeños, la gente solía mofarse de él sin piedad. *¿Cómo sabes cuál mamá es cuál?* Para él, Sunny es mamá, y Mac es ma. Y pese a que Mac lo dio a luz, para él las dos mujeres son igual de importantes.

Sunny hace una mueca con la boca y luego sonrío. Está perdonado. Sus madres le perdonan todo. No las merece.

–Entonces, Zorie, ¿qué te trae por aquí, cariño? –me pregunta Mac mientras

Lennon ajusta el pequeño arnés de su dragón.

Me veo obligada a dar un paso al costado para no tener que hablar a espaldas de él. ¿Cuándo se volvió tan imposiblemente alto?

–Mamá necesita un paquete de FedEx.

Mac mira a Sunny. Una comunicación sutil pero clara ocurre entre las dos.

–¿Hay algún problema? –indago, con sospecha.

–Ninguno, cariño –Sunny carraspea, titubea indecisa por un instante–. Recibimos algo, sí.

Se agacha para buscar un sobre de papel manila que me entrega.

–Lo abrí por error, fue sin querer. No leo el correo de tu mamá. Me di cuenta de la dirección después de abrirlo –se disculpa.

–No hay problema –digo.

No es la primera vez que pasa, y a papá le hace subir la presión, pero a mamá no le importa. Lo que me llama la atención es que Mac parece muy incómoda. Hasta Lennon parece más distante de lo usual, la energía que antes percibía como frío intenso ha pasado a frío ártico. Se me encienden todas las alarmas.

–Está bien, bueno, me tengo que ir –añado, fingiendo que no noto nada extraño.

–Dale nuestros cariños a Joy –dice Mac–. Si tu mamá quiere ir a tomar un café un día de estos... Bueno, ya sabe dónde encontrarnos.

Me sonrío, tensa.

Sunny asiente.

–Tú también. No desaparezcas.

Ahora *yo* estoy incómoda. Quiero decir, más de la incomodidad normal que me provoca la vergüenza que me da estar en la tienda.

–Claro. Gracias por esto.

Levanto el sobre a modo de saludo mientras me doy vuelta para irme, y casi tiro un modelo gigante de un consolador azul que está exhibido junto a la caja registradora. Por instinto sostengo la tambaleante pieza de plástico, muy consciente de lo que estoy tocando. *Dios mío*.

Debajo del abanico de pestañas negras, la mirada de Lennon baja al suelo y allí se queda.

Debo irme. Ahora.

Casi tropiezo con mis propios pies cuando salgo a zancadas de la tienda. Dejo escapar un largo suspiro cuando me encuentro afuera en la luz del sol. Me apresuro para volver al centro.

Pero cuando me encuentro instalada de nuevo en la recepción, fijo la mirada en el sobre que me dieron las Mackenzie. Es de una casilla de correos de San Francisco y dice, claramente, que es para Joy Everhart. No sé cómo no vieron eso, en fin.

Luego de asegurarme de que no hay nadie en el pasillo, echo un vistazo dentro del sobre.

Contiene un trozo de papel con una nota manuscrita y un álbum de fotos personales. Reconozco la marca del álbum por sus publicidades en Internet: subes tus fotos y ellos te mandan un álbum impreso a los pocos días. Este dice *Nuestras vacaciones en las Bahamas* en una tipografía rebuscada.

Abro el álbum y encuentro un millón de fotos de unas vacaciones con sol. El océano. La playa. Mi papá haciendo esnórquel. Mi papá con el brazo alrededor de una mujer en bikini.

Un momento.

¿Qué?

Paso las páginas más rápido, y me quedo mirando las hojas satinadas que muestran más de lo mismo. Cenas y bebidas tropicales. Papá con su sonrisa deslumbrante. Pero no le sonrío a mamá, le sonrío a una desconocida. Una desconocida con un brazalete dorado en el tobillo y largas extensiones de pestañas. La rodea con los brazos, y en una foto aparece besándole el cuello.

¿Qué es esto? ¿Una aventura luego de la muerte de mi madre? ¿Alguien antes de Joy? Tomo la nota.

Joy:

No me conoces, pero pensé que querrías ver esto, de mujer a mujer. Fotos de nuestras vacaciones del verano pasado.

Buena suerte.

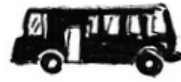
Una de muchas

No siento los dedos. ¿El verano pasado? Estuvo aquí, trabajando en el centro. No, un momento. Se fue una semana a Los Ángeles para asistir a una conferencia de masaje terapéutico. Y volvió con un bronceado oscuro sorprendente... que dijo que consiguió por tomar sol en la piscina del hotel todas las tardes.

—Ay, mierda —susurro.

Papá tiene una amante.

Capítulo 3



No puedo pensar en otra cosa. Esa noche, cuando mamá regresa de visitar a la abuela Esther en Oakland y me presta el auto, me encuentro sentada a oscuras en el auditorio del observatorio de Melita Hills para la reunión mensual de mi club de astronomía. A veces subimos al techo con los telescopios, pero este mes toca una reunión puramente informativa. Y gracias al álbum de fotos de las Bahamas, le estoy prestando cero atención al Dr. Viramontes, el profesor jubilado de Berkley que preside el club local. Se dirige al grupo –un par de docenas de personas, en su mayoría jubilados más algunos estudiantes de mi edad– de pie desde un podio que está junto a los controles que transforman el techo en un show de luces del cielo nocturno. Perdí el hilo de lo que está diciendo hace unos quince minutos, cuando mencionó algo acerca de dónde observaríamos la próxima lluvia de estrellas de las Perseidas.

En vez de prestarle atención, mi mente se quedó atascada en la foto de papá besando a esa mujer.

Le mintió a mamá. Me mintió a mí.

Y *me* obligó a mentir, y decirle a mamá que los Mackenzie no habían recibido nada nuestro, porque ni loca le entregaba a mamá esa bomba de tiempo cargada de dolor. No justo ahora, cuando está llena de alegría y sol, alentándome a que vaya de campamento con Reagan. Quizás nunca lo haga. No lo sé. Destruiría a nuestra familia.

Nunca me he encontrado en una posición así, obligada a decidir si ocultar las fotos de papá engañando por primera vez a mamá. ¿Por primera vez? ¿Por segunda o tercera? ¿Qué es lo que quiso decir esa mujer con “una de muchas”? Las fotos son del verano pasado, y dudo de que ella quisiera delatarlo a su

esposa si todavía se estuvieran viendo. Entonces, ¿cuándo terminó la aventura, y cuántas otras hubo? ¿Hay?

¿Tiene aventuras con cualquier acupunturista que asista a conferencias de medicina alternativa? ¿Son todas locales? ¿Conozco a alguna?

Uf. Pensar en todas las posibilidades me hace doler el cerebro. Y lo que es más extraño de todo es que la desconocida de las fotos se parece *un montón* a mi madre biológica. Es decir, claramente no es ella, y la desconocida es más joven que mi madre cuando murió, pero comparten un parecido asombroso. Y eso me deja helada.

Papá tiene una aventura con alguien que se parece a su primera esposa que está muerta. Eso no es normal.

¿Qué estoy diciendo? Nada de esto es normal, más allá del parecido. Pienso en mamá sonriendo por la mañana, totalmente inconsciente de que papá la engañó, y se me revuelve el estómago de nuevo.

Menos mal que la recepcionista de siempre volvió durante el almuerzo, porque no hay modo de que pudiera mirar a papá a la cara.

Me duele el estómago. Me duele el corazón. Todo esto está mal, mal, mal.

Y la cereza del postre de esta copa helada de mierda es que *las Mackenzie lo saben*. Sunny y Mac vieron el contenido del sobre. Seguro que lo vieron. Es decir, si tengo en cuenta el modo extraño en el que se comportaron, ¿y todo eso de encontrarnos a tomar un café si necesitamos hablar? Si lo abrieron por error, estoy segura de que la curiosidad pudo más. Pudo más en mi caso.

Tremenda equivocación.

Ay, Dios mío. ¿Lennon también lo sabe?

—¿Qué pasa?

Me sacudo esos pensamientos y me doy cuenta de que la reunión terminó. La persona que me está hablando es la chica de pelo castaño sentada a mi lado. Conozco a Avani Desai casi desde hace el mismo tiempo que a Reagan y Lennon, cuando nos hicimos amigas gracias a la astronomía en la clase de ciencia de séptimo año y las dos obtuvimos un sobresaliente en un examen sobre los planetas. Avani y yo íbamos juntas a las pijamadas de Reagan, y nos quedábamos despiertas hasta tarde escuchando música y chismorreando mientras sus padres dormían. Pero cuando me fui con Reagan al sector de élite de la escuela, Avani se quedó atrás, muy segura de su posición social. Siempre le envidié esa confianza en sí misma. Ahora solamente hablo con Avani de verdad en el club de astronomía.

—No pasa nada —respondo. Ni loca le pienso hablar de la vergüenza que

significa la aventura de mi padre—. Estaba pensando en algo.

—Sí, me pareció —dice, sonriendo brevemente, y se cruza de brazos sobre su camiseta, que tiene una imagen de la cara de Neil deGrasse Tyson y la leyenda NEIL BEFORE ME—. Estuviste “pensando” durante todos los planes de Viramontes para la lluvia de estrellas fugaces.

La mayoría de los miembros del club están saliendo del auditorio, pero quedan algunos alrededor del podio del Dr. Viramontes. Avani está esperando que le dé explicaciones sobre mi estado de ánimo, así que digo lo primero que me viene a la mente para apaciguarla.

—Me invitaron a ir de campamento con Reagan —le cuento.

Para sorpresa mía, se alegra.

—Ay, sí, escuché algo.

Un momento, ella sabía pero ¿yo no? ¿Y desde cuándo volvió a hablarse con Reagan?

—Oí por casualidad a Brett Seager hablando de eso —me explica, excitada, rotando el cuerpo para poder estar cara a cara conmigo en las sillas del auditorio pero manteniendo las piernas cruzadas hacia el frente—. Lo vi hoy más temprano en la tienda de comestibles con su hermana mayor.

—¿Qué? —exclamo.

Ahora estoy interesada. *Muy* interesada.

—Estaba detrás de él en la fila de la caja —continúa—. Hablaba con alguien por teléfono, y decía que se iba de campamento cerca de Bosque del Rey con gente de la escuela. El único nombre que escuché fue el de Reagan. Estaba tratando de convencer a la persona con la que hablaba para que fuera con él.

Brett Seager es una celebridad menor en nuestra escuela. Sus padres no tienen mucho dinero, pero de algún modo él siempre está haciendo cosas como paracaidismo, ir a los camerinos de recitales de moda o saltar desde el techo de la casa de alguno de sus amigos ricos para zambullirse en sus piscinas millonarias. Pero es más que un fiestero temerario. Lee a Jack Kerouac y Allen Ginsberg... a todos los poetas beat estadounidenses. La mayoría de los chicos que conozco no saben qué es una librería.

Así que sí, es apuesto y es popular, pero es más que eso. Y empezó a gustarme desde la escuela primaria. Un enamoramiento que se convirtió en una ligera obsesión desde que me besó en una fiesta durante las vacaciones de primavera. Ciertamente, al día siguiente volvió con su novia con la que van y vienen, lo que para mí fue humillante y ofensivo en el momento. Reagan intentó alegrarme haciéndose la celestina y me presentó a algunos chicos. Supongo

que no estaba destinado a ser, porque yo nunca me enganqué con ninguno, y luego Brett y su novia rompieron durante el verano.

Lo que importa aquí es que si lo que oyó Avani es cierto, parece ser que Brett irá al campamento de Reagan. Y eso hace que la naturaleza se vuelva *mucho más* tentadora.

Y que me provoque aún más pánico, también, porque no contaba con Brett como un factor en mi plan mental para el viaje. La mamá de Reagan dijo que iban solo chicas. No hay manera de que mis padres me dejen ir de campamento con chicos, por una semana entera y sin supervisión adulta. Papá se volvería loco.

Supongo que entonces no diré nada al respecto.

–¿Estás *segura* de que Brett realmente va? –le pregunto a Avani.

–Sip –responde, y levanta los hombros para lucir más musculosa y fingir ser Brett–. “Amigo, tienes que venir conmigo. *Necesito* saltar desde esa cascada increíble. Subiremos todo a Instagram”.

Su mala imitación me hace resoplar.

–Te estoy contando lo que oí –dice, encogiéndose de hombros.

–¿Con quién estaba hablando por teléfono?

–Ni idea. Probablemente, con su último amigo íntimo. Siempre está cambiando de amigos, en general es cualquiera cuyos padres se hayan ido de viaje y tenga una casa lo suficientemente grande como para organizar una de sus fiestas legendarias.

–Es solamente un personaje –observo–. En realidad él no es así.

–Lo siento –repone, suavizando la expresión–. Sé que te gusta, en especial después de esa fiesta...

Desearía no haberle contado nunca acerca del beso. Fue una debilidad.

–De todos modos, parece que ha estado ampliando su lista de amigos este verano. Katy incluso dijo que le pareció verlo en el asiento del acompañante del auto de Lennon hace unas semanas.

Un momento, ¿qué? Lennon y Brett, ¿amigos? Es una señal de que el Apocalipsis está próximo.

–Lo dudo mucho –afirmo.

–Quizás no. Me parece que Lennon está más allá del nivel de Brett.

–Me parece que quieres decir lo contrario –digo, con un bufido.

–Y *yo* creo que lo que sea que pasó entre tú y Lennon es...

–Avani –protesto. No me gusta hablar de Lennon. Avani no sabe nada sobre el Gran Experimento. Solamente sabe que nos íbamos a encontrar con ella

antes del baile de bienvenida. No sabe por qué no sucedió. Nadie lo sabe. Ni siquiera yo, de hecho. Pero dejé de tratar de entender las razones de Lennon hace mucho tiempo.

Es más fácil no pensar en él.

–No te preocupes –dice–. Perdón por haberlo mencionado. No es cosa mía.

»Entonces... ¿campamento? –quiere saber, después de que me quedo en silencio por unos instantes–. Solos en el bosque. Quizás es tu oportunidad para estar con Brett. ¿Cuándo es el viaje?

Le envié un mensaje a Reagan más temprano, pero solo me confirmó el viaje y dijo que después me daría más detalles. Normalmente, eso me volvería loca, pero estuve ocupada perdiendo la cabeza por tener que ocultar el álbum de fotos de la aventura de mi padre. Ahora me hubiera gustado sacarle más información a Reagan. Todas estas Incógnitas y Posibilidades me están estresando.

–¿En unos días, creo? –repongo–. Estoy casi segura de que planea quedarse una semana.

A Avani se le transforma el rostro.

–Es durante la lluvia de estrellas. Esperaba que vinieras al viaje de fin de semana con el grupo.

–¿Qué grupo?

–*Nuestro* grupo. La Sociedad Planetaria de la Bahía Este –dice, frunciendo una ceja–. ¿No escuchaste nada?

No.

–En vez de juntarnos aquí en el observatorio –me informa–, el Dr. Viramontes lleva al club de viaje a la zona de cielo oscuro en Cerro del Cóndor para que veamos la lluvia de estrellas allí.

El Parque Nacional Cerro del Cóndor. Son los anfitriones de la fiesta estelar anual en el norte de California.

–Irán todos los demás clubes de astronomía de la zona –añade Avani.

Además del Valle de la Muerte, Cerro del Cóndor es la reserva de cielo oscuro más cercana. Eso quiere decir que está protegida de la contaminación lumínica artificial, lo que permite observar más estrellas. Los astrónomos toman fotografías increíbles en zonas de cielo oscuro, en particular durante fiestas estelares, que son básicamente reuniones nocturnas de astrónomos aficionados para observar juntos fenómenos celestes. Y aunque hemos sido anfitriones de algunas fiestas estelares de menor categoría aquí en el observatorio, nunca he ido a una fiesta tan grande con otros clubes de

astronomía. Es bastante importante.

Considero mis opciones. Por un lado, la cerebrita que llevo dentro realmente quiere ir a la fiesta estelar. Es decir, hola. La lluvia de estrellas de las Perseidas ocurre una sola vez al año. Pero por otro lado, Brett Seager.

Arrastrando un maletín para ordenador portátil de dos ruedas, el Dr. Viramontes sube por el pasillo y se detiene cuando nos ve. Me gusta el modo en que se le arruga la comisura de los ojos cuando sonrío.

–Damas, ¿se unirán a nuestro peregrinaje a Cerro del Cóndor? Obtendremos fotografías increíbles. Es algo bueno para sumar a sus solicitudes universitarias, y habrá otros profesores de astrofísica allí, además de muchos miembros importantes del programa Cielo Nocturno. Y no quise decirle esto al grupo porque no estoy del todo seguro, pero tengo información que me dice que Sandra Faber haría una aparición.

Sandra Faber enseña astrofísica en la Universidad de California en Santa Cruz. Ganó la Medalla Nacional de Ciencia. Es una persona importante. Conocer a alguien como ella podría ayudarme a entrar a Stanford, que es donde quiero estudiar astronomía cuando me gradúe.

Avani inhala, sorprendida, y me clava un dedo en el hombro.

–Tienes que venir, entonces.

–Se supone que voy a estar de campamento con amigos en las Sierras Altas –le cuento al profesor, llena de dudas. ¿Por qué todo es tan difícil?

El Dr. Viramontes mueve la larga trenza plateada que le cuelga sobre el hombro y que está sujeta en la punta con un broche adornado con cuentas y hecho por algún miembro de su tribu, los Ohlone.

–Qué pena. ¿Dónde?

Le transmito los detalles que mamá me contó acerca del campamento de lujo.

–Creo que sé de dónde estás hablando, y no está muy lejos de Cerro del Cóndor –dice, rascándose la barbilla.

Saca un papel del bolsillo delantero de su maletín y me lo entrega. Es una ficha de información sobre el viaje. Señala el mapa y me indica la zona donde se encuentra el campamento en relación a Bosque del Rey y a Cerro del Cóndor.

–Son más o menos un par de horas conduciendo por la autopista. Quizás podrías pasar. Estaremos allí tres noches –agrega.

–Podrías encontrarte conmigo allí –dice Avani, en tono alentador.

–No sé cómo será la situación en cuanto al transporte, pero sin lugar a

dudas lo tendré en cuenta –repongo, y doblo el papel.

–Nos encantaría que vinieras. Hazme saber lo que decidas –dice el Dr. Viramontes, llevando dos dedos hacia su frente, a modo de vago saludo militar, y nos recuerda que nos cuidemos al volver a casa.

–Irás, ¿verdad? –susurra excitada Avani mientras el profesor se aleja.

Mi mente es un torbellino. Mi estómago, también.

–Dios, *realmente* quiero ir.

–Entonces ven –insiste–. Encontrémonos en Cerro del Cóndor. Prométemelo, Zorie.

–Lo intentaré –digo, no del todo segura, pero esperanzada.

–Fiesta estelar, allí vamos –agrega, y por un momento, nos sentimos como en los viejos tiempos.

Pero cuando me acompaña al estacionamiento, antes de que me vaya del observatorio, recuerdo lo que me espera en casa.

Hago mis temores a un lado e intento disfrutar mientras manejo colina abajo y me alejo del observatorio rumbo a la ciudad. Es una noche de verano perfecta, y el cielo es una manta de estrellas. Mis estrellas. Cada punto de luz titilante me pertenece. Son maravillosas, la ciudad está tranquila y oscura, y estoy bien.

Solo que no lo estoy.

Por lo general, amo conducir el auto de mamá, aunque tiene ya varios años y huele un poco a pachulí. Los parlantes tienen bajos potentes, y me encanta tomar el camino más largo para llegar a casa, entre la autopista y el agua azul oscuro, con San Francisco centelleando en la distancia. Dejando de lado la ida ocasional a la tienda de comestibles, es el único momento en el que conduzco de verdad. Pero, ey. Al menos mamá me confía su sedán, no como papá, que no me deja ni acercarme a su auto deportivo de colección. Vale demasiado.

Pero ahora no puedo dejar de pensar en esa línea de la carta que decía “una de muchas”, y me pregunto si papá habrá llevado a otras mujeres en su estúpido auto. ¿Cuántas otras ha habido, exactamente? Siempre pensé que papá era una persona decente, un poco plástico y falso cuando está en modo Dan Diamante, pero ahora me lo imagino al estilo Hugh Hefner, con dos mujeres curvilíneas en cada brazo.

Tengo ganas de vomitar.

Las siluetas oscuras y delgadas de las palmeras me reciben cuando giro para entrar en nuestro callejón y aparco detrás del Corvette de papá en el estacionamiento angosto que está junto a nuestro edificio. La clínica está a

oscuras, así que no hay nadie trabajando hasta tarde. Vacilante, subo los escalones que la conectan y abro cautelosamente la puerta de entrada de nuestro apartamento.

Una bola de patas peludas blancas se desliza por el espacio abierto de la sala de estar para darme la bienvenida. Andrómeda está envejeciendo, pero todavía es dulce y bonita. Nadie puede resistirse a sus ojos de siberiano de dos colores, castaño y azul. Introduzco los dedos por debajo de su collar y le doy una buena rascada mientras le beso la cabeza.

–Ey, dulzura –dice mamá. Está tumbada sobre el sofá debajo de una manta, leyendo una revista a la luz tenue de una lámpara, mientras de fondo el televisor, que está en silencio, muestra un comercial–. ¿Qué tal el club de astronomía?

–Bien –respondo, y le devuelvo las llaves del auto. ¿Dónde está papá?

–Hablando por teléfono –con la cabeza indica hacia el balcón de la cocina, donde descubro una forma oscura.

Se me retuerce el estómago cuando escucho su voz, demasiado baja para que pueda entender lo que está diciendo. Siempre está hablando por teléfono, y suele atender esos llamados luego de alejarse unos pasos y cerrar la puerta. Asumí que era por educación, mamá es anticuada con respecto a hablar por celular en público.

Ahora me pregunto quién estará al otro lado de la línea.

Espero que mamá no note mi ansiedad y le cuento brevemente acerca de la invitación del Dr. Viramontes a la fiesta estelar mientras hojea la revista. Se la pasa diciéndome *mmm*, completamente distraída. La veo echar un vistazo en dirección al balcón, y una línea suave le aparece en el medio de la frente.

O tal vez me lo estoy imaginando.

Estoy segura de que no podré sonreír convincentemente cuando papá esté aquí, así que finjo estar cansada, le doy a Joy el beso de las buenas noches y escapo al piso de arriba, con Andrómeda pisándome los talones.

Mi habitación es un ático reformado. La habitación de mis padres está abajo, así que tengo el piso de arriba para mí. Somos un baño antiquísimo sin ducha, un depósito a tope de suministros sobrantes del centro y yo.

Me da vergüenza, pero mi habitación no ha cambiado demasiado desde que era niña. El techo todavía está cubierto de estrellas que brillan en la oscuridad –que ya se quedaron sin brillo hace años– y cuidadosamente organizadas para formar constelaciones. Pegaso perdió las estrellas de la pata durante un terremoto menor. Los únicos elementos decorativos que he sumado durante los

últimos años son mis grandes calendarios de pared que hago a mano, mis “planos” –tengo uno por cada estación del año–, todos sistematizados por color, y mis fotos de galaxias. Mandé a imprimir y enmarcar las mejores. La nebulosa de Orión me quedó particularmente hermosa. La tomé en el observatorio con una montura ecuatorial que me prestó el Dr. Viramontes, y retoqué la luminosidad violeta con un programa informático.

Luego de trabar la puerta, paso los mapas estelares enmarcados y me escabullo debajo de un móvil del sistema solar que cuelga sobre mi escritorio. Escondí el álbum de fotos en una gaveta profunda del escritorio más temprano, y cuando me fijo, todavía está allí, debajo de una ordenada pila de cuadernos de papel cuadriculado y un contenedor del color del arcoíris donde hay rotuladores, bolígrafos de gel y rollos de *washi-tape*. Mis padres no tocan mis cosas –está todo organizado con cuidado– así que no sé por qué me preocupó tanto. Supongo que me siento culpable.

Es mejor no pensar al respecto.

–Hasta que sepa qué hacer, será nuestro secreto –le digo a Andrómeda. Salta sobre la cama y se hace una bola. Es una excelente guardiana de secretos.

La única ventana de mi dormitorio tiene un balcón francés que da al callejón. No hay lugar suficiente para que pueda pararme, pero alcanza para mi telescopio, Nancy Grace Roman, llamado así por la primera mujer que ocupó un cargo directivo en la NASA. Abro las puertas del balcón y remuevo el telescopio de su estuche negro para instalarlo. Tengo dos telescopios, este y uno portátil más pequeño. No he usado mucho el portátil, pero ahora me da ilusión llevarlo a la fiesta estelar de Cerro del Cóndor.

Me pregunto si podré ir de campamento y a la fiesta estelar. Requeriría de mucha planificación.

Le envío rápidamente un mensaje a Reagan: Entonces, acerca del campamento. ¿Quién va? ¿Conduces tú? ¿Qué día sales?

Me responde casi enseguida: Baja un cambio. Estoy en la cama. Súper cansada. ¿Quieres venir conmigo mañana por la tarde a comprar equipamiento de campamento? Podemos hablar entonces.

Me siento aliviada y decepcionada a la vez. Aliviada, porque supongo que no le importa que yo me haya sumado. Y decepcionada, porque mientras que

yo necesito planificar todo con mucha anticipación, Reagan hace todo a último momento. Siempre me dice que tengo que relajarme y ser espontánea.

La espontaneidad me da sarpullido.

Literalmente.

Tengo urticaria crónica. Es una forma elegante de llamar al sarpullido crónico. Es idiopático, lo que quiere decir que los doctores no saben ni por qué ni cuándo sucederá, ni cuánto durará. A veces, cuando como ciertos alimentos, toco algún alérgeno o –en especial– si me pongo súper ansiosa, me salen lesiones picosas color rojo claro en la parte interior de los codos, o en el estómago. Si no me tranquilizo y tomo un antihistamínico, se forman enormes manchones que vienen y van durante días, a veces semanas. Hace varios meses que no tengo un brote, pero entre Reagan y lo que pasó con papá, ya puedo sentir que la picazón está por hacer una aparición.

Contesto el mensaje de Reagan y le pido más detalles para encontrarme con ella mañana. Luego, ensablo el telescopio y coloco el trípode entre las dos puertas abiertas del balcón.

Mientras ajusto la montura, escudriño el callejón por encima del enrejado del balcón. Desde aquí, nuestra calle parece una gota de agua gorda, con el centro ocupado por una docena de espacios para estacionar públicos. De noche suelen estar desocupados, así que puedo ver sin problemas el otro lado de la calle, donde descubro el auto de Lennon. Es difícil de pasar por alto. Es un pesado Chevy negro de los años cincuenta que parece un coche fúnebre, con aletas puntiagudas que acunan una puerta trasera que se levanta para colocar el ataúd, o cualquier otra cosa vil que uno quiera transportar allí. Y en este momento, está estacionado frente a una casa tipo dúplex de color celeste directamente enfrentada con la nuestra: el apartamento de los Mackenzie.

No puedo nombrar el momento exacto en que Lennon pasó de ser el chico normal fan de los cómics al chico de negro amante del horror, pero supongo que siempre ha sido un poco peculiar. Algo de eso tiene que ver con cómo se crio. Su papá biológico –Adam Ahmed, que salía con Mac– era el guitarrista de una banda ultra punk de San Francisco que fue famosa durante el resurgimiento del punk en los años noventa en la zona de la bahía. Lennon tenía tres años cuando su mamá lo llevó a la gira de la banda de su papá junto a Green Day.

Así que sí, aunque no siempre vivió lo que se diría una vida normal, a mí siempre me *pareció* normal.

Hasta el año pasado, al menos. Después de la noche del baile de

bienvenida, no hablamos por varios días. Nada de caminar al Jitterbug para tomar un café después de la escuela. Nada de salir a pasear de noche. Pasaron semanas. Lo veía cada tanto en la escuela, pero nuestras breves interacciones eran tensas. Empezó a juntarse con otra gente.

Una luz dorada brilla desde una ventana en la esquina de la casa de los Mackenzie. La habitación de Lennon. La conozco bien. Solíamos hacernos señales desde nuestras respectivas ventanas antes de escabullirnos tarde en la noche para encontrarnos para pasear por el barrio con Andrómeda.

Jugábamos a crear y nombrar senderos detallados. Lennon los dibujaba todos, las calles etiquetadas con su letra cuidadosa y minúsculos bosquejos. Dibuja mapas desde que éramos niños. Algunos eran mapas de fantasía basados en los libros que leía: redibujó la Tierra Media unas veinte veces. Otros eran de Melita Hills. Así es cómo empezó nuestra amistad, de hecho. Yo me acababa de mudar a Melita Hills y no conocía los alrededores, entonces él me dibujó un mapa de la calle Mission. Me regaló una versión más grande y actualizada para mi cumpleaños del año pasado, una versión que incluía nuestro sendero preferido para caminatas nocturnas, que se extiende a lo largo del camino para bicicletas que sigue la curva de la bahía. Tenía dibujitos graciosos, todos los puntos de interés que considerábamos importantes y una leyenda con los símbolos que había inventado.

En este momento está dado vuelta al fondo de la misma gaveta donde escondí el estúpido álbum de fotos de mi papá. Quería tirarlo después de que dejamos de hablar, pero no pude, porque... ¿ese sendero que dibujó? Allí es donde empezó el Gran Experimento.

¿A quién se le hubiera ocurrido que caminar podría traer tanto sufrimiento?

Por curiosidad, ajusto una lente de baja potencia y apunto con indecisión mi telescopio ensamblado en dirección a lo de los Mackenzie. Una miradita, nada más. No suelo espiar a los vecinos. Enfoco rápidamente la habitación de Lennon. Está vacía. Gracias a Dios. Ajusto la lente y puedo ver la cama sin hacer, y justo pasando la cama, los terrarios de sus reptiles. La última vez que estuve en su habitación había solo dos, pero ahora hay al menos seis en los estantes y uno grande en el suelo. Es una maldita selva.

Examino el resto de la habitación. Tiene un televisor y un millón de DVD fuera de las cajas y en pilas precarias. Probablemente sean todas películas de terror. Un mapa enorme cuelga sobre su escritorio. No sé de qué es el mapa, pero es profesional, no es uno que haya dibujado él, y definitivamente no es un mapa de nuestros senderos para caminatas nocturnas. Qué tonta soy por

siquiera pensar eso.

Me llama la atención una sombra cuando la puerta de su cuarto se abre y se cierra. Lennon aparece en mi línea de visión. Lo observo apagar una a una las luces y lámparas de calor de los terrarios. Luego, se sienta sobre la cama y empieza a desatarse las botas.

Es mi señal para irme.

Pero no me voy.

Lo observo quitarse las botas y arrojarlas al medio de la habitación. Después, se quita la camiseta de un tirón. Ahora tiene el pecho desnudo, le quedan solamente los jeans negros. Debería dejar de mirar antes de que esto se vuelva una película para mayores de 18 años. Pero madre mía, ¿cuándo se puso tan... *musculoso*? Es decir, no tiene el físico de un jugador de fútbol, nada de eso. Es demasiado delgado. Se tira sobre la cama, de espaldas con los brazos abiertos, y se queda mirando al techo mientras yo lo sigo mirando.

Y lo miro...

Ahora tiene músculos donde antes no tenía, y tiene el pecho mucho más amplio. ¿Estará levantando pesas? Imposible. Él no hace *nada de eso*. Odia los deportes. Prefiere quedarse a oscuras leyendo un cómic.

Al menos, eso creo. De pronto, siento que ya no lo conozco para nada.

—Claro que no —susurro para mí. Ha cambiado.

Yo he cambiado. O no, porque no estaría mirando algo que debería estar prohibido.

Cuando ajusto la lente, hago foco en un montón de músculos que se le endurecen en el estómago cuando se sienta. Y...

Enfoco su rostro. Está mirando hacia aquí.

No en general, sino DIRECTAMENTE HACIA MÍ.

Con el corazón latiéndome a toda velocidad, me aparto del telescopio y me arrojo al suelo. Elegante. Como si no me hubiera visto. Si hubiera mantenido la calma y apuntado el telescopio al cielo, podría haberme hecho la tonta y fingir que en realidad no estaba espiándolo. Pero ¿ahora? Me he humillado total y completamente.

Buen trabajo, Zorie.

Me quedo en el suelo, muriendo. Deseando poder borrar los últimos minutos.

Supongo que puedo sumar esto a la lista de cosas que han ido mal hoy. Andrómeda salta de la cama y me lame la nariz, preocupada.

Nuevo plan: *iré* a ese campamento, y a la fiesta estelar en Cerro del Cóndor,

aunque me muera. Tengo que alejarme de este lugar. Alejarme de mi padre infiel. Alejarme de la vergüenza diaria de vivir junto a un *sex shop*. E irme muy, muy lejos de Lennon.

Capítulo 4



—Ay, mira esta. Te quedará genial —dice Reagan con su voz fuerte y ronca, quitando una mochila rosa Barbie de un gancho.

Hemos estado en esta tienda que se especializa en indumentaria para actividades al aire libre apenas diez minutos, y ya ha llenado un carrito de compras con tanto material de acampada que le alcanzaría para equipar a la Expedición Donner completa. El dueño de la tienda debe estar haciendo la cuenta mental y pensando en que le alcanza para la primera cuota de una casa nueva. La mamá de Reagan le dio una tarjeta de crédito y le dijo que se volviera loca con ella.

Debe sentirse bien.

—¡Cielos! Mira el precio. Es demasiado costosa —observo. Es una de esas mochilas estructuradas que te cubre toda la espalda desde la cabeza hasta el trasero, y que puede contener lo que sea que los que hacen senderismo necesitan, bolsas de dormir y postes para carpas, cosas así.

—Mamá dijo que podía comprar cualquier cosa, siempre y cuando fuera en esta tienda —sostiene Reagan, y me mira con picardía mientras mueve el pelo castaño claro atado en una coleta por encima del hombro—. Se arrepentirá. Además, mi papá acaba de ganar una tonelada de dinero en la Bolsa. ¿Por qué crees que decidieron de un momento a otro volar a Suiza? Se pueden permitir un par de mochilas.

—Ya hay cuatro en el carrito —señalo.

Cuatro mochilas. Dos carpas. Bastones de senderismo. Bolsas de dormir. Linternas de cabeza. Y una batería de cocina esmaltada porque era “linda”.

—Las necesitaremos —dice, con aire despreocupado.

—Pensé que íbamos de *glamping* —repongo—. Tu mamá le dijo a mi mamá

que las carpas ya están instaladas y que nos dan todas las comidas.

Reagan empuja el carrito hacia la sección de indumentaria para el aire libre.

–Sí, fui el año pasado cuando cumplí dieciséis. El campamento tiene unas Yurtas muy lindas.

–¿Yogur?

–Yurta –pronuncia con claridad, y finge querer morderme la nariz–. Son carpas circulares gigantes. Puedes hacer una fiesta enorme adentro de una. De todos modos, las carpas que estamos comprando son para la caminata en el campo que haremos.

–Nadie dijo nada de eso –replico. No me gusta para nada.

–No es más que caminar, Zorie. Cualquiera puede hacerlo.

Resoplo.

–Dice la atleta que se levanta cada mañana al amanecer para entrenar.

Una expresión torturada le nubla la mirada. ¿Estará pensando en su fracaso olímpico? Pienso en lo que mamá me dijo acerca de que Reagan está pasando un mal momento, y me arrepiento inmediatamente de haberme metido con ella.

–Supongo que tienes razón –digo rápidamente–. No es más que caminar.

Reagan baja la mirada hacia mi falda escocesa y examina mis piernas desnudas.

–Hacer senderismo te hará bien.

No sé qué quiere decir con eso, pero decido ignorarla, y llevo la conversación en otra dirección.

–¿Planeas armar las carpas en el medio de la nada? ¿Donde hay animales salvajes y cosas por el estilo?

Reagan mastica goma de mascar y lleva el carrito hacia un exhibidor con botas para senderismo. En la pared hay un cartel gigante con una foto de modelos bonitos luciendo prendas de franela y sonriendo con dentaduras perfectas mientras se enfrentan a los peligros de la sesión de fotos, y fingen estar pasándola mal.

–Hay montones de lugares para acampar en Bosque del Rey. Estoy segura de que dormiremos en alguno de ellos –asegura–. Al menos, eso creo. No lo sé. Todo lo que me dijeron es que el lugar al que vamos está a unas horas de caminata del campamento de lujo. Los típicos aspirantes a senderista de Silicon Valley ni saben que existe. Es decir, está lejos de todos los senderos, *cariño*.

Lejos de los senderos suena espantoso. A diferencia de Reagan, no tengo

energía natural ilimitada y pantorrillas de acero. Necesito estar donde haya cafeína a una distancia razonable, no peleándome con osos y mosquitos. Le hago una mueca a Reagan.

–Podremos hacer todo el ruido que queramos y no habrá ningún guardabosques para hacernos callar –dice Reagan con su voz fuerte y ronca–. La gente que maneja el campamento está bien pero conocen a mis padres. No podemos relajarnos con ellos alrededor, ¿entiendes? No quiero que le pasen a mamá un informe sobre nuestras actividades.

Me quedo pensando en qué tipo de actividades tiene en mente.

–En el campo... ahí es donde la cosa se pone buena. Hay una catarata secreta en Bosque del Rey que es increíble, y no está lejos del campamento. Nivel lista de cosas que debes hacer antes de morir. ¿Sabes la cantidad de gente que se hace famosa en Internet por tener las agallas de viajar a lugares increíbles y tomar fotos? –dice Reagan, señalando el cartel de los modelos senderistas.

Recuerdo de pronto lo que me contó Avani sobre Brett hablando por teléfono. Se me acelera el pulso.

–No me has dicho aún quién viene.

–Pensé que sí –responde, distraída–. Summer.

Miembro de la pandilla de Reagan. A veces, Summer almuerza con nosotras en el patio de la escuela.

–¿Y? –intento sonsacarle–. ¿Quién más?

–Kendrick Taylor.

Él va a una escuela privada del otro lado de la ciudad, Alameda Academy. Que es donde Reagan iría si tuvieran un departamento de atletismo decente; no lo tienen, y por eso un montón de chicos ricos que hacen deporte asisten a la escuela pública con la chusma.

–Summer empezó a salir con Kendrick hace unas semanas –me explica antes de que le pregunte, y agrega en un murmullo–: ¿Por qué las botas de senderismo son tan feas?

–¿Porque a nadie le importa cómo lucas cuando estás sudando la gota gorda en una montaña?

–Mira, si crees que no podrás soportar un poco de senderismo, no vengas.

Sus palabras se sienten como una bofetada. ¿Y no podía decirlo un poco más bajo? Su voz resuena por toda la tienda, y un cliente se da vuelta para mirarnos socarronamente. No hay nada mejor que la humillación pública.

–Lo siento –dice, haciendo una mueca de costado–. No quise decirlo así.

Finjo no estar disgustada. Desde lo de las pruebas olímpicas, Reagan tiene la costumbre odiosa de tomárselas con la gente para sentirse mejor, así que lo que sea que la está molestando probablemente no tiene nada que ver conmigo. Pero ahora me pregunto si yo *podré* soportar el viaje.

–Deja de rascarte el brazo –me regaña.

No me di cuenta de que lo estaba haciendo. Maldito sarpullido. Tendré que tomar medicación.

–¿Quién más va? –insisto–. No pueden ser solamente Summer y Kendrick.

–Brett Seager y un tipo que viene con él –contesta, encogiéndose de hombros.

Bingo.

–¿Ah, en serio?

–Sí, en serio. No te desmayes.

–No –afirmo.

–Es que ya sé cómo te pones con él –observa–. Te obsesionas y te pones rara, y no quiero que las cosas se vuelvan incómodas.

–¿Por qué se volverían incómodas? ¿Piensas que lo atacaré en el bosque?

–Nunca se sabe. Lo que pasa en el bosque, se queda en el bosque –dice, soltando una risita.

Carraspeo e intento sonar lo más desinteresada posible.

–Escuché que está soltero de nuevo.

Reagan responde con un sonido vago.

–Pensé que ya lo habías superado –dice.

–Sí.

Casi.

–Está bien. Pero hablando en serio. La idea es que este sea un viaje sin dramas. No quiero que se vuelva incómodo.

–No lo será.

–Excelente –asiente.

Lleva el carrito hacia una pared llena de remos. Hay kayaks coloridos colgando junto a ellos, verdes, rojos y violetas.

–¿Así que la catarata esa a la que iremos caminando está a unas horas del campamento? –pregunto.

–Eso es lo que dice Brett. Está intentando convencer al tipo que le contó sobre el lugar de que nos lleve. Ah, eso me recuerda. Bikinis. Vamos a nadar. ¿Venderán aquí? –dice, estirando el cuello para observar la tienda.

Ni loca me pongo un bikini frente a Brett. Jamás. Mi nivel de estrés sube,

pero mentalmente hago un esfuerzo para bajarlo y trato de concentrarme en lo que voy a decir.

–Me pregunto dónde está la catarata exactamente, porque algunas personas que conozco se juntan en Cerro del Cóndor, y pensé en conseguir a alguien que me lleve allí por una noche.

Reagan arruga la nariz.

–¿A quién conoces *tú* que podría ir a Cerro del Cóndor? Ah, espera. ¿Es algo del club de astronomía?

–Lluvia de estrellas –le confirmo–. Hay una gran fiesta estelar.

Se queda pensando un momento.

–No es lejos de donde estaremos, y seguro que puedes encontrar quien te lleve. La línea de autobuses de las Sierras Altas tiene una parada cerca del campamento de lujo. Te apuesto que hasta puedes pedirte un Uber, si estás dispuesta a pagarlo.

Suena prometedor, pero necesito confirmar los detalles. No quiero tener que improvisar a último minuto.

–Supongo que puedo enviar un e-mail al campamento y pedirles consejo.

–¿Estará Avani allí? –me pregunta–. ¿En Cerro del Cóndor?

Asiento. A veces, me parece que Reagan siente celos de la conexión que Avani y yo tenemos gracias a la astronomía. Es ridículo, porque paso tiempo con Avani únicamente durante las reuniones del club. Antes de que empezara el verano, me veía con Reagan todos los días.

Hago un esfuerzo para no rascarme el brazo y finjo examinar un exhibidor que contiene botellas para agua de boca ancha. De pronto, se me ocurre una idea.

–Podrías venir conmigo a la fiesta estelar. Sé que a Avani le gustaría verte.

Reagan se queda en silencio. Solo un instante.

–No puedo invitar a la gente a un campamento y después abandonarlos –dice, sacudiendo la cabeza.

–Claro que no. ¡Obvio! –me río, un poco avergonzada.

El espacio entre nosotras se llena de una incomodidad densa, y no sé por qué. Tal vez está acordándose de cuando todos nos llevábamos mejor. Tal vez quiere ir conmigo a Cerro del Cóndor pero necesita un empujoncito. A veces, si le insisto, baja la guardia y me muestra la otra Reagan, la chica que solía ser cuando éramos niñas. Antes de toda la presión de entrenar para las Olimpiadas. Antes de que sus padres se volvieran ricos.

Me da una palmada en el hombro, y me asusto. A veces Reagan no se da

cuenta de la fuerza que tiene.

–No te preocupes tanto. Está todo bien –dice, con la voz llena de optimismo–. Creo que todo nos irá bien a las dos. Pasarás un tiempo en el campamento de lujo con mi grupo y luego puedes irte a la cosa de astronomía con Avani.

–Requerirá de cierta coordinación –observo, aún insegura.

–Nah, saldrá todo bien –insiste, mirándome cómicamente con los ojos abiertos como platos y sacándome la lengua por un instante–.Déjate llevar, Zorie. Deja que la vida suceda.

No sé si se da cuenta, pero ese es el lema de Brett. Lo dice todo el tiempo.

Tal vez sea hora de que siga sus consejos.

* * *

A la mañana siguiente, estoy dejando que la vida suceda de la única manera que conozco, que consiste en examinar mi extremadamente detallada lista de cincuenta y cinco ítems para el campamento mientras estoy detrás del escritorio de la recepción del centro terapéutico. Salimos mañana, lo que significa que no tengo mucho tiempo para asegurarme de tener todo lo que necesito. Me preocupa un poco olvidar algo.

No sé muy bien qué puede ser ese algo. Jamás he ido de campamento. Pero he estado curioseando el sitio web del lugar y básicamente son fotos de revista del paisaje. La única información que encuentro es una reseña entusiasta acerca del chef y la selección de vinos. Eso y una lista de precios, que son de locos. Parecería que te fueras a quedar en un hotel de cuatro estrellas en vez de en una carpa.

Avani y yo hablamos por teléfono casi una hora anoche. Concretamos los planes para encontrarnos en la fiesta estelar, y me ayudó a investigar las líneas de autobuses que pasan por las Sierras, que no tienen una frecuencia alta. Pareciera que tengo dos oportunidades al día de tomar el autobús hacia Cerro del Cóndor. Al menos ahora tengo un plan, que es lo único que quería.

Se abren las puertas del centro, y alzo la vista de la computadora de la recepción, esperando ver a la próxima cita de acupuntura de mamá. Papá no tiene ninguna cita hasta después del almuerzo, así que se fue hace unos minutos

a hacer algunos trámites en la ciudad. Por mí, mejor. No he podido decirle más de dos palabras. No sé qué decirle. *¿Qué tal? ¿Alguna amante nueva esta semana? O quizás: ¿Qué se puede hacer en las Bahamas, además de traicionar tus promesas matrimoniales y destruir a la familia?*

Aparto todo eso de mi mente y pongo la expresión amable para atender al público. Pero la sonrisa que esbozo desaparece rápidamente cuando descubro quién avanza hacia la recepción.

El mismísimo Señor de las Tinieblas, Lennon Mackenzie.

Mi primer pensamiento: *¿qué demonios está haciendo aquí?*

Nunca viene al centro. Nunca, nunca, nunca. Pasó más o menos un año desde que puso un pie en la sala de espera.

Mi segundo pensamiento: *AY, DIOS MÍO, ME DESCUBRIÓ ESPIÁNDOLO EN SU DORMITORIO.*

Si hay un Dios en el cielo, que él o ella me otorgue el poder de viajar en el tiempo, así puedo volver el tiempo atrás y evitar esta situación pesadillesca. Pestaño lentamente, a ver si Lennon ha desaparecido cuando vuelvo a abrir los ojos, pero no. Él y su cuerpo tan alto –*ni se te ocurra pensar en su pecho desnudo*– siguen ocupando demasiado espacio al otro lado de la recepción.

–Hola –dice. Suena casi como una pregunta.

Se me ocurre levantar la barbilla sin decir nada, como hizo él el otro día, pero rápidamente decido ser más elegante.

–Buenos días –respondo con formalidad. Sin sonreír. No vale la pena el esfuerzo.

Su mirada cae al suelo. Forma un puño, y lenta y suavemente da unos golpecitos con él sobre el escritorio, mientras toma aire con los dientes apretados... como si no supiera qué decir. Quizás sí que sabe, pero *en realidad* no quiere decirlo.

–Entonces... –dice, finalmente.

–Entonces –asiento. *¿Está evitándome la mirada? Siento como si estuviera por tirar dinamita por encima del escritorio y salir corriendo. Ahora entiendo a qué se refiere la gente cuando dice que se puede cortar la tensión con un cuchillo.*

¿No piensa decir nada más?

¿Vino a enfrentarme?

¿Qué hago?

–No te estaba espiando –escupo, a la defensiva–. Tan solo estaba ajustando

mi telescopio. Lo mandé a arreglar. Hace poco. Lo arreglaron hace poco. Estaba revisándolo.

Ah, ahora *sí* que me mira. Una expresión similar al espanto le asoma en la cara. O sorpresa. O piensa que soy una idiota. *¿Por qué no puedo interpretarlo? ¿Y por qué no dice nada?*

–Ni siquiera vi mucho –insisto.

Asiente con lentitud.

–Nada, en realidad –me corrijo–. Estaba probando mi telescopio.

–Ya dijiste eso –observa, mirándome con los ojos entrecerrados.

–Perdón. Es decir, no tengo nada por lo que pedir perdón, porque no hice nada.

–Claro.

–Fue un accidente.

–Entendido.

Mi mirada cae en sus brazos. Está usando mangas cortas, así que estoy mirando fijo sus músculos. *¡Aparta la mirada! ¡Aparta la mirada!* Demasiado tarde. Me descubrió. De nuevo.

¿QUÉ ME ESTÁ PASANDO?

–Entonces –dice, y apoya una pila de sobres sobre la recepción, como si no pasara nada–. Me pidieron que viniera aquí a traerles el correo. Lo dejaron esta mañana en la tienda.

Ah.

Apenas puedo controlar el gruñido de miseria que pugna por salir del fondo de mi garganta. Si no hubiera abierto la boca...

–Eh, gracias –empujo las cartas hacia mí con un dedo e intento recuperar lo poco que me queda de orgullo–. Estas parecen estar cerradas, así que supongo que esta vez no las abrieron por error.

Se tironea una oreja. Sus uñas con el esmalte negro saltado brillan bajo la luz.

–No las abrió a propósito. Yo estaba allí cuando ocurrió.

Maldición. *Lo sabe*. Por supuesto que lo sabe. No es que no se me hubiera ocurrido esa posibilidad. Pero eso no hace que me sienta menos avergonzada ahora. Me pongo a apilar ordenadamente las cartas y evito su mirada crítica.

–Ey –dice, en un tono de voz sorprendentemente amable.

Levanto la vista y noto que tiene una expresión rara. No puedo distinguir si es pena o ternura, o quizás es otra cosa completamente distinta. Pero *siento* como si él supiera algo que yo no sé, y eso no hace más que acelerarme el

pulso del pánico.

Se abre de par en par la puerta del centro. Papá entra apresurado.

–Olvidé la... –descubre a Lennon y se queda congelado. Frunce el ceño hasta que sus cejas no son más que un punto oscuro—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Lennon levanta las manos como si se rindiera, pero la expresión de su rostro es claramente desafiante.

–Dejando el correo, nada más, hermano.

–No soy tu “hermano” –dice papá, con la voz llena de desagrado.

–Gracias a Dios por su misericordia.

–Sé más respetuoso.

–Lo respetaré cuando sea respetuoso conmigo –le espeta Lennon, y luego añade–: Señor –pero no suena para nada amable.

No sé qué hacer. Primero, ¿por qué vino Lennon? Ya sabe cómo es papá.

–Lennon vino a traer correo mal entregado –suelto de un sopetón, para evitar que la cosa empeore.

Es como si papá no me hubiera oído.

–Se supone que no debes poner ni un pie en mi propiedad –dice, señalando el suelo.

–¿*Su* propiedad? Por lo que sé, renta este lugar igual que el resto de nosotros –contesta Lennon, encogiéndose de hombros.

–No te hagas el sabelotodo.

–Es mejor ser un sabelotodo que un burro.

Ay, eso no es bueno. La expresión de papá pasa del enojo a la furia.

–Vete de aquí.

–En eso estoy –dice Lennon, con una sonrisa sombría.

–Pues claro que sí –masculla papá.

Se escuchan pasos en el pasillo detrás de la recepción, y mamá emerge, sin aliento, y mueve la cabeza en todas direcciones para examinar la escena.

–¿Qué pasa? –dice en un susurro—. ¡Tengo un cliente en la camilla!

–Señora Everhart –la saluda Lennon, con una amable inclinación de la cabeza—. Su esposo me estaba echando.

–¡Dan! –protesta mamá.

–No regreses –le dice papá a Lennon, ignorando a mamá.

–Nos vemos, Zorie –se despide Lennon mientras abre la puerta.

–Si vuelves a hablar de nuevo con mi hija, llamaré a la policía –le grita papá.

Ay, bendito.

Lennon se vuelve desde el umbral y se queda mirando fijo a papá durante unos largos segundos.

–Siempre es un placer, señor Everhart. Es usted un faro de civilización y caballerosidad. Una auténtica *joya* –dice, sacudiendo la cabeza.

Papá está completamente furioso y, durante un momento, me preocupa que vaya a pegarle a Lennon. Peor aún, temo que Lennon mencione el álbum de fotos de las Bahamas.

Pero Lennon mira a mamá, y luego a mí. Sin decir otra palabra, se va. La puerta se cierra tras él, y observo cómo su silueta oscura desaparece por la acera.

–Dan –repite mamá, esta vez levemente exasperada. Derrotada.

El silencio inunda la sala de espera. Papá refrena su enojo y, así como vino, toda su tumultuosa energía se disipa en el rayo de sol que atraviesa la ventana delantera. Se vuelve hacia mí.

–¿Por qué estaba aquí? Pensé que no se hablaban más –pregunta, con calma.

Agito los sobres que trajo Lennon.

–No hablamos. Estaba diciendo la verdad.

¿Tiene idea de cuán humillada me siento por lo que acaba de suceder? Los problemas que Lennon y yo tengamos son tema nuestro, y estoy cansada de estar en el medio de los pleitos de papá. Todos: su enfrentamiento con los Mackenzie y lo que le ha hecho a mamá. Si supiera lo que tengo escondido en el escritorio de mi habitación...

Tal vez debería mostrarle el álbum de fotos en privado para ver qué me dice.

¿Saldría del aprieto con su labia? ¿O confesaría?

Creo que no tengo el valor para averiguarlo.

Papá se me queda mirando, aparentemente sin expresión, pero noto que los engranajes se están moviendo dentro de su cabeza. ¿Sospecha lo que estoy pensando? Relajo mi expresión para estar a juego con la de él.

Luego de un momento, aspira suavemente por la nariz y hace tintinear las llaves del auto en la mano.

–Si ese chico te vuelve a molestar, Zorie, por favor dímelo. Inmediatamente.

Que espere sentado, porque no creo por el momento que pueda confiar en él.

Quizás nunca más.

Capítulo 5



Eso fue todo lo que papá y yo nos dijimos antes de que le pidiera disculpas a mamá por armar un escándalo en el trabajo. Luego hizo una parada técnica en su oficina y se fue a las apuradas. Como si no hubiera pasado nada. Un par de horas más tarde, llamó para avisar que no lo esperaríamos para almorzar. Dijo que iba a jugar al ráquetbol con un cliente. Ya no estoy segura de que en verdad esté haciendo eso.

Es probable que nunca más crea *nada* de lo que diga.

Mamá cerró el centro para ir a almorzar, y luego de unos tacos vegetarianos preparados con vegetales locales en su restaurante vegetariano preferido, volvemos paseando a casa por la zona comercial principal de la calle Mission.

Sacando la comida y el café, el paseo bordeado por sicomoros no te ofrece nada que necesites, sino más bien todo aquello que deseas. Las tiendas especializadas que venden cepillos de dientes suecos, sake artesanal, títeres hechos a mano y juguetes construidos con madera reciclada están encajonadas entre un puñado de tiendas de cadena nacionales. Y a lo largo de las aceras frente a estas tiendas, mamás y punks callejeros con tatuajes comparten bancos mientras oyen al conjunto estudiantil de jazz que toca a la gorra afuera de la cafetería Jitterbug.

—Casi no hablaste en el restaurante —comenta mamá, que carga las sobras del almuerzo en una bolsa plástica blanca—. Sé que estaba lleno y había mucho ruido, pero sueles dejar caer al menos *un* chiste de vegetarianos.

Es fácil. Los tacos llevan carne. Ese lugar va en contra de la naturaleza. La mitad de las personas que comen allí necesitan una buena dosis de

suplementos de hierro.

–Estaba pensando en el campamento, nada más –miento.

–En el campamento... ¿o en tu papá haciendo el ridículo frente a Lennon?

–Ambos, tal vez –admito, echándole una mirada de reojo–. Dan Diamante se volvió un poco loco.

–A veces Dan Diamante se deja llevar por sus emociones –suspira, tironeando de la costura diagonal de la chaqueta de su ambo–. Nunca estuve de acuerdo en cómo trata a Lennon. Si los Mackenzie te trataran así alguna vez...

–Pero no lo hacen.

–Lo sé –asiente–. Y no lo excusa, pero tu padre está muy estresado por el negocio. Ha perdido muchos clientes de masajes. Tenemos una hemorragia bastante importante en este momento, y no sé cómo restañar la herida para que el negocio se recupere.

Pienso durante un momento.

–Podrías llamar al abuelo Sam. Él te prestaría el dinero.

El abuelo Sam es su padre. Es el tipo más bueno del mundo. Los padres de mamá llegaron a Estados Unidos cuando ella era una bebé, y son dueños de una compañía de transporte, Moon importaciones y exportaciones –Moon es el apellido coreano de la familia– que importa maquinaria de Corea del Sur. Los Moon no son ricos, pero les va bien. El abuelo Sam me compró a Nancy Grace Roman y el resto de mi equipamiento para astronomía. Cada mes le mando por mensaje mis mejores fotos de constelaciones, y él me responde con una serie de emojis iguales y entusiastas. Solía enviar solo caritas sonrientes, pero últimamente amplió el repertorio con pulgares arriba y estrellas.

–No, no les pediremos más dinero a mis padres –dice mamá con firmeza–. Ya han hecho más que suficiente.

Caminamos en silencio un momento, y luego pienso en algo que dijo.

–¿Por qué no estás perdiendo tus clientes de acupuntura?

–¿Mmm?

–Si el *sex shop* de los Mackenzie está expulsando a los clientes de masaje de papá, ¿por qué tus clientes siguen viniendo?

–¿Quién sabe? –se encoge de hombros–. Tal vez hay más masajistas que acupunturistas en Melita Hills. Soy un producto poco común.

–Tal vez papá también debería empezar a hacer acupuntura.

–Créeme, tu padre y yo hemos pensado en una docena de opciones. Hemos analizado el negocio hasta el más mínimo detalle durante los últimos meses.

Cuando llegamos al final de la calle, una mujer cubierta en pedrería intenta

contarnos acerca de los beneficios de la psiconeuroinmunología al mismo tiempo que un hombre que luce un traje dudoso pretende alcanzarnos un folleto sobre la salvación desde el otro lado de la acera. Les hago un gesto a ambos para que se aparten.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –digo, después de que cruzamos la calle–.
¿Eres feliz con papá?

Mamá vuelve la cabeza hacia mí.

–¿Por qué me preguntas eso?

–No lo sé.

Pero ahora quisiera no haberlo hecho.

–Por supuesto que lo soy –me asegura.

No sé cómo sentirme al respecto. ¿Cómo puede ser feliz si papá anda callejeando por medio planeta con otras mujeres? ¿No tendría que notar que hay algo que está mal? Creo que me daría cuenta si mi compañero me estuviera engañando. Al menos, eso espero. Mi única experiencia personal en el tema es Andre Smith. Nos empezamos a ver después del baile de bienvenida, pero justo antes de nuestra segunda cita, su mamá consiguió un trabajo en Chicago y se mudaron. Nuestra tercera cita fue su fiesta de despedida, y porque no nos íbamos a ver nunca más, nos... dejamos llevar un poco. Se tomaron malas decisiones. Después de hacerme tres pruebas de embarazo –solamente para estar segura por triplicado–, y luego confesarle a mamá lo que habíamos hecho para pedirle consejos médicos para estar segura por *cuadriplicado*, la experiencia fue una decepción. Para mí, al menos. Andre me envió e-mails durante semanas porque quería seguir adelante, hasta que no me quedó otra opción que marcar su dirección como spam.

Eso es lo que pasa cuando no sigo un plan. Un total y completo desastre. Nunca más.

Mamá me pasa la mano por encima de la cabeza.

–Los problemas financieros son estresantes para cualquier pareja. Pero lo superaremos. Los tiempos malos no duran. Tienes que aguantar hasta que pasan.

Pero no sabe realmente cuán malos son. Y lo otro que me preocupa, además del ataque de furia desquiciado de papá esta mañana, es saber que no soy la única que está manteniendo en secreto sus actividades extracurriculares. Las Mackenzie lo saben. Lennon lo sabe. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que haya una filtración y mamá se entere?

No puedo permitir que eso suceda.

–¿Eso es un sarpullido? –me pregunta mamá, y se detiene para mirarme el brazo—. Cielos, Zorie. Estás toda brotada. ¿Comiste camarones?

–No.

A veces los mariscos me provocan brotes, pero en general es el estrés sumado al alérgeno ocasional. Es impredecible. Mi cuerpo es un misterio.

–Tienes que volver a tomar antihistamínicos todos los días –me dice, frunciendo el ceño y con la preocupación pintada en el rostro—. Y tenemos que comprar más crema homeopática de la tienda de la señorita Angela.

Esa crema me da dolor de cabeza, pero no digo nada. Mamá me está diciendo que podemos parar y comprarla en el camino de regreso si nos apresuramos, pero algo del otro lado de la calle me llama la atención. El enorme coche fúnebre negro de Lennon está estacionado enfrente. Estamos a media calle más o menos de su lugar de trabajo, así que debe estar trabajando. Y cuando pienso en su discusión con papá esta mañana me doy cuenta de algo: me iré por una semana, y Lennon se quedará aquí. Un enfrentamiento más con papá y Lennon podría decir algo sobre el álbum de fotos.

Necesito que me prometa que mantendrá la boca cerrada.

–Mira, no quiero que llegues tarde a tu próxima cita –le digo a mamá—. Puedo caminar a lo de la señorita Angela y buscar la crema para la urticaria.

Duda un momento antes de rebuscar en el bolsillo del ambo y entregarme algo de dinero.

–Está bien. Pregúntale si te la da a cambio de una sesión gratis de ventosaterapia. A veces hace trueques.

–¿Honor de sanadores?

–Algo así. Tómate un antihistamínico cuando llegues a casa, y veré cómo sigues más tarde, ¿entendido?

–Entendido.

–Lo digo en serio. No me hagas llevarte al Sagrado Corazón.

–No a *esos* monstruos –digo con dramatismo—. La medicina tradicional es para imbéciles.

Me clava un dedo en el costado para hacerme cosquillas, y me hace reír.

–Cúidese esos sarpullidos, señorita.

Le aseguro que lo haré.

Luego de que nos separamos, vuelvo sobre mis pasos, cruzo la calle y dejo atrás el auto de Lennon. Después me dirijo a la tienda de la esquina.

Isla de los reptiles es una de las tiendas de reptiles más antiguas de California. El frente de ladrillos está cubierto por un enorme mural de la selva

tropical, con lagartos, tortugas y serpientes incluidos. Paso junto a los trozos gigantes de madera lavada por el mar y las plantas tropicales que flanquean el nicho de la entrada, y empujo la puerta.

Una vez dentro, mis ojos se adaptan a la luz difusa mientras el aroma denso y almizcleño del sustrato y las serpientes me inunda la nariz. Cientos de tanques y terrarios cubren las paredes, y las luces fluorescentes y las lámparas de calor generan una atmósfera cálida. La mayoría de los reptiles está a la venta, pero los dueños de la tienda también se dedican a la cría, y llevan adelante mucho trabajo educacional.

Hay un mostrador grande cerca de la entrada, pero Lennon no está a cargo de la caja, así que miro alrededor para tratar de encontrarlo en el amplio local. Debajo de las vigas de madera que se entrecruzan por el gran techo abierto, camino por entre pasillos repletos de cuevas de plástico, plantas falsas y una reserva infinita de productos para reptiles: termostatos para los tanques, contenedores de alimento, hamacas para lagartos. En el centro de la tienda, en el interior de un inmenso hábitat enjaulado, está el esqueleto de un árbol viejo, con las ramas desnudas decoradas con pequeñas plataformas de madera. Plantas tropicales cuelgan del techo y enredaderas con flores trepan por las paredes de malla.

Allí es donde encuentro a Lennon.

Está de pie en la jaula con una iguana verde gigante apoyada sobre los hombros.

–Se llama María –le está diciendo Lennon a una niña que está de pie afuera de la jaula con la nariz pegada a la malla–. Viene de Costa Rica.

–¿Cuántos años tiene? –pregunta la niña.

–Cinco –responde Lennon.

–Tiene tu misma edad –comenta la madre.

–¿Vive aquí? –pregunta la niña, adecuadamente impresionada.

–Tiene toda la jaula para ella –le confirma Lennon–. Mide casi un metro veinte, así que necesita un montón de lugar para recorrer. ¿Quieres verle la cola?

Se agacha hacia el lado de afuera de la pared para que la niña pueda ojearla.

Tiene los ojos como platos, y está fascinada pero temerosa a la vez.

–¿Muerde?

–Si está asustada –contesta Lennon, engatusando a la iguana que pasa de sus hombros a una plataforma que está por encima, donde se arrastra debajo de

una planta tropical enmacetada—. Solo permite que la toquen algunos amigos especiales. Le lleva mucho tiempo confiar en las personas y permitirles que se acerquen a ella. Pero no le importará si la admiras desde ahí.

—¿Puedo tenerla como mascota?

Lennon finge meditar al respecto.

—Necesita mucho espacio, y nos pondría tristes no verla a diario. Si te gustan los lagartos, una mascota mejor sería un anolis verde o un gecko leopardo. Son bastante fáciles de cuidar, si tu mamá está dispuesta a comprar insectos vivos...

Le echa una mirada a la madre, que niega firmemente con la cabeza.

—O podrías venir aquí y visitar a María —añade rápidamente.

La niña piensa cuidadosamente al respecto y la madre le hace un gesto entusiasta con el pulgar arriba. Lennon relaja el rostro con una cálida sonrisa. No lo he visto sonreír así desde hace mucho tiempo. Es una sonrisa dulce e infantil. Inesperadamente, siento un dolor vacío que crece en mi pecho.

No seas ridícula, me digo a mí misma.

Mantengo mis inoportunas emociones bajo control, y las guardo bajo llave mientras la madre le agradece y lleva a su hija hacia la sección de las tortugas. Cuando Lennon se queda solo, me acerco a la jaula, turbada.

—Ey —digo.

Se vuelve y me encuentra. Mueve la cabeza hacia atrás de la sorpresa, y mira alrededor, como si fuera a aparecer una cámara oculta, más asustado que la niña ante la posibilidad de que la iguana la mordiera.

—¿Qué tal?

—Estaba volviendo a casa después de almorzar y vi tu auto —digo, como si fuera una cosa completamente normal, esto de que me haya pasado por la tienda. Como si no me hubiera negado a caminar de este lado de la calle durante meses con tal de no cruzármelo por accidente.

Se para en una postura defensiva, con los brazos cruzados.

—¿Estás segura de que no estás aquí para arrestarme por entrar ilegalmente en propiedad privada?

Me estremezco por dentro

—Papá...

—¿Es un idiota?

—Está ansioso.

Lennon resopla.

—Así que *eso* es lo que vamos a decir.

–Mira, tú también estarías estresado si el negocio que creaste se estuviera yendo al infierno porque tus clientes se escapan como ratas de un barco que se está hundiendo.

Hace un sonido grave y pensativo, y el sonido resuena contra el muro de la jaula, distrayéndome y provocándome cosas extrañas y no deseadas en el interior de mi pecho. Es lo que sientes cuando un camión grande pasa por la ruta. No lo ves pero lo sientes, y te pones receloso sin razón.

–Eso está mal –señala–. La frase original era “cuando el edificio se está por venir abajo, los ratones lo abandonan”.

–¿Ah, sí? Bueno, supongo que no esperas que suceda eso *de verdad*, dado que estamos todos atrapados en el mismo edificio –digo, súbitamente irritada con sus datos curiosos de sabelotodo–. Si nos venimos abajo, los escombros podrían tapar tu tienda. ¿Y dónde comprarían entonces sus tapones anales los pervertidos del barrio?

–Caramba, no lo sé –repone, aferrándose a la estructura de madera de la jaula e inclinándose hasta que su rostro está a nivel mío, y apoya la frente contra la malla que nos separa. Un aroma a limpio y a sol emana de su ropa, que me es dolorosamente familiar. Es el aroma de Lennon–. Tal vez irán a la misma tienda donde tu papá compra los palos que se mete en el trasero. Creo que está al lado de la tienda Somos adúlteros.

Me hierve la sangre.

–No... –empiezo a decir, y me doy cuenta de que estoy gritando. Me acerco a la malla y bajo la voz–. No puedes contarle a nadie lo del álbum de fotos.

–Creo que cualquiera con un sensor de mierda que funcione ya sabe que es un imbécil.

–¡Mamá no! –susurro y grito ante su estúpido rostro.

Aguza la mirada y sus ojos se cruzan con los míos. Hace un ruidito.

–No le diste el paquete.

–Porque destruirá su matrimonio –susurro–. No puedo hacerle eso a mamá, la mataría.

Lennon no responde. Solamente me estudia los ojos.

–No puedes decirle nada a mamá –le suplico–. Y hasta que yo sepa qué hacer, tienes que decirles a tus mamás que tampoco digan nada.

–No puedo controlar lo que le dicen a tu mamá. Si lo recuerdas, eran amigas. Ahora que lo pienso, también lo éramos nosotros, antes de que decidieras que subir en la escala social era más importante.

–¿Qué?

Eso no es lo que sucedió. *Él* me dejó a mí.

–Francamente, me sorprende que te arriesgues a ser vista en público conmigo –observa–. Cada segundo que pasas junto a mí te baja el puntaje. Ten cuidado, o tu medidor de vida quedará en cero.

–Ni siquiera entiendo qué quieres decir con eso.

–Eso es porque has pasado demasiado tiempo con la maldita Reagan Reid.

–Dice el chico que está solo en casa por la noche con un montón de serpientes.

–Claro, tú lo sabes bien, jefa de espías.

Apoyo la frente contra la malla.

–Ya te dije que eso fue una equivocación.

Sus ojos oscuros están a centímetros de los míos.

–¿De verdad?

–Una equivocación tremenda.

–Si tú lo dices.

–Enorme.

–Me halagas.

–Yo...

Un momento. ¿De qué estamos hablando?

Sonríe lenta y engreídamente.

Me alejo de la malla. De pronto siento como si alguien estuviera poniéndome una antorcha junto a las orejas. Tironeo las puntas onduladas de mi cabello al estilo bob e intento ocultar el enrojecimiento que me delata, y que deseo que desaparezca antes de llegarme al cuello.

–Me cansé –exclamo–. Iba a pedirte disculpas por el comportamiento de papá, pero ahora me alegra que te haya arrancado la cabeza de un mordisco. Espero que tengas que darte la vacuna antirrábica. Te odio tanto.

–Sabes –dice, después de largar una sola risotada sarcástica–, realmente me sentí mal por ti. Realmente, durante dos segundos completos. Supongo que fui un idiota, porque me doy cuenta ahora de que nada ha cambiado. Sigues siendo la misma chica fría como el hielo. Eres como él. ¿Lo sabes, verdad? Te importan más las apariencias que lo auténtico. Quizás llevas la mentira en la sangre.

Siento un caos de emociones. Vergüenza. Dolor. Y algo más que me cuesta identificar. Enojo. Debe ser eso, porque sin aviso, me arden los ojos por las lágrimas no derramadas.

Ni se te ocurra llorar frente a él, me digo a mí misma.

–Zorie –dice, en su voz grave y áspera–. Yo...

No termina, y no importa. No me importa lo que piense Lennon Mackenzie. Ni ahora, ni nunca.

–Pensé que podía venir y hablar de una manera razonable contigo –explico, con el tono de voz más calmo y profesional que puedo, y me alejo de la jaula–. Pero supongo que me equivoqué. Todo lo que te pido es que tú y tus madres tengan respeto por mi madre...

–Zorie...

–Que te mantengas alejado de su negocio y me dejes manejar las cosas a mí –continúo, alzando la voz para taparlo–. Si alguien tiene que destruir su vida, es mejor que sea yo, en vez de un desconocido a quien no le importa.

Y después de eso, me voy de la tienda.

No puedo esperar a que sea mañana.

Capítulo 6



—¿Tienes todo? —pregunta mamá mientras comprueba el peso de mi mochila. Son casi las diez de la mañana, y Reagan pasará a buscarme en unos minutos. Pasé por el centro para despedirme de mis padres—. Dios mío, esto es pesado.

—Es mi telescopio portátil y la cámara de fotos.

Jamás se me habría ocurrido que cuatro kilos y medio pudieran pesar tanto. Ocupan mucho lugar en la mochila, así que puse una de las carpas que Reagan compró al fondo, una bolsa de dormir comprimida, la ropa enrollada cuidadosamente para ahorrar espacio, un par de barritas energéticas, mantequilla de maní y granos de café cubiertos de chocolate, es decir, todos los grupos de alimentos importantes.

Es posible que haya metido un cuaderno de papel cuadriculado. Uno pequeñito. Y algunos bolígrafos de gel.

—¿Tienes el dinero para emergencias que te di?

Le doy una palmadita al bolsillo de mi pantalón corto en una tela escocesa violeta. Hacen juego con mis Converse violetas, que combinan con el marco violeta de mis gafas. ¿Mencioné mi esmalte para uñas violeta con brillos? Soy genial. Deberían pagarme por lucir tan bien. Un contrato para modelar, ahora mismo.

—¿El cargador para celulares portátil?

—En mi mochila —miento. Es un modelo antiguo que pesa una tonelada, y en la batalla entre pesado versus pesado, ganaron el telescopio y la cámara. Además, habrá electricidad en el campamento. Conectaré el teléfono y ya.

—¿Crema para la urticaria? —pregunta mamá, examinando mis brazos.

–Sí, llevo esa crema homeopática apestosa. ¿Dónde está papá? Tengo que irme pronto.

–¡Dan! –exclama en dirección a las habitaciones traseras, con las manos alrededor de la boca. Luego se vuelve de nuevo hacia mí–. Está apresurado por irse al banco. Traté de aumentar el límite de la tarjeta de crédito, y me dijeron que nuestro puntaje crediticio es muy bajo, porque sobrepasamos nuestro límite. Lo que es una locura, porque es nuestra única tarjeta de crédito y cancelé el préstamo del auto de tu padre el año pasado. Debe tratarse de algún error. Él lo solucionará. Ah, aquí estás.

Papá entra trotando a la recepción, con las llaves en la mano, en dirección a la salida.

–Vuelvo en un momento –dice.

–Dan, Zorie está yéndose de campamento –observa mamá, y suena tan exasperada como yo me siento.

Se vuelve hacia mí y parpadea, parece que recién nota mi mochila.

–Por supuesto –dice, y oculta rápidamente su metida de pata con una sonrisa encantadora–. ¿Tienes ganas de pasar tiempo con la hija de Reid?

–Reagan –replico.

–Reagan –repite. Sonríe de nuevo. Se vuelve a mamá–. ¿Todo está bajo control en el campamento? ¿Las chicas estarán seguras allí?

–Tienen seguridad y eso –dice mamá–. Te lo dije, ¿recuerdas? La señora Reid habló con el dueño, y les prestarán especial atención.

–Claro, claro –murmura papá, asintiendo con entusiasmo. Luego me sonrío y empieza a extender sus brazos hacia mí como si me fuera a abrazar, lo que es raro, porque ya no solemos hacer eso, y luego cambia de idea y me da una palmadita en la cabeza–. Pásala genial, muchacha. Mantente en contacto con Joy y llévate el gas pimienta en caso de que haya chicos con manos inquietas.

Habrán chicos, y sin lugar a dudas *espero* que haya manos inquietas. Pero ni loca le digo eso, así que simplemente río, y mi risa suena tan vacía como su sonrisa.

Asiente con formalidad, y es incómodo.

–Tengo que ir al banco. Nos vemos a la vuelta –dice, y antes de que pueda responderle, sale trotando por la entrada.

Cuando se va, me desahogo con mamá.

–¡Hola! Me estoy yendo por una semana entera. ¿Se da cuenta?

–Lo sabe –replica mamá, alzando una mano para indicar que comparte mi frustración–. Le dije que podía ocuparme del banco en mi descanso para

almorzar, pero insistió en que tenía que ser ahora. Está...

–Estresado –digo, resignada–. Sí.

¿Y qué es eso del crédito en el banco? Suena sospechoso. O quizás yo sospecho de cualquier cosa que haga papá.

–Ey, olvídate de él. Yo estoy aquí –afirma, sosteniéndome el rostro entre sus manos–. Y te extrañaré muchísimo. Y también me preocuparé por ti todos los días, así que por favor llámame o envíame un mensaje cuando puedas.

–La señal de celular es irregular –le recuerdo. Leímos advertencias al respecto en el sitio web del campamento.

–Si no sé nada de ti, no alertaré a la policía estatal –promete–. No a menos que no estés parada frente a mí el próximo viernes al mediodía. Intacta, cabe añadir.

–No sé si intacta, pero estaré aquí. Reagan tiene que volver para un evento de orientación pre-semester con su equipo de carrera a campo traviesa –comento–. Hablando de eso, mejor que vaya afuera. Quiero mantenerme en horario.

Me toma el brazo para mirar el reloj y hace una mueca cuando ve la hora.

–Maldición. Tengo que preparar la habitación para la próxima cita.

Bien, porque en verdad prefiero salir sola antes de que Joy decida acompañarme y saludar a Reagan. Como papá, todavía piensa que se trata de un viaje solo de chicas, y preferiría que siguiera creyendo eso.

–Cambié de idea. No vayas –me abraza súper fuerte y luego se aferra a mí con dramatismo.

–Mamá –le digo, riéndome–. Estás desequilibrando mi fuerza vital.

–¿Ya te he dicho lo mucho que te amo?

–Hoy no. Pero me compraste jamón de pavo curado, y si eso no es una muestra de afecto, no sé qué es.

–Te amo, dulzura.

–Yo también te amo.

Cuando finalmente me deja ir, levanto la pesada mochila con un brazo y me despido.

–No te olvides de darle la cena a Andrómeda –le recuerdo. Ese es mi trabajo, mamá le da de comer por la mañana.

–No lo olvidaré –me asegura mientras abro la puerta–. Tú no orines tus zapatos y no provoques a los osos.

–Si veo un oso, me desmayaré del miedo, así que pensará que estoy muerta.

–Suena razonable. Y... ¿Zorie?

–¿Sí?

–No seas cautelosa, sé prudente. Pásala bien, ¿sí?

Asiento con seguridad y salgo.

Es un día de verano perfecto. Ni demasiado caluroso, ni demasiado fresco. Un hermoso cielo azul. Siento una combinación rara de ansiedad y expectativa mientras cargo la mochila rumbo al espacio donde está prohibido estacionar pintado a rayas junto a la acera.

No hay señales de Reagan aún, así que decido practicar una vez más con la mochila. Me la probé una vez cuando estaba vacía, pero ahora que está llena, me veo obligada a sentarme en cuclillas para levantarla, y me está costando ponérmela sobre los hombros. Cuando al fin lo logro, me tambaleo torpemente y casi caigo hacia atrás. ¿Cómo voy a hacer para caminar por un sendero de tierra con semejante cosa? Siento que tengo una babosa obesa aferrándose a mi cuello. Tal vez, si aseguro la correa que se ajusta alrededor de la cintura...

–Has empacado mal –me grita alguien.

Me doy vuelta con lentitud, por si me caigo *de verdad* –es una posibilidad real, no estoy bromeando–, y me lleva exactamente un segundo detectar a quién pertenece la voz: zapatillas de corte alto Converse negras, jeans negros artísticamente desgarrados en las rodillas y una camiseta con un corazón dentro de la radiografía de un torso.

Lennon está sentado sobre la capota de su coche fúnebre, estacionado a unos metros de uno de los espacios públicos que están en el medio del callejón.

–Se supone que debes empacar las cosas pesadas en el centro, cerca de tu espalda. Así las caderas llevan el peso, no los hombros. Si empacas bien, no parecerás la torre de Pisa.

–No soy... –acomodo los pies y me inclino apenas hacia adelante, casi provocando una avalancha corporal. *Maldición*.

La sonrisa de Lennon es lenta e irritante. Tiene puestas gafas de sol súper oscuras, así que no puedo verle los ojos. El doble de irritante. ¿Para qué me está hablando? ¿No le dije ayer que lo odiaba?

–¿Qué tienes guardado ahí? –pregunta–. ¿Lingotes de oro?

–Mi telescopio.

–¿Metiste a Nancy Grace Roman dentro de esa mochila?

–No, el portátil –me sorprende que se acuerde.

–Ah. Bueno, está mal empacado.

–Y yo debería confiar en ti porque eres *tan* experto en senderismo –digo,

molesta.

Se echa hacia atrás y se apoya sobre las manos, levantando el rostro hacia el sol.

–De hecho, lo soy, un poco.

–¿Desde cuándo?

–Desde siempre. Me fui de mochilero a Europa con mis mamás cuando tenía trece...

Ah, sí. Había olvidado eso.

–Pero fueron a hostales.

–Y campamentos.

Claro.

–Y tres veces este año. ¿Tres? Espera, creo que cuatro –dice, más para sí mismo que para mí. Encoge un hombro–. Uno no cuenta, pero bueno.

–¿Fuiste a Europa este año? –comento, sorprendida.

–No, me fui de mochilero aquí en California. Mis mamás me dieron un pase para los parques nacionales como regalo de Navidad y me llevaron a acampar al Valle de la Muerte para las vacaciones de primavera. Hasta hice un curso de supervivencia.

No computa. Eso no es muy Lennon. El chico que yo conocía no pasaba tiempo al aire libre. Es decir, técnicamente pasamos la mayoría de nuestro tiempo juntos afuera caminando, pero eso era en la ciudad. Antes de que pueda terminar de comprender esta evolución de Lennon, el Hombre Misterioso, él vuelve a hablar.

–Puedo ayudarte a empacar de nuevo, si quieres –ofrece, aún con el rostro levantado al cielo, donde estelas de la niebla matutina se deslizan de nuevo hacia la bahía, trazos de plata contra el azul brillante.

¿Lennon Mackenzie poniendo sus manos en mis cosas íntimas? *No me parece, amiguito.*

–No, gracias.

Dejo que las tiras de la mochila me caigan por los brazos hasta que toca el suelo.

–Pasarán a buscarme en cualquier momento –agrego, intentando callarlo.

–Sí, me acaba de llegar un mensaje.

¿Eh? Espera un maldito momento.

Consejos sobre mochilas. Campamento en el Valle de la Muerte. Visto pasando tiempo con Brett...

Ay, no. Ay no, no, no.

Él no puede ser el nuevo amigo íntimo de Brett. No puede ser el “tipo” que nos llevará a la catarata secreta fuera del sendero en las Sierras. ¡No puede ser! Reagan sabe que lo evito. No sabe *por qué*, pero debería haberme contado. ¿Por qué no me dijo nada? Debe tratarse de una equivocación.

Siento que el pánico me inunda cuando un utilitario azul oscuro entra al estacionamiento en un abrir y cerrar de ojos. Lennon salta relajadamente desde la capota de su auto y aterriza con delicadeza. Se agacha para recoger algo que no puedo ver, cerca de la rueda delantera. Cuando se incorpora, está colocándose una mochila roja al hombro. El bolsillo delantero superior está cubierto de insignias punk-rock y parches de parques nacionales de colección. Hay una colchoneta de gomaespuma bien sujeta en la parte inferior.

Mierda.

Con la música electrónica a todo volumen, el utilitario azul patina y frena entre nosotros, y entonces asoma el cabello castaño claro de Reagan de la puerta del conductor.

–¡Hora de irse de *glamping*, zorras! –grita alegremente por encima de la música–. Las mochilas van arriba en el contenedor de carga. Dense prisa.

No puedo formar un pensamiento coherente. Sé que me quedo mirando como una estúpida cuando Brett sale torpemente del utilitario y palmea con fuerza a Lennon en el hombro.

–Lennon, mi amigo –dice, la voz llena de alegría–. ¡Esa camiseta es genial! Me encanta. Vamos, te ayudaré a abrir el contenedor. El cerrojo está roto.

Brett nota mi presencia por primera vez.

Me da vueltas el estómago.

¿Vieron cuando la gente dice que está cegada por el amor? Eso es lo que me sucede cuando veo a Brett. Luce como una celebridad, las piernas bronceadas y el cabello color arena ondulado, un rostro demasiado perfecto para un mortal que va a la secundaria. Y no me hagan hablar de sus dientes. Son increíblemente perfectos. Nunca supe que los dientes podían ser tan atractivos.

Despliega esos dientes millonarios en una sonrisa deslumbrante.

–Zorie. Sigues con esa onda de científica sexy –dice, y señala mis gafas con los dedos como si fueran pistolas, mientras silba apreciativamente. Luego me indica que me acerque para darme un abrazo–. Ven, chica. No te veo hace mil años.

Ay, guau. Me sobrepasa el aroma especiado de su loción para después de afeitarse. Huele un poco como papá, y es raro pensar en eso. *¡Cállate, cerebro!* Esto es culpa de Lennon por haberme sorprendido. Su presencia me confunde.

Y ahora acabo de desperdiciar los dos segundos que duró el abrazo con el chico de mis sueños pensando en a) mi papá y b) el chico de mis pesadillas. Fantástico.

–¿Qué has estado haciendo este verano? –pregunta Brett, con ligereza.

Di algo. No metas la pata.

–Tú sabes, trabajando.

¿Trabajando? ¿Eso es lo mejor que se me ocurre? Trabajo dos veces a la semana por unas horas en el centro terapéutico. ¿Por qué hago que parezca que estoy trabajando como esclava por un sueldo en un trabajo de verdad? Quiero volver a intentarlo, pero la atención de Brett está enfocada en la tarea de abrir el gran contenedor plástico de carga que está enganchado al portaequipajes del utilitario. Mientras tanto, Lennon me está mirando –no, mejor dicho tiene la vista clavada en mí– y no puedo darme cuenta de qué está pensando por culpa de esas estúpidas gafas de sol, pero se *siente* como si me estuviera juzgando.

¿Esto está sucediendo de verdad? ¿Lennon viene con nosotros?

Brett abre el contenedor y ayuda a Lennon a guardar su mochila, acomodándola junto a varias otras. Lennon hace un gesto silencioso con la mano e inclina la cabeza, ofreciéndome a ayudarme a levantar mi mochila. Intento hacerlo sola, y al final tengo que dejar que Lennon y Brett la levanten. Lo cual es muy humillante.

–Ey –le digo a modo de saludo a Kendrick Taylor, me acomodo en mi asiento y cierro la puerta.

La familia de Kendrick es dueña de una bodega exitosa que es celebrada en los medios como uno de los mejores viñedos de Sonoma County. Como va a una escuela privada en Melita, lo vi solo una vez, cuando Reagan me arrastró a una fiesta.

–Zorie, ¿verdad? –dice, con un ojo entrecerrado. Con su camisa de batista abotonada y pantalones cortos color caqui que contrastan agradablemente con su piel oscura, es mucho más apuesto de lo que yo recordaba, y se lo ve seguro de sí mismo y amigable.

Una chica alta con el cabello largo y aclarado por el sol se recuesta en el asiento del pasajero. Summer Valentino. Si te mueres por saber los cotilleos sobre cualquiera en la escuela, ella los sabe. Y aunque sus calificaciones fueron tan malas que técnicamente debería haber repetido el undécimo curso, está en el comité del anuario y en el periódico digital escolar, lo que según parece la salvó.

–A Zorie le interesa la astrología –le dice Summer a Kendrick.

–La astronomía –la corrijo.

–¡Ouch! –dice ella, sonriente–. Siempre me las confundo. ¿Cuál es la de los horóscopos?

–*Astrología* –pronuncia cuidadosamente Kendrick, y finge darle una palmada en la cabeza, que ella esquivo con una sonrisa tonta.

Brett habla a mis espaldas y presenta a Lennon y Kendrick.

–Este es mi amigo –le comenta Brett a Kendrick, sacudiendo con fuerza el hombro de Lennon–. Este chico es *salvaje*. ¿No es cierto, John Lennon?

Él está sentado detrás de Kendrick, así que lo veo mejor que a Brett.

–Si tú lo dices –responde, inexpresivo.

–¿De verdad te llamas así? –pregunta Kendrick.

–Sin el John –afirma Lennon–. Pero a Brett no le importa.

Si no los conociera, me preguntaría si no se trata de un insulto. Pero Brett ríe como si se tratara de la broma más graciosa del mundo.

Mm, está bien. ¿Qué está sucediendo aquí?

–El padre de Lennon es Adam Ahmed de Orphans of the State –comenta Summer–. Abrieron los recitales de Green Day hace un millón de años. Su papá era el baterista egipcio-estadounidense.

–Guitarrista –la corrige Lennon con tranquilidad, pero me parece que la única que lo oye soy yo.

–¿No se quedó una de tus mamás en la casa de Billie Joe Armstrong durante unas semanas? –pregunta Reagan, mientras ingresa la dirección en el sistema de navegación del utilitario–. ¿No conocía a la esposa, o algo así?

Antes de que pueda responder, Summer interviene.

–¿Es verdad que tus mamás estaban con tu papá al mismo tiempo? –hace una pausa, y agrega en voz baja–: Quiero decir, los tres juntos.

–Entendí lo que quisiste decir –replica Lennon.

–Eso es lo que escuché en la escuela –dice Summer, como disculpándose. Pero no retira la pregunta.

–Yo también he escuchado eso mismo en la escuela –contesta Lennon.

–¿Entonces? –insiste Summer.

–Mis padres hicieron muchas cosas –afirma Lennon, enigmático.

Se siente la curiosidad en el auto. ¡Qué escándalo! ¡Ah! El tema es que Sunny y Mac forman la pareja más enamorada y unida que conozco. Lo que hayan o no hayan hecho no es asunto de nadie. Empiezo a decir eso, y luego me pregunto por qué demonios defiendo a Lennon si él no se preocupa por defenderse a sí mismo. Sé que le molestaban los rumores que la gente de la

escuela comentaba a sus espaldas. A todo el mundo le encanta charlar sobre su vida familiar. Hasta mi padre ha acusado a Sunny y Mac de ser unas salvajes.

Tal vez a Lennon ya no le importa más. Tal vez lo ha aceptado.

–Cien por ciento rock and roll –dice Brett–. A Kerouac le hubiera parecido *tan* bien. ¿Sabían que él y su mejor amigo Neal Cassady se acostaron con Carolyn Cassady, la esposa de Neal? Salvaje, ¿no? Seguro que tienes algunos cuentos locos por haber crecido en un hogar punk rock.

–Muy salvaje –asiente Lennon, sin expresión.

–Este tipo que ven aquí tiene sangre legendaria corriéndole por las venas. Los punks de San Francisco fueron los poetas beats de los ochenta y los noventa –nos dice Brett, juntando las manos.

Ah. Ahora entiendo. Brett piensa que Lennon tiene pedigrí. Por eso ha decidido que es un “tipo salvaje”.

Lennon luce salvaje, claro. Tan salvaje como un cadáver deprimido.

–Está bien, ahora que ya estamos todos aquí y nos presentamos –dice Reagan–. ¿Estamos listos para arrancar?

–Nos vamos a divertir como locos esta semana –afirma Brett, pasando el brazo por encima de los hombros de Lennon para tomarse una rápida selfie. La expresión de Lennon no cambia, y Brett le saca la lengua a la pantalla–. ¿Verdad?

Lennon se recuesta contra el asiento y repite sus palabras anteriores.

–Si tú lo dices.

–¿Verdad, Reagan? –grita Brett hacia delante.

–Hagámoslo –confirma, y enciende el utilitario–. Sierras, allá vamos.

Mientras Reagan conduce calle abajo por Mission, nos informa que el viaje al campamento nos llevará más de cuatro horas. Y durante los primeros minutos, en el auto hay ruido y caos, todos hablamos al mismo tiempo. Reagan le está contando a Kendrick sobre los servicios que ofrece el campamento mientras Summer interviene con comentarios sobre un campamento de lujo en Colorado donde sus padres se quedaron para su aniversario de bodas. Brett trata de contarle a Reagan sobre lugares cercanos que Jack Kerouac menciona en *En el camino*. Y sorprendentemente, Reagan parece interesada. Es algo nuevo para mí, porque ella suele desconectarse en cuanto Brett empieza a entusiasmarse con los poetas beat en la escuela. Él siempre está tratando de convencer a alguien de cruzar el puente de la bahía e ir a San Francisco para pasar la tarde en la librería City Lights, afín a los poetas beat. “Es un hito histórico”. Y Reagan siempre se queja de que la poesía es aburrida.

Y durante todo eso, Lennon se queda en silencio.

Quizás me sea fácil ignorarlo.

Echo una mirada a mi alrededor y me doy cuenta de que, sacando a Lennon, estoy yéndome de viaje por una semana con algunas de las personas más populares de la escuela. Mamá tenía razón. Necesitaba hacer esto para dejar de sentirme como una forastera. Voy a divertirme. Todo saldrá bien.

La presencia no deseada de Lennon no arruinará las cosas.

Y *definitivamente* no me rascaré el brazo. Si había algo que podía empeorar mi sarpullido, era Lennon. Así que no puedo permitirselo. Inspiraciones profundas. Estoy bien. Estoy súper bien.

Cuando dejamos atrás el este de la bahía, la conversación se vuelve tan monótona como el paisaje del valle. Por la ventanilla veo tierras de cultivo planas, árboles frutales, amplios cielos azules y un pueblo pequeño cada tanto. Después de largos trechos de autopista aparecen restaurantes de carretera y puestos de venta de fruta al costado del camino, y la gente se entretiene con sus teléfonos. Cuando superamos por poco la mitad del viaje, Kendrick nos señala Buillion's Buff, un pueblo minero pequeñísimo cerca de la autopista.

–Tienen un viñedo bastante grande por ahí –dice–. Mis padres me llevaron una vez. El centro del pueblo está tal cual como en la época de la fiebre del oro del siglo XIX. Estilo salón y tienda del Viejo Oeste. Un museo de la fiebre del oro. Todo lo que se te ocurra. Es una porquería, pero divertido.

Como Summer se está quejando de que necesita usar un baño público porque tomó un refresco enorme, Reagan decide bajar de la carretera. Luego de dejar atrás una gasolinera abandonada, ubicamos el centro del pueblo fácilmente. Kendrick tenía razón: parece el escenario de una vieja película del oeste. Hasta hay un cartel que se jacta de que se filmó una en los años ochenta.

El museo de la fiebre del oro se ve bastante desvencijado y hay que pagar entrada. Decidimos pasar de largo y nos dirigimos al Almacén de Buillion. Estacionamos junto a una línea de caravanas que están frente a un poste de madera de los que se usaban para atar los caballos –desafortunadamente, sin caballos– y a un abrevadero lleno de cactus en macetas.

El almacén está atestado de turistas y cubierto de pared a pared de productos a la venta, desde golosinas anticuadas y botellas de zarzaparrilla, a joyas hechas con pepitas de oro y un carro minero lleno de rocas pulidas. También huele a dulce de mantequilla de maní, y me da hambre. La mantequilla de maní es mi debilidad.

Hay una fila frente al mostrador de las golosinas, así que mientras Summer y

Reagan buscan un baño, y los chicos se quedan pegados como imanes a una vitrina que contiene picos de minero –con una figura de cartón de un antiguo buscador de oro como personaje de dibujos animados y todo–, yo paseo por los pasillos hasta que llego a la sección de productos para el aire libre. Un cartel que anuncia “contenedores resistentes a osos” me llama la atención. O tal vez sea el oso gigante embalsamado que está parado con las patas delanteras levantadas. Le cuelga un letrero del cuello que dice “El oso Kingsly”.

–Qué asco –susurro, cuando veo que le falta una parte del pelaje. Además huele raro. Pero siendo honesta prefiero los olores variopintos de este lugar que los del utilitario, porque la loción para después de afeitarse de Brett me está haciendo doler la cabeza.

–¿Tienes uno, verdad? –dice alguien con voz grave.

Lennon aparece junto a mí como un fantasma salido de las sombras.

–Cielos, ¿sueles acercarte sigilosamente a la gente muy seguido? –me quejo entre dientes–. ¿Si tengo un qué?

Señala los contenedores que se apilan en un estante de madera. Su ropa desprende un aroma muy agradable.

–Un contenedor resistente a osos.

–No planeo atrapar ningún oso, así que no.

–Son para guardar comida, humana tonta.

Le echo una mirada de soslayo. Tiene en las manos un cuadrado de golosina en un papel encerado. Cuando come un bocado, me doy cuenta de por qué huele tan bien. Dulce de mantequilla de maní.

–Delicioso –murmura. Sabe que soy adicta a la mantequilla de maní. Al menos, solía saberlo. Quizás lo olvidó y no se da cuenta de que verlo comer eso es como pornografía.

–Sigo sin saber de qué estás hablando –digo, e ignoro su gemidito de placer.

Hace malabares con el dulce para tomar uno de los contenedores que tiene forma de barril negro, y abre la tapa con bisagras.

–Un contenedor resistente a osos, para guardar la comida. Los osos pueden oler comida a kilómetros de distancia. No es broma. Rompen puertas de cabañas y ventanillas de autos para llegar a los alimentos. Hay que mantener todo dentro de uno de estos bebés. Comida. Artículos de tocador. Cualquier cosa que tenga un perfume fuerte, como la colonia de Brett.

Miro a Lennon con desprecio. Brett usa loción para después de afeitarse. Al menos, eso creo. ¿Quién usa colonia? Quiero decir, aparte del cascarrabias de

mi abuelo John. Es el padre de papá, y es homofóbico y un poco racista, piensa que todos deberían “hablar inglés”. Mi abuelo Sam no habla inglés, pero por supuesto que no usa colonia.

–Estoy seguro de que en el campamento saben cómo mantener alejados a los osos de la comida –observo.

–Lo saben, y es por eso que no se permite tener comida en las carpas, salvo que esté en un contenedor resistente a osos –explica, y quita el papel encerado para darle otro mordisco al dulce.

Finjo sostener un celular invisible y hablar por él.

–Ey, Siri, ¿Lennon está diciendo estupideces? ¿Qué dices? Que sí. Genial. Gracias.

–¿Ey, Siri? ¿Todo lo que dije es cierto? –pregunta Lennon, siguiéndome la corriente. Finge esperar la respuesta y habla con el contenedor anti-osos–. Pero claro, Lennon. Es totalmente cierto. Estás en una zona de osos. Está prohibido por la legislación federal tener alimentos sin protección.

–Esa legislación suena inventada –repongo.

–¿No leíste las reglas?

¿Qué reglas?

Lennon pone los ojos en blanco.

–También le envié a Brett una lista de cosas que necesitaremos cuando vayamos de caminata. Me dijo que la iba a compartir con el resto.

¿Qué lista? De repente me preocupa que me hayan dejado afuera. Que me hayan olvidado. Y todo eso reaviva mis ansiedades respecto a si realmente soy bienvenida en este viaje. Pero no pienso decirle eso a Lennon.

–Reagan compró un montón de cosas esta semana –informo–. Pero no recuerdo ningún contenedor resistente a osos. Ella ha acampado allí antes, así que quizás sabe algo que tú no. Tal vez no nos hacen falta.

Lennon emite un insulto incomprensible entre dientes.

–Los necesitaremos sí o sí cuando vayamos de excursión –dice, y sostiene el contenedor detrás de su cabeza para mostrarme. Es casi del mismo tamaño que su cabeza: demasiado grande–. Puedes sujetarlo en la parte superior de la mochila así, o abajo, que podría ser más cómodo para la gente que suele tener problemas de equilibrio.

Me echa una mirada de satisfacción.

Me imagino reventándole la cabeza enorme con el estúpido contenedor anti-osos.

–¿Por qué estás aquí?

–¿Por qué estamos aquí, Zorie? La vida es un misterio.

–En este viaje –bufo.

–Ah –exclama, inocentemente. No sonrío, pero noto un indicio de diversión en su mirada–. El bandido de la colonia me invitó. Soy “el más genial”, aparentemente.

Dice esto último haciendo comillas en el aire con una mano, mientras con la otra toma otro trozo del dulce.

De nuevo aparece el sarcasmo. ¿Por qué pasa tiempo con Brett si lo odia tanto?

–Pero ¿sabías que yo venía? –sondeo.

–Sí.

–¿Por qué no dijiste nada?

–Me decidí a último momento –explica, encogiéndose de hombros.

¿Será verdad? Recuerdo cuando Reagan me contó por primera vez lo de la excursión fuera del sendero y que ella no sabía si el “amigo” de Brett que le había contado sobre la catarata secreta se había comprometido a venir o no.

–¿Por qué? –pregunto.

–Tengo mis motivos.

–¿Que son...?

Lennon se queda mirando su dulce durante un largo rato. Luego parece cambiar de idea acerca de lo que iba a decir y me alcanza el contenedor abierto.

–Llévatelo. Y tal vez una campana anti-osos –añade, señalando una vitrina de grandes campanas plateadas que se abrochan a la mochila–. Advierte sin mucho escándalo a los osos de que estás en su territorio, para que no los sorprendas. Un oso sorprendido es un oso que se defiende, y un oso a la defensiva, mata.

¿Habla en serio? Me *parece* que sí, pero no estoy del todo segura. Y antes de que pueda pedirle que se explique o decirle que no respondió mi pregunta, mete la mano en el bolsillo y extrae algo que deposita en el contenedor abierto. Luego se aleja.

Miro adentro del contenedor. En el fondo hay un cuadrado de dulce de mantequilla de maní envuelto en papel encerado.

¿Qué debo pensar acerca de esto?

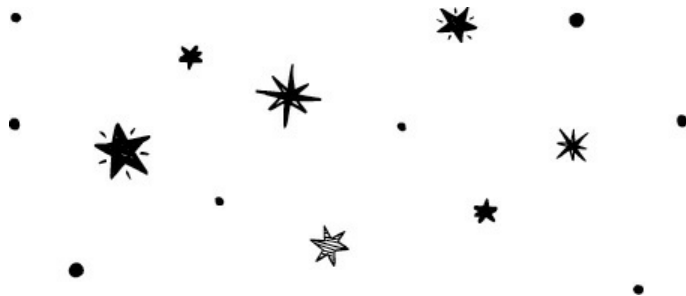
Tomo el dulce, devuelvo el contenedor al estante y abandono al oso Kingsly para reunirme con los demás. Que Lennon diga que lleve un contenedor anti-osos no quiere decir que realmente lo necesite. Es demasiado costoso.

Además, Lennon suele ser súper técnico y obsesivo con los detalles. Me parece que está exagerando con la necesidad de protegerse de los osos.

Probablemente.

En el último instante, vuelvo sobre mis pasos y tomo una campana plateada del estante.

Más vale prevenir que curar.



Parte 2





Capítulo 7



Los monótonos campos frutales dan paso a colinas escarpadas cubiertas de pinos contorta a medida que avanzamos hacia el oeste. Cuando salimos de la carretera, riscos de granito gris flanquean el sinuoso camino colina arriba en dirección al parque nacional. Letreros tallados en madera y con letras blancas indican distintas atracciones, con la distancia a cada una y otros detalles pertinentes:

CAMINATA DEL CAÑÓN: 6 KM – 3:30 HORAS IDA Y VUELTA

PASO SCEPTER: 4 KM - SE PROHÍBE EL USO DE ARMAS DE FUEGO

LAGO BLACKWOOD: 10 KM - SE PROHÍBE EL INGRESO CON MASCOTAS. PROHIBIDO ENCENDER FUEGOS. SE REQUIERE PERMISO PARA ESTADÍAS NOCTURNAS.

Y finalmente, nuestro destino:

CAMPAMENTO MUIR: 2 KM - 1 HORA IDA Y VUELTA. SE PROHÍBE EL INGRESO DE VEHÍCULOS CON RUEDAS MÁS ALLÁ DEL ESTACIONAMIENTO.

Un momento, ¿qué?

–Llegamos –informa Reagan, volviéndose.

Hago una nota mental de la parada de autobús de las Sierras y me pregunto si esta es la ruta que debo seguir para ir a la fiesta estelar en Cerro del Cóndor.

Hay un pequeño estacionamiento pavimentado al final de un camino rocoso. Hay una docena más o menos de autos estacionados allí, la mayoría vehículos de lujo. Encontramos un lugar libre cerca de unos escalones de madera que conducen al denso bosque. Hay otro letrero cerca de los escalones que dice que el sendero es de uso exclusivo de los huéspedes del campamento. Las personas que usan el sendero deben completar un formulario y depositarlo dentro de un buzón.

El camino termina en el estacionamiento.

–Tomen todo lo que necesiten –anuncia Reagan–. Salvo que quieran pasarse

todo el rato caminando ida y vuelta al auto. El camino de vuelta es fácil, pero la ida al campamento es cuesta arriba.

–¿Caminaremos hasta el campamento? –digo, mirando el letrero–. ¿Dos kilómetros?

Reagan me dedica una mirada intensa.

–No empieces, Everhart. Te avisé que íbamos a caminar.

No es que me moleste lo de la caminata. Es que es inesperado, eso es todo.

–Yo no...

–¿Cuánto es dos kilómetros? –pregunta Brett.

–No es nada –le responde alegremente Reagan.

–Es poco más de una milla –explico.

–Ah, genial –contesta Brett, pero le sonrío a Reagan.

Y Reagan le devuelve la sonrisa.

–Más fácil que la tabla del uno.

¿Por qué sonrían tanto? ¿Me perdí el chiste? Y ahora están chocando los cinco, tan fuerte que se escucha el golpe de una palma contra la otra. Es tan... tonto. La cabeza de Lennon gira hacia mí, y aunque el flequillo negro le oculta un ojo, puedo ver una ceja levantada que juzga conmigo el estúpido choque de cinco.

O quizás me está juzgando a mí.

Todos completamos nuestros formularios de registro para el sendero junto al letrero informativo (por si alguno desaparece o es asesinado en el camino, para que sepan tu nombre y el de tus familiares más cercanos). Y cuando Brett y Lennon terminan de descargar todas nuestras cosas del portaequipajes, recuerdo rápidamente que soy un tentetieso humano, que apenas puedo sostenerme en pie por el peso mal distribuido de mi mochila. Pero no puedo empacar todo de nuevo en el medio del estacionamiento. Así que, como puedo, me cargo la mochila y acomodo mi postura.

–Ensillemos, equipo –nos dice Reagan en voz alta–. El lujo nos espera al final del sendero.

Son solamente dos kilómetros, me digo. Y el bosque es increíble, puro sombras y olor a agujas de pino. Los pájaros cantan, y no hace demasiado calor. Puedo hacerlo. A los cinco minutos de subir la primera colina, empiezo a tener mis dudas. A los diez minutos de subir una inclinación mayor, me imagino a Reagan con uno de esos picos de minero del almacén clavado en el cráneo. Para cuando llegamos a la última parte del camino cerca del campamento, lo único que quiero es dejarme caer en posición fetal.

Aparece el letrero del Campamento Muir, y casi me pongo a llorar cuando en un claro veo un edificio grande. Me suda la cabeza, y he estado caminando encorvada cuesta arriba desde hace tanto que me he convertido en una mujer de cien años con osteoporosis.

Pero no importa. La tierra prometida está frente a mí, y por Dios, es posible que valga la pena todo el sufrimiento, porque el campamento es *bellísimo*. Un moderno pabellón de madera de cedro nos recibe en primer plano: paredes con ventanas enormes, gruesas vigas de madera, chimeneas de madera que sobresalen del techo. Un bosque exuberante alrededor. Montañas a la distancia. Parece una escena salida de un sueño. Entramos.

La cálida luz solar penetra a través de un ventanal de doble altura mientras caminamos sobre pisos de piedras de río pulidas hasta la recepción. Huele tan rico aquí, a cedro y flores recién cortadas. Y tienen un tazón lleno de dulces costosos para los huéspedes. Resisto la urgencia de llenarme los bolsillos con ellos; Brett, no. Pone un dedo por encima de los labios y me guiña el ojo, y a hurtadillas guarda el chocolate importado en uno de los bolsillos de su mochila, mientras Reagan le dice a la recepcionista de mediana edad quién es su madre.

La identificación de la mujer dice CANDY. Por un segundo, mi cerebro sin oxígeno la interpreta como una señal de que Brett ha sido descubierto, pero luego me doy cuenta de que en realidad es el nombre.

—¿Eres la hija de Belinda? —le pregunta a Reagan—. Casi no te reconozco. ¿No te quedaste aquí el año pasado?

—Sí —repite Reagan, alegremente—. Mamá los llamó para notificarles del cambio de huéspedes, ¿no?

Candy nos mira.

—Tenía la idea de que sería un grupo de chicas...

Tú y yo, Candy. Siento que estoy ante un espíritu organizado como yo cuando revisa de nuevo la pantalla de su computadora y un antiguo registro de papel. Reagan le asegura a Candy que no hay ningún problema con nuestra lista de huéspedes y le brinda los nombres de todos. Doy vueltas por la recepción, y Brett se me une cuando estoy examinando una pared de fotos de paisajes enmarcadas.

—Lennon me contó que tomas fotos excelentes de las estrellas. Pensé que solamente las mirabas.

Regresa la sensación de ansiedad que experimento cada vez que Brett se acerca. ¿Por qué no puedo sentirme normal cuando estoy con él?

–Yo... hago las dos cosas. Mirar y tomar fotos. De estrellas. Con mi cámara.

Uff. Zorie sonar cavernícola.

Brett ríe, con sencillez y calidez.

–¿No con tu mente?

–No –respondo, y ruego que mis mejillas no estén enrojecidas.

–¿Pones la cámara en un telescopio y enfocas con el zoom?

–Algo así. ¿No exactamente? Es... Hay muchos pasos complicados y técnicos. Es difícil de explicar.

Sonríe con dulzura.

–¿Tal vez me puedes enseñar a hacerlo? Porque me encantaría tomar fotos del cielo nocturno. De la luna, en particular. Eso sería *súper* impresionante.

¿Habla en serio? ¿Le interesa la astrofotografía? Quiero gritar *¡YO TE ENSEÑARÉ! ¡ME MUERO POR ENSEÑARTE!*, pero Kendrick lo llama, y Brett me esquivo para responderle. Antes de que haya podido decir algo, se une a Kendrick para reírse de una talla de madera que parece representar dos ardillas teniendo sexo.

Maldición.

No puedo sacarme de encima la sensación de que estoy siendo observada. Es la misma sensación incómoda que tenía en el auto, y me pone ansiosa. Miro a mi alrededor, y mis ojos se encuentran inmediatamente con los de Lennon. La intensidad de su mirada es sorprendente.

Por el amor de Dios, ¿qué quieres? Es como si me estuviera acusando de algo. No le he dicho ni una palabra desde el almacén de la fiebre de oro, así que no sé cuál es su problema. Solía poder interpretar sus expresiones, pero ahora se transformó en el mimo mediocre que actúa afuera del Jitterbug en Mission, y no puedo decir si está tratando de salir de una caja de vidrio o si quiere llamar un taxi. ¿Lennon está esperando que le dé las gracias por el dulce de mantequilla de maní? ¿O tan solo está tratando de ponerme incómoda?

Si es eso, está funcionando.

Pero jamás se lo dejaré saber. Me doy vuelta rápidamente y me dirijo a Brett, Kendrick y las ardillas que se aparean.

Luego de que nos registramos, Candy nos conduce a nuestras carpas, dándonos un tour abreviado y respondiendo preguntas a lo largo del camino. El pabellón principal tiene varias áreas de descanso y está conectado a un pabellón con paredes de malla donde más tarde se servirá la cena. Afuera,

senderos sinuosos llevan a docenas de carpas de lona protegidas por el bosque. Algunas son rectangulares, algunas circulares (las Yurtas), pero todas son del color de la muselina sin teñir. Están agrupadas en áreas con nombres de aves, cada área está a una corta caminata de la otra. Nos lleva unos diez minutos llegar a nuestra área, Campamento Lechuza, donde dos carpas rectangulares junto al denso bosque están reservadas para nosotros.

–Se suponía que nos iban a dar una Yurta –se queja, molesta–, con vista al valle.

–Lo siento, pero por error sobrevendimos las plazas en el Campamento Halcón. Le di la última a una familia de seis esta mañana.

–Eso no está bien –dice Reagan, de mal humor–. Teníamos la reserva hecha desde el verano pasado. Mamá no estará contenta.

–Si quieres, puedo llamarla y explicarle –ofrece Candy–. Pero esto es mejor para ustedes. Las chicas pueden estar en una carpa, y los chicos en la otra.

La implicación es obvia. Candy llamará a la señora Reid y le informará que su hija ha traído tres chicos. Reagan está furiosa, y sin decir nada, acepta. No nos queda otra opción.

–Deja que la vida suceda –le digo a Reagan.

–Sí –agrega Brett, contento–. Así es, Zorie. Estás cantando mi canción, y me gusta.

La mirada que me dedica Reagan podría atravesar acero.

Las carpas son idénticas: pisos de cemento alisado, paredes de lona sujetas a una estructura de madera, una puerta de malla, ventanas con persianas que se pueden abrir para aprovechar la brisa durante el día y cerrar por la noche para mantener la carpa caliente, y una estufa de campaña con el frente transparente. Hay una pequeña zona para sentarse frente a la estufa, con un sofá de verdad y alfombras con alegres motivos de estilo Navajo. En la parte posterior de la carpa hay dos pares de literas, con colchones de pluma, lujosa ropa de cama y almohadones de plumón.

Detrás de las literas, pasando una división de lona, hay un baño con retrete y lavabo. No hay duchas. Están en el baño comunitario bajando la colina, que compartimos con las otras seis carpas del Campamento Lechuza, según nos informa Candy.

Candy también nos explica algunas otras cosas.

–Están en territorio de osos, y sí, han pasado por las cercas del parque nacional y han entrado al campamento. Por seguridad, todos los alimentos

cuando no los están sirviendo o comiendo se deben guardar en el cajón con seguro –dice, señalando hacia la caja metálica color verde que está afuera de la carpa y debajo de un toldo junto a dos sillas mecedoras—. Deben guardarse allí o en un contenedor portátil, es decir un contenedor para comida que sea resistente a los osos aprobado por Yosemite y Bosque del Rey.

Lennon vuelve la cabeza lentamente hacia mí.

¿Por qué, ah, *por qué* tiene que tener razón? No me está cayendo muy bien el dulce de mantequilla de maní que tengo en el estómago en este momento.

Candy usa los dedos para hacer una lista de las cosas que tenemos que guardar en la caja metálica.

–Alimentos abiertos, aunque estén en lata. Aperitivos, bebidas, paquetes al vacío. Todo. Cualquier artículo de tocador que tenga perfume. Cremas, maquillaje, desodorante.

–¿Las colonias también? –pregunta Lennon.

–Sí –responde Candy.

–Estoy hablando de una colonia muy fuerte. Por ejemplo, un líquido para el cuerpo en atomizador extremadamente fuerte.

–Sin lugar a dudas –contesta la mujer, perpleja.

Lennon mira a Brett. Pero Brett ni se entera, porque está intentando formar una pirámide de botellas de agua sobre una mesa de café que está detrás del sofá.

Candy señala el baño.

–Si necesitan algo más (agua, maquinillas de afeitar, toallas), por favor solicítenlo en la recepción. Pueden llamar, por supuesto, pero la señal de celular va y viene aquí arriba. Si tienen que hacer un llamado de emergencia, pueden usar nuestra línea telefónica. Si es después de las diez de la noche, Bundy y yo estamos en la cabaña de madera a la derecha del pabellón.

–¿Y los permisos para excursiones fuera del sendero en Bosque del Rey? –pregunta Lennon—. Su sitio dice que ustedes pueden solicitarlos y traerlos a nuestra carpa.

–Tiene un costo extra –explica la mujer—. Tenemos que conducir hasta una oficina del parque para recogerlos.

–Cóbrenlo de mi tarjeta de crédito –dice despreocupadamente Reagan. Candy la fulmina con la mirada.

–Pueden venir a la recepción cuando les quede cómodo y completar el formulario.

Auch.

–No se permite escuchar música en las carpas –nos dice Candy–. Nada de hablar fuerte después del atardecer una vez que están en su campamento. Los demás huéspedes pueden estar tratando de dormir, y estas paredes no son a prueba de ruidos. El horario de silencio comienza a las diez de la noche y se extiende hasta las siete de la mañana.

–Cielos –me susurra entre dientes Summer–. Este lugar es una dictadura. Candy hace un gesto en dirección al pabellón.

–Tenemos una tienda pequeña que vende sudaderas y ropa para la lluvia. También se pueden alquilar contenedores anti-osos y estufas para acampar. Se maneja de palabra, así que se pone el dinero en el buzón o se escribe el número de carpa y el nombre en un formulario para que se les cobre al final de la estadía. Además...

La pirámide de botellas de agua de Brett se viene abajo. Las botellas ruedan por el suelo.

–Ups, perdón –dice.

Candy hace una pausa; su lucha interna por mantener la paciencia es visible en la inclinación de sus cejas, pero carraspea y termina su discurso.

–Los eventos sociales de la noche comienzan a las seis. Servimos bebidas, y luego una cena de cuatro platos. Los invitamos a relacionarse con los demás huéspedes en el fogón que hacemos todas las noches después de cenar. El pabellón cierra a las nueve. Si tienen alguna duda, pueden pasar por la recepción.

¿Y si tengo dudas ahora? Nadie más le está prestando atención a Candy, pero me hubiera gustado que pusieran toda esta información en el sitio web, o que nos hubieran dado un folleto para que pudiera revisarlo y memorizar todo. La comezón me da ganas de pedirle que repita todo así puedo anotarlo. Literalmente siento la comezón y resisto el deseo de rascarme. La mirada de Lennon se posa en mis brazos, y siento que se da cuenta, lo que empeora la comezón.

Si supero esta semana sin tener una crisis nerviosa, me doy por satisfecha.

Capítulo 8



Como la tarde está avanzada, no tenemos tiempo para hacer nada antes de la cena. Así que los chicos se van a su carpa, y nosotras desempacamos. Guardo toda mi comida y artículos de tocador en la caja de afuera, y reviso mi telescopio para ver si sufrió algún daño. Parece que sobrevivió el accidentado viaje en el portaequipajes del utilitario y está intacto. Después trato de llamar a mamá para avisarle que *yo* llegué intacta. Pero no hay señal en la carpa. Hay wi-fi en el pabellón principal, así que le envío un mensaje –a ella y a Avani– y confío en que mis mensajes se enviarán cuando me conecte.

Reagan desaparece, así que Summer y yo salimos a explorar la zona del Campamento Lechuza. Hay una mesa para pícnic entre nuestra carpa y la de los chicos, y el comienzo de un sendero a nuestras espaldas, con un letrero que advierte que el sendero conduce al parque nacional, y que el Campamento Muir no tiene ninguna responsabilidad si los excursionistas deciden abandonar la propiedad. Un grupo de niños alborotados corretea por el bosque sin supervisión adulta, así que no debe ser tan peligroso. Evitamos a los niños que gritan y caminamos por un sendero meticulosamente diseñado: piedras color crema franjeadas cada tanto por arbustos con flores, y una línea regular de luces. El sendero conduce a un baño comunitario con un tejado de cedro.

–Guau —susurra admirada Summer cuando echamos una mirada al interior, y yo siento lo mismo. Es casi un spa que hace juego con el bello entorno, y luce aún mejor en persona que en las fotos de Internet: mostradores de madera barnizada, bancos de piedra, lindas farolas colgando de ganchos de hierro junto a los espejos. Aquí sí hay electricidad, no como en nuestras carpas, y una mujer está cargando su celular mientras utiliza un secador de pelo. Incluso hay

un pequeño sauna en la parte de atrás.

–Más tarde me meteré desnuda en el sauna con Kendrick –me dice Summer cuando salimos.

–Demasiada información –replico.

Se ríe.

–Si tú quieres desnudarte con alguien, a mí no me importaría. ¿Sigues enganchada con Brett?

–Mm...

–Me contó que ustedes estuvieron juntos.

¿Qué?

–No... no estuvimos juntos *así*.

Fue un beso nada más, por el amor de Dios.

–Te avergüenzas tan fácil –dice, sonriendo–. ¿Sabías que se te ponen rojas las orejas? Eres tan tierna.

Cielos.

–Ey, estaba bromeando –afirma, dándome una palmeada juguetona en el brazo–. Brett es un dulce. Y me gusta que se lleve bien con todo el mundo. Yo ni en mil años hubiera pasado tiempo con Lennon porque no tenía idea de lo genial que es.

No sé cómo tomar eso. Creo que entiendo lo que está tratando de decir, y quizás hay algo de sinceridad por ahí metida. Pero creo que también quiere decir que Lennon no era genial hasta que Brett decidió que lo era.

–Tú y Lennon estaban juntos, ¿no?

Me quedo congelada.

–¿Quién te dijo eso?

–Tan solo recuerdo verlos juntos todo el tiempo en la escuela.

–Éramos amigos –insisto–. Nada más.

Mentira.

Summer parece creérsela.

–Creo que ustedes harían una buena pareja –dice, encogiéndose de hombros.

–No –replico, y sueno como un perro ladrando–. Para nada. Ni siquiera seguimos siendo amigos.

Alza las manos para indicar que se da por vencida.

–Ey, no digo más que lo que pienso. Piénsalo, señorita Astrología.

No lo haré. Y no me preocupo por corregirla de nuevo, ni sobre la confusión de palabras ni sobre Lennon. Es verdad que la gente de la escuela

nos gastaba bromas respecto a que éramos mejores amigos –que solían decir guiñando un ojo y haciendo comillas en el aire– y había rumores de que éramos más que eso. Esa es precisamente una de las razones por las que decidimos llevar a cabo el Gran Experimento en privado. Para evitar los chismes en la escuela. Principalmente, para que mi papá no se enterara. Porque ni *loco* Dan Diamante dejaría a su hija salir con el hijo de dos mujeres paganas. De todos modos, no sé por qué me importa que Summer haya asumido que había algo entre Lennon y yo. Creo que debería molestarme más que Brett le haya contado a Summer que nos besamos. Tal vez Summer se confundió o asumió cosas. Ella lo pone como si él se hubiera jactado al respecto, pero no debo asumir lo peor. Le puede haber dicho que yo le gusto, qué sé yo.

Todo es posible. Pero ahora estoy muy consciente de que mis orejas arden, lo que hace que no quiera saber nada con el asunto. Me aseguro discretamente de que mi cabello corto cubra el enrojecimiento delatador y no diga nada más al respecto.

Cuando terminamos de recorrer nuestra zona del campamento, vemos a Reagan y los chicos descansando ante la mesa de pícnic entre nuestras carpas. Me preocupa un poco que Summer se mofe de mí y Brett frente a los demás, pero simplemente corre hacia Kendrick, le echa los brazos al cuello y le suplica que la lleve sobre los hombros. Como si la conversación sobre Brett y Lennon hubiera quedado totalmente olvidada.

Bien.

Es casi hora de la cena, así que decidimos caminar de vuelta al pabellón. No somos los únicos. Otros pequeños grupos de campistas caminan en la misma dirección, y una vez que tenemos el pabellón a la vista, nos unimos a docenas de otros huéspedes. Con copas de vino en la mano, se mezclan junto a los muebles para exterior de ratán y madera tallada repletos de cojines afelpados que están en una enorme galería de madera que da la vuelta y tiene una vista de un hermoso valle rocoso. Todo está inundado por la luz dorada del sol que se está poniendo. Es fotográfico. Literalmente. Brett saca su celular para tomar fotos mientras el servicio pasa con una bandeja de entremeses.

Brett silba.

–Deben ganar un dineral.

–Tal vez no –comenta Kendrick, con la mirada clavada en un bar que está fuera de la zona del comedor en una galería lateral, alejada de las hermosas

vistas—. Ese vino que están sirviendo no es barato.

—¿Creen que nos servirán a nosotros? —pregunta Brett con una sonrisa traviesa.

—Es el mismo barman del año pasado —dice Reagan, negando con la cabeza—. Es un imbécil. Creo que es el primo de Candy, o algo así. Probablemente me recuerde.

—Haré la prueba —ofrece Summer—. No me conoce, y luzco mayor de dieciocho.

Camina relajadamente hacia el bar y le sonríe al barman. Después de algunos momentos de charla, se da la vuelta y regresa con las manos vacías.

—No es posible —exclama Brett, decepcionado—. ¿No quiso?

—Tenías razón, Reagan. Es un imbécil —informa Summer—. Dice que Candy le advirtió que se había registrado un grupo de adolescentes menores de edad, y que no debía servirnos bebidas alcohólicas.

—Ya veremos —dice Brett, y se vuelve hacia Lennon—. Necesitamos un plan para hacernos con ese vino.

—Enseguida me pongo con eso —responde Lennon, inexpresivo.

Brett ríe, porque o bien no le molesta el sarcasmo de Lennon o no lo nota. Nada parece irritar a Brett. Siempre está alegre, feliz y cómodo con su vida. Me gustaría ser más como él.

Vamos a la zaga de un grupo de jubilados y financieros vestidos impecablemente con ropa para el aire libre. Reagan encuentra lugar dentro del pabellón, y la seguimos a una amplia mesa redonda. Está puesta con vajilla rústica, y la confusa cantidad de vasos y utensilios me intimida. También me tocó sentarme entre Brett y Lennon, lo cual me pone nerviosa. Me entusiasma tener a Brett tan cerca, y él finge clavarme un tenedor en la mano, siempre tan divertido y juguetón. Pero me siento cohibida y trato de hacer como si nada.

Y está Lennon. Me encantaría poder bloquearlo. La presencia de Brett se siente ligera y caprichosa —pasó a fingir acuchillar a Reagan, y ella se está riendo con esa voz ronca suya—, pero la de Lennon es... sólida. Con peso. Como que no puedo olvidar que su pierna está a apenas unos centímetros de la mía. Si comparo a Brett con Sirio, la estrella más brillante del cielo nocturno, Lennon sería la luna: muchas veces oscura y escondida, pero más cerca que las demás estrellas. Siempre allí.

Una tras otra, cada mesa recibe el primero de los cuatro platos, una especie de sopa de calabacín y albahaca. Cuando está sobre la mesa, me doy cuenta de cuánto me arrepiento de no haber comido hoy más que el dulce que me regaló

Lennon, y olvido la tonta vajilla para prácticamente inhalar la sopa. Ni siquiera sé si estoy usando la cuchara correcta. El segundo plato son vieiras grilladas con una salsa muy elaborada y una ensaladita. Las vieiras huelen fantástico. Estoy encantada.

–Alguien se siente valiente –observa Lennon, señalando mi plato con su cuchillo–. Con respecto a la urticaria.

–Las vieiras son un molusco con el que soy compatible –le aclaro, impasible–. Los camarones y el cangrejo son dudosos, pero cualquier miembro de la familia de los moluscos es de bajo riesgo.

–Ah, sí, es cierto –dice, y asiente con lentitud.

Comemos en silencio durante unos segundos.

–¿Recuerdas la vez que comimos esos camarones rebozados? –me pregunta.

–Nunca te olvidas de un viaje a la sala de emergencias.

Tenía quince, y en esa época, la cena dominical con los Mackenzie era un evento habitual. Solía ser comida para llevar y una película en la sala de estar. Sunny es la chef de la familia Mackenzie; Mac, no tanto. Así que fue un gran evento cuando Mac decidió cocinar algo de cero. Salió bastante bien, pero por alguna razón, tuve una reacción alérgica importante. Se me hinchó la cara, se me cerró la garganta, tuve problemas para respirar, el paquete completo. Mac se preocupó muchísimo y se echó la culpa. Mis padres habían salido a cenar así que Sunny me llevó a las corridas al hospital en su auto.

–¡Camarones podridos! ¡Camarones podridos! –exclama Lennon en un tono agudo, burlándose de Sunny.

Sunny le había gritado eso a la enfermera frente a todas las personas que esperaban en la sala de espera. A todo volumen. Lo repetimos durante meses fuera de contexto. Era nuestra broma. En cuanto algo iba mal, les echábamos la culpa a los “camarones podridos”. No nos aburríamos nunca.

Todavía me hace gracia. Me río quedamente con la boca llena de vieiras y casi me ahogo.

Lennon me mira a los ojos. Las comisuras de sus labios se levantan mientras lucha contra una sonrisa.

Listo, llueven ranas, oficialmente. Las vacas vuelan. Ha caído un rayo. Están sucediendo todas esas cosas. Porque los dos estamos sonriéndonos. ¡Sonrisas de verdad!

¿Qué está pasando? ¿Primero dulce de mantequilla de maní y ahora esto?

Mantén la calma, me digo. No significa nada. Los enemigos pueden compartir una risa de vez en cuando. Mantengo la vista fija en el plato y trato

de actuar normal. Pero cuando llega el tercer plato, una carne cocida a fuego lento –creo que es pata de cordero– y Brett tiene a todos los demás concentrados en seguir al barman, tomo el tenedor que está junto a mi plato y por accidente me choco con su mano. Es zurdo, así que tiene la mano derecha apoyada contra el borde de la mesa. Y la deja ahí, incluso después de que yo retiro la mía rápidamente.

–Perdón –digo entre dientes.

–Demasiados tenedores –sacude la cabeza con desdén–. ¿Y para qué necesitamos dos cucharas? Ya usé una para la sopa. ¿Son cucharas de repuesto?

–Un par de buenos palillos les ahorraría muchos lavados –observo.

–Amén.

Mamá me enseñó a usar palillos. Los coreanos, que están hechos de acero inoxidable.

–¿Cuál es la cita esa de la película de artes marciales *Érase una vez en China*? –pregunto–. Lo que dice Jet Li cuando ve la mesa puesta a la manera occidental.

–“¿Por qué hay tantas espadas y puñales sobre la mesa?” –cita Lennon.

–Eso. Dios, estabas obsesionado con las películas de artes marciales.

–Jet Li es el rey –dice, y luego toma un sorbo de agua de su vaso.

–Pensé que era Bruce Lee.

–Bruce Lee fue un dios.

–Ah, es cierto –respondo–. Me hiciste ver tantas películas de esas.

–Y te gustó la mayoría.

Sí.

Lennon juguetea con su cordero.

–Creo recordar haber visto montones de episodios viejos de *Star Trek*, y ni siquiera de los buenos. Todo porque alguien estaba enamorada de cierto klingon.

Es verdad. Estaba loca por Worf. Todavía sigo las cuentas del actor que lo interpretaba, Michael Dorn. Y es probable que haya visto todos los memes de Worf que hay en Internet.

–No me arrepiento.

Antes de que pueda seguir hablando, Brett introduce su brazo delante de mí. Me veo obligada a recostarme contra mi silla mientras le da golpecitos a Lennon en el hombro.

–Amigo, ¿estás viendo lo que yo estoy viendo? –pregunta Brett.

–Sabes que está sentada aquí, ¿verdad? –comenta Lennon, volviendo a su modo adusto y sombrío.

–Ah, perdón, Zorie –dice Brett, mirándome. Ríe y me sonrío brevemente, avergonzado, y vuelve a enfocar su atención en Lennon–. Pero mira eso. El barman dejó el bar. Están todas esas botellas solas.

La mirada desinteresada de Lennon parece no tener efecto en Brett.

–Para el que las quiera –explica Brett.

–Hay cien personas sentadas aquí –señala Lennon.

Brett gruñe y gira la cabeza hacia atrás por un momento.

–No digo ahora. Más tarde. Después de la cena. La gente no se quedará aquí sentada para siempre.

–Todo el mundo va al fogón, debajo de la Galería del Atardecer –confirma Reagan.

–El barman está volviendo al bar –observa Lennon.

–Entonces buscamos la manera de distraerlo –replica Brett–. Tan solo necesitamos que la gente tenga la atención puesta en el fogón mientras se nos ocurre el modo de alejarlo del bar. Entonces, ¡bam! Tomamos el botín.

No me gusta el plan. Estamos rodeados de personas. No se trata de jugarle una broma a un profesor, como la vez que el señor Soniak se fue al baño en la clase de Literatura y dejó el celular desbloqueado sobre el escritorio, y Brett saltó de su asiento para tomarlo y sacarse fotos del trasero antes de que el señor Soniak volviera... Lo cual según Brett valió la pena el castigo que le dieron.

Kendrick mira a Brett con desconfianza.

–Llámenme loco, pero ¿eso no es robar?

–Es la definición misma –murmura entre dientes Lennon.

–Tú lo sabrías bien –dice Brett, levantando las cejas.

Lennon luce... avergonzado. Me pregunto por qué.

–Miren, amigos. El vino no se vende –sostiene Brett–. Es gratis para los huéspedes. Si pidiera una segunda porción de la oveja cocinada a fuego lento...

–Cordero –lo corrige Lennon con la voz cansada.

–... me la traerían. Está incluido en el costo. No estamos haciendo otra cosa que aprovechar lo que pagamos.

–Lo que pagó *mi mamá*, querrás decir –observa Reagan.

–Tu mamá está buena –dice Brett con una sonrisa pícaro.

–Asco –repite Reagan, y le da un golpe en el hombro con la parte posterior

de los dedos. Y es un asco, pero no parece muy molesta. Ni por eso, ni por la dudosa propuesta de Brett. Incluso Kendrick, a quien considero sensato, ha sido persuadido por sus argumentos. Así que tal vez la mala sensación que me provoca la cuestión es injustificada.

Luego de que Reagan nos informa de que mañana andaremos a caballo, Brett sigue tramando su plan para robar el vino durante toda la cena. Llega el postre, una especie de sorbete de fresa extraño con balsámico que no pruebo, porque las fresas están en la lista de alimentos prohibidos para mí cuando estoy con urticaria. Y cuando los huéspedes empiezan a salir a la Galería del Atardecer, atraídos por el aroma a leña quemada y los sonidos de la guitarra acústica, la oportunidad de distraer al barman se desvanece.

–Ya se me ocurrirá algo –nos asegura Brett–. La noche es joven.

–Vamos. Vayamos a caminar –le pide Reagan, tironeándole el brazo.

Él le dedica su sonrisa deslumbrante y permite que ella lo arrastre de la mesa, y por un momento se quedan tomados del brazo mientras él le hace una broma que no puedo escuchar. Se los ve tan bien juntos, tocándose todo el tiempo y siempre alegres. Me gustaría poder ser valiente como Reagan. Me gustaría estar del brazo con él.

Pero más que nada, desearía no sentir la mirada de Lennon. Los recuerdos que trajimos a colación durante la cena se superponen a las suposiciones de Summer acerca de la relación entre Lennon y yo. Y de pronto se me ocurre un pensamiento preocupante.

Los rumores falsos sobre mi supuesto rollo con Brett le llegaron a Summer.

¿Le habrán llegado también a Lennon?

Me molesta si ese es el caso, y me molesta que me importe. Pero el problema nunca fue lo que me pasara a mí con Lennon, sino lo que le pasó a él conmigo. Y un poco de dulce de mantequilla de maní y recuerdos divertidos de camarones en mal estado no alcanzan para convencerme de que algo haya cambiado.

Capítulo 9



Seguimos a Brett y a Reagan a una galería repleta de farolas metálicas. Es hermoso, de hecho. El sol no se ha ocultado del todo, y las montañas están delineadas en naranja y rosa con las siluetas oscuras de los pinos en primer plano. El tiempo está suspendido en ese momento intermedio entre el día y la noche, que por alguna razón es más excitante aquí que en la ciudad. Como si algo estuviera a punto de suceder.

Rápidamente, la galería se llena de gente, algunos se recuestan contra la barandilla para mirar el atardecer, otros se sientan en los sofás para escuchar la música de guitarras de inspiración folk. Los camareros circulan con café y té. Pasamos junto a Candy, que está charlando con unos huéspedes, y cuando nos ve llama a Reagan para presentárselos. El resto bajamos los anchos escalones de la galería en dirección al fogón comunal.

Es un fogón precioso, rodeado de bancas rústicas hechas con troncos de madera. Algunos huéspedes están asando malvaviscos sobre las llamas. Sobre una mesa hay ingredientes para que cada uno se arme sus s'mores. Cerca, luces blancas cuelgan de una pérgola de cedro, y debajo hay tres carriles preparados sobre el suelo arenoso para jugar a las herraduras.

—¿Quieres jugar? —le pregunta Kendrick a Lennon—. Debo advertirte, soy un genio de las herraduras, así que probablemente te ganaré.

—¿Ah, sí?

—Soy una leyenda —confirma Kendrick—. Al menos cuando tenía diez, que es la última... bueno, la *única* vez que jugué.

Lennon se ríe.

—Si se parece a tirar anillas en la feria, soy genial. Juguemos —me mira—. ¿Quieres jugar?

–La coordinación entre vista y manos no es lo mío –le digo. Cuando tengo que jugar juegos frente a otras personas y hacer algo en lo que soy el centro de atención, como jugar a los bolos o adivinar la película, en general me preocupa tanto que me estén mirando que termino incómoda–. Mejor los miro jugar y aprendo cómo se hace primero.

–Arrojas una herradura e intentas darle al poste –explica Lennon.

–Así suena fácil.

–No, creo que tú piensas que es más difícil de lo que es –dice, con una media sonrisa–. A veces tienes que animarte.

Summer quiere sumarse, y solo entonces me doy cuenta de que Brett ha desaparecido. Quizás se quedó con Reagan para hablar con Candy. O quizás está vigilando al barman. Quién sabe. Pero me gustaría que estuviera aquí para poder volver a conversar sobre su interés en tomar fotos de la luna, y para que actúe como amortiguador natural entre Lennon y yo.

Mientras hablábamos, los carriles se llenaron con otros jugadores. Así que aguardamos a un lado de la pérgola, esperando que se libere un lugar y observando a los demás jugar. En ese momento, siento un golpecito en el hombro.

Levanto la vista y veo a una mujer de la edad de mamá, con la piel morena y el cabello atado en una cola de caballo bien apretada.

–¿Eres la hija de Dan Everhart?

–Sí.

Me pongo tensa. Y luego reconozco a la mujer. Razan Abdullah. La he visto en el centro. Tiene una productora de videos. Solía ser paciente de papá.

–Pensé que eras tú –dice, con una sonrisa–. ¿Viniste con tu familia?

–No, estoy de vacaciones con unos amigos –respondo, dirigiendo la mirada a Lennon y Kendrick. Lennon asiente a modo de saludo.

–Ah –dice ella–. Es un lugar hermoso, ¿verdad? Estoy aquí desde hace unos días filmando un video de promoción con un equipo pequeño.

–Eso es genial.

–Ha sido una producción muy buena –asiente–. Nos vamos mañana en la mañana. ¿Cómo está tu papá? No lo he vuelto a ver desde que me hizo un tratamiento en la espalda la primavera pasada.

–Está bien –contesto, y siento que debería añadir algo más positivo, pero no me salen las palabras.

–Ah, lo siento –hace una mueca y aprieta los dientes–. ¿Tu mamá sigue con tu papá?

Estoy sorprendida.

–Por supuesto. ¿Por qué no seguiría con él?

–Los debo... estar confundiendo con otra pareja –pestañea rápidamente y mira a un lado, intentando pensar, y dudando–. Ya sabes cómo es esto. Conozco a tanta gente por trabajo... A veces me los confundo.

–Claro –repongo.

Pero siento cómo un pánico extraño crece en mi interior. ¿Se confundió de verdad o escuchó un rumor? Por favor, por favor, *por favor*, que papá no haya tenido una aventura con ella. Creo que está casada, pero no estoy segura.

Antes de poder pedirle más detalles, la pantalla de su teléfono se enciende y se disculpa para atender.

La observo alejarse, confundida, y me doy cuenta de que si ella puede recibir llamados, debemos estar en una zona con wi-fi. Reviso mi teléfono y claro, tengo señal. También tengo varios mensajes. Dos son de mamá, y mientras deambulo para contestarle, no puedo dejar de pensar en la pregunta de Razan. No me lleva mucho tiempo ponerme obsesiva, y ahora imagino a mis padres separándose.

Pero no por mucho. Brett trota hacia mí y me saca de mis pensamientos, Reagan a la zaga.

–Es ahora –dice excitado, y me incita a seguirlos mientras Reagan se ocupa de ubicar a los demás–.

Tenemos que ir, ahora.

–No entiendo –replico.

Lennon se limpia el polvo de las manos.

–¿Qué sucede?

–El bar –dice Brett–. Convencí a una de las huéspedes de que nos pida tragos.

–¿Sí...?

–Lo que quiere decir –aclara– que el barman irá a la cocina a prepararlos. No habrá nadie en el bar. Es nuestra oportunidad. ¿Piensan quedarse arrojando trozos viejos de metal con los otros vejesterios, o quieren divertirse?

–¡Diversión! –exclama Summer.

–Vamos, entonces –añade Brett, sonriendo de oreja a oreja. Me guiña un ojo–. Vamos, Everhart.

Se va y yo lo sigo, por la parte posterior del pabellón. Summer y Reagan van por delante corriendo por el césped mientras cae la noche, y cuando llegan a unos escalones que llevan a la galería lateral, se detienen hasta que luego de

un momento Summer muestra los pulgares arriba.

Subimos los tres escalones con cuidado en dirección a la angosta galería que rodea al pabellón, y nos mantenemos a cubierto. El bar está a apenas unos metros de distancia, bien iluminado. Como Brett predijo, el barman parece estar dirigiéndose a la cocina, se detiene para hablar con el personal que está barriendo el suelo y poniendo las sillas sobre las mesas.

—La huésped a la que le pediste que nos ordenara los tragos se fue a la Galería del Atardecer con sus amigos —informa Summer en un susurro—. Creo que le dijo al barman que le lleve los tragos allí.

—Excelente —sonríe Brett, y hace un gesto en dirección a Reagan y Summer, que están detrás de él—. ¿Dónde está mi colega?

Me doy cuenta de que se refiere a Lennon, y miro alrededor. No está por ningún lado.

—No podemos esperarlo —dice Brett—. Zorie, tú tomarás su lugar. Quédate aquí en los escalones y vigila. El resto, síganme cuando Zorie nos autorice.

¿Vigilar? ¿Por qué yo? Miro frenéticamente a mi alrededor mientras los otros se agrupan en la galería lateral. Examino el césped. No puedo ver bien el fogón desde aquí. Las personas que conversan en la Galería del Atardecer no nos prestan atención. La única persona que tiene visión directa al bar es el guitarrista. ¿Nos puede ver? No estoy segura.

—¿Está despejado? —susurra Brett.

Es demasiada presión. Examino el pabellón interno una vez más y espero a que un camarero nos dé la espalda.

—Está bien, ¡ahora!

Brett supera el escalón superior, en tres largos pasos llega al bar y se esconde detrás de la barra. Golpea el aire con un puño victorioso antes de desaparecer de la vista. Cuando vuelve a aparecer, tiene dos botellas de vino. Se las entrega a Summer, que intenta pasárselas a Kendrick, quien hace un gesto con la mano para negarse, al menos al principio. Ella le dice algo que no escucho y le clava una de las botellas en el estómago. Él se da por vencido y la toma.

Emergen más botellas. El ruido a vidrio resuena por todo el bar. Están tardando mil años. ¿Por qué se ríen? Alguien los escuchará. ¿Y cuántas botellas de vino piensan llevarse? Summer ya tiene tres.

De pronto me llega el aroma de malvaviscos tostados.

—¿Te tocó hacer de vigía? —retumba una voz grave en mi oído.

Dejo escapar un gemidito. Le doy un golpe a Lennon en el brazo.

–Ay –se queja, frotándose la manga.

–Deja de aparecerte así –susurro–. Me darás un ataque cardíaco.

Veo aparecer sus dientes blancos en la oscuridad.

–Parece un desafío.

–Me alegra saber que te emocione tanto la perspectiva de mi muerte prematura.

–Antes te gustaba cuando me aparecía en la oscuridad.

Me inundan recuerdos del otoño pasado. Salir de la casa de puntillas para encontrármelo esperando detrás de la palmera al final de la escalera. Su mano sobre mi boca para que no me riera. Sentir que el corazón me explotaría en el pecho de las ganas de que me abrace.

No pienses en eso. No le respondas. Finge que no ha dicho nada. Actúa normal.

–¿Dónde estabas? –logro decir.

–No haciendo algo estúpido. Y además –dice, y me muestra un s'more aplastado–, encontré esto. Nunca rechazo un malvavisco tostado. Es un pecado.

–Ah, ¿sí? –susurro, molesta porque sigo alterada. Porque me asustó. No por lo que dijo. O porque está tan cerca de mí que puedo oler el humo de la leña en su camisa. Pero ¿por qué está *tan* cerca?

–Estoy bastante seguro de que eso dijo el predicador el domingo pasado.

–¿Sigues yendo a la iglesia con Mac?

La capilla New Walden. Celebran una misa en un pequeño anfiteatro, y asisten personas de distintas religiones. Creo que la razón principal de su existencia es alimentar a las personas sin hogar y otras tareas caritativas por el estilo en la zona de la bahía. Mac estuvo en la calle cuando tenía nuestra edad, y muchas veces comió en el comedor de la capilla. Papá dice que no es una iglesia de verdad, pero ¿qué sabe él de divinidad?

–No tengo opción. Dice que uso demasiado negro.

Resoplo.

–Claro, déjame aclarar esto. Mac cree que Dios la perdona por vender productos como...

–¿Anillos para el pene?

No era lo que hubiera dicho primero. Su despreocupación me desorienta, y me pongo un poco a la defensiva.

–Sin embargo, ¿Dios no te perdona por leer todos esos mangas de terror espantosos? ¿Todas esas películas sangrientas de zombis?

–Personalmente, yo creo que sí. Estar preparado para el Apocalipsis zombi no es más que sentido común.

–Sí, me parece recordar que eso dice la Biblia –digo, con sarcasmo.

–Es una enmienda a los diez mandamientos –replica–. Enmienda número trece. Te armarás con machete y escopeta, y recordarás apuntar a la cabeza.

Me vuelvo para vigilar a Brett.

Lennon extiende el brazo cerca de mi hombro y me ofrece medio malvavisco.

–¿Quieres un poco?

Su voz es grave y aterciopelada, y suena tan cercana a mi oreja que siento mil escalofríos en el cuello. No puedo evitar temblar, y ruego que no lo haya notado.

–No.

–¿Segura? –pregunta, con la voz aún más grave. Profunda. Seductora.

No. No seductora. Lo que estoy escuchando es el equivalente a un espejismo. Con esto me confundí antes. Que una persona esté sintiendo algo no quiere decir que la otra persona lo está haciendo a propósito. Que mi cuerpo quiera darse vuelta con lentitud, encontrarlo mirándome con intensidad, que nuestras miradas se encuentren y que...

¿Qué me sucede? Debo detenerme. *Por el amor de Dios, ten un poco de orgullo, Everhart.*

–No, gracias –digo, con mayor decisión.

–Tú te lo pierdes –replica, aburrido. El brazo desaparece.

Y ahora sí me vuelvo para verlo. Lentamente. Pero no porque espero algo. Quiero comprobar si está aburrido *de verdad*, o si...

No me está mirando. Por supuesto que no. Está mirando algo en la distancia.

–Ah, mira –dice, con aire despreocupado–. Están por atrapar a Jack Kerouac.

¿Qué?

Giro y veo que el barman está en el pabellón y se dirige derecho a los chicos.

Maldición, maldición, maldición.

–Brett –susurro, lo más fuerte que puedo.

No me escucha.

–¡Chicos! –digo en voz alta, asustada.

Summer mira a su alrededor como si me hubiera escuchado, pero no se la ve *muy* segura. ¿Qué puedo hacer? Si salgo de la oscuridad, el barman me

descubrirá. Pero si no logro llamarle la atención a Brett...

Lennon silba.

Brett alza la vista.

Agito las manos como loca y señalo el pabellón.

Me entiende. Hay una breve discusión respecto a las botellas de vino y luego corren rápidamente hacia nosotros. El problema es que, cuando llegan a los escalones, el barman...

¡Maldita sea!

Los ha visto.

—¡Corran! —nos grita Brett.

Atraviesa a la carrera el césped, cargando cuatro botellas de vino. El instinto de autopreservación me hace correr tras él. Me llega el olor a césped mojado y agujas de pino cuando mis zapatos golpean el suelo. Corremos como si se nos fuera la vida en ello, como una manada de búfalos enloquecidos por el pánico. Estoy completamente perdida. ¿Dónde está el campamento? No recuerdo haber visto estos árboles y arbustos.

Brett gira hacia la izquierda y entonces descubro el sendero principal. Está iluminado por pequeñas luces doradas. Brett y Reagan saltan sobre unos arbustos floridos para llegar al camino. Algo se rompe.

—Ay, Dios —exclama Summer.

Piso vidrio. La nariz se me llena de olor a vino.

—Continúen —dice Brett, agitado—. No se detengan.

Miro hacia atrás, en dirección al pabellón. No parece que nadie nos esté persiguiendo. Abandonamos la botella rota y seguimos por el camino principal hasta que llegamos a la cima de una colina empinada. Aparece el primer grupo de carpas. Brett afloja el paso y se detiene, y todos tratamos de recuperar el aliento mientras miramos el valle que está colina abajo.

Este campamento tiene solamente Yurtas, todas circulares como tiendas de circo. Tienen una belleza misteriosa, con sus luces doradas y cálidas, santuarios en el bosque oscuro, que se abren para revelar el cielo nocturno. Y ese cielo está repleto —repleto— de estrellas.

Mis estrellas.

Parece que hubieran aparecido de la nada. Y que fuera un cielo nocturno completamente distinto al de casa. Tenemos una vista bastante buena en el observatorio de Melita Hills, pero el conjunto de las ciudades que están en la zona de la bahía produce mucha contaminación lumínica.

No hay ciudades aquí.

¡Ay, las fotos que podría tomar con mi telescopio!

–¡Zorie! –me llama Lennon.

Maldición. El grupo ha avanzado, y el resto, salvo nosotros dos, está ya a mitad de camino colina abajo.

–Perdón –digo.

Emprendo la marcha y añado:

–Estaba en la luna –me río y recupero el aliento–. Literalmente.

Qué broma tonta. Tanta actividad física me está pudriendo el cerebro.

–¿Te refieres a las estrellas? –dice, mirando hacia arriba durante un instante–. Son increíbles, ¿verdad? Sabía que te encantaría verlas.

Trota más rápido para alcanzar a los demás, y me apresuro a seguirlo, con su sorprendente confesión dándome vueltas en la cabeza. Pero no por mucho tiempo, porque cuando estamos a unos metros del campamento, Reagan se queda congelada.

–¿Qué pasa? –pregunta Kendrick.

–En el sendero, cerca de la tercera Yurta –señala.

Miro hacia delante y descubro el problema. Un hombre alto con una chaqueta oscura nos da la espalda, y está charlando con una pareja de campistas. En la chaqueta se lee MUIR impreso en letras blancas.

–Es el señor Randall. Es el seguridad del complejo. El barman es Papá Noel en comparación con él. No nos puede descubrir con todo este vino. Probablemente nos haga arrestar.

Summer mira alrededor.

–¿Qué hacemos? ¿Volvemos?

–¿Al lugar lleno de gente que nos vio salir corriendo? –pregunta Lennon–. Sí, regresemos a la escena del crimen.

–¡No lo sé! –exclama Summer, con miedo en la mirada–. Tal vez podemos escondernos hasta que este Randall se vaya?

Señalo las Yurtas.

–No es el único obstáculo. Miren todas esas carpas. Hay gente dando vueltas.

–Los huéspedes están volviendo después del fogón –comenta Lennon, mirando hacia atrás, donde nos llegan conversaciones y risas a poca distancia.

–Estamos atrapados –se queja Summer–. Es una porquería. Tengo las piernas cubiertas de vino, y ahora iremos a la cárcel.

–O podríamos ocultar las botellas en algún lado –dice Lennon con calma–. Y, quizás, evitaríamos ir a la cárcel. Pero tu plan también me gusta.

Kendrick señala un contenedor de basura. Es metálico y resistente a los osos, fijado al suelo con cemento, y tiene un pestillo extraño.

–Dudo que recojan la basura esta noche. Podemos guardar el vino allí y volver más tarde, cuando la gente esté durmiendo.

–¡Mis muchachos! –los alaba Brett, y ayuda a Kendrick a soltar el pestillo del contenedor–. Eres puro genio, Lennon. Pensé que me habías fallado en el bar cuando no estuviste para cuidarme la espalda, pero has regresado a tu lugar de colega.

–Todos mis sueños se han vuelto realidad –dice Lennon, chorreando sarcasmo.

Mientras Reagan se queja por tener que guardar las botellas junto a los restos de comida, logran hacer espacio para guardar una docena de botellas. La última no entra, así que Brett se la mete en los pantalones. Se hacen bromas groseras. Las ignoro, principalmente porque estoy vigilando al guardia.

–Chicos –digo–. Cierren el contenedor. Está viniendo hacia aquí.

Me parece que no puede vernos bien, pero yo sí lo veo. Y cuando Lennon señala que es muy obvio lo que hacemos parados junto al contenedor de basura, nos alejamos y caminamos por el sendero. Con calma. Con lentitud. Sin evitar al guardia. Me preparo cuando nos acercamos a él.

–Buenas noches –dice el señor Randall, mirándonos a todos de arriba abajo–. ¿Se han perdido?

–No, señor –le asegura Brett–. Estamos yendo a nuestro campamento.

–¿Que es...?

–Campamento Lechuza –responde Reagan.

Randall entrecierra los ojos.

–Me resultas conocida.

–Mis padres vienen a menudo –explica.

–Si eso es así, no necesito recordarte que pronto comienza el horario de descanso. Prepárense para ello.

–Gracias –dice Reagan.

El señor Randall asiente, y se hace a un lado para dejarnos pasar. No sé si me lo estoy imaginando, pero me parece que huele el aire. Así que me da paranoia que huelga el vino. Es decir, se nos cayó una botella al piso.

Pero si sospecha algo, no nos detiene. Y después de echarle una mirada cuando lo pasamos, dejó escapar un suspiro de alivio cuando deja atrás el contenedor de basura y sigue colina arriba en dirección al pabellón principal.

–Creo que estamos a salvo –le digo al grupo cuando atravesamos el

campamento de Yurtas por el oscuro sendero.

–Qué afortunados –replica Lennon, poco convencido.

Por una vez, estoy de acuerdo con él.

Capítulo 10



Resulta que las “horas de silencio” quieren decir silencio de verdad. Aunque las carpas del Campamento Lechuza están a cierta distancia unas de otras, cuando es noche cerrada y el ruido blanco habitual de la vida citadina –el tránsito, los aires acondicionados, los televisores– es reemplazado por los grillos, se escucha todo.

Y cuando digo todo, es T–O–D–O.

Cuando alguien tira la cadena del retrete. Risas distantes. El crujido de la grava cuando una persona camina. Los ruidos más pequeños se amplifican. Así que cuando los seis nos reunimos en la carpa de las chicas para hablar de cómo vamos a recuperar el vino escondido, no nos lleva mucho tiempo decidir que Brett y Lennon se levantarán temprano y cargarán el vino en sus mochilas. En realidad, Brett ofrece a Lennon como voluntario.

–Siempre soñé con traficar bebidas alcohólicas –dice secamente.

Los chicos se van a su carpa, y nosotras nos preparamos para ir a dormir. Hace mucho que no duermo en una litera, y *nunca* he dormido en una carpa. Pero después de registrar los eventos del día en mi diario y pasar un par de horas despierta en la cama, catalogando todos los sonidos nocturnos del campamento, caigo en un sueño intranquilo y agitado, y me despierto a cada rato.

Cuando el amanecer aparta la oscuridad, me doy por vencida y bajo de la litera.

Es extraño estar despierta tan temprano. Pero Reagan es una persona matutina, y cuando llego al piso, la encuentro durmiendo boca abajo toda despatarrada sin siquiera haberse metido en la cama. ¿No se cubrió con las mantas? Hace muchísimo frío aquí. Me preocupa que algo esté mal, así que le

sacudo el hombro.

–Déjame en paz –dice con una voz áspera y apagada por la almohada. Suena mal. Y enojada. Así que la dejo tranquila y reúno mi ropa lo más silenciosamente posible. Summer duerme aún, y me da miedo despertarlas si uso el baño en suite, así que me dirijo al baño del campamento.

Está más fresco afuera que en la carpa, pero veo luces en algunas de las otras carpas y siluetas moviéndose, por lo que no soy la única persona que se levantó temprano. Me las arreglo para conseguir una ducha libre, y me tomo mi tiempo para rasurarme y lavar mi cabello, y dejar que mi celular se cargue. Cuando termino de secarme el cabello, camino de vuelta al campamento y me siento mucho más civilizada. La carpa de los chicos no tiene luces encendidas, y las dos chicas de mi carpa siguen dormidas. Así que a menos que quiera sentarme a escuchar cómo ronca Reagan, lo mejor que puedo hacer es irme al pabellón principal para tomar el desayuno temprano.

Una luz azul grisácea se filtra a través de los pinos mientras camino por el sendero principal. El complejo se ve distinto con esta luz, y me cuesta encontrar el contenedor de basura donde dejamos el vino. Quizás Brett y Lennon ya se llevaron todas las botellas. Cruzo los dedos mentalmente y continúo mi camino.

Cuando entro al pabellón donde cenamos, me encuentro con una barra de desayuno armada sobre un par de mesas. Huevos, panceta, pastelería. También hay una sección de avena con una docena de ingredientes distintos para añadirle, que un huésped está analizando. Que alguien quiera eso en vez de salchicha es un misterio para mí. Tomo un plato y levanto la cubierta plateada de una fuente, y a través del vapor humeante de las salchichas, veo borrosamente a la persona que ronda la sección de avena. Es alto, moreno, sexy y...

AY, DIOS MÍO, estoy comiéndome con los ojos a Lennon.

Es como la vez que lo espí con el telescopio, pero peor, porque ahora está a un metro de distancia, y no me puedo tirar al suelo y esconderme. Al menos no está semidesnudo.

–El fin del mundo debe estar cerca si tú te levantas antes del amanecer – dice, con las esquinas de la boca ligeramente curvadas hacia arriba.

–No pude dormir. Cantaban los gallos.

Se ríe.

–Te estás confundiendo con una granja.

–Mira, todo lo que sé es que parecía un ave, y sonaba demasiado fuerte –

sonríó en su dirección—. Así que eran gallos de montaña, o como se llamen.

—Creo que probablemente se los llama halcones —observa, divertido.

—Es lo mismo —lleno mi plato de salchichas y panceta—. Así que avena. ¿En serio? ¿No comes eso en casa?

—Me encanta la avena. La avena me da vida —añade una cucharada de almendras a su avena—. Sabes, creo que Samuel Johnson, en su infame diccionario del siglo XVIII, describió a la avena como algo que los ingleses les dan a los caballos y los escoceses, a las personas.

Sacudo la cabeza, sonriendo.

—Tú y tus datos curiosos locos.

—Y tú estás desesperada por comer carne porque vives con Joy —replica, señalando mi plato.

Es verdad. No es que a ella le importe que yo sea carnívora, pero si cocina, toca una comida congelada vegana.

—La comida de anoche es la única carne que comí esta semana —admito—. Así que pienso volverme completamente cavernícola. Solo carne y café. Tal vez algo azucarado.

Y pongo un rollo de canela gigantesco encima de mi pila de salchichas. Veo que hay azúcar morena entre los ingredientes para la avena, y considero por un momento añadirsele a mi panceta.

—Ah, la vieja dieta paleo para la diabetes.

—Soy el ejemplo perfecto de la nutrición moderna —afirmo.

—Les da un brillo saludable a tus mejillas.

Con la mirada alegre, me mira a la cara por primera vez en la mañana, *realmente* me mira, y siento que se me calientan las orejas.

—Eso no es más que simple miedo —le digo, concentrándome en la mesa del desayuno y reabriendo una fuente que ya inspeccioné antes—. Me costó dormir anoche. Demasiadas cosas andando por allí en la noche.

—Es diferente, ¿verdad? Incluso dormir en las carpas. Sigue siendo... salvaje.

Sí que lo es.

Lennon me entrega cubiertos envueltos en una servilleta de tela.

—¿Quieres desayunar en la galería y mirar el amanecer? Tienen calentadores instalados, y parece que llevan el café.

—Ni una palabra más —respondo, y ojalá suene relajada y no como si estuviera inesperadamente feliz de desayunar con él.

Llevamos nuestros platos afuera y encontramos un lugar alejado de los

demás madrugadores, cerca de un calentador. La yuxtaposición del calor amable y la brisa fresca de la mañana refleja lo que siento al estar sola con él. Es al mismo tiempo familiar y extraño, y me encuentro en un estado constante de alerta cuando estamos juntos.

–Hoy estás a pleno con el escocés –comenta, echándome una breve mirada de costado.

Paso la mano por mis pantalones de tela escocesa roja y negra. Son ajustados, y un poco punk rock, bastante arriesgados, al menos para mí. Me parece que no está *bromeando*. A veces, es difícil darse cuenta.

–¿Gracias?

Asiente, y me relajo.

–Entonces –digo, atacando mi montaña de comida–. ¿Buscaron el vino con Brett?

–Yo no –niega–. Quería que Kendrick y yo fuéramos con él anoche luego de volver a la carpa. Ambos nos negamos. Brett dijo que iría solo, pero no sé cómo planeaba cargar con una docena de botellas, porque se fue sin la mochila. Pero olía como un restaurante francés cuando desperté hoy en la mañana, que francamente es mejor que el spray corporal de asesino serial que ha estado usando.

–¿Se embriagó solo?

–O tal vez hizo como Summer y dejó caer otra botella –dice Lennon, apenas encogiéndose de hombros–. Pero cuando pasé hoy, me fijé en el contenedor de basura y las botellas desaparecieron, así que supongo que se las arregló para rescatarlas.

Comemos en silencio durante un rato. No sé si quiero seguir hablando de Brett con él, y tampoco me cuenta nada más.

–Recogí el permiso de senderismo en la recepción que me dejó el esposo de Candy, así que está todo en orden –dice, luego de un rato, palmeándose el bolsillo–. También fui a la tienda que está en el pabellón principal. Tienen contenedores anti-osos para rentar. Si te encuentran con comida y sin uno de esos, tienes que pagar una multa. Sale en la hoja de información sobre Bosque del Rey que viene con el permiso, si quieres verla.

Empieza a quitarla del bolsillo, pero le hago un gesto.

–Te creo.

–Pero...

–Es que... no lo sé –digo, mordiendo un trozo de panceta crocante–. Bromeé con mamá acerca de los animales salvajes en las caminatas, pero

nunca pensé que podían ser tan peligrosos.

Lennon ríe.

–Hay peligros acechando a cada paso. Peligros mortales.

–Genial –digo entre dientes.

–No solamente los animales salvajes. En las Sierras, las personas han muerto en deslizamientos de rocas, ahogadas, cayéndose de precipicios, ataques cardíacos provocados por caminar en senderos difíciles, aplastadas por árboles...

–Cielos.

–... golpes de calor, hipotermia, hervidas en aguas termales, asesinadas por asesinos seriales desquiciados, envenenadas por plantas, hantavirus.

–¿Hanta qué?

–Se transmite a través de desechos de roedores.

–Um, hola. Estoy tratando de comer –me quejo.

–Tan solo digo que hay muchas cosas letales allí afuera. Pero eso es gran parte de la diversión.

–No me sorprende que pienses eso.

–No estoy hablando desde la perspectiva adrenalínica. Quiero decir que uno aprende a descubrir el peligro y evitarlo de un modo responsable y con cuidado. Hay que entender el entorno. Respetarlo. ¿Crees que mis madres me dejarían hacer senderismo si no creyeran que sé cómo manejarme? Confían en mí porque me lo tomo en serio. Y es por eso que querían que viniera. Es decir, sabes que no cuidarían mis reptiles por una semana a menos que fuera importante.

Es verdad.

–Espera –digo–. ¿Tus mamás *querían* que vinieras?

Sube y baja brevemente uno de sus hombros.

–Me preocupaba que Brett se perdiera buscando la catarata secreta por su cuenta si yo no lo ayudaba. Y ambos sabemos lo idiota que es. Perdón. Sé que te gustaba. O quizás todavía te gusta...

Baja la mirada y sus ojos se cruzan con los míos por un instante.

No sé qué decir. Ni siquiera sé cómo me siento. Las últimas veinticuatro horas han sido extrañas. Supongo que pensé que sería más excitante pasar tiempo con Brett fuera de la escuela, pero casi no hemos estado solos nunca. Quizás si pasáramos un tiempo lejos del grupo, dejaría de lado la personalidad de súper gallo macho. Sé que lo hace para llamar la atención y que tiene otra faceta distinta. Pero lo cierto es que recién llegamos.

También está Lennon. No lo había tenido en cuenta. Y anoche, cuando no me sobresaltaban los ruidos de los animales en el bosque, me pasé dando vueltas en la cama reproduciendo mentalmente todas nuestras conversaciones, intentando descifrar si somos amigos de nuevo, si él quiere serlo, si yo quiero serlo. Todavía no he llegado a ninguna conclusión.

–Tus madres insistieron en que vinieras al viaje –observo–, ¿por Brett? ¿Saben que él está aquí?

–Sí –responde, encogiéndose de hombros.

–¿Saben Sunny y Mac que yo estoy aquí?

Una ráfaga de viento fresco pasa mientras él rasca el interior del tazón con la cuchara, para juntar los últimos restos de avena.

–Por eso querían que viniera. Para... que tú estuvieras segura.

Me inundan cientos de emociones a la vez. No puedo ni empezar a ordenarlas, así que me sale lo primero que se me ocurre.

–No soy idiota, sabes. Me puedo cuidar sola. No seré una atleta olímpica como Reagan, pero puedo arreglármelas en una estúpida caminata.

–Claro que puedes.

–Puedo identificar miles de estrellas, así que estoy bastante segura de poder interpretar un mapa.

–Nunca dije que no pudieras. Eres la más inteligente de todos los que estamos aquí, por mucho.

–Entonces, ¿por qué hablas de mí como si fuera incompetente?

Gruñe.

–Eres competente. Más que competente. Confío en ti mil veces más que en cualquiera de las personas que están aquí.

¿De verdad? ¿Después de meses de no hablarnos? Siento algo raro en el corazón.

–Piénsalo de este modo –explica–. Si yo necesitara saber si Plutón es un planeta...

–No lo es

–... te lo preguntaría a ti. Pero si necesitara saber cómo construir una pipa de agua, le preguntaría a Brett. Tenemos distintos conocimientos. Yo sé sobre senderismo en la naturaleza.

–Pero ¡yo nunca lo supe! –le digo, irritada–. Se supone que sabías sobre cómo pasar la noche en una casa embrujada.

–No son cosas tan diferentes, en realidad.

Me siento frustrada, y él hace bromas. No le puedo sacar la ficha.

–¿Es por el álbum de fotos ese? –le pregunto, cohibida.

–¿Qué?

–¿Es por eso que viniste? ¿Por qué te obligaron tus madres a venir? Si tus mamás y tú me tienen pena porque mi papá es infiel, pueden ahorrársela. No la necesito. Estoy bien.

–No siento pena por ti. Estoy *enojado* por ti. Quiero cortarle los brazos a tu papá con un par de tijeras de podar oxidadas. Quiero cortarle los pies con una motosierra. Quiero...

–¡Está bien! Ya entendí, ya entendí.

Cielos. Es mi papá, después de todo. Aunque, debo admitir, siento un placer secreto ante su indignación.

–Si alguien tiene que masacrarlo al estilo de *La masacre de Texas*, es Joy.

Y me imagino que irá por algo más que los pies.

Lennon se queda en silencio por un momento.

–Nadie me obligó a venir. Quise venir. Esperaba que... –se detiene de pronto, gruñe y sacude la cabeza.

–¿Qué? –pregunto—. ¿Esperabas qué cosa?

Titubea.

–¿Nunca nos extrañas?

Sus palabras son un puñetazo en el estómago. Me sorprende no haberme caído de la silla.

Quiero gritar: *SÍ*. También quiero gritar, sin más. ¿Cuántas noches me quedé despierta llorando por Lennon? No soy la única responsable de nuestra ruptura. El show de Zorie y Lennon iba bien hasta el estúpido baile de bienvenida, y el final puede explicarse en cuatro fases. Confíen en mí. Me lo he explicado a mí misma en mi diario cientos de veces.

1) En la última semana de las vacaciones de verano, Lennon y yo nos besamos por accidente en una de nuestras caminatas nocturnas. Y antes de que me preguntes cómo es posible que un beso sea accidental, déjame decirte que sí puede serlo. Risas más pelearse por un libro puede tener consecuencias inesperadas. 2) Decidimos llevar a cabo el Gran Experimento, en el cual tratamos de incorporar sesiones intensas de besos a nuestra relación habitual sin decirle a nadie, por si no funcionaba, para preservar nuestra amistad y ahorrarnos los chismes y los padres metiches. Principalmente, un solo padre: mi papá, que siempre odió a los Mackenzie. 3) Unas semanas después, como el experimento aparentemente iba de maravillas, decidimos salir del clóset de amistad no platónica y hacer nuestra primera aparición pública como pareja

de novio-novia en el baile de bienvenida. 4) Nunca apareció. Jamás me dio una razón. No respondió mis mensajes. No volvió a la escuela por varios días. Y así es cómo terminó. Años de amistad. Semanas de *más* que amistad. Desaparecidos.

Él terminó con nosotros

Y junto a la muerte de mi madre biológica, perderlo fue lo peor que me pasó en la vida. Ahora quiere... ¿qué? ¿Qué quiere de mí, exactamente?

Intento contestar varias veces, empiezo y me detengo, sin saber qué decir, y termino sonando como una tonta.

–Yo...

Una camarera alegre se acerca a nosotros y nos ofrece una bandeja con tazas térmicas de café. Lennon y yo le aceptamos una cada uno mientras la camarera charla. Agradezco la interrupción, pero no me da el tiempo para preparar una respuesta a la pregunta de Lennon.

Por supuesto que nos extraño. No es posible querer a alguien durante años y que te deje de importar de un día para el otro. Esos sentimientos no desaparecen a voluntad. Créanme, lo he intentado. Pero hay otras emociones intensas mezcladas con nuestra antigua amistad. Al menos, de mi parte. Y eso hace que todo sea complicado y confuso.

Me gustan las cosas que tienen sentido. Las cosas que siguen patrones identificables. Los problemas que tienen solución. Nada de lo que siento por Lennon es así. Pero ¿cómo le digo todo eso sin repetir el baile de bienvenida? No se lo digo. Y ya. Ya me rompieron el corazón una vez. Nunca más.

Y sin embargo...

La esperanza es una cosa terrible.

–No te preocupes –dice, y se pone de pie–. No debería haber dicho nada.

–¡Espera! –exclamo, poniéndome en pie de un salto para detenerlo.

Se vuelve, y de pronto estamos mucho más cerca de lo que pretendía.

Dejo escapar un suspiro profundo y lo miro fijo.

–¿Quieres... mm, tal vez, caminar conmigo a la tienda del pabellón principal para conseguir una de esas cosas para comida a prueba de osos?

Hay una larga pausa, y mi pulso enloquece. Me rasco el brazo por encima de la chaqueta.

–Está bien –responde finalmente, y dejo escapar un suspiro de alivio.

Está bien, repito mentalmente.

Si no puedo conseguir lo que quiero, tal vez podamos volver a la época en la que las cosas eran más sencillas. Cuando éramos solamente amigos.

* * *

Termino llevándome unas cuantas cosas de la tienda: un contenedor anti-osos, un filtro para agua de bolsillo y una herramienta multipropósito que trae una pala minúscula. Lennon dice que la necesito para cavar pozos para el fuego y hoyos de gato. No sé muy bien qué es un hoyo de gato, pero tengo un mal presentimiento al respecto.

Volvemos caminando al campamento sin hablar demasiado aunque no es incómodo. Todavía está fresco, pero el sol está levantando la bruma y, según Lennon, será un lindo día. Me enfraqué demasiado en nuestra conversación del desayuno y olvidé usar el wi-fi.

–Espera –dice Lennon, después de pasar una curva y entrar al campamento.

Sigo su mirada y ubico el problema. Candy y el guardia con el que nos cruzamos anoche están bajando los escalones que llevan a la carpa de las chicas. Giran y caminan hacia el norte, en la dirección opuesta. Esperamos que desaparezcan en el bosque antes de avanzar.

–¿Qué crees que fue eso? –pregunto.

–No lo sé, pero no suena bien. Escucha.

En ese momento oigo a Reagan. Su voz áspera llega hasta nosotros, y está enojada. Trotamos hacia la carpa y llegamos en medio de una discusión.

–No, no me pienso calmar –le está diciendo Reagan a Summer–. ¿Tienes idea del problema que tendré cuando mamá se entere?

Kendrick y Brett están ahí sin hacer nada, así que Lennon interviene.

–¿Qué demonios sucede?

–Se arruinó todo –dice Reagan, dándole la espalda a Summer para arrojarle en el sofá, con la cabeza en las manos–. Eso es lo que sucede.

–Encontraron el vino –explica Kendrick mientras Brett va y viene detrás del sofá–. Nos echaron.

–Pensé que ibas a buscar el vino anoche –le digo a Brett.

El rostro de Brett muestra angustia. En vez de responderme, gruñe y le da un puñetazo a la mesa de café.

–Es ridículo. Tienen el vino. Sin daño, no hay sanción. No entiendo por qué son tan estrictos.

–Porque measte en una Yurta –le grita Reagan.

–Eh... ¿qué?

–Por el amor de Cristo –murmura entre dientes Lennon, sacudiendo la

cabeza con lentitud.

–Estaba ebrio, ¿sí? –se defiende Brett y le dice a Reagan–: Los dos estábamos ebrios.

–¿Estuvieron juntos anoche? –digo, sobresaltada.

–Nos tomamos la botella que contrabandéó Brett –explica Reagan, frotándose con fuerza la cabeza.

La que se metió en el pantalón, supongo.

–Y pensábamos volver juntos y buscar las otras botellas pero...

–Pero estábamos zumbados –dice Brett a la defensiva–. Nos olvidamos de llevar una mochila vacía para meter las botellas. Así que tomamos solamente dos y...

–Planeábamos volver por el resto –aclara Reagan–. Nos... nos distrajimos.

Esta no es Reagan. No toma mucho. He ido a fiestas con ella, incluyendo *la* fiesta –cuando Brett me besó– y nunca toma. Le afecta los tiempos de carrera a campo traviesa, y ella estaba siempre entrenando para las Olimpiadas.

Supongo que las cosas son distintas ahora.

–¿Dónde estuvieron bebiendo? –pregunto, y se me ocurre que eso explicaría algunos de los sonidos que me mantuvieron despierta anoche. También me siento irritada y dolida de que me hayan dejado afuera. Pero supongo que también dejaron afuera a Lennon.

–No me mires a mí –dice Summer–. Con Kendrick fuimos al sauna, y después volví aquí y me quedé dormida.

–Igual –repone Kendrick.

–¿Importa? –se queja Brett, alzando las manos–. Estamos de vacaciones, y Reagan y yo nos queríamos relajar. No es como si fuéramos criminales.

–Técnicamente, dado que ambos son menores de edad... –observa Lennon.

–Y el daño a la propiedad privada –añade Kendrick, sin ocultar su disgusto–. Ya sabes, mear en la carpa.

Brett suspira profundamente.

–No es mi momento más brillante, lo admito. Pero lo hecho, hecho está –se deja caer en el sofá junto a Reagan y se frota la cabeza–. Todo esto es tan estúpido.

–Ah, estoy de acuerdo con eso –dice Lennon, con la voz chorreando desprecio. Se vuelve hacia Kendrick–. ¿Qué dijo Candy exactamente?

–Que el campamento podría perder la licencia para servir bebidas alcohólicas si algo así sucede y ellos no hacen nada. Dijo que si el personal de limpieza hubiera encontrado las botellas en la basura quizás podrían

haberlo dejado pasar. Pero lo denunció otro campista, supongo que la familia de la Yurta.

Ay. Dios. Mío. ¿Había una familia dentro de la Yurta cuando Brett...?

–También puede ser que hayan sido los otros campistas que se quejaron por el ruido en el bosque a las dos de la mañana –aporta Summer.

Reagan bufá y se frota las sienes.

–Así que eso. El campamento no queda muy bien –termina Kendrick–. Tenemos hasta el mediodía para dejar las carpas, o llamarán a la policía.

–Mamá me asesinará –se lamenta Reagan.

–Tal vez Candy no le cuente –sugiere Summer, dándole ánimos.

–¿No lo entiendes? –exclama Reagan–. Mis padres no se van a Suiza hasta mañana. Eso quiere decir que si vuelvo a casa esta noche con la cola entre las patas, les tendré que explicar por qué regresé antes.

Nadie dice nada. Una sensación de desastre inunda la carpa. Al menos no fue mi culpa, así que mamá no se enojará conmigo. Pero sinceramente estoy destrozada porque todo esto se ha terminado tan de repente. Cambié mis planes del verano para hacerle lugar a este viaje. No quiero volver a casa y enfrentar a papá y sus infidelidades. ¿Y la fiesta estelar? Es recién dentro de cuatro días, así que no puedo tomar un autobús a Cerro del Cóndor esta tarde. No habrá nadie allí.

Como si no alcanzara con eso, también me está volviendo loca que Reagan haya estado anoche con Brett. ¿No es un poco raro? No dijeron que algo haya pasado entre ellos, y tal vez no pasó nada. Me recuerdo a mí misma que son amigos desde siempre... solamente amigos. Y Reagan sabe qué siento por él.

Entonces, ¿por qué me siento tan inquieta?

Tal vez es porque Lennon y yo también fuimos “solamente amigos”, hasta que empezamos a andar juntos de noche.

–¿Se terminó? –pregunta Summer–. ¿Tenemos que irnos? ¿Nada de andar a caballo o irnos de excursión?

–Tú y yo podríamos ir con mi auto hasta la cabaña de mi familia en el Valle de Napa –le dice Kendrick a Summer en voz baja–. No hay nadie allí ahora. Al menos podremos disfrutar algo de vacaciones.

»Invitaría a todos –añade, cuando nota que Reagan se vuelve–, pero es una cabaña con una sola habitación. Es la casa de mis padres para escapadas. No hay ni lugar para que duerman en el suelo, perdón.

–¡Chicos! Nos estamos comportando como estúpidos –dice Brett con súbita energía–. ¿Para qué volver a casa? Nuestro plan era caminar hasta la catarata

secreta en Bosque del Rey, así que hagamos eso. Pasemos el resto de la semana allí.

–Nuestro *plan* era pasar un par de noches en la catarata –señala Lennon–. Es muy diferente a pasar seis noches. Necesitaríamos más provisiones si nos fuéramos a quedar ese tiempo. El triple de comida. Y allí no hay duchas ni retretes. ¿Alguno tiene esas cosas básicas, como papel higiénico, por ejemplo? Les di una lista de lo que necesitamos, y me ignoraron.

–¡No! –se defiende Brett–. Se la pasé a Reagan.

–Entonces, ¿por qué ninguno tiene contenedores anti-osos o filtros de agua? ¿Creen que allí habrá grifos? Hay que filtrar el agua del río para poder beberla.

–Yo tengo un filtro de agua –dice Reagan–. No se me ocurrió que necesitáramos un millón. Y compré esas comidas deshidratadas para senderistas que vienen en paquete.

Me mira buscando confirmación.

–Tengo cuatro en mi mochila, y Brett dijo que podíamos colgar la comida de los árboles.

–Eso es ineficaz –dice Lennon.

–Amigo, ha funcionado durante siglos –sostiene Brett–. Estás siendo paranoico.

–Las reglas del parque indican claramente que sin contenedores resistentes a osos, no se puede acampar en el bosque.

–Me da lo mismo –afirma Brett–. Deja de insistir con detalles. ¡Nos pondremos *tontos* de tanto divertirnos!

–Tienes razón en un cincuenta por ciento –se burla Lennon.

–¿Eh? –barbotea Brett, con la frente arrugada.

–En la tienda del pabellón principal tienen contenedores para rentar –digo rápidamente, antes de que Brett y Lennon se peleen–. Y más comida deshidratada.

–¿Podemos ir? –pregunta Summer–. ¿No nos prohibieron la entrada al pabellón?

–Que se vayan a la mierda –exclama Reagan, incorporándose en el sofá–. Nos dieron tiempo hasta el mediodía. Juntemos provisiones. Brett tiene razón. Nuestros planes cambiaron. No pasa nada. Nos adaptamos. Será mucho mejor estar solos, de todos modos.

–¿Lo hacemos, entonces? –cuestiona Lennon–. ¿Quieren pasar una semana al aire libre?

—¿Por qué no? —responde ella—. Es mejor que volver a casa. Si Candy les cuenta a mis padres, estoy castigada. Así que mejor me divierto mientras pueda. Digo que lo hagamos. ¿Quién está conmigo?

Uno a uno, todos aceptan. Incluso Lennon, aunque me parece que no está muy contento al respecto.

Nuevo plan: no entrar en pánico. Todo saldrá bien. Es lo mismo que antes, nada más que pasando unos días más en la catarata. Puedo caminar de vuelta al complejo y tomar el autobús a Cerro del Cóndor cuando sea el momento. ¿Verdad?

Reagan me mira.

—¿Zorie? ¿Vienes, no es cierto? Porque no quiero que vuelvas a casa antes de tiempo y abras la boca, y que todo esto le llegue a mi mamá.

Me dan un poco de ganas de soltarle un puñetazo en los pechos.

Surgen pensamientos que me llenan de ansiedad. Acampar en el bosque. Reagan y Brett juntos anoche bebiendo vino. Mi conversación con Lennon de esta mañana. Todas esas cosas son signos de interrogación gigante que me dan vueltas en la cabeza.

Pero lo cierto es que hay un elemento indisputable.

Para suerte de Reagan, yo tampoco quiero enfrentarme a mis padres en este momento.

—Voy —confirmo.

Reagan sonríe por primera vez desde que llegamos.

—Está bien. Iremos a acampar al aire libre. Pero primero voy a ducharme y a desayunar. Necesito grasa y levadura. Tengo una resaca mortal.

Capítulo 11



—¿Para qué lado, colega? —le pregunta Brett a Lennon, acomodándose la mochila en una encrucijada—. No hay letreros.

—Esa es la definición literal de un sendero sin marcar —observa Lennon.

—Ah, sí —ríe Brett—. Supongo que tienes razón. ¿Cómo encontraste esta catarata secreta, entonces, si el camino no está indicado?

—Leí al respecto. La catarata no figura en las publicaciones oficiales del parque porque hay cataratas más grandes a las que es más fácil llegar desde los senderos principales —explica Lennon—. Esta no le conviene al excursionista por un día. Y cuando la encontré la primera vez, venía caminando de la dirección contraria, así que dame un segundo para encontrar el sendero hacia el sur.

Es la media tarde. Esperamos hasta último momento para irnos, nos cargamos de emparedados en el pabellón a la hora del almuerzo y rellenamos nuestras botellas con agua. Luego caminamos de vuelta al auto de Reagan y conducimos un par de horas por caminos de montaña tan sinuosos que daban miedo hasta llegar a un estacionamiento del parque nacional. A partir de allí, empezamos a caminar por senderos marcados en dirección a la catarata.

Y seguimos caminando...

Hemos estado avanzando por tres horas. Nunca caminé tanto en mi vida. Pero no es mi mayor preocupación. Me pregunto cómo me las arreglaré para volver por mi cuenta para tomar el autobús a la fiesta estelar cuando sea el momento.

—Se supone que este sendero no se bifurca hacia el este —murmura entre dientes Lennon, mirando un mapa satelital en su teléfono.

—¿Cómo es que tienes señal? —pregunto. He revisado mi teléfono varias

veces a lo largo del camino para asegurarme de que mamá haya recibido mi último mensaje donde le explico que no se preocupe si no sabe nada de mí por unos días. Pero nada. Es como si tuviera en la mano un ladrillo, para lo que me sirve.

–El GPS es independiente de la señal de celular –explica Lennon–. Tengo guardados todos los mapas digitales en el teléfono. Pero este no funciona muy bien. A veces no se puede confiar en la tecnología. Por suerte, tengo un repuesto.

Guarda su teléfono y extrae un pequeño cuaderno con cubiertas de cuero, que está por reventar. Mis cuadernos siempre están cuidados y son delgados; el de él... no. Quita la banda elástica que mantiene el anotador cerrado, lo abre y echo una ojeada: mapas de papel plegados, folletos de parques y páginas cubiertas por la letra característica de Lennon, en mayúsculas y en negro, con los ocasionales dibujos de árboles, flores silvestres, letreros de senderos, ardillas. Incluso descubro lo que parece ser un bosquejo estilo animé de Sunny y Mac.

Recuerdo los mapas que dibujaba cuando éramos niños. Y el mapa que me hizo, que descansa al fondo de una gaveta en casa. Y siento una intensa punzada de nostalgia.

Ha cambiado mucho. Pero no en esto.

Este es el Lennon que yo conozco.

Me descubre mirando el cuaderno y rápidamente quita un mapa plegado antes de cerrar las cubiertas de un golpe.

Es una tontería sentirme insultada. Lo que hay allí no es cosa mía. Ya no.

Lennon despliega el mapa sobre una roca grande. Descifra una maraña de líneas topográficas y traza senderos invisibles con el dedo.

–Ah, espera. Ahora entiendo. Izquierda. Tenemos que ir hacia la izquierda.

–¿Cómo entiendes eso? –comenta Brett–. ¿Estás seguro?

–Tan seguro como usted de que la Yurta era un urinal, señor Orino Donde Quiero –responde Lennon, plegando el mapa y guardándolo en su cuaderno.

–Golpe bajo, amigo –replica Brett.

–Nada más te aviso, si meas mi carpa, te sacaré las entrañas.

Brett sonríe de oreja a oreja.

–Me encanta lo asqueroso que eres.

–A la izquierda –le dice Lennon, tranquilo, pero con la mirada dura como el acero–. Estaremos allí en una hora.

–A la izquierda, equipo –exclama Brett alegremente, con las manos

alrededor de la boca. Toma la delantera con Reagan, Summer y Kendrick los siguen, y yo me quedo atrás con Lennon.

Aunque el peso de mi mochila está bien distribuido, me resulta pesada y se sigue deslizando hacia abajo por mi espalda. Me mata las piernas y los pies. Estoy muy contenta de no haberme comprado botas de senderismo como Reagan, porque ya se está quejando de que le salieron ampollas por los zapatos nuevos. Además, Lennon sigue usando sus zapatillas de corte alto negras con sus jeans rotos, así que me parece que las botas para senderismo son una exageración.

–Tienes que ajustar más la correa de la cintura –me dice Lennon, cuando intento acomodar la mochila que se cae.

–Pensé que ya había hecho eso –me detengo y lucho con las correas. Me parece que alguna está trabada.

–¿Puedo? –me pregunta, extendiendo la mano.

–Mm, bueno.

Se acerca. Respiro su aroma a ropa recién lavada y sol. Sus dedos largos y gráciles trabajan en la correa que rodea mi cintura. Tiene las manos más nervudas que antes. Antes eran manos de amigo, ahora son manos de chico. Es extraño sentir que me está tocando. No extraño malo. Y no es que me está toqueteando (no es que yo quisiera eso). Es que no todos los días un chico me toca mientras está muy concentrado en hacer algo por debajo de mis pechos. Ni siquiera me los está mirando (y no es que yo quisiera que lo hiciera). Al menos, no debería. ¡Malditos ovarios hiperactivos!

Cálmate, Everhart, me digo. No puedo permitir que mi imaginación se desboque cuando lo tengo cerca. La última vez que pasó, terminé sentada sobre su falda en un banco del parque con sus manos dentro de mi camisa.

La correa se afloja.

–Lo tengo –dice–. ¿Cómo hiciste para que se enmarañara tanto?

–Tengo muchos talentos –respondo.

–Puedes encargarte de atar todos los nudos de las carpas, entonces – comenta, divertido.

–No hace falta –digo–. Las carpas de Reagan no necesitan nudos. Prácticamente se arman solas. O eso nos dijo el tipo de la tienda. Creo que estaba coqueteando con Reagan. Tal vez nada más estaba contento por la cantidad de dinero que estaba gastando.

–Es posible. Tienen equipos de primera. Estaría impresionado si por un segundo creyera que Reagan los compró sabiendo lo que hacía.

Ajusta la correa de mi cintura de un tirón, y jadeo.

–¿Demasiado apretado?

–Inesperado, nada más. Creo que está bien.

–Debería sentirse justo, pero no incómodo –inspecciona los arneses de los hombros–. Bueno, ahora hay que ajustar estos. No debería haber espacio aquí, ¿ves?

Pasa sus dedos tibios entre mi omóplato y la correa. Los mueve para mostrarme, y una oleada de escalofríos me recorre el cuerpo.

–Ajuste, nomás –le digo.

Es raro, pero todo ese toqueo metódico me hace acordar a cuando me cortan el pelo en la peluquería. Es casi sensual, pero no del todo. O al menos no quieres que lo sea. El hombre noruego que me corta el cabello es más viejo que papá y usa un montón de anillos que se entrechocan y producen un ruido desconcertante pero placentero cuando usa las tijeras. No quiero tener sentimientos sensuales por Einar, y *definitivamente* no quiero tenerlos cerca de Lennon. Es mejor dejar de pensar al respecto.

–Entonces –me obligo a concentrarme en otra cosa–. Ahora que sé que probablemente algunos de los ruidos raros que escuché anoche eran Reagan y Brett andando por el campamento, me siento un poco mejor acerca de nuestra charla. Sabes, cuando hablamos de animales salvajes. Quiero decir, será diferente allá afuera, pero...

–Ah, será completamente diferente –afirma, y se ocupa de la otra correa.

–Pero no puede ser tan peligroso si tú no estás preocupado.

–De hecho, estaba muerto de miedo la primera noche que acampé solo al aire libre. Estaba tan convencido de que me estaban por atacar lobos que casi me hago encima en la bolsa de dormir.

–¿Y cómo superaste ese miedo, si eres tan amable de decirme? –le pregunto, luego de ahogar una risa de sorpresa.

–El conocimiento es algo maravilloso. Aprendí que no hay lobos en California.

–¿No hay?

–Salvo algún lobo gris perdido que cada tanto aparece, existe una sola manada conocida, la manada Shasta. Están cerca de la frontera con Oregón –prueba ambas correas–. ¿Cómo se siente eso ahora? ¿Mejor?

Sí, de hecho sí. Mucho mejor. Siento que la mochila es una extensión de mi cuerpo, y no un castigo. Sigue siendo pesada, pero me las arreglaré bien.

–Bueno. Aquí estamos completamente a salvo, en términos de lobos.

Tenemos más posibilidades de encontrarnos con un hombre lobo –observa.

–Ah, te gustaría eso, ¿no es cierto, Bram Stoker?

–Él escribió sobre vampiros.

–Es lo mismo.

–¿Te gusta estar equivocada?

–Me gusta cuando te pones como un santurrón a defender criaturas de ficción.

Se ríe.

–Defenderé con alegría a todas las criaturas del bosque. Hombres lobo, yetis y, sin lugar a dudas, a todos los wendigos. Pero, ey. Te encantará saber que los wendigos tampoco son propios de California. Así que no tienes que preocuparte porque un monstruo caníbal te cene en medio de la noche.

–Ha sido una conversación fantástica –repongo–. Gracias por calmar mis miedos.

Me sonrío –con la sonrisa cálida y aniñada que conozco y quiero tanto– y se me llena el estómago de mariposas.

–Vivo para darte pesadillas, Zorie.

–Ey –me quejo, cordialmente–. Eso no es bueno.

–Para nada –dice, aún sonriendo.

Y la calidez de esa sonrisa me dura largo rato después de que él se vuelva para seguir al resto del grupo.

* * *

Cuando llevamos algunos minutos de caminata, el sendero sin marcar gira hacia arriba, y luchamos para caminar cuesta arriba. Se hace difícil por el terreno rocoso y seco, y por el calor incómodo que aumenta a medida que subimos. Pero a mitad de la subida entramos en un bosque de abetos rojos. Tienen las ramas cargadas de piñas, y nos ayudan dándonos sombra... pero no con la pendiente. Caminar en terreno plano no es tan difícil; caminar en una cuesta con piedras que se te clavan en las suelas de los zapatos es una tortura. Me concentro en la campana anti-osos de Lennon. Su tintineo, junto con el de mi campana que le responde, es extrañamente relajante, y su ritmo tranquilizador me ayuda a poner un pie frente al otro.

Podría ser peor. Al menos no tengo resaca como Reagan, que se queja del dolor de cabeza y que ya ha tenido que parar y echarse un rato porque tenía miedo de vomitar. También está molesta con Brett, que dice que se siente bien y no deja de fastidiarla. Los observo a la distancia y trato de determinar si se los ve cambiados luego de la noche de juerga. Es difícil de decir.

Miro la hora en el teléfono. La caminata de “apenas tres horas” según Lennon ya nos ha llevado casi cuatro. El camino se ha nivelado, lo cual es bueno. No tenemos que subir ninguna pendiente más. Pero tengo los muslos prendidos fuego, y dentro de poco tendré que ir al baño. Justo cuando creo que ya no puedo dar ni un paso más, Lennon alza la cabeza.

–Paren –nos dice–. Escuchen.

Escuchamos.

–¿Oyen eso? –pregunta.

Nos miramos. Y en ese momento oigo *algo*.

–Agua –digo.

–Catarata –me corrige, con una sonrisa victoriosa.

Lo seguimos a través de una arboleda que se va haciendo cada vez más densa, tan densa que si no fuera porque cada vez la oigo más fuerte, me costaría creer que hay agua por aquí. Pero cuando la arboleda se abre, llegamos a la fértil orilla de un río. Y ahí está.

La catarata de Lennon.

El agua, blanca y neblinosa, cae de distintos niveles de rocas grises y desemboca en una laguna verde azulada. La laguna está rodeada por enormes rocas redondeadas que también salpican el arroyo que sale de ella, y que crean un puente de piedra natural que lleva a la otra orilla. Grandes helechos crecen al pie de los árboles y musgo verde brillante cubre los lados de las piedras.

No es una catarata muy grande, pero es solo para nosotros, y es exuberante y hermosa.

–Guau –dice Brett, apreciando el paisaje a su alrededor–. Es mejor de lo que esperaba.

–Es preciosa –agrega Summer–. Miren el agua. Es muy transparente.

–Nuestro propio paraíso privado –asiente Reagan–. Púdrete, Campamento Muir.

Kendrick señala un sendero angosto que sube a la izquierda de la catarata.

–Parece que se puede subir para zambullirse. Es genial.

–¿Qué te parece? –me pregunta Lennon a la altura del hombro.

–Me parece un sueño –le respondo, con sinceridad.

–Sí –dice, satisfecho–. Es exactamente lo que pensé.

Estamos todos agotados y aliviados de poder dejar nuestras mochilas mientras Lennon nos explica cómo es el lugar. Como ya ha acampado aquí, ha explorado todos los rincones. Cruzando el puente de piedra, el lado norte del río es el mejor lugar para recoger leña para el fuego. Donde estamos parados es un buen lugar para armar las carpas, y se puede encender el fuego en un refugio de granito donde rocas enormes forman una barrera natural.

–Miren –dice Lennon, casi excitado... Casi. Suele funcionar en una sola frecuencia estable. Empuja con el pie algunos desechos que están en el suelo del refugio para revelar cenizas–. No hace falta que cavemos un pozo. Ya está hecho. No tenemos que hacer más que llenarlo de leña y astillas y *voilà*. Cocina instantánea.

–Excelente –responde Brett.

Y la arboleda que dejamos atrás es la zona de baño. Está colina abajo de nuestra fuente de agua, tiene cierta privacidad y el suelo blando para cavar hoyos de gato, que son exactamente lo que me temía. Cavas un agujero, haces lo tuyo y lo entierras. Es parte de un acuerdo entre senderistas que se denomina “No dejar huellas”. Se supone que tienes que dejar cada campamento en las mismas condiciones en las que lo encontraste. Eso implica no destruir nada, no cortar árboles, apagar siempre el fuego y no dejar nada de basura. Nada de nada. Técnicamente, se supone que tenemos que poner el papel higiénico usado en bolsas herméticas hasta que abandonemos el parque o encontremos un contenedor de basura específico para eso. Es decir, “llévatelo contigo”, como le dicen los especialistas. Cuando Reagan protesta, Lennon le dice que es ilegal dejar basura aquí. Pero coincido con Reagan. No pienso cargar con papel higiénico sucio en una bolsa, y tampoco pienso no usar nada y limpiarme con hojas. No soy una bestia salvaje. Lennon reconoce que aunque no es del todo legal, la alternativa es usar papel biodegradable, enterrarlo bien profundo y cubrirlo bien. Por mí está bien.

Brett está dando vueltas por ahí con el teléfono, grabando un video de la catarata mientras relata lo que ve. Cuando Brett termina, Lennon sugiere que nos pongamos a armar el campamento. Pero a nadie le interesa hacer eso. Reagan quiere descansar, Brett quiere nadar y Summer y Kendrick se mueren por subir a la parte superior de la catarata. Es como tratar de arrear una manada de gatos, y cuando Lennon se da por vencido y se va solo a buscar un lugar donde armar su carpa, me siento indecisa. Pienso que probablemente

tenga razón, que ya son más de las cinco y que nos quedan pocas horas de luz para organizar todo. Pero al mismo tiempo, estoy agotada y me duele todo. Y hace calor. Tanto calor, que Brett ya está en pantalones cortos y metiéndose en el agua a la orilla del río.

–Está increíble, chicos –informa, apartándose de la frente el pelo castaño ondulado.

Lo observo caminar en el agua que le llega a los tobillos. No me quedo mirándolo como tonta, ya lo he visto antes. A pesar de que lo echaron del equipo de fútbol, tiene un hermoso físico de futbolista, con el que se siente cómodo mostrárselo a todo el mundo. Literalmente. Su cuenta de Instagram es un 75 por ciento de selfies de Brett Seager sin camisa. Pero ahora nos está avisando que se quitará los pantalones cortos para nadar en calzones.

–Somos todos amigos, ¿verdad? –dice, sonriéndome de oreja a oreja mientras salta en una pata para sacarse los pantalones sin mojarlos–. ¿Vienes, Zorie?

–No lo sé –respondo–. Tengo un traje de baño, pero ¿dónde me voy a cambiar? ¿En el bosque?

–Yo sí –exclama Reagan, sentándose para desajustarse las botas–. Te vi cerquita y cómoda con Lennon durante la caminata. Tal vez deberías ir a hacerle compañía.

Su tono de voz es juguetón. Confusamente juguetón. Sabe que Lennon y yo no nos hablamos. *No sabe* acerca del Gran Experimento. Y Lennon y yo no hicimos más que hablar mientras caminábamos. No coqueteamos para nada. ¡No hizo más que ajustarme la mochila! ¿Por qué me hace sentir tan culpable el comentario de Reagan, entonces? Me aseguro de que Lennon no pueda oírnos. Me parece que no. Ya encontró un área de terreno plano para la carpa y está descargando su mochila.

–¿No estás de acuerdo, Brett? –dice Reagan, en voz más alta.

–¿Acerca de qué? –grita él, con la mano como pantalla sobre la oreja.

–Que Zorie debería ayudar a Lennon –responde Reagan, aún más alto.

Ay. Dios mío. ¡Cállense, por favor!

–Si Lennon quiere jugar al niño explorador bueno, déjenlo. Tenemos montones de tiempo para hacer eso. Ahora mismo, estoy pensando en una frase que Kerouac escribió en *Los vagabundos del Dharma*: “Feliz. En mi traje de baño, descalzo, despeinado, en la oscuridad del fuego rojo, cantando, bebiendo vino, escupiendo, saltando, corriendo... Así es cómo se vive”. Brett se quita los pantalones y me hace un gesto.

–¡Atrápalos!

Me arrojo hacia adelante con poca elegancia y los atrapo en el aire. Brett da vivas, y luego gira y camina hacia la laguna.

–Por el amor de Dios, métete los ojos de vuelta en la cara –me dice Reagan. Enfoco mi atención en ella.

–No estoy...

–Sí que estás –afirma, y se saca las botas de senderismo y continúa en voz baja–. Te dije antes de empezar el viaje que no quería que las cosas se pusieran incómodas. Me prometiste que no sucedería.

–¡No le pedí que me arroje sus pantalones! –le susurro.

–Ten cuidado.

Ahora estoy molesta. Y recelosa. ¿Qué hicieron anoche exactamente cuando andaban por ahí en el campamento como dos alcohólicos adolescentes? Quiero preguntarle eso, pero me conformo con un:

–¿Por qué te importa?

Se saca la camiseta. Tiene puesto el top de la bikini. Deja escapar un largo suspiro de agotamiento. Creo que todavía tiene resaca.

–Te lo estás tomando mal. He tenido una mañana de porquería, y un verano aún peor.

–Lo sé, Reagan –suspiro–. Y siento mucho lo de las pruebas olímpicas.

–No quiero tu lástima –dice, con las mejillas enrojecidas. E inmediatamente se da cuenta de que me ha contestado mal, y cierra los ojos antes de continuar hablando en un tono más tranquilo–. Tan solo quiero que todos disfrutemos esto, ¿está bien?

–Yo también –respondo, confundida–. ¿Qué tiene que ver eso con Brett?

–Mira, no eres la única persona que le ha echado un mordisco. Summer también ha estado con Brett.

–¿Qué? –no tenía... idea. Me viene a la cabeza mi conversación incómoda con Summer acerca de Brett y Lennon, y ahora me pregunto por qué no me dijo nada.

–No quiero que te pongas territorial y te sientas mal como te pasó en la primavera después de la fiesta esa.

¿Está tratando de protegerme o de lastimarme? Porque lo último le está saliendo bastante bien. ¿Y con qué fui territorial, por el amor de Dios?

Reagan ya está trotando en dirección a la catarata. Y me quedo confundida y sintiéndome culpable acerca de algo que no hice... e irracionalmente celosa de la cuestión de Summer.

Le echo una mirada a Lennon, que está ocupado quitando rocas para instalar su carpa, mientras que Brett está dando gritos de alegría salvaje metido dentro de la niebla que genera la catarata, y le ruega a Reagan que le tome una foto.

Todo este tiempo me estuve preocupando por los animales salvajes. Tal vez debería haberme concentrado en la amenaza mayor: tratar de ver dónde me ubico en la civilización.

Capítulo 12



—¿Nos cuentas una historia de terror? —le pide Summer a Lennon, que está sentado frente a ella del otro lado del fuego.

Hace media hora o más que atardece, y estamos reunidos alrededor de la fogata dentro del refugio de granito, observando cómo Lennon añade cuidadosamente una maderita a las llamas. Tenía razón acerca de las rocas. Son cómodas como asientos. Hemos estado aquí sentados durante la última hora, secándonos después de nadar en la laguna, comiendo nuestros paquetes de comida deshidratada. Me quedé con hambre y podría comer uno más. Pero para eso tendría que hervir más agua, y está tan oscuro que apenas puedo distinguir la orilla del río. No vale la pena, definitivamente.

—¿Por qué crees que yo sé historias de terror? —replica Lennon.

Un coro de sonidos rebota en las rocas cuando todos lo alentamos.

—*Seguro* que te sabes una, amigo —dice Brett—. Déjate de juegos.

—Quizás sepa alguna —Lennon alza la vista de las llamas.

—¡Ja! —exclama Summer—. Lo sabía. Cuéntanos una sobre campesinos asesinos en el bosque.

—No, por favor —suplico.

—Tampoco nos cuentes sobre el coco que tiene un gancho en vez de mano y que ataca a la gente que se está besando en el auto —pide Kendrick—. No me gustan los ganchos.

Summer se ríe e intenta hacerle cosquillas.

Todos estamos de buen humor, relativamente. Reagan, a su manera, ha intentado disculparse por lo que me dijo antes. Trajo un pequeño martillo —una de sus muchas compras en la tienda de artículos para el aire libre— así que me

ayudó a clavar los postes para colocar una lona en la entrada de mi carpa. Me preguntó si estaba bien, y mentí y le dije que sí. Luego me dio una de sus palmadas súper fuertes en la espalda, y ya. Estamos bien. Supongo. Está sentada en la misma piedra que yo, y Brett se sentó entre nosotras. Lo que debería entusiasmarme –sentir su lado pegado al mío–, pero no lo puedo disfrutar. Estoy demasiado ocupada pensando en el discurso sobre ser “territorial” que me dedicó Reagan y en que parece que está tratando de apartarme de Brett.

¿Por qué?

–Vamos –le ruega Reagan a Lennon–. Tú y tu fetiche gótico bizarro... Sabemos que te sabes una buena historia de terror.

–Tienes una voz perfecta para cuentos de miedo –añade Summer–. Suenas como esos actores antiguos de películas de terror en blanco y negro. El hombre lobo. Drácula. Todo eso.

–Vincent Price –adivina Kendrick.

–No, el otro. Drácula. El que sale en *El señor de los anillos*.

–Christopher Lee –aporta Lennon.

–¡Sí! –exclama Summer–. Diviértelos, Christopher Lee.

Lennon se apoya con las manos para incorporarse de la sentadilla en la que estaba, y se sacude las manos.

–Está bien –dice–. Oí algo hace unos meses. Pero no es ficción. Es algo que alguien me contó. ¿Están seguros de querer oírlo?

No, no quiero, muchas gracias. No me gusta tener miedo. Y ahora que está oscureciendo, me estoy preocupando por tener que dormir en el suelo. Las carpas que elegimos con Reagan son bastante buenas para ser carpas. Son pequeñas, pero aptas para dos personas, lo que implica que cuando hay una sola persona adentro queda bastante espacio libre. Pero no se puede estar de pie en ellas, y saber que voy a estar metida en ese espacio minúsculo más tarde sin nada más que un poco de nailon entre mi persona y los animales nocturnos que vienen a beber agua a la laguna me está enloqueciendo.

Pero el resto parece ser un millón de veces más valiente que yo, y quieren que Lennon los asuste.

–Estoy más que lista –afirma Summer.

–No digan que no les avisé –replica Lennon, que dobla sus largas piernas para sentarse en el borde de una de las rocas y se inclina hacia delante, con los antebrazos sobre los muslos–. Bueno, entonces, cuando terminaron las clases, los fines de semana hice un curso de supervivencia en un lugar del otro

lado del Monte Diablo. Lo dirigen ex militares y este guardaparques retirado especializado en rescates que trabajó en Yellowstone. Se llama Varg.

–¿Varg? –repite Summer.

–Sueco –explica Lennon–. Y no había que meterse con él. Un metro noventa y cinco de altura, grande como un edificio, cicatrices por todos lados. Rescató a montones de personas de deslaves y derrumbes. Incendios. Y ha encontrado muchos cadáveres. La gente se pierde en la naturaleza todo el tiempo, y a veces se quedan sin comida y mueren de inanición, o los atacan animales salvajes o mueren aplastados por rocas. Caen en géiseres hirviendo.

–Cielos –se queja Summer.

–En invierno, se congelan. Varg dijo que una vez encontró a una familia entera congelada en las montañas. Alpinistas amateurs. Se habían quedado una semana allí, atrapados en una cornisa. Un animal se había comido la pierna del esposo.

–¡Puaj! –dice Summer.

Hago una nota mental para no irme nunca *jamás* de campamento en invierno. Lennon entrelaza los dedos.

–Pero Varg me contó que aunque ha encontrado docenas de cadáveres durante su carrera (que es un montonazo de muertos) jamás creyó que los fantasmas existieran. Hasta que viajó a Venezuela.

–¿Qué hay en Venezuela? –pregunta Brett, y levanta el celular.

–¿Estás filmando? –dice Lennon.

–Claro. Ahora tendré que cortar esa parte.

Con la catarata detrás de él, Lennon le echa una larga y desconcertante mirada a Brett.

Brett apaga el teléfono y lo guarda en el bolsillo.

Luego, Lennon continúa.

–Cuando Varg estuvo en las afueras de Caracas haciendo un seminario de búsqueda y rescate con guardaparques locales, pasaron una noche de luna llena en las montañas. No ocurrió nada extraordinario. Encendieron una fogata. Comieron. Charlaron. Parecido a esto, supongo –comenta Lennon–. Pero cuando se hizo tarde y todos se fueron a dormir, Varg se quedó junto al fuego para asegurarse de que las brasas se apagaran. Y mientras estaba sentado allí, sintió que se le paraban los pelos del cuello. Tuvo la clara sensación de que alguien lo estaba observando.

–Ay, no –murmura Kendrick.

Lennon señala una rama que cuelga por encima del refugio de granito.

–Varg miró hacia arriba en dirección a un árbol que estaba cerca y vio a un chico de nuestra edad sentado en una rama. Estaba alto, y no había ramas bajas en el tronco, así que no entendía cómo había llegado tan alto. Lo llamó, pero el chico no contestó. Y como estaba oscuro, Varg no lo podía ver bien, pero trató de racionalizar su aparición y (me imagino que por su trabajo) le preocupaba que el chico estuviera atrapado. En problemas, saben. Que necesitara ayuda.

–No me gusta a dónde está yendo esto –dice Summer, acurrucándose junto a Kendrick.

Lennon continúa.

–Cuando se acercó y se quedó de pie debajo de la rama, la luz de la luna le permitió ver mejor al chico. Tenía puesta ropa extraña. Le llevó un rato darse cuenta de que era un uniforme militar... del 1800.

–Ay, mierda –murmura Reagan.

Brett le pasa el brazo por los hombros. Ella se apoya en él.

–Ven, muchacha –dice–. Hay lugar para todos –añade cuando se da cuenta de que los estoy observando; me pasa el brazo alrededor de los hombros y me acerca hacia él.

No sé cómo sentirme al respecto. Incómoda. Creo que así me siento. Muy, muy incómoda. En especial cuando siento la mirada crítica de Reagan. Y Lennon ha dejado de contar su historia, así que lo miro. Furia asesina. Eso es lo que muestra su rostro. No dirigida a mí, sino a Brett. Las sombras que proyectan las llamas de la fogata resaltan las curvas y delinean los ángulos de su expresión.

¿Nunca nos extrañas?

Ay, Dios. Antes de seguir pensando en eso, finjo toser y me escapo del abrazo de Brett, golpeándome el pecho con la mano para mayor realismo.

–¿Estás bien? –pregunta Brett, preocupado en serio.

Asiento vigorosamente, toso una vez más y me aparto sigilosamente un par de centímetros. No intenta abrazarme de nuevo, y me siento muy aliviada. El cerebro me dice que eso no tiene sentido, ¿no es que vine para esto específicamente? ¿Para tener la oportunidad de pasar tiempo con él? Pero el cuerpo me dice que me aparte aún más.

¿Qué me está sucediendo, entonces? ¿Lo que Reagan me dijo más temprano me está confundiendo?

–¿La historia termina ahí? –pregunta Summer.

Lennon me dirige una mirada inescrutable antes de responderle.

–¿De verdad quieren oír el resto?

–¡Sí! –responden al unísono Summer y Kendrick.

Lennon accede.

–Entonces, Varg se sorprendió de ver a un chico vestido así, pero intentó ser racional. Lo llamó de nuevo, y el chico siguió sin responderle. Varg se preguntó si quizás no entendía el idioma, así que corrió unos metros en dirección a las carpas y despertó a un hombre local para que lo ayudase a traducir. Cuando regresaron al árbol, el chico había desaparecido.

–Uuh –dice Summer.

Se me pone la piel de gallina. Bajo las mangas de mi sudadera y cruzo los brazos sobre el estómago.

–Varg quedó muy conmocionado, obviamente –dice Lennon–. No sabía si había visto un fantasma, o si se lo había imaginado. Tal vez se había quedado dormido junto al fuego y lo había soñado. Pensó en mil posibilidades. Pero esa había sido su última noche en las montañas, así que al día siguiente condujeron a la ciudad y tomó su vuelo de regreso a los Estados Unidos. Cuando volvió a Wyoming, se hizo de noche antes de que llegara a Yellowstone. Vivía dentro del parque, en una residencia que compartía con otros guardaparques. Cuando llegó a su habitación, que estaba en el segundo piso, abrió la ventana para que entrara aire y, justo allí afuera, en una rama demasiado alta, estaba el silencioso niño soldado. *Lo había seguido a casa.*

Se me llenan los ojos de lágrimas. No voy a mentir: estoy cien por ciento asustada.

–Tremendo –susurra Brett.

–Imposible –dice Summer–. Ay, Dios mío. ¿Qué hizo?

Lennon se encorva para acercarse al fuego.

–Bueno, él...

–¿Él qué? ¿Él qué? –insiste Summer.

Lennon alza la cabeza de pronto.

–¿Escucharon eso?

–Cállate, maldita sea –susurra Reagan, visiblemente asustada–. Basta, Lennon.

–¿Tienes miedo? –le pregunta Brett, abrazándola más fuerte–. Ah, Dios mío. ¡Tienes miedo!

–¡Ey! –grita Lennon–. Estoy hablando en serio. Escuchen.

Nos quedamos en silencio. Todo lo que puedo oír es el agua de la cascada cayendo. Y...

Oh.

–¿Qué demonios? –susurra Brett.

Viene de las carpas, y suena como si...

Como si alguien estuviera revisando nuestras cosas.

Lennon nos hace una señal para que nos quedemos en el lugar, se coloca una pequeña linterna de cabeza y enciende la luz al mismo tiempo que se baja de la roca de un salto y sale del refugio de granito.

Me pasan una docena de posibilidades por la cabeza, y ninguna es muy feliz. Estoy muerta de miedo, pero no pienso quedarme aquí mientras Lennon se dirige a su muerte. Me pongo de pie de un salto y salgo detrás de él rumbo a la oscuridad, con la luz de su linterna que rebota como guía hasta que lo alcanzo.

–Quédate detrás de mí –murmura.

Puedo oír al resto del grupo discutiendo si seguirnos o no, y pronto están detrás de nosotros, haciendo tanto ruido como el intruso misterioso.

El sonido de nuestras pisadas me suena muy fuerte. Se quiebran ramitas. Crujen las hojas. Damos la vuelta a un árbol que señala el límite exterior de nuestro campamento. Nuestras carpas están bastante separadas, algunas más cerca del río y otras más cerca del bosque. La primera es la de Lennon. La mía está al lado hacia la izquierda, cerca de una gran roca. Caminamos de puntillas entre las dos carpas, con mucho cuidado. Oigo un ruido, pero el bramido de la catarata me confunde el cerebro. Miro frenéticamente a mi alrededor, intentando descubrir el peligro, cuando Lennon extiende una mano hacia atrás para detenerme.

Se me va el corazón a la boca. En ese momento lo veo junto al río.

Adelante, a unos cuantos metros, la luz de la luna ilumina las siluetas azul oscuro de las carpas de Reagan y Brett, cuyos domos las hacen parecer iglúes que surgen de la oscura orilla del río. Hay algo raro con una de las carpas. Tiene una forma extraña. Como si fuera una pelota de fútbol gigante medio desinflada. Y cuando la linterna de cabeza la ilumina, una forma oscura enorme se vuelve para enfrentar la luz.

Capítulo 13



Un oso negro.

Un gran oso negro.

Un gran oso negro está destrozando la carpa de Brett.

El resto del grupo nos alcanza mientras me inunda la impresión. Reagan choca contra mi espalda, y casi me caigo. Summer deja escapar un sonido de terror.

–Ay Dios –murmura Brett, cuando ve al oso–. Ay Dios, ay Dios.

Me quedo en blanco. Siento los nervios a flor de piel.

Como si pudiera oír mis miedos, el oso levanta la cabeza para husmear el aire. Sus ojos pequeños brillan en la oscuridad y reflejan la luz de la linterna de Lennon.

–No se muevan –dice Lennon, por encima del hombro–. No corran. Es posible que los persiga.

¿Qué demonios podemos hacer, entonces? El viento nos hace llegar el aroma penetrante del oso, y mis pies quieren salir corriendo, pese a la advertencia de Lennon.

Nos quedamos de pie y en silencio. Mirándolo fijo. El oso nos devuelve la mirada. Husmea de nuevo el aire, y se lame el costado del hocico con una enorme lengua rosada. Siente curiosidad, y no tiene miedo. De hecho, lo que sea que ha olido en el aire le da valor. Sale de la carpa de Brett, y rompiendo la tela con la pata se vuelve para enfrentarnos.

Va a cargar contra nosotros.

Vamos a morir. Tuve miedo durante la historia de Lennon, pero ahora estoy petrificada. Respiro con dificultad. *Realmente* me gustaría tener a Andrómeda aquí conmigo. Ella le ladraría hasta vencerlo.

O metería la cola entre las patas y huiría, que es exactamente lo que quiero hacer.

–¡Ey! –grita Lennon en una voz resonante que me sobresalta–. ¡Vete de aquí! ¡Vete!

Sacude las manos por encima de la cabeza como si estuviera disfrazado de vampiro en Halloween y quisiera asustar a unos niños pequeños. Pero parece estar furioso. Y como tiene la voz tan grave, llega más allá del río y vuelve con un eco estruendoso.

El oso está prestando atención. Se detiene y se queda con una pata enorme en el aire, con la cabeza inclinada.

Lennon se lanza hacia adelante, una zancada larga. Y mientras avanza grita una vez más, mientras imágenes de él arrojándose como un idiota al oso me pasan por la mente. Sangre. Gritos. Horror. Lo veo todo, y tengo demasiado miedo como para detenerlo.

–¡Dije que te vayas! –grita Lennon, aplaudiendo varias veces. Rápidamente recoge algo del suelo y se lo arroja al oso. ¿Una piedra? No me doy cuenta. Pero le da al oso en el hocico.

¿POR QUÉ HAS HECHO ESO?

El oso se sacude el proyectil. Preparo el cuerpo para huir. Y entonces...

El oso gira lentamente su gran cuerpo peludo. Se va arrastrando las patas, aplastando la carpa debajo de él en apenas dos pasos.

Lennon aplaude una vez más y avanza tranquilamente hacia el oso. Grita como si estuviera tratando de hacer que un caballo galope. Y de pronto el oso empieza a correr hacia el bosque oscuro.

Se ha ido.

Me quedo mirando al bosque hasta que me arden los ojos. ¿Realmente se ha ido? ¿O nos está engañando y se dará vuelta y nos perseguirá en dos patas? Un momento, ¿los osos negros caminan en dos patas? ¿O esos son los osos pardos? No lo sé. *¿Por qué no lo sé?*

–Ya está –dice Lennon, y posa una mano sorprendentemente cálida y firme sobre mi cuello–. Ey, ya está. Se fue.

Lo miro, confundida. Me lleva un buen rato recuperar la voz, y cuando lo logro, siento la lengua seca.

–¿Estás seguro?

–Bastante seguro –contesta Lennon, mirando por encima del hombro en dirección al bosque–. Escucha. Se está alejando. Ese ruido son las piñas que crujen bajo sus patas.

Apenas escucho algo. Lo que está muy bien. No quiero oír patas de oso haciendo ruido.

–Demonios, eso fue intenso –exclama Kendrick–. ¿Se ha ido del todo?

–Por ahora –replica Lennon.

–¿Qué quieres decir? –pregunta Reagan–. ¿Puede volver?

Lennon ilumina la carpa destrozada con su linterna de cabeza.

–Si está buscando algo, es posible. ¿De quién es esa carpa?

–Me parece que es la de Brett –dice Summer, encendiendo una linterna de mano.

Tiene razón. Reagan y Brett eligieron armar las carpas junto al río.

Lennon se queja en voz baja y camina con cuidado hacia la carpa caída para inspeccionar el daño. Supongo que es bastante serio, pero cuando Lennon toma la tela me doy cuenta de que no tiene arreglo. No es un desgarrón. Un agujero se extiende a lo largo de la carpa. Lennon se agacha y observa el interior.

–¿Es broma? –exclama.

–¿Qué pasa? –le pregunto.

Lennon levanta los restos de un paquete de galletas con chips de chocolate. Caen migajas. El paquete está abierto de par en par. No es lo único. Cuando Summer ilumina el suelo de la carpa con su linterna, aparecen paquetes de atún. Golosinas. Pretzels.

Todas las provisiones de Brett.

Se escapan de un contenedor anti-osos abierto, el que Lennon le obligó a llevarse. La tapa está a unos metros de distancia, enterrada debajo de la pila de comida.

–Los contenedores no deben estar dentro de las carpas –dice Lennon–. En la fogata, allí es donde hay que guardarlos. ¿Y por qué está abierto?

–¿Tal vez lo abrió el oso? –adivina Summer.

–Un oso no puede abrirlos –afirma Lennon–. ¡Están diseñados para eso!

Miro alrededor.

–Mm, ¿dónde está Brett?

–Aquí estoy –dice una voz. La cabeza con rizos de Brett aparece detrás de un árbol, y alza una mano para protegerse de la luz de las linternas de Lennon y Summer.

–¿No le pusiste la tapa a tu contenedor? –dice Lennon, furioso.

–Por supuesto que lo hice –replica Brett, observando el daño con la linterna de su teléfono. Está filmando todo–. Maldición. Ese oso sí que destrozó todo, ¿eh?

–No es gracioso –se queja Lennon–. Y no le pusiste la tapa, o el oso no hubiera olido la comida.

Brett entrecierra los ojos.

–Dije que la puse, colega. El contenedor está defectuoso.

–Mmm. No lo creo –dice Kendrick, mirando la carpa–. Quiero decir, es una tapa a rosca. ¿Qué defecto puede tener?

–No lo está. Se olvidó de ponerla –afirma Lennon.

–¿Me estás diciendo mentiroso? –se enoja Brett.

–No lo sé. ¿Lo eres?

–Ey –interviene Reagan–. A ver si nos calmamos. Lennon, si Brett dice que está defectuosa, lo está.

Lennon se incorpora y se acerca a milímetros de Brett.

–¿Dónde estabas?

–Ey, quítame esa linterna de la cara –se queja Brett.

–Ahora mismo. No estabas con nosotros. ¿Dónde estabas? ¿Te alejaste corriendo del oso?

–Eh, no.

Lennon gesticula con dramatismo.

–Les dije que no salieran corriendo. Te ven como presa, y te persiguen. Los osos negros pueden correr más rápido que los humanos.

–No más rápido que Reagan –bromea Brett, tratando de aligerar el ambiente.

–Sí, más rápido que Reagan –insiste Lennon–. Más rápido que el jodido Usain Bolt, si el oso está enojado y ataca a toda velocidad. El que estaba aquí pesaba con seguridad al menos ciento treinta kilos. Podría haber matado a cualquiera de nosotros.

–Amigo, te tienes que relajar –dice Brett, molesto–. Tu actitud santurrona empieza a caer mal.

–Sí, bueno, supongo que dejaré de sermonearte cuando me prestes atención y dejes de comportarte como si esto fuera un juego.

–No he hecho nada malo.

–*Tú* olvidaste ponerle la tapa a tu contenedor –lo acusa Lennon, señalándolo con el dedo–. Luego *tú* escapaste corriendo del oso a pesar de que les dije que no lo hicieran.

Brett le da un empujón.

–¿Adivina qué? No estás a cargo, colega.

Lennon le empuja el hombro.

–*Tú* nos pusiste a todos en peligro, *colega*.

–Ey, ey, ey –dice Kendrick, interponiéndose entre ellos y obligándolos a separarse–. No vamos a hacer esto. Relajémonos y tratemos de encontrar una solución.

–No hay nada que solucionar –replica Lennon.

Reagan se acerca a ellos.

–¡Ey! Quizás debes considerar que Brett puede estar diciendo la verdad.

–Gracias, Reagan –dice Brett, aún enfadado–. Me alegra saber que alguien confía en mí.

Todo el mundo se pone a hablar al mismo tiempo. Kendrick quiere que la gente se calme. Lennon quiere que Brett admita su equivocación. Reagan quiere que Lennon deje en paz a Brett. Summer quiere saber si el oso va a volver, algo que todos deberíamos tener en cuenta, creo. Así que juntas empezamos a guardar lo que queda de la comida de Brett en el contenedor anti-osos vacío, y recojo los restos de galletas. Descubro la tapa del contenedor, asomando en la pila.

Se me pasa por la cabeza que todo lo que tengo que hacer es recoger la tapa y probarla para saber si Brett no mintió cuando dijo que está defectuosa. ¿*Quiero* averiguarlo? Si Brett mintió, quedará como un idiota. O Lennon lo matará. Siento emociones contradictorias, así que sigo limpiando, e ignoro la tapa.

–Es un desastre –dice Summer cuando la discusión se calma, y levanta un pedazo de carpa–. Sé que hablamos de animales salvajes, pero les juro que ni en un millón de años pensé que iba a ver uno de verdad. Quizás ardillas o conejos. Pero nunca un oso.

Somos dos.

Malhumorado, Lennon se arrodilla junto a mí y levanta una lata abollada.

–¿Habías visto osos cuando estuviste aquí antes? –le pregunta Summer–. ¿Es por eso que sabes qué hacer?

Sacude la cabeza.

–Los he visto en senderos mayores en otros sectores del parque, pero siempre se mantuvieron alejados. Este estaba demasiado cómodo con los humanos. Creo que debo informarlo, para que los guardaparques estén atentos en esta zona. Pero por ahora, debemos asegurarnos de que la comida quede bien guardada para que no regrese.

–Y resolver qué hacemos con esta carpa –digo, mirando a Brett–. Me parece que no podrás dormir aquí.

Summer se encoge de hombros.

–Puedes dormir en la carpa de Reagan. Quiero decir, terminarás ahí de todos modos, ¿verdad? No hay problema.

Me quedo dura.

–Oh –murmura Summer–. Perdón, chicos. Sé que se supone que no debía decir nada.

Paso la vista de Summer a Reagan y Brett.

–Ustedes dos... ¿están juntos?

Brett se vuelve y le dice algo a Reagan entre dientes que no llego a escuchar mientras da unos pasos en dirección al río.

–¿Reagan? –dudo–. ¿Es cierto?

–Zorie... –dice ella, cerrando los ojos con fuerza.

Ay, Dios. *Es* cierto.

–¿Ustedes dos están juntos? ¿Por qué no me lo contaste?

Reagan alza la mano y la deja caer, negando con la cabeza.

–No lo sé. Porque sí.

–¿Por qué?

–Sabía que perderías la cabeza, ¿está bien? –replica, a la defensiva.

–No...

–Lo estás haciendo ahora. ¿No te das cuenta? Siempre te vuelves loca cuando las cosas no salen exactamente como lo planeas, tú y tus estúpidos planes y listados, y tal vez no tenía ganas de pasar por eso.

Me siento humillada. Y confundida. Si se estaba viendo con Brett, ¿por qué me alentó a que lo buscara después de que nos besamos en la fiesta?

–¿Hace cuánto...? Quiero decir, ¿desde cuándo...?

–¿Importa?

–Sí, quizás.

–¿Por qué? –replica, exasperada–. ¿No lo ves? Estaba tratando de protegerte. Por eso hice que Brett invitara a Lennon.

–¿De qué estás hablando?

–Sé que ustedes estaban saliendo el otoño pasado. Una de las amigas de Summer los vio besándose como animales cerca del parque de skate. ¡Todos lo saben!

Ay, Dios. Quiero morir. No puedo ni mirar a Lennon. Me siento completamente humillada.

–Y la cosa es que –continúa– insististe en que ustedes dos eran amigos, incluso cuando te pregunté directamente si se estaban viendo. Hasta le

pregunté a Avani, porque sé que le confías más secretos que a mí, pero ella te cubrió y dijo que no pasaba nada.

Es imposible. Avani nunca lo supo, así que nunca podría haberme “cubierto” con nada.

Reagan se cruza de brazos.

–Aparentemente, ya no soy parte del círculo íntimo. Soy alguien a quien usas según tus necesidades, como cuando necesitas un lugar donde sentarte a la hora del almuerzo.

–¡Eso no es cierto!

¿Verdad? No estoy usando a Reagan, al menos no más de lo que ella me usa a mí. *Ella* se copia de mis exámenes. *Ella* me llama para pedirme ayuda con los deberes. ¿No la ayudo siempre?

–Claramente no me cuentas tus secretos –dice–. ¿Por qué debería contarte los míos?

Quiero responderle algo, pero me quedo quieta, mirándola fijo como una tonta.

–Reagan... –dice Summer, vacilante.

–No podías mantener la boca cerrada, ¿no? –exclama Reagan, volviéndose hacia ella–. Un par de días más, y se hubiera ido a su estúpida reunión del club de astronomía. Lo único que te pedí es que no dijeras nada de Brett y yo hasta que se hubiera ido, pero no te pudiste aguantar, ¿verdad?

–Yo...

–No quería nada más que una sola cosa buena este verano. ¡Una sola! –se le llenan los ojos de lágrimas–. Ninguno de ustedes tiene idea de lo que me está pasando. No tienen idea de lo que es entrenar todos los días durante años, ¡años! Y luego se me resbala el pie por una fracción de segundo y tengo que abandonar mis sueños.

–No eres la única persona que tiene sueños –le digo.

–Pero soy la única con el talento suficiente para alcanzarlos.

–Dios –exclama Kendrick–. ¿Te has escuchado a ti misma, Reagan?

–No me importa lo que piensen de mí –replica, encogiéndose de hombros, desafiante, mientras se enjuga las lágrimas–. Tu familia tiene dinero, gran cosa. La mía también. Pero no te veo intentar hacer algo importante con tu vida. Iba a ir a las Olimpiadas, ¿entiendes? ¡Las jodidas Olimpiadas!

–Sabemos eso –dice Summer, empática–. Y lo sentimos.

–No quiero tu lástima –escupe Reagan–. La única razón por la que Kendrick está interesado en ti es porque le molesta a sus padres.

–¡Ey! –se queja Kendrick, incómodo.

–Este es *mi* viaje –exclama, golpeándose el pecho–. Pagué por todo esto y organicé todo. Se suponía que esto me haría sentir mejor. No era para ustedes.

–Estás comportándote como una imbécil, ¿lo sabes, verdad? –le dice Lennon.

–Estoy siendo sincera –replica–. Y ya que estamos ventilando todo, déjame decirte que has sido un total y completo imbécil con Brett durante todo el viaje. Él quiso que vinieras.

–¿De verdad? ¿Porque quiere subirse a la fama de mi papá? ¿O para distraer a Zorie del hecho de que tú y Brett están juntos porque sabías que le iba a doler? Ambos motivos son una porquería.

–Eso no está nada bien, amigo –dice Brett–. No hice más que ayudar a Reagan a jugar a la celestina. Todos saben que estás enamorado de Zorie, así que ¿de qué te estás quejando?

¿Qué? Imposible que eso sea cierto.

Reagan señala a Lennon.

–¿Ves? Le caes bien a Brett, y no has hecho más que maltratarlo desde que nos fuimos de Melita Hills. Deberías estar agradecido de que las glorias pasadas de tu padre punk rock lo impresionan.

Los labios de Lennon forman una línea recta.

–Límpiate la boca antes de hablar de mi padre.

–¡A nadie le importa! Nadie lo recuerda.

He visto a Lennon enojado muchas veces. Pero ahora está *furioso*. No solía ponerse tan a la defensiva respecto a su padre. Con sus mamás, sí, pero cada vez que alguien ha mencionado a su papá, se lo ve atormentado.

–Todos, cálmense, por favor –suplica Summer.

Brett da un paso adelante.

–Miren, todos estamos diciendo cosas que no queremos decir. Zorie, perdón por no haberte contado sobre nosotros. Pero eso no significa que no podamos disfrutar de compartir tiempo juntos. Reagan y yo queremos lo mismo: que todos la pasemos bien. ¿Está tan mal?

–¿Pasarla bien? –repite Lennon–. Podríamos haber muerto todos hoy por tu culpa.

–Te encantaría que todos creyeran eso, ¿no es cierto? Quizás el problema es que *tú* nos condujiste al territorio de los osos. Quizás eres un guía de porquería.

Es la gota que rebalsa el vaso para mí. Todas las revelaciones de los

últimos minutos se ordenan en mi cabeza como coordenadas en un mapa:

Reagan no solo no me contó sobre su relación con Brett, sino que intentó engañarme para que empezara algo con Lennon, nada más que para poder quedarse con Brett.

Está resentida conmigo porque soy amiga de Avani.

Summer les ha contado a todos en la escuela sobre Lennon y yo.

Brett, sin lugar a dudas, no tiene ningún interés en mí.

Yo, sin lugar a dudas, no tengo ningún interés en Brett. Ya no. La ilusión se ha ido *completamente*.

Todas esas cosas se apilan unas sobre otras, pedazos de basura que se suman, que se apilan para formar la montaña de basura que es mi vida en este momento. Porque de vuelta en casa me queda todavía enfrentarme a mi padre infiel. A mi madre que no sabe nada. A la vergüenza de que los Mackenzie conozcan nuestros sórdidos problemas familiares.

Y Lennon. Estar cerca de él ha despertado en mí una esperanza dormida, y saber que nuestras interacciones fueron resultado de la manipulación es la peor traición. Pensé que estaba disfrutando de su compañía de nuevo, pero ¿era realmente así? ¿O los dos estábamos siguiendo el guion del espectáculo de marionetas de Reagan? Pensándolo ahora, no puedo distinguir entre lo real y lo forzado.

Algo se quiebra en mí.

Recojo la tapa y se la coloco de un manotazo al contenedor, y la giro hasta que el mecanismo de seguridad hace un doble clic. Luego camino hacia Brett con el contenedor, y se lo encajo en las manos.

—No está defectuosa.

Brett parpadea y mira el contenedor, luego a mí. Nadie dice nada durante un largo rato. La voz de Reagan quiebra el silencio.

—¿Vas a ponerte mezquina? —dice—. Bueno. Olvídate de sentarte conmigo cuando las clases empiecen la semana que viene. Se acabó. Vuelve con Avani.

Giro para encararla, los ojos llenos de lágrimas de furia.

—Avani nunca te abandonó. ¡Todavía le caes bien, por alguna estúpida razón! Tú empezaste a juntarte con chicos de escuela privada cuando tus padres se volvieron ricos. Tú creíste que entrenar para las Olimpiadas era más importante que ver a tus amigos. ¿Y qué conseguiste con eso? Unos amigos que solo están contigo porque te tienen lástima o por obligaciones sociales. Despiértate, Reagan. A nadie le importa que no hayas pasado las pruebas olímpicas. Correr ni siquiera es un talento, ¡no es más que mover las piernas!

–Zorie –dice Lennon, en voz queda.

Me vuelvo y todos me están mirando como si los hubiera insultado a ellos. Me lleva un momento darme cuenta de que quizás lo hice. ¿Y saben qué? Creo que no me importa. Quizás es injusto meter a Kendrick en todo esto, pero el resto se puede ir al demonio. Ahora mismo, odio a Brett por besarme y darme esperanzas. Odio a Summer por tratar de manipularme. Y *sin lugar a dudas* odio a Reagan por arruinar mi verano.

Hasta que la miro.

Por un instante, parece que va a echarse a llorar. Y eso me hace sentir... horrible. No soy así. No me meto en peleas desagradables con los demás. Discutir me da urticaria.

Quiero decirle que lo siento.

Quiero que me diga que *ella* lo siente.

Quiero rebobinar hasta llegar a la mañana en la que mamá me contó de este espantoso viaje y decirle que no.

–Gracias por destruir el viaje –dice Reagan, justo cuando estoy por abrir la boca para pedir disculpas. Hace un gesto en dirección a Lennon–. Ambos se pueden ir a la mierda.

Se vuelve sobre sí misma pero justo antes de terminar de darse vuelta se detiene.

–Ah, y ya que estamos, el asqueroso de tu papá trató de acostarse con la madre de Michelle Johnson después de la fiesta de recaudación para las Olimpiadas, que hicimos en Berkley la primavera pasada. Nunca le conté a mamá porque dejaría de ir al estúpido centro de tus padres, pero puedes estar segura de que ahora le contaré.

El tiempo se congela. No me muevo, no respiro, ni siquiera parpadeo. Hasta que no siento las lágrimas calientes cayendo por mis mejillas no me doy cuenta de que estoy llorando. Y por un segundo, congelada en el lugar, intento responder. Pero no puedo.

Tengo la cabeza vacía. Quiero que todo desaparezca. Reagan. Brett. Lennon. Este desastre de campamento.

Mi padre.

Todo se me clava en la garganta, y no puede salir. Siento que me estoy ahogando mientras unas pirañas minúsculas me picotean la piel, comiéndose poco a poco mi orgullo. Y porque estamos en el medio de la nada, de noche, con un oso hambriento cerca y solo Dios sabe qué más, hago lo único que puedo hacer, que es irme a mi carpa.

Me cuesta encontrarla a la luz de la luna. Aquí la oscuridad parece más profunda que en la ciudad. Y luego de casi quebrarme el cuello y tropezar con leña y piedras, me las arreglo para meterme en mi carpa y cerrar la cremallera que me aleja del resto del grupo. No es tan efectivo como dar un portazo, en particular cuando me doy cuenta de que aún puedo oír voces a lo lejos. No entiendo lo que dicen, pero arruina la ilusión de privacidad.

Si mi sarpullido era intenso antes, ahora está en su máxima expresión. Busco antihistamínicos en la mochila y tomo dos pastillas, que me trago en seco sin agua. Dejo escapar un suspiro tembloroso, me acuesto boca arriba en la bolsa de dormir y contemplo la nada. El suelo se siente duro y frío, y una piedra se me está clavando en la cadera.

Le doy vueltas a la pelea en mi cabeza, y me lastima de nuevo todo lo que acaba de suceder. Y está lo de papá. ¿Todos lo saben en Melita Hills? ¿Mamá y yo somos las únicas que no sabíamos nada? Cielos. ¿Cuán estúpidas somos? Siento una punzada en el pecho, desearía que mamá estuviera aquí para hablar con ella. O quizás para que ella hable conmigo.

El viento agita el costado de la carpa mientras me quito las gafas y me introduzco en la bolsa de dormir. Huele mucho a sintético, a nailon y plástico. Me parece que la carpa está muy cerrada. ¿Debería abrir una ventilación? ¿Y si el oso vuelve y me huele, como olió las galletas de Brett?

Decido que no tiene importancia. De pronto, me siento cansadísima. No dormí nada anoche. Me levanté hoy muy temprano. Mucha caminata. Los antihistamínicos. Siento que me voy hundiendo en el sueño y, después de un rato, dejo de luchar. Dejo que me lleve.

* * *

Cuando despierto, veo una luz gris pálida y siento frío. Tengo los dedos y la nariz helados, y al tratar de moverme, me doy cuenta de que me dormí vestida. Tampoco moví la piedra que está debajo de la carpa, y ahora siento como si me hubiera quebrado las caderas.

Además de todo eso, tuve unos sueños extraños acerca de Lennon. Muy retorcidos, y muy eróticos. Mataba al oso, y *maldita sea*, ¿por qué tengo tanto lío en la cabeza? Debe tener que ver con lo que dijo Brett acerca de que

Lennon está enamorado de mí. Lo cual es una estupidez, porque Lennon no está para nada enamorado de mí. Es imposible, porque soy yo la de los sentimientos no correspondidos. Yo soy la enamorada. Lennon me dejó a mí.

Me encantaría quedarme metida en mi capullo y seguir durmiendo para quizás reorientar los sueños hacia una dirección distinta, no erótica. Pero me levanto para revisar mi urticaria –que sigue pero está bajo control– y me doy cuenta de que tengo que orinar. Ya mismo. Hay lugar aquí como para que me ponga de cuclillas pero no de pie, así que busco suministros y las gafas, me arrastro sobre la bolsa de dormir y bajo el cierre rumbo a la libertad.

Está todo tranquilo. Afuera está gris, pero una luz dorada brilla entre los árboles al este. Todo está húmedo, y siento el sutil aroma de los pinos en la nariz mientras camino. Nunca he estado más despierta en mi vida, estoy alerta, pienso en el oso, y atenta a cada canto de pájaro, a cada ruido de hojas. No veo a nadie. Ni al oso, ni a la gente. Solamente los restos de la carpa destrozada de Brett junto a la de Reagan.

Después de la caminata al bosque para aliviar mi pobre vejiga, regreso al campamento base y noto movimiento junto al río. Me inunda la ansiedad por la pelea de anoche, y me preocupa que sean Reagan o Brett. Me lleva un momento de corazón desbocado quitarme de encima la neblina de los antihistamínicos y reconocer a Lennon en su sudadera negra. Está cruzando el río desde la otra orilla por las rocas, con un hacha colgada de una funda que lleva en la cintura y un manojito de leña. Cuando me ve, levanta la cabeza por un instante, y me sorprende el alivio que siento por verlo.

No pienses en tus sueños eróticos sobre osos.

Se dirige al refugio de granito y lo alcanzo allí. Arroja el montón de leña que juntó cerca del fogón. Cuando me da la espalda, recorro con la mirada el chaleco de denim que luce sobre la sudadera. Está repleto de parches de películas de terror y de insignias esmaltadas con forma de lápida y de partes del cuerpo. Algunas cosas no cambian nunca.

–Ey –digo–. Supongo que somos los únicos que se levantaron, ¿no?

–Sí y no.

Se pone de cuclillas junto al fogón para poner en el centro ramitas, corteza y hojas secas.

–¿Qué quieres decir con sí y no?

–¿Tienes resaca? –me pregunta, entrecerrando los ojos–. Suenas lenta.

–Antihistamínicos.

–Oh. Drogas duras. ¿Te salió un sarpullido?

–Algo de eso. ¿Qué quieres decir con sí y no? –repito, mirando el campamento.

Suspira.

–Allí, sobre los contenedores anti-osos.

Están apilados en fila cerca de las rocas que usamos como asientos, junto a utensilios de cocina. Descubro una tira de papel higiénico debajo de una piedra. Hay algo escrito, un mensaje escrito con lo que parece ser delineador. Es la letra de Reagan. Levanto la piedra y tomo la nota.

Arréglenselas para volver a casa.

Capítulo 14



Leo la nota de Reagan una y otra vez, pero no tiene sentido. ¿Se...? Quiero decir, ¿nosotros...?

–Nos dejaron –dice finalmente Lennon.

–¿Todos?

–Todos.

–No entiendo –replico–. ¿A dónde se fueron?

–De vuelta al campamento –responde mientras coloca con cuidado algunas maderitas en forma de tipi alrededor de las ramitas y hojarasca.

–¿Te dijeron eso?

–Reagan y Brett discutieron después de que te fuiste a la carpa –Lennon mantiene la mirada fija en lo que está haciendo, pero por su postura parece... incómodo–. Para hacerla corta, él dijo que este viaje era demasiado dramático para su gusto. Reagan estuvo de acuerdo. Decidieron volverse a casa.

¿Es broma?

Tiene que serlo, ¿no?

Con cautela, coloca ramas más grandes alrededor de las maderitas.

–Reagan quería irse anoche, una locura. Kendrick y yo tuvimos que convencerla de quedarse aquí hasta que hubiera suficiente luz para caminar, y de que volveríamos todos juntos. Hoy más temprano me pareció escuchar ruido, pero no muy fuerte, así que seguí durmiendo. Cuando volví a despertar y me vestí, ya no estaban.

Habla en serio. No es broma.

Estoy mareada, así que me siento en una roca.

–¿Nos dejaron? ¿También Summer y Kendrick?

–Lo último que charlamos con Kendrick anoche antes de que me fuera a dormir es cuánto le costaría rentar un auto en el campamento para ir con Summer a la casa de vacaciones de sus padres en el Valle de Napa –se sacude las manos y extrae un encendedor del bolsillo de sus jeans–. Pero no pensé que se fueran a ir así.

–¿Sin nosotros?

–Brett me dejó una nota dentro del paquete de galletas que se comió el oso. Básicamente dijo que lo mejor era que cada uno siguiera su camino para evitar más problemas, y que él sabía que yo iba a poder volver. Luego encontré la nota que Reagan escribió afuera de tu carpa.

Arréglenselas para volver a casa.

Hace un gesto en dirección a la orilla del río.

–Dejaron la carpa rota de Brett y un montón de provisiones. Supongo que Reagan estaba oficialmente harta de acampar. Muy amable de su parte dejar semejante lío para que nosotros lo limpiemos.

–¿Hace cuánto se fueron? ¿Podemos alcanzarlos?

¿Por qué está encendiendo tranquilamente el fuego?

–Zorie –dice–, si lo que escuché la primera vez que desperté era el ruido que hicieron al partir, entonces nos llevan una ventaja de un par de horas. Nunca los alcanzaríamos.

–¿Podrías haberme despertado! ¡Nos podríamos haber apresurado!

–Me desperté hace apenas quince o veinte minutos. ¿No te das cuenta? Era tarde hace una hora. Para cuando lleguemos al estacionamiento...

Ya se habrán ido.

Está bien. No hay que dejarse llevar por el pánico. Pensemos. Hagamos un nuevo plan. ¿Qué hacemos ahora? Nos llevó cuatro horas caminar desde el estacionamiento. Una hora más o menos en auto hasta el campamento Muir, desde donde podemos tomar un taxi o el autobús a casa. Pero no tenemos auto. ¿Cuánto nos llevaría caminar desde el estacionamiento hasta el campamento?

–No hay pasos para peatones en algunos de los caminos de montaña por los que pasamos. No están pensados para senderistas. Dios, apenas están pensados para autos. Seguro te acuerdas de lo que fue conducir por ese camino retorcido.

Casi chocamos un par de autos que venían en la dirección contraria cuando pasábamos una curva muy cerrada. Daba miedo, y no me gustaría tener que pasar por ese camino con lluvia o niebla. Y, particularmente, no a pie.

Sacude la cabeza.

–Nos iría mejor si tomáramos una ruta para senderistas desde el otro lado de las montañas, pero eso nos llevaría... mucho más tiempo.

–¿Cuánto más?

–Un día.

–¿Todo el día?

–Y toda la noche. Tendríamos que acampar a lo largo del camino. No hay un camino directo al campamento desde el estacionamiento.

Maldita sea. ¿Habla en serio?

–Esto no puede estar sucediendo –le digo, mientras camino de un lado a otro del refugio e intento decidir qué hacer a continuación. Estoy entrando en pánico y ya no me preocupo por ocultarlo—. ¿Nos abandonaron en el medio de la nada? ¡Fue una discusión, nada más!

–Reagan estaba bastante mal.

–¿Reagan? *Yo* soy la humillada.

–Hubo humillación para todos anoche. Todos estábamos molestos. Después de que te fuiste, Reagan lloró... mucho. Y gritó mucho, también. Creo que su fracaso olímpico la afectó mucho más de lo que deja ver.

–¿Estás de su lado? –me lo quedo mirando.

Alza las manos.

–No estoy de su lado. No me cae bien Reagan y, francamente, no entiendo por qué tú y Avani eran amigas de ella. Sabes cómo me sentía al respecto. Y esos sentimientos no han cambiado con el tiempo, en especial después de ver cómo ha ignorado a Avani. Lo único que estoy diciendo es que Reagan finge estar bien, pero claramente no lo está. Por más estúpido que sea Brett, incluso él lo sabe. Reagan está buscando cualquier cosa que la haga sentir mejor, incluyéndolo a él. Después de que las cosas se calmaron un poco anoche, me dijo que habían estado charlando desde las vacaciones de primavera, cuando él estaba volviendo con su novia de antes. Pero supongo que empezaron a verse más en serio después del fracaso de las pruebas olímpicas.

Cielos. Un momento. ¿Desde las vacaciones de primavera...? La fiesta, la fiesta donde Brett y yo nos besamos, fue durante las vacaciones de primavera...

–¿Sabías que eran pareja antes de anoche? –pregunto—. ¿Brett y Reagan?

–También me lo ocultaron –responde, sacudiendo la cabeza—. Imagino que ya te has dado cuenta de que a Reagan le gusta controlar todo. Supongo que cuando tú y Brett estuvieron juntos en la fiesta...

AY, DIOS, LO SABE.

–No estuvimos juntos. No como te imaginas.

–No es asunto mío.

¿Cómo es que Lennon sabe del beso? ¿Le habrá contado Brett? Por supuesto que lo hizo. No sé por qué me pone tan mal, pero me siento... expuesta.

–¿Qué te dijo Brett, exactamente?

Aparta la mirada y no responde.

–Ah, genial –digo entre dientes–. Ya no puede ponerse peor la cosa. ¡Fue un beso! Y créeme cuando te digo que ahora me arrepiento.

–No le creí muchas de las cosas que me dijo –explica Lennon–. Sé que tiene la boca más grande que el cerebro. Y no es que yo no supiera que estuviste saliendo con otras personas. La vida continúa, ¿no? Yo también salí con alguien.

¿Salió con alguien? No tenía idea. No quiero preguntar con quién, cuándo. ¿Siguen saliendo? Dijo “salí”, ¿verdad? ¿Tiempo pasado?

–No es que una cosa tenga que ver con la otra –dice rápidamente–. Peras y manzanas.

–Claro –asiento, en voz queda–. Peras y manzanas.

–El punto es –sacude la cabeza– que Reagan tiene problemas. Se siente mal y avergonzada, y no está pensando bien. La gente hace cosas estúpidas cuando actúa emocionalmente.

–Pero ¡yo no hice nada malo!

Levanta una ceja.

–No tan malo como para que nos abandone –me corrijo.

–Ninguno de los dos hizo nada. Bueno, yo sabía que era mejor no venir a este viaje, pero vine igual. Así que me equivoqué yo también. Pero, ey, ahora todos los agitadores se han ido, y estoy exactamente donde quería estar, así que tal vez salió todo como tenía que salir.

–¿Estás loco? Esto es un desastre total. ¿Qué vamos a hacer? Tal vez hay alguna manera de volver sin tener que caminar todo el día. ¿Un autobús que pare cerca del estacionamiento? El transporte público de las Sierras tiene que llevarnos a algún pueblo cercano. Seguro que desde ahí podemos tomar un autobús Greyhound o algo así de vuelta a Melita Hills.

–Ya lo pensé. Tengo un mapa de las rutas de los autobuses. El más cercano implica una caminata agotadora de ocho horas a través de las montañas. Sin parar. Y a una persona que no está acostumbrada a caminar...

Se refiere a mí.

—... le llevaría diez u once horas. Cuesta arriba y abajo por unas pendientes extraordinariamente empinadas. Es una caminata para senderistas experimentados que quieren probar sus fuerzas. En el mapa figura como “difícil”.

¿Es broma?

—Creo que no se dieron cuenta de lo que estaban haciendo al dejarnos aquí —continúa Lennon—. Reagan es una imbécil pero no es inhumana. Brett asume que todo saldrá bien siempre, y probablemente convenció a Kendrick y a Summer de eso. Al menos, eso espero.

Sostengo la nota de Reagan y la miro fijo mientras Lennon enciende el fuego, soplando la yesca y reacomodando las maderitas. Creo que estoy en shock. Tal vez debería poner la cabeza entre las piernas o soplar en una bolsa de papel madera.

—Voy a perderme la fiesta estelar —digo, más para mí misma que para él. Sé que debería ser mi última preocupación, pero me cuesta concentrarme. Mi cerebro está yendo demasiado rápido, mostrándome detalles menores mientras busca una solución a nuestro predicamento.

Lennon alza la vista del fuego.

—¿Esa es la reunión que mencionó Reagan anoche?

—Sí —digo—. Se suponía que iba a tomar un autobús a Cerro del Cóndor en un par de días. El club de astronomía, el Dr. Viramontes, ¿sabes?

Las mamás de Lennon a veces me llevaban hasta el observatorio cuando tenía reunión, así que por supuesto que sabe. Cuando asiente, le cuento por encima sobre la fiesta estelar.

—Tenía que encontrarme con Avani allí —añado.

Y ahora sé por qué Reagan me insistió tanto para que fuera. Yo los habría dejado en paz, y ella hubiera podido disfrutar de la compañía de Brett sin esconderse. Dios, qué idiota he sido.

—Supongo que podría enviarle un mensaje a Avani cuando lleguemos a un lugar con señal —comento, distraída. No hay señal aquí, por supuesto—. Avani tiene que saber que no iré.

—O podrías ir a la fiesta estelar como tenías planeado —dice Lennon, con un brillo diabólico en la mirada.

Un pájaro trina en una rama lejana.

—Es muy pronto para tomar el autobús —explico—. No habrá nadie en Cerro del Cóndor. No puedo quedarme a esperar sentada durante un par de días hasta que la gente empiece a llegar.

–No estoy hablando de tomar un autobús. Cerro del Cóndor no está tan lejos de aquí.

–¿No?

Mete la mano en su chaleco y extrae su anotador. Después de un rato de mover cosas de lugar, encuentra un mapa y lo despliega.

–Ves –dice, colocando el mapa sobre una roca y señalando–. Estamos aquí. Y esto es Cerro del Cóndor.

Toma algunas medidas y hace un cálculo rápido, contando los números entre dientes.

–Está a unos pocos días de caminata a través de Bosque del Rey. Quizás tres.

Bufo.

–Bueno, eso es lejísimos.

–No tanto. Los senderos son mil veces más fáciles que el que lleva a la parada de autobuses más cercana, y no caminaríamos todo el tiempo, sabes. Descansaríamos. Acamparíamos por la noche.

–¿Nosotros?

–Tú y yo, sí –dice, con sencillez–. Yo te llevo hasta allí.

–¿Nosotros dos, caminando hasta Cerro del Cóndor? ¿Solos?

–No tenía pensado invitar al oso, pero si crees que necesitamos un chaperón...

Me río de los nervios y miro el mapa.

–¿Estás hablando en serio?

–Completamente.

–¿Por qué harías algo así?

Se encoge de hombros.

–No quiero volver a casa. Si tú quieres regresar, puedo acompañarte hasta la parada del autobús. Quizás podrías tomar un autobús mañana. Quizás hay señal de celular y puedes llamar a tu mamá para que te recoja. Quizás podrías hacer dedo.

Son muchos quizás. No me gusta nada.

–Por el otro lado –dice–, si quieres ir a Cerro del Cóndor, puedo planear una ruta mucho menos peligrosa y más fácil para atravesar el parque nacional.

–No sé –dudo, tratando de pensar cómo rechazarlo sin sonar como una imbécil. Es decir, no puedo hacer esto. Es Lennon. Mi enemigo. Mi exenemigo. Y también mi exmejor amigo. No tengo idea de lo que somos ahora. Recién empezamos a hablarnos de nuevo, y mi cuerpo es tan idiota que

ya estoy teniendo sueños eróticos con él, exactamente lo que me metió en problemas en primer lugar. No quiero tener expectativas. ¡No quiero tener esperanzas!

–¿Cómo pensabas volverte a casa desde Cerro del Cóndor? –pregunta Lennon.

–Avani –explico–. Ella irá con su auto siguiendo al Dr. Viramontes y a otras personas. La fiesta estelar dura tres noches, creo. Así que se volverá cuando termine. Se suponía que nos íbamos el viernes por la mañana para estar en casa al mediodía.

–Entonces puedo volver a Melita Hills con ustedes –dice, como si fuera lo más lógico del mundo–. Avani es genial. Estoy segura de que no tendrá problemas.

No, no los tendrá. Le cae bien Lennon. Vuelvo a lo que ella me dijo acerca de que Brett no estaba a la altura de Lennon. Dios, le encantaría saber el desastre que ha resultado ser Brett. Probablemente lo disfrutaría mucho y me diría: “Te lo dije”.

O no, porque es muy buena.

Esto no es lo que tenía planeado. Pero bueno, nada ha sido así. Nada ha salido como se suponía que tenía que salir. Para nada.

¿Cómo es posible que todo haya salido tan mal?

–Mira –dice–. Para mí, si vuelves a casa, Reagan gana. Porque ahora que ella se ha humillado y ha perdido el control de sus vacaciones perfectas, quiere que todos la pasen mal como ella. Cuando empiecen las clases, ella se sentará en el patio y le contará a su tribu una versión de la historia que la hace quedar bien. Te guste o no, serás la villana. ¿No te parece que le *encantaría* poder contarle a todo el mundo que tuviste que tomar un montón de autobuses rurales para volver a casa? ¿O pagar una millonada para rentar un auto? O peor, ¿que tuviste que llamar a tu mamá para que te busque?

–Tu talento para hacerme sentir una fracasada es extraordinario.

–O –retruca, alzando un dedo– *tú* podrías decirles a todos que ella huyó a casa como una mocosa malcriada porque no se salió con la suya y tú mientras tanto la pasaste genial haciendo senderismo con el tipo más genial de la escuela.

Alzo mis gafas.

–Y podrías decirles que fuiste a una fiesta estelar –continúa–. La gente dirá *Uuu, ¿qué es eso?* Y tú podrás decirles: *No es gran cosa. Tan solo atravesé un parque nacional caminando para encontrarme con mis amigos*

astrónomos para ver... Espera, ¿cómo se llama?

–La lluvia de estrellas de las Perseidas.

–La lluvia de estrellas de las Perseidas, que probablemente no ocurre muy seguido.

–Cada año.

–Una vez cada trescientos sesenta y cinco días –declara Lennon con voz mística, cruzando la mano por el aire con dramatismo.

–Cállate –sonríe un poco, a pesar de lo extremo de la situación.

–Ey, sé que no cargaste con ese telescopio por razones de salud.

Echo una mirada en dirección a la carpa. No he tenido oportunidad de usarlo.

–Haz lo que amas. No dejes que Reagan te detenga. Que se pudra. Que se pudra Brett también, y su culto pretencioso a Kerouac. Kerouac bebió hasta matarse. Neal Cassady se acostó con cualquier cosa que se moviera y era un completo misógino, como la mayoría de los beats, que eran un montón de idiotas inmaduros. Luego se murió de una sobredosis de barbitúricos. Así que sí, ninguno superó los cuarenta. Qué joyas nacionales de porquería.

Auch. Alguien tiene unos sentimientos intensos.

–No sabía que conocías tanto sobre literatura.

–Todavía puedo sorprenderte, Zora May Everhart.

Ya lo ha hecho.

–Siento lo de Brett –asegura, en un tono más amable–. Realmente. En particular si te gustaba.

–Lo gracioso es que me parece que no me gustaba. Es decir, pensé que sí, hasta que...

–Pasaste tiempo con él en serio.

–Quizás.

–A mí me pasó lo mismo. Al principio, cuando empezó a querer pasar tiempo conmigo, pensaba, no sé, es Brett Seager. Todos lo adoran. Pero... Jesús y su pogo saltarín, no pude pasar nunca una hora solo con él sin desear que cayera una bomba atómica, porque así al menos no tendría que aguantar sus citas de *Aullido* o *En el camino*.

Pienso en Brett diciéndome que le gustaría aprender a tomar fotos de las estrellas, y ahora me pregunto si lo decía en serio, o si era una medida preventiva para mantener mis emociones bajo control.

–Pero –afirma– más allá de todo lo que ha pasado entre nosotros, lo creas o no, quiero... realmente quiero que seas feliz. Y si Brett es el tipo que hará eso

por ti...

–No lo es –respondo rápidamente.

–Bien –dice, en voz queda–. Estoy tan pero *tan* contento de oír eso.

Mi mirada se encuentra con la de Lennon. No aparta la vista. Es muy intensa. Me está costando sostenérsela, así que me pongo a mirar el fuego.

Un largo silencio se instala entre los dos. Lennon aviva las llamas con un palo, y acomoda la leña. Anoche lo observé construir la fogata de esta misma manera, en forma de pirámide, y cuando se quema la leña que está en la parte exterior, colapsa hacia adentro. Es increíble, de hecho. No tenía idea de que existía un arte para encender fogatas.

No tengo ni idea sobre muchas cosas.

–Te desafío –musita.

Dejo de frotarme los muslos para que se me pase el frío y levanto la vista.

–¿Que tú qué?

–Te desafío a ir a Cerro del Cóndor. Déjame llevarte hasta allí. Puedo hacerlo. Sé que puedo. Solías confiar en mí.

–Me dabas razones.

–Nunca dejé de dártelas. Tú ya no prestabas atención.

¿Es una pelea? Me parece que no, pero la energía entre los dos es intensa. Inflamable, como su ingeniosa pila de maderitas.

¿Qué quiero hacer? Tal vez tiene razón, y al volver me esté rindiendo. Y siendo honesta, ¿no vine para escapar de mis problemas familiares? ¿Quiero volver derecho a ellos, sentarme en la recepción del centro, fingir que todo está bien mientras papá camina por ahí en una nube de mentiras?

Pero ¿qué otra opción tengo? ¿Caminar en el medio de la nada con mi mayor enemigo?

¿Exenemigo?

Dios, estoy tan confundida.

Lennon se pone de cuclillas junto al fuego y arma una parrilla portátil. Como todas las cosas que ha traído, es liviana y compacta, todas las piezas entran en un solo tubo metálico. Cuando termina de encastrar todas las partes, queda sostenida por cuatro patas. Con cuidado, la coloca sobre el fuego y pone encima una cacerola llena de agua filtrada del arroyo. Las llamas lamen el costado de la cacerola.

Ambos observamos cómo se calienta el agua como si fuera lo más interesante del mundo.

–Pensemos esto lógicamente, ¿está bien? –propone.

–Sí, por favor –respondo. La lógica es buena. La lógica es segura. Y por la expresión de su rostro sé que va a usar la lógica para convencerme, porque me conoce demasiado bien. Pero estoy tan estresada que no me importa. Tan solo quiero que las cosas tengan sentido en mi cabeza.

Se aparta el cabello oscuro de los ojos y hace una lista con los dedos.

–Uno, los demás se fueron. Saber si lo pensaron con claridad y se dieron cuenta de lo que estaban haciendo no tiene sentido ahora. Estamos varados. Dos, podemos caminar un día entero por senderos brutales y rogar que un autobús o un buen samaritano sin instintos asesinos dispuesto a llevar a dos adolescentes que hacen dedo nos pueda sacar de las Sierras...

–Ay, Dios mío...

–... o podemos caminar todo el día por senderos fáciles y estar a mitad de camino de Cerro del Cóndor mañana. Tres, no deberías cancelar tus planes con Avani, porque ella es *mucho* mejor amiga que Reagan. Cuatro, tienes un guía perfectamente capaz de llevarte adonde quieres ir, y tiempo suficiente para llegar allí. Cinco, ¿qué puedes perder?

–Muchísimo.

–¿Como qué? ¿Tienes miedo de que Joy se olvide de alimentar a Andrómeda?

Sabelotodo.

–No –contesto.

–¿Necesitas volver para planchar todas tus faldas escocesas antes de que empiecen las clases? ¿O estás esperando que te llegue un pedido importante de *washi-tape* importadas y necesitas pasarte el día organizándolas por colores y motivos?

–Ah, ja ja. Te crees Bill Murray.

–¿Qué, entonces?

–No sé, que papá nos mataría a los dos si supiera que eras parte del grupo de Reagan. No puedo imaginar qué haría si se enterara de que estoy considerando pasar varios días sola contigo.

–Buen punto. Sola –deja escapar un silbido suave y abre un contenedor anti-osos–. No podremos sacarnos las manos de encima.

–No quise decir eso –sueno como una maestra victoriana, espantada por la sola idea de algo impropio, muy a lo *Cielo para Betsy* y “¿Cómo se atreve, señor?”.

–¿No? –dice, fingiendo decepción.

¿Está coqueteando conmigo? No es posible. Creo que me estoy volviendo

loca.

–N-no –tartamudeo, y luego añadido, con firmeza–: No.

–Deja que te lleve a Cerro del Cóndor. Es como sacarle a tu papá el dedo del medio. Zorie y Lennon exploran el mundo. Como en los viejos tiempos.

–Como en los viejos tiempos –mascullo–. Ey, ¿Lennon?

–¿Sí?

–No tenemos otra opción, ¿no es cierto? Es decir, caminar a la parada del autobús... nunca fue una opción factible.

Sonríe, tenso, y sacude la cabeza.

–Estaremos bien. Te lo prometo. Te entregaré a Avani sin un rasguño. Y si cambias de idea, al menos mañana puedo llevarte hasta un refugio de guardaparques dentro del parque nacional.

El agua empieza a hervir. Inclina cuidadosamente la cacerola para echar el contenido en su termo de acero, y coloca un filtro de malla metálica sobre la parte superior. Luego pone el temporizador en su teléfono.

–¿Qué es eso? –pregunto.

–Una cafetera con émbolo.

–¿Para café?

–Sí.

–¿Café de verdad? ¿No del instantáneo?

–Estamos acampando, Zorie, no viviendo en una pesadilla distópica.

–Intentaré recordarlo cuando esté cavando hoyos de gato.

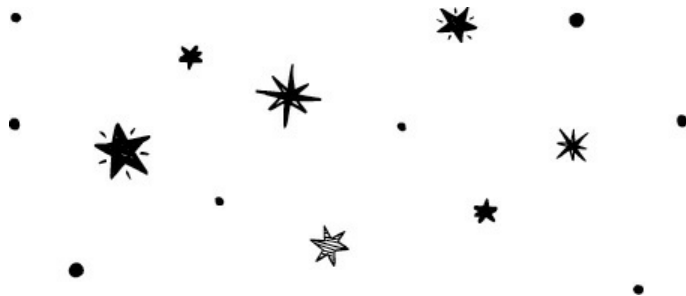
Alza dos tazas de café esmaltadas de color azul.

–Podría ser peor. Podría ser invierno.

O podría estar varada en el medio de la nada, a kilómetros de la civilización, con el chico que me destrozó el corazón.

Ah, un momento.

Eso está pasando ahora.



Parte 3



Capítulo 15



Mientras bebemos café y comemos algunos de los paquetes de desayunos gourmet deshidratados que dejó Reagan, Lennon trabaja con un gran mapa topográfico de la zona y una brújula metálica negra que se despliega para revelar varios cuadrantes, un reloj y una regla. Toma varias medidas y anota números con un portaminas, y todo parece muy complicado.

–¿Cómo estás? –pregunta Lennon, y cabecea en dirección al brazo que me estoy rascando.

–Me pica un poco –confieso. El ataque del oso de anoche y la pelea me provocaron una Sobrecarga de Urticaria–. Tengo algo para ponerme pero...

–Pero ¿qué?

–Es la crema esa de la señorita Angela.

Hace una mueca.

–Ay, *Dios*. ¿Esa loción milagrosa de marihuana que huele como si una bomba hubiera caído en una fábrica de velas aromáticas?

Lo señalo con el dedo.

–Exacto. Y no solo me hace lagrimear, sino que me da miedo usarlo aquí después de lo que pasó anoche. No quiero atraer osos.

–Mmm –musita–. Tu preocupación es válida. Trataré de pensar en cómo solucionarlo. Mientras tanto, esta es la ruta que tengo en mente.

Gira el mapa para mostrarme y abre su anotador, que coloca encima. Ha dibujado en doble página un mapa no a escala de la ruta planeada, con ilustraciones de pequeños símbolos que indican diversas paradas. Señalo el nombre de una catarata cerca del final de la página.

–¿Aquí estamos?

–Aquí estamos –confirma.

–Y estas carpas son...

–Lugares para acampar. Tenemos que pasar dos cadenas montañosas para llegar a Cerro del Cóndor.

–¿Escalando? –exclamo, asustada.

–No. Paciencia, pequeño saltamontes. Si vamos por aquí –señala una línea de puntos con el dedo–, podemos caminar por una serie de cuevas bajo las montañas. Hay cuatro salidas, y una de ellas está del lado sur de la montaña. Allí hay un valle genial para acampar esta noche.

–Espera. Repite. ¿Espeleología?

–Caminar por una cueva no es espeleología. Es caminar.

–En la oscuridad.

–Tenemos linternas de cabeza –alza el teléfono–. Tengo guardado el PDF de un libro de senderismo que habla sobre senderos agrestes. Dice que hay varias cuevas en estas colinas, y que esta es la más larga. Y una vez que lleguemos al otro lado de la montaña, podemos ir por un sendero más importante.

Miro el lugar que está señalando en el mapa.

–Veo tres conjuntos de carpas. ¿Tres noches?

–Para llegar a Cerro del Cóndor sin matarnos –asiente–. Y si cambias de idea, este es el refugio de guardaparques más cercano. Queda de camino, y pasaremos por allí mañana. Pase lo que pase, no te dejaré varada. Si piensas que ya te he abandonado una vez...

–No –replico. Aunque estaba totalmente pensando en eso.

Aprieta los labios.

–Podemos hacerlo –añade–, te lo prometo. Si seguimos las reglas, no deberíamos tener más problemas con los osos. Esto es más seguro que pasar tres días en la civilización. Existen más probabilidades de morir en un accidente de auto que en un parque nacional.

–Genial, hablemos de probabilidades de morir –digo secamente–. Había olvidado eso, pero ahora lo tengo fresco en la memoria, gracias.

–De nada –responde, sonriendo de oreja a oreja–. Vamos, empaquemos y salgamos. Tenemos muchos kilómetros que recorrer antes de irnos a dormir.

Bueno, puedo hacer esto. No es el plan que yo quería, pero es un plan. Uno que ha sido calculado y trazado en papel. Me gusta eso. Me hace sentir menos pánico. Tan solo me gustaría que fuera un plan mío y no de Lennon.

Prepararnos para salir nos lleva más tiempo de lo que esperaba. El grupo no solamente dejó el cadáver de la carpa mutilada de Brett. Dejaron las carpas

de Reagan y Summer, y un montón de material de acampada que Reagan compró para el viaje. Supongo que no pensaba volver a utilizarlo, pero santo cielo, qué frivolidad desperdiciar tanto dinero. Lennon está enojado, porque todo este lío viola completamente el principio de no dejar huellas en lugares agrestes. Y no podemos cargar con todo, sería imposible. Todo lo que podemos hacer es guardar parte de la comida en nuestros contenedores anti-osos y llevarnos algunas otras cosas que nos puedan servir. Una hornalla para campamento. Una botella más. Un encendedor de repuesto. Toallitas húmedas ecológicas. El filtro de agua de Reagan. Como llevo el telescopio, no puedo cargar mucho más en la mochila, así que Lennon carga con la mayoría, y engancha cosas a su mochila con mosquetones. Lo que no necesitamos, queda apilado dentro de la carpa de Reagan.

–Podemos informar sobre esto cuando lleguemos al refugio –me explica–. Enviarán a un guardaparques a recogerlo.

–Si el oso no llega primero y destroza todo.

–O eso –suspira.

Una vez que terminamos con todo eso, ya es media mañana. Me pongo ropa limpia, me lavo los dientes y trato de peinar mis rizos rebeldes. Cuando estoy lista, desarmo mi carpa domo. Es más difícil desarmarla que armarla. Después de un rato de mirarme sin intervenir y diciendo “No”, “Así no”, le doy lástima a Lennon y me ayuda. Luego solo queda meter la carpa en mi mochila y estoy lista para partir.

Tan lista como puedo, claro.

Subimos a la parte superior de la catarata, desde donde Kendrick y Brett se turnaron para zambullirse el día anterior. Todavía no puedo creer que se hayan ido. O que estoy sola con Lennon. Es una locura. Y además me exige mucho físicamente. Caminar por un sendero con pendientes, como hicimos ayer, es diferente a tener que trepar sobre rocas con una mochila enorme a la espalda. Me cuesta más que a Lennon, pero a mitad de camino me empiezo a acostumbrar. La escalada tiene cierto ritmo, cuidadoso y paciente. Buscar el lugar correcto para colocar la mano, tomarse el tiempo para hacer fuerza con las piernas, apoyarse. Cuando llegamos a la cima tengo la respiración agitada, pero me siento energizada.

–Adiós, Catarata Mackenzie –exclamo, y espío la laguna que se forma debajo.

Lennon se ríe.

–El libro que encontré la llama “Catarata sin nombre número 2”, más

conocida como “Catarata del río Greaves”.

–Esos nombres son horribles.

–Catarata Mackenzie suena mucho mejor –asiente–. Cuando escriba mi libro sobre senderismo, la llamaré así.

–Ah, ¿ahora eres escritor? ¿Y cuándo podremos leer la *Guía gótica de Grim sobre los misterios de la naturaleza*?

–Te acuerdas de mi nombre en clave.

–Por supuesto que me acuerdo. Se me ocurrió a mí.

Deja escapar un bufido de satisfacción y nos sonreímos mutuamente por lo que ahora me doy cuenta de que es un momento demasiado largo, así que rompo la conexión y aparto la mirada. Ya saben, antes de que la cosa se ponga extraña.

Más extraña.

–Vamos –dice–. El sendero que me trajo aquí la primera vez está justo después de esa roca.

Caminamos por la vegetación y descubro el sendero de Lennon. Como el que usamos para llegar hasta aquí, es angosto y apenas visible. Se lo podría confundir con un sendero hecho por los ciervos, o algún tipo de camino hecho por animales. Eso me pone un poco nerviosa, pero Lennon me asegura que es un sendero para seres humanos. Y al menos está a la sombra, porque cuanto más cerca está el mediodía, más calor hace. Vine preparada: me quito la camiseta de mangas largas y debajo tengo una camiseta de mangas cortas. Lo importante son las capas.

Luego de más o menos media hora de caminar en silencio, me siento más cómoda con el sendero y con estar sola con Lennon. Es intenso y silencioso, y camina a un ritmo constante a mi lado, siempre mirando hacia adelante. Y a pesar de los zombis, las motosierras y los parches anárquicos que cubren su chaqueta de denim se ve... No fuera de lugar, por más extraño que parezca.

–¿Cuándo empezó tu entusiasmo por acampar? –pregunto.

Se aparta un mechón oscuro del ojo.

–El año pasado, imagino. Estaba... estaba pasando un momento complicado y Mac sugirió hacer un viaje familiar al Valle de la Muerte. Hice clic. Me encantó todo.

–¿Dormir sobre piedras? –todavía me duele la cadera de la piedra que se me clavó anoche.

–No, pero mejora con una colchoneta debajo de la bolsa de dormir –me explica, y le da un golpecito a la colchoneta enrollada que tiene enganchada en

la parte inferior de la mochila.

Ojalá hubiera sabido eso.

–Me pareció que acampar en lugares agrestes era excitante –se explaya–. Estás solo con tus pensamientos. Sin estrés ni presiones. Sin horarios. Puedes pasarte el día leyendo, si quieres. Tan solo tienes que armar el campamento y hacer lo que quieras. Y me gustó tener que hacerlo yo solo. En casa, todo está hecho. La escuela tiene un cronograma, la cena está servida. Enciendes la tele y está todo programado. Pero cuando estás aquí afuera, nada sucede a menos que lo hagas tú. Y puede que suene extraño, pero siento que estoy haciendo algo real cuando enciendo el fuego y cocino en él. O sea, si fuera el fin del mundo, yo podría sobrevivir. La mayoría de la gente de la escuela se moriría después de una semana o dos de estar al aire libre, les costaría mantenerse calientes y buscar comida, o los atacarían animales salvajes.

–Fue bastante impresionante lo que hiciste con el oso anoche –admito–. Si no me lo hubieras dicho, probablemente habría salido corriendo y me habría convertido en la cena del oso.

–Que un oso ataque no es común, y si sigues algunos principios básicos, no hay problema. Si te comportas de manera agresiva ante la cría de una mamá osa, las probabilidades de que te ataque son mayores. Básicamente, es sentido común.

–Igual. Supiste qué hacer.

–El truco es evitarlos completamente –añade–. Pero cuando no es posible, y la gente con la que estás acampando es estúpida...

–No todos –observo.

–No –concede, con una sonrisa asomándole en los labios–. Pero cuando no puedes evitar a un animal, debes comportarte como si fueran una amenaza en serio, y respetar el hecho de que llevan las de ganar.

Tiene sentido.

–¿Así que te interesó acampar porque te gusta encender fuegos y ser más astuto que un oso?

–Siento que he logrado algo perceptible. Puedo alimentarme...

Se las arregló para hacer café aquí, que para mí es lo máximo en términos de cocina.

–... y encontrar el camino sin que una voz computarizada me diga por qué lado ir. Sé de primeros auxilios. Sé cómo conseguir agua si no hay ningún río a la vista. Sé cómo construir un refugio básico en el bosque. Y eso...

–No es poca cosa.

–No –dice–. Es ser un ser humano capaz, que es algo que me parece que mucha gente se ha olvidado de ser.

–Así que vienes aquí a sentirte como un hombre machote.

–Claro –replica, sarcástico–. Soy un gran leñador machote. Ese soy yo.

Bueno, la parte de ser grande es cierta. Cuando camino a su lado, me tapa el sol.

–Vengo aquí por todo eso, y porque mira este lugar –dice, y hace un gesto en dirección a los árboles–. Es sereno. Cuando Ansel Adams dijo “Creo en la belleza” estaba aquí, en las Sierras. Quizás incluso caminando por este mismo sendero.

Siento una sensación rara de *déjà vu*, porque eso suena al Lennon que conozco, recitando citas poco conocidas y hablando sobre las luces de la bahía de San Francisco como si fueran mágicas. Así que quizás *sí* entiendo por qué le gusta el senderismo.

Se cohíbe, y ríe.

–Además de todo, nunca sabes lo que puede suceder aquí. Y eso es lo emocionante. Un millón de cosas pueden salir mal.

Gruño.

–No, no quiero oír eso. Me gusta que todo salga bien.

–El mundo no funciona así.

–Así debería funcionar –insisto–. Me gustan los planes que van sobre ruedas. Esa es la belleza en la que yo creo. No hay nada mejor que cuando las cosas salen exactamente como lo esperaba.

–Sé que eso es lo que te gusta –dice, entrecerrando los ojos por el sol para mirarme–. Y eso es cómodo, seguro. Pero también es un alivio saber que cuando los planes salen mal, puedes sobrevivir. Que puede pasar lo peor posible, pero tú puedes lograrlo. Es por eso que me gusta leer historias de terror. No tiene que ver con los monstruos. Tiene que ver con el héroe que los sobrevive y vive para contarlo.

–Me pone contenta que te sientas así –respondo–. Pero no sé si yo me siento igual de cómoda. Algunos no estamos hechos para sobrevivir.

–Sobreviviste a que el grupo nos abandonara.

–Por ahora. Apenas han pasado unas horas. Soy débil. Quizás no pase la noche.

Se ríe.

–Por eso estoy aquí. Si no puedes sobrevivir por las tuyas, contrata a alguien.

–Espero que sepas que los Everhart no tienen un dólar y que no recibirás ninguna recompensa por traerme de vuelta sana y salva.

–Sana o no, entonces. Excelente. De hecho, eso me saca un peso de encima –replica, con una sonrisa diabólica–. Ah, mira. Ahí está el sendero que conduce a las cuevas. ¿Soy bueno o qué?

Un poste de madera con distintos signos tallados verticalmente está clavado en donde nuestro sendero cruza un sendero mayor. Parece que las cuevas están a apenas cinco horas de caminata. Al sol de mediodía. Cuesta arriba. Fantástico. Se veía mucho más simple y amable en el mapa casero de Lennon.

Caminamos hasta media tarde, conversando de tanto en tanto sobre las vistas y sobre los lugares que Lennon ya ha visitado. Pero cuando no puedo responder una pregunta porque estoy mirando fijamente el sendero rocoso, preocupada porque siento que me estoy por desmayar, Lennon sugiere parar para almorzar.

Nos quitamos las chaquetas y nos sentamos sobre ellas. Después de beber la mitad de mi provisión de agua, abro el paquete de jamón de pavo curado que me regaló mamá mientras él come maní tostado y frutos secos. Decidimos compartir. Me informa que los alimentos hipercalóricos y salados son la mejor comida cuando haces senderismo. Son de mis comidas favoritas, así que quizás esto del senderismo no está tan mal, después de todo.

Luego de almorzar, llenamos nuestras botellas con agua filtrada de un arroyo cercano y volvemos al sendero. El terreno es más rocoso que antes, lo cual es una porquería, porque a la hora de caminar ya me siento cansada y tropiezo todo el tiempo con piedras sueltas que se deslizan por el suelo arenoso. Es como intentar evitar mil minas terrestres. Estoy pensando que un par de botas para senderismo hubieran resultado más aptas en esta situación.

–No queda mucho ya –me anima Lennon después de que tropiezo y me caigo.

Me parece que no puedo hacerlo. Realmente no lo creo. El sol está bajo y hemos estado caminando durante horas. Estoy a una piedra resbalosa más de olvidarme de mi orgullo y rogarle que hagamos otra parada, cuando superamos una colina y encontramos un sendero que se aparta del sendero principal. Alzo la vista, tengo la respiración agitada, y me sorprende descubrir una enorme montaña de granito al final de un llano. Hace un instante estaba lejos, ahora está aquí nomás.

–Hemos llegado –exclama Lennon entusiasmado, y señala en dirección al sendero más pequeño–. Una de las entradas a la cueva debería estar al final de

ese sendero.

–Ay, Dios mío, pensé que no íbamos a llegar nunca –digo, y siento un impulso de energía renovada mientras nos dirigimos al sendero. Ayuda que el terreno sea plano–. No siento los pies. ¿Debería preocuparme?

–No. Disfruta no sentir nada –afirma Lennon–. Más tarde, cuando te duelan tanto que me suplicarás que te los corte, recordarás este instante con nostalgia. Ah, mira. ¿Ves?

Lo veo. Una boca negra que conduce al interior de la montaña gris. Y cuando cruzamos el llano y nos acercamos, me sorprende cuán grande es. El sendero termina. Sin advertencias. Ni letreros.

–Pensé que me habías dicho que esta cueva ya había sido explorada –digo–. ¿No debería haber algún letrero del parque nacional, o algo?

–Eso es para las cuevas comerciales. Algunas tienen luces para los turistas. A esta vienen muchos exploradores de cuevas.

–Exploradores de cuevas.

–Personas que exploran cuevas.

–Pensé que se los llamaba espeleólogos.

–Los espeleólogos son los idiotas que se pierden en cuevas y tienen que ser rescatados por los exploradores de cuevas –dice Lennon, mirándome de reojo–. Brett hubiera sido un gran espeleólogo.

Pongo los ojos en blanco, pero en el fondo pienso que probablemente tenga razón.

–¿Cuál es el plan, entonces? –pregunto cuando nos detenemos a la entrada de la cueva para abrir las mochilas y buscar nuestras linternas de cabeza. Decidí llevarme la que Reagan se dejó, porque Lennon dijo que vale varios cientos de dólares más que el modelo básico que yo tenía, y que era una pena no aprovecharla.

–Hay apenas tres kilómetros desde aquí hasta el otro lado –explica mientras se coloca la linterna–. Es totalmente seguro, así que no te preocupes. Miles de personas han pasado por aquí antes de nosotros.

–Está bien –asiento, y me llega el aire fresco desde la oscuridad. Es como aire acondicionado natural. Se siente bien–. ¿Dónde está la trampa? ¿Tenemos que vencer a un trol de las cavernas?

–Esto no es Moria, Zorie. No estamos por atravesar las Montañas Nubladas.

–¿Ejércitos de enanos malvados?

–Quieres decir orcos. Los enanos no eran malvados. ¿No vimos cada

Navidad la trilogía de *El señor de los anillos* en las cenas de los domingos de diciembre?

–Desafortunadamente, sí.

–Te encantaban.

Es cierto.

–Está bien, Gandalf. ¿Cuál es la trampa en esta cueva?

–No hay ningún Balrog que enfrentar. No hay trampas. Que yo sepa. Es decir, nunca he entrado a esta cueva.

–Pero has estado en otras, ¿verdad?

–Solo en Cavernas y tirolesas de Melita Hills –dice, con un atisbo de sonrisa.

–¿Cuando fuimos con la escuela?

–Cuando Barry Smith vomitó en el autobús después de la tirolesa.

–Esas son las únicas cuevas en las que yo he estado –comento, asustada. Y básicamente son una excusa para construir una tienda de souvenirs y cobrarles a todos un millón de dólares por un refresco–. Tal vez no deberíamos hacer esto.

–Estaremos bien –me asegura–. El libro dice que la parte más complicada es que los túneles están todos conectados. Es un laberinto enorme. Se supone que hay algunas cuerdas para subir al nivel superior de los túneles, y eso es lo que queremos encontrar.

–¿Vamos a tener que subir por cuerdas?

Me trae recuerdos horribles de la clase de actividad física.

–No.

–Ah, gracias a Dios –murmuro.

–Las cuerdas no son más que una indicación visual. Hay varias salidas, y la que tenemos que encontrar es la que está cerca de las cuerdas. Nos llevará al lado norte de la montaña, desde donde sale un sendero importante que conduce al valle del que te hablé antes –se pone la sudadera–. Ponte la chaqueta. Adentro estará fresco. Y nos llevará una hora aproximadamente llegar al otro lado. Después, el camino es una bajada fácil hacia el valle, donde podemos acampar junto a un arroyo y cenar.

Una hora. Puedo hacer eso. Más fácil que trepar por ese sendero rocoso que dejamos atrás. Y al menos no hay sol. Debería haber traído un gorro como me dijo mamá. Creo que me quemé hasta el cuero cabelludo. Y creo que también las mejillas. Pero ¿quién tiene deficiencia de vitamina D ahora, eh?

Enciendo la linterna de cabeza de Reagan cuando nos metemos en la boca

de la cueva. La entrada es un espacio amplio y circular. Hay pilas de rocas cada tanto, y un par de botellas de agua vacías y lo que parece ser una pila de papel higiénico. A alguien no le importó dejar huellas...

Hay un túnel ancho al fondo de la entrada que lleva al interior de la montaña, y hacia allí nos dirigimos. Una vez que estamos dentro, el sol se desvanece a nuestras espaldas, y las linternas se convierten en nuestro nuevo sol. Hace mucho más frío aquí dentro, y el aire huele a humedad y a cerrado... a piedra, supongo. Nunca pensé que las piedras tuvieran olor. No es desagradable, y se siente bien respirar aire frío. Limpio. Sin complicaciones. Como el camino. El túnel es lo suficientemente ancho como para que podamos caminar uno junto al otro, y el techo está a varios metros de nuestras cabezas. Las paredes están veteadas de color –mármol, adivina Lennon– y aunque el suelo es de piedra, es más cómodo que el camino de afuera.

–Esto no está tan mal –digo, recorriendo el espacio que me rodea con la luz de la linterna.

–Te lo dije.

Pronto encontramos otro túnel. Dos, de hecho: uno a la izquierda, el otro a la derecha. Ambos tienen el mismo ancho del túnel por el que venimos.

–¿Y ahora?

–No hace falta que susurres, Zorie.

–Hay mucho eco aquí.

–Eco, eco, eco –dice Lennon con su voz grave, con las manos alrededor de la boca–. Si un eco rebota en las paredes de una cueva vacía, ¿alguien lo escucha?

–¿Has tenido suficiente?

–Por ahora –Lennon desengancha su brújula negra del cinturón y la abre–. Tenemos que ir hacia el sur. Parece que esta es la parte laberíntica que te mencioné.

–Esto no va a ser como el laberinto de *El resplandor*, ¿verdad?

–Dios, espero que sí. Me encanta esa película –responde Lennon–. ¿Sabías que en la novela un ejército de arbustos en forma de animales cobra vida?

–Por favor, no hables de eso cuando estamos en el centro de una cueva oscura en el medio de la nada donde nadie puede venir a rescatarnos. Y nada de historias de terror, por el amor de Dios. ¿Es verdad que tu profesor del curso de supervivencia te contó esa historia? Espera. Olvídalo. No quiero saber.

–Debería trabajar de contar historias de terror –replica–. Eso fue divertido.

Hasta el oso. Bueno, eso también fue divertido. Hasta la pelea.

Me ilumina la cara con la luz de su linterna.

—¿Demasiado pronto?

Alzo la mano para bloquear el haz de luz.

—¿Puedes no hacer eso?

Muevo la cabeza para dirigir la luz hacia el frente.

—Perdón —dice.

—No estoy triste por lo de Brett, si es lo que estás pensando.

—Bien. No vale la pena tus lágrimas. Aunque debo decir que tienes un gusto pésimo para los tipos —afirma Lennon, y mueve la linterna para iluminar la brújula que tiene en las manos.

—¿Perdón? —exclamo, y le doy un empujoncito en la mano con la mía.

Se ríe.

—Estás perdonada. Y disculpada. Y absuelta de todos tus pecados. Así que concentrémonos en salir de aquí, porque estoy muerto de hambre —pone la mano plana para estabilizar la brújula nuevamente—. Bueno, como decía, todos estos túneles llevan a una caverna enorme. Si llegamos ahí, significa que nos hemos ido demasiado hacia el oeste. Así que creo que podemos elegir un túnel e intentar mantener el rumbo hacia el norte.

—¿Doblamos a la derecha, entonces?

—Norte equivocado. Mejor conocido como el sur. Doblamos a la izquierda.

Se lo ve muy contento pese a solo tener una vaga idea de hacia dónde estamos yendo. Doblamos a la izquierda y continuamos hacia el interior de la cueva, caminando en silencio durante varios minutos. Escucho un ruido que hace eco en un túnel lejano, y se me acelera el pulso. Debería haberle preguntado si hay murciélagos. En realidad es mejor no saber.

Mientras él intenta orientarse ante una curva pronunciada del túnel, medito sobre lo que me dijo.

—¿Pecados?

—¿Qué?

—Dijiste que estaba absuelta por todos mis pecados. ¿Qué quisiste decir?

—Estaba bromeando.

Me parece que no es cierto.

—Es decir, sabes cómo me siento respecto de Brett —añade, después de un rato—. Pero ¿también Andre Smith? ¿Te gustan los deportistas, o algo así? ¿Qué fue eso?

Esta conversación está avanzando a un territorio que prefiero no volver a

explorar.

–Andre se portó bien conmigo cuando necesitaba un amigo.

–Sí, lo vi. Portándose bien contigo –hace una pausa y continúa–. Pero no sabía que estaban saliendo. Brett me contó... bueno, más de lo que necesitaba saber.

Me detengo.

–¿Qué te contó Brett?

–¿Podemos hablar de otra cosa?

–No, no podemos. Porque si Brett estuvo contando chismes acerca de mí, tengo derecho a saberlo.

Lennon piensa un momento y sigue caminando, hasta que no me queda otra opción que alcanzarlo o quedarme en el laberinto.

–Dime –insisto.

–Está bien –concede, finalmente–. Brett dijo que tú y Andre estuvieron... tú sabes... intercambiando calor corporal.

Es una manera graciosa de decirlo. De algún modo, lo hace parecer aún peor. Como si Lennon –que ve todo tipo de juguetes sexuales locos diariamente– no pudiera decir en voz alta lo que Andre y yo hicimos.

–Andre y Brett se cuentan cosas –añade–. Multijugador.

–¿Qué?

–Juegos en línea. Uno de esos juegos de deportes, *FIFA* o *Madden*, o algo así. No lo sé. Solo juego videojuegos de terror y supervivencia. Y quizás un poquito al *Minecraft*. Bueno, lo admito, y un poco al *Final Fantasy*, pero no se lo cuentes a nadie.

–No me importa.

–Ey, que yo no le pregunté –replica–. Brett me lo contó por su cuenta.

–Estuve con Andre nada más que unas semanas.

–Los vi una vez en el Thai Palace.

–¿Nos estuviste espiando?

–El restaurante está frente a mi lugar de trabajo –responde, molesto–. Así que no, no los estaba espiando. No tengo un telescopio.

Uff. Esperaba que no volviéramos a hablar de ese pequeño contratiempo. Nunca jamás.

–Y si quieres saber la verdad –continúa, en un tono de voz malhumorado–, estuvo bastante mal de tu parte que me lo refregaras en la cara.

–¿No sabía que nos habías visto! ¿Cómo iba a refregarte nada en la cara?

–Hay un millón de restaurantes en Mission, ¿y justo elegiste ese?

Está cien por ciento en lo correcto. Sí que elegí ese restaurante a propósito. Todavía estaba dolida por Lennon, así que sí. Quería que me viera con otra persona. Sé que fue superficial, pero estaba sufriendo.

Lo que me confunde es que se esté quejando. Porque si no tuviera idea de nada, pensaría que le molesta que haya salido con Andre, ¿y cómo es posible? ¿Será verdad lo que dijo Brett sobre lo de seguir enamorado?

¿Se arrepintió? ¿Por qué? ¿Qué cambió?

El camino se bifurca de nuevo pero esta vez uno de los túneles sigue en dirección al este. Lennon duda, examina la brújula y mira el túnel por el que venimos. Parece que hay una curva más adelante y que conduce al lugar desde donde venimos, así que nos conduce al túnel que va hacia el este.

Es más ancho, y las paredes cambian. Las rocas pulidas desaparecen. Ahora las paredes parecen cortinas arrugadas, y el techo es mucho más alto. También parece que estuviéramos ascendiendo.

—Es gracioso que hayas escuchado todo eso sobre mí —digo, después de caminar unos minutos—. Porque yo no tenía ni idea de que estuvieras saliendo con alguien.

Oigo mi tono de voz, y suena mezquino. ¿Qué me sucede? Quizás estoy de mal humor porque la temperatura está bajando aquí dentro. Tengo los dedos helados, y me gustaría no haberme puesto pantalones cortos.

—Tal vez no estabas prestando atención.

Ya ha dicho esto antes, y no entiendo por qué. ¿Me estoy perdiendo de algo? Antes de que pueda preguntarle, me agarra desprevenida con lo que dice a continuación.

—Estuve saliendo con Jovana Ramirez.

Ah. Jovana. Es una de las chicas emo que andan en el parque de skate con los fumones. No sé mucho sobre ella. No tenía ni la menor idea de que ella y Lennon tuvieran algo.

—¿Cuándo?

—Empezamos a salir hace unos meses. Compartimos el gusto por varias bandas.

De pronto, todas las defensas que he construido durante el año pasado se vienen abajo como una torre de Jenga mal armada, y siento un calor horrible en el pecho.

¿Qué es este sentimiento extraño? ¿Celos?

—¿Aún sales con ella? —pregunto, y me arrepiento inmediatamente. *¡No digas nada, no digas nada, no digas nada!* No quiero saber.

Y cuando no responde enseguida, me siento la peor.

En ese momento caigo como un avión en picada.

No superé a Lennon.

Hice mi mayor esfuerzo. Lo ignoré. Me deshice de todas las cosas que me hacían pensar en él. Dejé de ir a los lugares a los que solíamos ir. Lloré hasta que ya no quedaron lágrimas que me evitaran enojarme. Y luego seguí con mi vida.

En realidad, no.

¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta de esto antes?

Algo me golpea el hombro. Muevo mi linterna hacia arriba y veo el brazo de Lennon bloqueándome el paso. Tiene la vista fija en un túnel que se bifurca. Sigo su mirada y entrecierro los ojos para ver mejor en la oscuridad más allá del alcance de mi linterna. Una sombra cambia.

–Hay alguien más aquí –susurra Lennon.

Se me acelera el pulso, aunque no sé por qué. La cueva está abierta al público. Es probable que sea otro senderista. No hay por qué alarmarse.

–Hola –grita Lennon. Su vozarrón reverbera en las paredes rocosas.

No hay respuesta.

Bueno, esto está empezando a preocuparme. La oscuridad no me molestaba cuando estábamos nosotros dos solos. Como que me calmaba. Me tranquilizaba. Pero ahora esa tranquilidad se ve amenazada.

Lennon gesticula para que dé un paso atrás, y luego se inclina.

–Me pareció ver a un hombre. Pero quizás me lo estoy imaginando –me susurra al oído.

–¿Por qué susurras, entonces?

Algo gotea en mi brazo, y me sobresalto. Agua de una estalagmita. O estalactita. Nunca supe cuál es cuál. Las que salen del techo.

Lennon sacude la cabeza y se ríe, pero su risa suena forzada.

–Es que entré en pánico por un segundo.

Sip, yo también. Nos quedamos escuchando por un momento. No oigo nada. El silencio es inquietante. Imágenes de mineros asesinos me inundan el cerebro ansioso.

–¿No deberíamos estar afuera ya? –pregunto.

–Debemos estar cerca de la salida.

–¿Se supone que tenemos que ir hacia allí? ¿Allí donde no viste un trol fantasma?

Lennon estudia su brújula y mira alrededor. Si entrecierro los ojos, me

parece ver dos túneles más que se bifurcan delante de nosotros. Quizás hasta un tercer túnel. El laberinto se está volviendo más complicado.

–Quédate aquí. Voy a ver esos túneles –dice Lennon, que también los vio.

Observo cómo su espalda desaparece del haz de mi linterna. No me gusta esto. Para nada. Me estoy empezando a sentir un poco claustrofóbica y tengo que obligarme a calmarme cuando vuelvo a sentir gotas de agua cayéndome en el hombro. Me muevo para alejarme de la gotera y sin querer pateo una gran piedra que está suelta. Resuena contra la pared.

Hago una mueca de dolor y bajo la vista. Algo se mueve. Es una pelota negra y blanca. Pero uno de los extremos de la pelota se está desenredando, como si fuera lana. Una lana brillante.

Es una puta serpiente.

Capítulo 16



Me quedo congelada. La serpiente se está desenrollando rápido. La hice salir de su escondite, y ahora levanta la cabeza, buscando a la persona que se atrevió a despertarla.

No sé qué hacer. Echo un vistazo fugaz al túnel pero no veo la linterna de Lennon y no me animo a sacarle de encima los ojos a la serpiente.

Quizás tengo que quedarme quieta, como dijo Lennon cuando pasó lo del oso. ¿Las serpientes ven bien? ¿No me puede oler, verdad? Quizás mi luz la ciega, y si me quedo muy quieta...

Mi linterna parpadea. La serpiente presta atención.

¿DÓNDE ESTÁ LENNON?

–Camarones podridos –digo en voz alta mientras la serpiente alza la cabeza. Agita la cola, que golpea suavemente contra el suelo de piedra. Eso... no se ve bien-. ¡Camarones podridos!

La serpiente ataca.

Doy un salto.

Mi linterna se apaga.

Entro en pánico, me alejo torpemente y choco con la pared a mis espaldas. Tengo el pie enganchado en algo. Hago fuerza para liberarlo, pero no funciona. Es algo pesado y...

Ay, Dios santo. ¡Estoy arrastrando a la serpiente! Está enrollada alrededor de mi tobillo, y no puedo ver qué está haciendo. Sacudo el pie y en ese momento me doy cuenta de que la serpiente me está mordiendo. Tiene la boca clavada en mi pierna, justo por encima del calcetín. Casi no siento nada... ¿por qué no siento nada? ¿Es el veneno que me está durmiendo la pierna?

Grito.

Aparece el haz de la linterna de Lennon. Corre hacia mí, y ahora puedo ver bien a la serpiente rayada enrollada en mi tobillo. Es enorme. Voy a morir.

–Ey, ey, ey –dice Lennon, alzando las manos–. Está todo bien. Tranquila. No patees.

Respiro sollozante y casi pierdo el equilibrio.

–Es solo una serpiente real –observa, con un tono tranquilo y resuelto, y se agacha frente a mí–. Es una serpiente real de California. Deja que te la quite. Está todo bien. Está asustada. Quédate quieta mientras hago que te suelte.

No sé qué significa ninguna de las palabras que pronuncia. Es como si estuviera hablando en chino. Y creo que se da cuenta, porque me hace callar con suavidad; o quizás a la serpiente, no estoy segura. Pero está metiendo los dedos por debajo del abrazo apretado de la serpiente en búsqueda de la cabeza, que está incrustada firmemente en mi pierna.

–Mierda –murmura entre dientes Lennon.

–¿Qué?

–Espera –dice–. ¿Te duele?

–Tal vez. Sí. No lo sé –respondo. Me está pinchando. Aplastándome. Como si me estuviera estrujando lentamente el tobillo–. Quitámela. Por favor, Lennon.

–Lo estoy intentando. No se suelta. Voy a tener que...

–¡Mátala!

–No la voy a matar –replica, desabrochándose la mochila y quitándosela de los hombros con un gruñido–. Puedo quitarla. Aguanta. Necesito algo.

Rápidamente desengancha el contenedor anti-osos de la parte superior de la mochila, lo abre y deja caer algunas cosas en el suelo hasta que encuentra una botellita pequeña que contiene un líquido azul. Hasta que no desenrosca la tapa no reconozco qué es. Enjuague bucal.

Lennon acerca la botella a mi pierna y deja caer una pequeña cantidad de líquido en el costado de la boca de la serpiente. El aire se llena de olor a menta y alcohol. No pasa nada. ¿Está tratando de refrescarle el aliento? ¿Qué demonios está sucediendo?

Vuelca unas gotas más. Y, de repente, siento que la serpiente afloja la boca. Veo las rayas negras y blancas moverse, y rápidamente se desenrolla de mi tobillo mientras Lennon le sostiene la cabeza y la obliga a soltarse.

Jadeo y empiezo a respirar más rápido. *Mucho* más rápido. Parece que fuera a dar a luz, pero no me importa. Estoy tan aliviada. En el instante en que Lennon alza la serpiente y la aleja de mí, dejo escapar un sonido animal

espantoso.

–Está bien –me dice–. Ya la tengo.

Huelo sangre. *Ve*o sangre. Cae del tobillo al calcetín, y lo tiñe de rojo.

Me voy a desmayar.

–No –me asegura Lennon.

¿Hablé en voz alta?

–Estás hiperventilando –me explica–. Siéntate y respira más despacio. Tengo que ir a llevar esto a otro lado, si no, no puedo ayudarte.

Llévatela lejos, muy lejos. Mejor aún, llévame y deja a la serpiente.

–Respira más despacio –repite.

Cierro los ojos por un momento e intento calmarme. Contengo la respiración hasta que siento que los pulmones van a reventar. Luego, después de algunas respiraciones irregulares, logro recuperar el control.

–¿Mejor?

Asiento.

–¿Qué le pasó a tu linterna?

–No lo sé, se apagó.

–Intenta apagarla y volver a encenderla.

Busco el interruptor con los dedos.

–No funciona –le digo.

–No hay problema. Tienes una de repuesto.

–Está en mi mochila –observo. Pero no me importa. Solamente quiero que la serpiente que tiene en las manos se deje de mover.

–Bueno, te la traeré en cuanto regrese –mueve el brazo porque la serpiente está intentando enrollarse en él–. Tardaré un segundo. Justo donde el primer túnel dobla a la izquierda. ¿Lo ves?

Lo veo. Pero por más que deseo que la serpiente desaparezca de mi vista, no quiero que Lennon se vaya de nuevo. Me inunda una nueva oleada de pánico cuando la oscuridad envuelve mi parte del túnel. No puedo ni pensarlo. O imaginarme que la serpiente en realidad es una mamá serpiente y que existe la posibilidad de que haya pequeñas serpientes bebé pululando por ahí. Así que me deslizo por la pared lentamente hasta que mi trasero toca el frío suelo rocoso. Y me recuesto contra la mochila y me concentro en el movimiento del haz de luz blanco de su linterna. Y cuando él desaparece en el túnel que se bifurca, la luz desaparece.

Oscuridad total.

Me cuesta pensar; de pronto, recuerdo cuando era niña y desperté en una

casa a oscuras, sin saber dónde estaba. Durante unos segundos, asustada, intenté recordar dónde estaba la puerta y cómo había llegado hasta allí. Pero lo peor fue el momento en que *sí* me acordé. Mi madre biológica había muerto dos días antes, y papá me había mandado a la casa de sus padres, a quienes yo apenas conocía. Desconocidos. Y no sabía cuándo me volvería a buscar mi padre, o si volvería o no, y en ese momento, me sentí más sola que nunca.

Está todo bien. Estás bien, me digo a mí misma. Estás en una cueva, y él volverá.

Cuando Lennon gira y trota en mi dirección, la luz parece el sol, y me siento muy agradecida.

–No vuelvas a dejarme –le digo.

–No pienso hacerlo.

–¡Eso es lo que haces, me dejas! Sin explicaciones, abandonas a la gente.

Estoy llorando, y posiblemente delirando un poco. Me siento estúpida por ser tan cobarde, y estoy enojada con él por haberme traído a esta cueva de porquería.

–Estoy aquí –asegura, y me toma de ambos brazos–. Está todo bien. Estás teniendo un ataque de pánico. Es lógico, pero estarás bien. Te lo prometo.

–No puedes prometer eso.

–Sí puedo. ¿Puedo mirarte la herida? ¿Te duele?

–Sí –digo, enojada–. Creo.

Siento su mano cálida sobre la pierna. ¿Cómo es posible que no tenga los dedos fríos como los míos en esta nevera? ¿Por qué los chicos siempre están tibios? Papá siempre trata de hacer que mamá y yo nos congelemos, y pone el aire acondicionado en temperaturas bajo cero.

Estira el borde de mi calcetín para limpiar la sangre.

–¿Te duele esto?

Mucho menos de lo que hubiera imaginado que dolía el ataque de una serpiente diabólica.

–Me arde un poco.

–Te mordió con ganas.

–¿Necesito antídoto?

Lennon se ríe.

–La serpiente real de California no es venenosa.

Claro. Lo sabía. Creo.

–¿Estás seguro?

–Es una de las serpientes más populares en Isla de los reptiles. He

trabajado con varios cientos de ellas. Me han mordido unas cuantas veces, también.

–¿Sí?

–Y mucho peor. Sé exactamente cómo te sientes ahora, y te prometo que se te pasará. Tenemos que desinfectar la herida, pero no morirás. Tengo un botiquín de primeros auxilios en la mochila.

Echa un vistazo preocupado hacia el túnel. Y en ese instante me acuerdo del trol fantasma que Lennon creyó ver en la caverna.

Claramente, él está pensando lo mismo.

–Sácame de aquí –le suplico, con la voz temblorosa.

Me vuelve a iluminar con la linterna. Sus rasgos estoicos parecen tallados y severos por el modo en que la luz lo ilumina desde la frente.

–¿Puedes ponerte de pie?

Puedo. Y después de probar el pie, descubro que también puedo caminar. Supongo que tiene razón: no moriré. Pero estoy con mucha ansiedad, y debo confiar en la linterna de Lennon para ver. Tengo los músculos tan rígidos que me duelen. Y no puedo ver qué hay frente a mis pies, lo que me hace ir más lento.

–Encontré la salida –dice–. Está bajando por este túnel.

–¿Encontraste las cuerdas?

La marca de la salida norte.

–No, pero vi luz solar. ¿La ves?

La veo. Mucho mejor que unas tontas cuerdas. Literalmente, una luz al final del túnel. Me motiva a caminar más rápido. Puedo lograrlo. Saldremos de este infierno, con sus serpientes que atacan y sus inexistentes trols fantasmas que acechan en la oscuridad.

La salida es mucho más pequeña que la entrada por la que accedimos. Solo puede pasar una persona a la vez, y Lennon tiene que quitar una vieja telaraña antes de que podamos pasar. Pero cuando salimos a la luz del atardecer –tan cálida y dorada– me siento tan feliz que podría besar el suelo.

Sin embargo, no hay mucho para besar.

–Ah, guau –exclamo, entrecerrando los ojos.

Estamos de pie sobre un angosto precipicio bañado en la luz de la tarde. Hay apenas unos metros de terreno entre la pared de la montaña que acabamos de dejar y una caída que acabaría con cualquier ser vivo. Estamos arriba, mucho más arriba de un amplio valle salpicado de árboles. Las montañas nos rodean. Algunas son grises, otras, verdes y llenas de árboles.

Es lo más bello que he visto.

Estoy extasiada. Completa y totalmente extasiada.

Y luego miro el precipicio, y el éxtasis se transforma en preocupación. El lugar donde estamos no es mucho más que un balcón que rodea este lado de la montaña. Hay algunos árboles y arbustos, pero nada más. No hay ningún arroyo. Claramente no hay ningún sendero fácil para bajar al valle que está debajo como dijo Lennon. Un ave enorme vuela en círculos por encima de los árboles, hasta que desciende y desaparece en ellos.

—¿Cómo bajamos desde aquí? —pregunto.

Lennon está callado. No es una buena señal. Recorre el precipicio, pasa junto a un árbol solitario y examina el paisaje. Quizás el sendero al valle está escondido. Pero aunque sea así, estamos muy alto.

—Mierda —musita Lennon.

—¿Qué?

Cuando su mirada se encuentra con la mía, sé que estamos en problemas.

—Creo que nos equivocamos de camino.

Capítulo 17



No se me ocurre nada peor que eso. Quiero saber: a) ¿Cuánto nos “equivocamos” de camino? y b) ¿Cómo podemos solucionarlo? Lennon extrae su celular para estudiar el libro que tiene guardado. Sus ojos examinan la pantalla.

–Lo sabía –gimotea–. Esta no es la salida correcta. Doblamos mal en algún momento. Me pareció que ascendíamos. Yo...

–¿Dónde estamos?

–Estamos en la salida este. Tendríamos que estar al sur, que tiene una elevación menor. Muchísimo menor.

No entres en pánico.

–¿Hay un mapa de la cueva?

–Si hubiera un mapa de la cueva no estaríamos aquí parados, ¿no te parece?

Puff. No hay necesidad de contestar así. A mí me mordió la serpiente. Y hablando de serpientes, vuelvo la mirada hacia la oscura entrada cubierta de telarañas.

–No pienso volver. Olvídalo.

–Creo que no será necesario –dice, pasando a otra pantalla para releer un párrafo–. Este precipicio da toda la vuelta y llega a la otra salida. Tan solo...

–¿Tan solo qué?

Extrae la brújula del bolsillo.

–Implica dar un rodeo. La otra salida nos lleva directo al sendero del valle. Desde aquí hay más o menos un kilómetro y medio hasta la salida norte, a vuelo de pájaro. Pero si vamos por este precipicio son más bien tres kilómetros o más. A eso hay que sumarle otro kilómetro y medio en el valle.

–Entonces, ¿cuánto?

–Dos horas. Un poco más. No será un descenso sencillo. No es un sendero, en realidad –Lennon baja la vista a mi tobillo ensangrentado. Está empezando a hincharse.

Miro alrededor. ¿Cómo es posible que un lugar tan hermoso me haga sentir tan mal?

–Ey, mira –exclamo, cuando veo algo oscuro en la montaña, a varios metros de donde salimos. Quizás Lennon está equivocado. Quizás estamos en el lugar correcto. Quizás esa es la salida sur.

Pero mientras cojeo hacia allí y Lennon ilumina su interior con la linterna, pierdo las esperanzas. Es otra entrada a la cueva, sí, pero no a la red de túneles que recorrimos. No es más que una gran cueva. Como si la Naturaleza hubiera hecho un agujero con una cuchara para helados y le hubiera sacado un buen pedazo al costado de la montaña.

–No es la guarida de un animal, ¿verdad? –pregunto, mientras me imagino que despertamos a una familia de osos que está hibernando.

–Parece vacía –informa Lennon.

Tenemos que agacharnos para pasar la boca de la cueva, pero una vez que entramos, el techo es alto, así que podemos estar de pie y movernos. Debe tener unos tres metros y medio de ancho y el doble de profundidad. No hay ningún animal hibernando a la vista. Ni arroyos. Ni demasiado de nada, con excepción de una depresión en el suelo rocoso cerca de la entrada donde hay restos de leña quemada.

–Alguien ha acampado aquí –dice Lennon, poniéndose en cuclillas para examinarla–. No recientemente, no me parece. Pero mira.

Patea una lata de comida vacía que quedó abandonada en una esquina. Está sucia y seca, así que ha estado allí por un tiempo.

–Malditos. ¿Qué parte de “no dejar huellas” no entienden? –se queja.

No logro que eso me importe demasiado en este momento. Me vuelvo hacia la media luna que forma la boca de la cueva y observo el valle y los árboles. Es como mirar una pintura enmarcada.

–Mira, sé que no es lo que tenía planeado, pero creo que deberíamos acampar aquí –propone Lennon–. Es plano y está protegido. Parece bastante seguro, evidentemente otros han acampado aquí antes. Hay espacio para que armemos las dos carpas y encendamos una fogata.

–¿Y el agua?

–Apenas bebí un trago de mi botella. ¿Cuánto te queda?

La botella entera. No la toqué desde que las llenamos cuando almorzamos.

–Es suficiente –me asegura–. Es decir, no podremos lavarnos el pelo ni nada por el estilo, pero si somos cuidadosos, podemos aguantar hasta bajar al arroyo. O, si te sientes capaz, podemos bajar ahora.

Mira la hora en la brújula.

–Son casi las seis –continúa–. Oscurecerá a las nueve. Tenemos suficiente tiempo, pero será muy justo. Y no es un sendero muy marcado, así que es probable que sea bastante difícil de caminar al anochecer. También tenemos que curarte el tobillo.

Me debato. Me gusta tener agua fresca. Me preocupa tener solamente lo poco que nos queda en las botellas. Pero me miro el tobillo y de pronto el peso de mi mochila parece duplicarse.

Estoy cansada, hambrienta y herida.

Quiero parar.

–Quedémonos aquí –insiste Lennon, en tono alentador.

–¿Y qué pasa con tu mapa? Este no era el plan.

–No, pero es factible. El mapa no es más que una guía general. Las cosas cambian aquí, y hay que adaptarse.

No soy muy buena adaptándome.

–Esta cuevita no está nada mal –dice–. Y te apuesto a que desde aquí puedes ver miles de estrellas.

Probablemente tenga razón. Observo el cielo sin nubes.

–Vamos, deja la mochila –me sugiere–. Vamos a curarte, ¿sí? Una cosa a la vez.

Quizás tiene razón.

Acepto su plan, desabrocho la mochila y la dejo caer sobre una roca que está cerca de la entrada de nuestra pequeña cueva del precipicio mientras él busca el botiquín. Veo mi botella azul, y me doy cuenta de que me estoy muriendo de sed, pero resisto el deseo de beber. Tengo que guardar agua. Ahora estoy pensando en si necesitamos usar agua para limpiar mi herida, pero Lennon ya ha extraído un par de toallitas con alcohol, y se arrodilla a mis pies para aplicar una.

–Frío –digo, estremeciéndome–. ¡Auuuch!

–Quédate quieta y déjame limpiar la herida.

–Me arde.

–Así sabes que está funcionando –levanta mi talón y limpia la mordedura–. Una vez me mordió una boa esmeralda. Son hermosas, pero sí que muerden

fuerte.

Alza la mano y la gira para mostrarme. Tiene una serie de cicatrices en forma de U alrededor de la muñeca y en la palma de la mano.

–Cielos. ¿Cuándo pasó eso?

–Hace unos seis meses. Mide casi dos metros y es así de ancha –me muestra con las manos–. Tuve que ir a emergencias para que me dieran un par de puntos. La serpiente estaba enojada porque la estábamos cambiando de hábitat. Era vieja y tenía sus costumbres. Sufro muchas mordeduras en el trabajo, pero no suelen doler. Esta me asustó. Me alteró tanto toda la situación que me dio miedo sostener serpientes por unos días.

–Creo que no quiero volver a ver ninguna serpiente, menos aún sostenerla. Si hubiera sabido que hay serpientes en esas cuevas, no habría aceptado ir.

–Nadie espera la Inquisición española.

–No me cites a Monty Python en este momento. Estoy enojada contigo.

Resopla de la risa.

–No, no estás enojada conmigo. Estás de mal humor porque te duele.

–¡Estoy malhumorada porque me condujiste a un nido de serpientes malévolas!

–Las serpientes tienen mala fama –dice–. Atacan únicamente cuando están asustadas o hambrientas. Nosotros somos los monstruos para ellas. Y esa serpiente que te mordió no debería haber estado en esa cueva. La temperatura es demasiado baja para una serpiente real. Pienso que se debe haber perdido allí adentro. Espero que logre salir.

–Siempre y cuando no salga por alguna grietita que haya en estas paredes. Esta es nuestra cueva, ¿me escuchas, serpiente? –grito–. Me pregunto cómo se habrá formado esta cueva. Sabes, hace miles de años, o lo que sea.

–No lo sé, pero me recuerda a *El enigma de la falla de Amigara*.

–¿Qué es eso?

–Bueno, señorita Everhart, me alegra que me lo haya preguntado –responde, alegre–. Ve, es un manga japonés de terror...

–Ay, Señor –me quejo.

–... en el que miles de agujeros en forma de seres humanos aparecen en el costado de una montaña después de un terremoto. La gente descubre rápidamente que hay un agujero justo para cada uno, hecho especialmente para ellos, y que cuando encuentran su agujero, se vuelven locos intentando trepar para meterse dentro de él.

–Eso suena... raro. ¿Qué sucede cuando se meten?

–¿Realmente quieres saberlo?

–No quiero saberlo para *nada* –sacudo la cabeza–. Nada de historias de miedo. En particular si vamos a dormir aquí esta noche.

Se ríe.

–He terminado. Y sí, creo que deberíamos quedarnos aquí esta noche. Así que declaro que ese es nuestro nuevo plan oficial. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Me inclino hacia atrás empleando las palmas de las manos como apoyo mientras termina de limpiarme la herida. Está bastante inflamada, me parece. Dice que estará bien para mañana. Coloca un par de tiritas para cubrir las marcas de los colmillos y evitar que se infecten.

–No estamos saliendo, por cierto –dice en voz baja, y quita el papel de una tirita.

–¿Perdón?

–Jovana y yo no estamos saliendo. Rompimos antes de las vacaciones de verano. Bueno, ella rompió conmigo.

Ah. Esto es inesperado, que traiga el tema a colación de nuevo ahora. También me siento un poco avergonzada por el alivio que siento al saberlo.

–Lo siento. Quiero decir, si pasaste un mal rato.

Qué estupidez. Por supuesto que...

–No, no pasé un mal rato –replica, y me sorprende. Tiene la vista fija en mis tobillos ya que está colocando una de las tiritas–. Al principio estuvo genial, Jovana y yo. Pero nunca... congeniamos del todo. Lo intenté. De verdad. Sentía que faltaba algo. Ella decía que yo estaba distante y distraído, y que seguía interesado en otra persona.

El corazón late con fuerza en mi pecho.

–¿Y lo estabas?

–Sí.

Contengo la respiración, no sé qué significa eso. Por un lado quisiera pasarle una nota que diga *¿Gustas de mí? SÍ o NO*. Pero soy demasiado cobarde para decirlo en voz alta. Temo demasiado que se ría de mí. Y luego estaremos incómodos el resto del viaje.

–¿Lo tuyo con Andre fue serio?

Me tomo un largo rato para responder.

–Seguía interesada en otra persona.

Se toma un rato aún más largo para preguntarme.

–¿Sigues estándolo?

¿Sabe que es él? ¿O piensa que es Brett? No me doy cuenta de si solamente siente curiosidad acerca de mi vida privada y quiere charlar. Si está siendo cortés. La falta de expresión y el tono monótono me impiden darme cuenta. No sé si me está hablando estrictamente como amigo, como cuando estaba enamorado de Yolanda Harris cuando teníamos catorce y tuve que soportar sus divagaciones acerca de cuán genial era ella, y si lo ayudaría a hablarle.

Pero ahí está esa esperanza de nuevo, asomando la cabeza cuando no quiero.

Di algo.

Pero no lo hago. Y él tampoco. Simplemente guarda los papeles que quitó de las tiritas y se pone de pie.

—No sé tú, pero yo estoy muriendo de hambre —dice—. Armemos el campamento.

Se pasa la próxima media hora armando nuestras carpas dentro de la cueva mientras yo busco afuera un lugar donde colocar los contenedores anti-osos. Avanzando un poco sobre la curva del precipicio, encuentro algunos lugares escondidos por unos arbustos que son adecuados para usar como baño al aire libre. El precipicio es angosto pero es largo —tiene kilómetros de largo— y ahora que veo el sendero con mis propios ojos, agradezco no estar caminándolo porque mi tobillo está empezando a molestar.

Encuentro algunos trozos de leña seca y los llevo a la cueva. Lennon ha levantado las carpas una junto a la otra, y está colocando unos faroles de LED para campamento que le caben en la palma de la mano. Me muestra cómo colocarlos en el techo de mi carpa usando el gancho que tienen en la parte superior. Los farolitos iluminan el interior de las carpas, y me siento mejor respecto a la oscuridad que nos empieza a envolver a medida que cae la noche.

Desenrollo la bolsa de dormir y busco cosas en mi mochila, y Lennon trae más leña y astillas. Encuentra unas piedras pequeñas y las coloca alrededor del fogón que ya está en la cueva, para asegurarse de que el fuego quede contenido. Luego me enseña a construir la fogata en forma de pirámide, que parece compleja porque tiene un millón de consejos acerca de las astillas y de cuán gruesa tiene que ser la leña. Pero me gusta que sea tan detallista y preciso. Hago los honores y enciendo las astillas, y después de un par de comienzos en falso —necesita más oxígeno— finalmente logro encender el fuego. Y se siente... satisfactorio.

Una vez que el fuego está encendido, Lennon coloca su pequeña parrilla

portátil sobre las llamas y medimos con cuidado la cantidad exacta de agua que necesitamos para rehidratar un par de paquetes de comidas deshidratadas. Nunca he sentido tanta emoción ante la perspectiva de comer ternera Stroganoff. Tachen eso: nunca he sentido nada por un plato de ternera Stroganoff, pero cuando llenamos los paquetes con el agua hirviendo, huele delicioso.

No hay ninguna roca grande para sentarnos como en la catarata, así que extendemos los cubretechos de las carpas sobre el suelo cerca del fuego y usamos los contenedores anti-osos como mesas. Cuando terminamos de cenar, usamos una toallita húmeda para limpiar los tenedores y cuidar el agua. Lennon añade más leña al fuego y nos quedamos sentados mirando el atardecer. Las estrellas ya son visibles, y estoy muy contenta de que Lennon haya sugerido que nos quedemos aquí.

—¿Qué tal la sientes ahora? —consulta, mirándome la pierna, que tengo estirada frente a mí. Es difícil encontrar una postura cómoda en el suelo.

—Sigue inflamada. Y me duele.

—Ponlo aquí arriba y déjame echarle una mirada —dice, y hace un gesto para que ponga el pie sobre su falda.

Indecisa, le pongo el talón del zapato sobre el muslo, e inspecciona las tiritas de mi tobillo.

—Creo que estarás bien. Déjalo aquí —afirma, y me pone una mano amable sobre la rodilla para evitar que la mueva—. Mantener el pie elevado te ayudará a bajar la inflamación.

—O hará que la saliva llena de gérmenes de la serpiente entre más rápido al torrente sanguíneo.

—Eso ya sucedió.

—Ay, qué bien.

—De hecho, ese es el mayor problema con la mordedura de las serpientes no venenosas. Bacterias malas. No sabemos cuándo comió por última vez, y si comió algo podrido o con alguna enfermedad.

—¿Quieres darme un ataque de nervios?

—Un poco —sonríe—. Me encanta ver las expresiones horrorizadas que pones. Se te ve todo en el rostro. Lo sabes, ¿verdad?

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. Te puedo leer como si fueras un libro.

Me da un poco de vergüenza, ¿y por qué todavía tiene la mano en mi rodilla? No es que me moleste. Se siente... bien.

–Bueno, yo no puedo leerte ni un poco, porque no tienes ninguna expresión.

–Es mi cara de póquer.

–Eres un jugador de póquer malísimo –me río–. ¿Recuerdas cuando tu papá nos enseñó a jugar? Te gané muchísimas Oreos esa noche.

No he pasado mucho tiempo con el papá de Lennon, Adam, porque la mayor parte de las veces Lennon lo visitaba en San Francisco, en vez de que Adam viniera a Melita Hills. Pero de vez en cuando su padre venía, y el verano pasado trajo naipes y un paquete gigante de Oreos para que usemos para apostar. Nos sentamos en la mesa del comedor de Sunny y Mac y jugamos al Texas Hold'em hasta después de la medianoche. Mamá cruzó la calle para buscarme porque yo había apagado el sonido de mi celular y no me había dado cuenta de lo tarde que era. Terminó jugando un par de manos, hasta que papá llamó a las dos de la mañana y mamá y yo estuvimos en problemas.

–Eso fue muy divertido –dice Lennon, sonriendo–. Recuerdo que me reí tanto que me dolió el costado.

–Eso hizo que nos riéramos más.

–Tu mamá nos ganó a todos, ¿no? Se llevó el pozo entero. No tenía idea de que tu mamá era una jugadora de póquer tan temible.

Yo tampoco. Hizo tanto escándalo cuando ganó. Probablemente despertó a medio vecindario con sus gritos de victoria.

–Tu papá era graciosísimo, vino con ese uniforme de repartidor de cartas de casino, con esa visera verde. Cuando hace algo, lo hace con todo, ¿verdad?

Le aparece una arruga en la frente.

–Sí –dice quedamente.

Sunny y Mac tienen fotos enmarcadas en el pasillo de la casa, de Lennon y Adam disfrazados para Halloween con disfraces súper detallados y complementarios. Cartón de leche y galletita. Batman y Robin. Mario y Luigi. Surfista y tiburón. Luke Skywalker y Yoda. Fue así desde que Lennon era un bebé hasta el año en el yo me mudé a la calle Mission, de hecho. Lennon ya era muy mayor para salir en busca de dulces, y Adam se fue a una gira de reencuentro de bandas punk.

–Nunca descubrí dónde consiguió ese paquete gigante de Oreos. Tenía cientos de galletitas.

–Creo que se lo robó del trabajo. O mejor dicho, “lo tomó prestado”, según él –dice Lennon, con una sonrisa asomándole en una de las comisuras de los labios–. Mac le armó un escándalo cuando se enteró más tarde. Ya sabes qué piensa respecto al robo.

Cero tolerancia. Creo que tiene que ver con la época en la que vivió en la calle cuando era adolescente. Que Dios tenga piedad con cualquiera que intente robarse un vibrador de Juguetes en el ático, porque tendrá que escuchar el sermón de Mac mientras llama a la policía.

Ahora Lennon parece triste. No sé qué dije para ponerlo así, pero antes de que le pueda preguntar, aparta con la mano una polilla que, atraída por la luz, está revoloteando alrededor del fuego, y me aprieta la rodilla con más fuerza.

—Ey —dice, sacudiéndome la pierna para llamarme la atención—. Me acabo de acordar. Tengo naipes en la mochila. Para jugar al solitario. ¿Quieres jugar al póquer?

—¿Con qué? No tenemos galletas. Y Joy me asesina si uso el dinero de emergencia que me dio para apostar.

Lennon se queda pensando un momento.

—Podemos usar los M&M de tu mezcla de frutos secos.

Podemos.

—Un par de manos nada más antes de que oscurezca del todo —comenta—. Luego puedes armar el telescopio y mirar las estrellas un rato.

Me río.

—Está bien. Acepto, colega. ¡Prepárate para perder!

Está demasiado oscuro para que podamos ver los naipes junto al fuego, y los contenedores anti-osos no son lo suficientemente grandes para usarlos de mesa de juego. Así que decidimos meter nuestras mochilas en la carpa de Lennon y jugar a los naipes en la mía —es la más grande de las dos— donde tenemos espacio. Los farolitos LED que me prestó Lennon iluminan bien; dejamos la puerta abierta pero cerramos la malla de la entrada para permitir que pase el aire y dejar los insectos afuera. Nos lleva un rato quitar todos los M&M de mi mezcla de frutos secos, y luego nos toma un par de manos recordar cómo se juega. Me sigo confundiendo la escalera de color con el full, y Lennon olvida la mitad de las reglas. Probablemente estamos jugando mal, pero a ninguno de los dos le importa. Estamos muy ocupados riéndonos.

Y se siente natural y bien. Sin complicaciones.

Jugamos hasta que aparece la luna y las estrellas motean el cielo negro. La fogata está casi apagada. Casi me olvido de la mordedura de serpiente hasta que Lennon tropieza con mi tobillo, y me pide mil disculpas cuando suelto un grito de dolor. Luego me da un masaje en la pierna, y consulta por mis sarpullidos. Tomé un antihistamínico suave con la cena, así que no me están molestando *mucho* en este momento, o la cálida palma de su mano

deslizándose sobre mi piel desnuda me distrae de la picazón. Está haciendo que me olvide de la mordedura de la serpiente de nuevo, *sin lugar a dudas*. Me olvido de todo, de hecho, incluyendo mi mano de póquer. Gana el pozo completo de M&M.

Aunque el masaje termina, sigo feliz. Sonrío para mí mientras junto los naipes y los acomodo cuidadosamente en el mazo.

–Esto no fue para nada justo, sabes.

Estaba distraída.

–Completamente justo –dice, guardándose todos los M&M para ponerlos en el contenedor anti-osos–. Mañana comerás una mezcla de frutos secos aburrida y pensarás: *¿Por qué hice tantas apuestas ridículas? Me encantaría estar comiendo chocolate*. Y yo me reiré como un villano malvado.

Y pasa a demostrar dicha risa con su voz de bajo.

–Bueno, bueno –protesto, y le empujo el hombro–. Tu papá estaría orgulloso de que hayas desarrollado tu potencial para jugar al póquer. La próxima vez que lo veas le podrás contar que finalmente ganaste.

Lennon sorbe y se frota la nariz, y le tiemblan las pestañas oscuras. Mantiene la vista fija en el mazo de naipes mientras lo pongo a su lado.

–Sí, eso será complicado.

–¿Por qué?

Alza la vista para encontrarse con la mía.

–Porque está muerto.

Capítulo 18



Me quedo helada.

–¿Qué estás diciendo?

–Mi padre murió.

–¿Cuándo?

–El otoño pasado.

¿Cómo es posible? ¿El otoño pasado?

–Pero... –no puedo ni hablar–. ¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

–Se suicidó.

–No. Eso es imposible –digo, y se me llenan de pronto los ojos de lágrimas.

Lennon guarda los naipes en su caja de cartón.

–Ya lo había intentado una vez. La novia lo encontró y lo llevó al hospital, y los médicos le pudieron lavar el estómago a tiempo. Él dijo que tomó demasiadas pastillas y que no quería matarse, pero la novia no le creyó. Y tenía razón. Porque unos días después lo hizo de nuevo. Y con éxito.

Estoy llorando, sin emitir sonido alguno, pero las lágrimas, que me hacen arder los ojos, caen por mis mejillas y hacen *plaf* contra el suelo de nailon de la carpa.

–No tenía idea.

La expresión de Lennon es sombría.

–Sé que no. Casi nadie de la escuela se dio cuenta. Es decir, pensé que *tú* te podrías haber enterado... Salió en el periódico. Fue tendencia en las redes durante unas horas.

Sacudo la cabeza con suavidad.

–No me enteré –susurro, y levanto las gafas para secarme las lágrimas–. Lo siento tanto. No entiendo cómo es posible que no me haya enterado. Y no

entiendo... Tu papá era feliz. Era tan divertido, siempre se reía, ¿por qué...?

–Tomaba antidepressivos desde hacía años y no le dijo a nadie que había dejado de tomarlos. Se obsesionó con que su carrera musical estaba acabada. Lo deprimía pensar que a nadie le importaba, ni lo recordaba.

–¡Eso no es verdad! La gente sigue comprando sus discos.

–Apenas. Y tenía una idea equivocada acerca de su éxito. Quiero decir, ¿cuánta gente puede decir que pasaron sus canciones por la radio? Pero él no lo veía así. Ya no ganaba mucho de las regalías, y la banda nunca tuvo un éxito enorme, no como otros grupos. No lo sé. Supongo que tener un trabajo de oficina era un fracaso para él. No pudo soportar ser normal.

–Ay, Lennon.

Asiente, abatido.

¿Nadie del grupo lo sabía? Por el modo en que Brett y Summer hablaron de su papá durante el viaje al campamento –y lo que dijeron de él cuando nos peleamos anoche–, estoy casi segura de que no tenían idea.

Sé que Lennon no veía a su padre todos los días –ni siquiera todos los meses–, pero era más cercano a Adam que yo a papá. Y ahora pienso en Sunny y Mac, y en cuánto deben haber estado sufriendo. Y yo nunca dije nada. ¿Qué clase de monstruo deben pensar que soy?

–¿Cuándo fue el funeral?

–En octubre.

Cuando todo se acabó entre nosotros. El baile de bienvenida. La inauguración del *sex shop*. Papá peleando con Sunny y Mac.

¿Es esa la razón?

No tiene sentido. ¿Por qué me apartaría así?

–Tendría que haber estado en el funeral.

–Sí –dice, echándome una ojeada triste.

–¿Por qué no me lo contaste?

Se pone serio y toma la bolsa de frutos secos.

–No quiero hablar de eso.

–Bueno, ¡yo sí! Tendría que haber estado. ¿No querías que estuviera?

–¡Sí, quería! –grita, sobresaltándose–. Papá había muerto. Fue el peor momento de mi vida. Por supuesto que quería tenerte conmigo, pero...

Entrecierra los ojos y baja la voz.

–Mira, se está haciendo tarde, y estamos los dos cansados. No quiero hablar de eso.

–¡Lennon!

–*Dije* que no quiero hablar de eso ahora. Maldición, Zorie. ¿Qué parte no entiendes?

Eso me lastima. Empiezo a temblar, y lucho por contener las lágrimas. Y estoy completamente confundida. Pero Lennon está abriendo la cremallera de la malla, y escapa de la carpa antes de que pueda pensar en las palabras correctas para retenerlo.

Aturdida, trato de organizar lo sucedido el año pasado. Intento encontrarle un sentido. Entender la furia de Lennon. En la última semana de las vacaciones de verano, Lennon y yo nos besamos. Llevamos a cabo el Gran Experimento en secreto. Decidimos hacer nuestra primera aparición pública como pareja en el baile de bienvenida. Lennon me dejó plantada y dejó de hablarme. Las Mackenzie abrieron su tienda. Papá empezó a pelearse con ellas.

Nuevo dato: el papá de Lennon murió. No le contó a nadie.

¿Dónde entra eso en el mapa de nuestro camino de amigos a enemigos?

Durante todo este tiempo pensé que se había arrepentido antes del baile de bienvenida y que había decidido que no quería que nuestra relación se hiciera pública. Que nuestro experimento había fallado, y que él era demasiado cobarde para decírmelo en la cara.

Y sin embargo acaba de estallar porque no estuve en el funeral de su papá. Ahora siento que está resentido por nuestra ruptura, y que de algún modo es mi culpa.

¿Qué es lo que no estoy entendiendo?

Me arrastro para salir de la carpa, pero no veo a Lennon. La luz de su carpa ilumina la silueta oscura de su mochila. Arrojó mi mochila frente a mi carpa, como para indicar que ya no hay nada más que decir esta noche.

Bueno, le tengo noticias. Hay más.

Soy demasiado miedosa y no pienso buscarlo en la oscuridad, y bajo ningún concepto quiero encontrármelo respondiendo el llamado de la naturaleza detrás de los arbustos. Así que espero junto a las brasas brillantes, y me abrazo para mantenerme caliente. Tiene razón. Las estrellas se ven increíbles aquí arriba. Encuentro la constelación del Cisne, y junto a ella, Lira, pero estoy demasiado alterada como para apreciar algo que en otras circunstancias me daría mucha alegría.

Pasan varios minutos, y Lennon no vuelve. Ahora estoy preocupada, y un poco enojada. Necesitamos un sistema. Debería decirme a dónde va así no me quedo sentada preguntándome si debería ir a buscarlo. ¿Y si lo ataca un oso o se cae por el precipicio?

Ansiosa e irritada, me refugio en la carpa y desenrollo la bolsa de dormir. Me quito los zapatos. Me los pongo de nuevo. Me los quito otra vez, porque el tobillo me molesta menos cuando no los tengo puestos, y decido cambiarme rápidamente con la ropa de dormir. A la mitad me doy cuenta de que la luz de la carpa ilumina todo, así que la apago y me visto a oscuras.

Supongo que se quedará con la última palabra, después de todo.

No lo oigo de nuevo hasta que estoy metida en la bolsa de dormir, deseando estar durmiendo en un suelo más blando que en la piedra implacable de la cueva. Lo escucho moverse, y hacer algo con las brasas –supongo que apagarlas– antes de meterse en su carpa.

La cueva amplifica todos los sonidos. La cremallera que se abre. El plástico que cruje. Revuelve sus cosas. Carraspea, y me sobresalta. Luego apaga la luz, y después de un poco de ruido, no hay más sonidos.

Y el silencio es opresivo.

Esto es de locos. No puedo dormir así. Y lo que es peor, otras ansiedades empiezan a aparecer. El tobillo inflamado. Serpientes. Sombras en las cuevas. El estúpido manga de Lennon y la historia sobre los agujeros con forma de persona al costado de la montaña. Y llega un momento en que no puedo soportarlo más.

–¿Lennon? –murmuro.

No hay respuesta.

Intento de nuevo, esta vez más alto.

–¿Lennon?

–Te escuché la primera vez.

Su voz suena apagada pero cercana. Imagino su posición respecto a mí y me pregunto si podría estirar el brazo y tocarlo si las carpas no estuvieran en el medio.

–¿Recuerdas cuando creíste ver una sombra en las cuevas? ¿Y si realmente *había* alguien andando por allí y sale por aquí?

–Probablemente ya lo habría hecho, a esta altura.

–O podrían estar esperando para asesinarnos mientras durmamos.

–O eso.

–Estoy hablando en serio –le digo.

–¿Qué pretendes que haga al respecto, Zorie?

No tiene por qué ponerse tan gruñón.

–No lo sé.

–Bueno, cuando se te ocurra algo, me avisas.

Dejo escapar un suspiro.

–Ey, ¿Lennon?

–Sigo oyéndote.

–¿Estás seguro de que no hay agujeritos en esta cueva?

–¿De qué estás hablando?

–Agujeros por donde puedan pasar las serpientes.

Lo oigo maldecir por lo bajo.

–Estoy seguro. No hay agujeros. Vete a dormir, Zorie.

Sí, eso no va a pasar.

–Ey, Lennon –susurro.

–¡Ay, Dios mío!

Me estremezco y aprieto los dientes en la oscuridad.

–Bueno, estaba pensando. Dado que es posible que un trol fantasma salga de las cuevas para asesinarnos, deberías mantener el hacha a mano. Por las dudas.

–Duermo con ella a mano.

–¿De verdad?

–Por las dudas.

–Eso no me hace sentir mejor –replico–. Eso me hace pensar que *realmente* hay peligros allí afuera en la oscuridad.

–Por supuesto que sí. ¿Hay alguna puerta que se pueda cerrar? Estamos completamente desprotegidos aquí. Podría suceder cualquier cosa.

Me incorporo en la bolsa de dormir.

–Ey, escucha.

–No sabía que tenía opción –dice entre dientes.

Lo ignoro.

–Creo que deberías dormir aquí.

Silencio. Durante varios segundos.

–Mm, ¿qué? –dice.

–Esta carpa es para dos personas –explico–. No estoy tratando de intercambiar calor corporal, como tan elocuentemente dijiste más temprano. Es que me sentiría mejor si estuvieras aquí dentro cuando me asesine el trol de la cueva.

Se queda callado.

–¿Lennon?

–Te escuché.

–¿Y?

–Estoy pensando.

Espero, con el corazón saltándome en el pecho. Escucho unos crujidos, y luego una cremallera, y una silueta aparece en la entrada de mi carpa. Se abre y aparece la cabeza oscura de Lennon.

–Dame tu mochila.

La tomo y la empujo hacia la entrada. Desaparece y escucho que cae cerca. Me parece que la guardó en su carpa. Otro ruido de cremalleras. Luego la malla de mi carpa se abre y algo se desenrolla junto a mí. Una especie de colchoneta. La que siempre tiene enrollada en la parte inferior de la mochila. La sigue una bolsa de dormir, que le coloca encima.

Lennon se arrastra por la carpa y la cierra. Y en un santiamén se mete en su bolsa de dormir, un destello de calzones negros y camiseta, piernas musculosas...

Luego está a mi lado. De pronto, la carpa se vuelve muy pequeña.

–¿Contenta? –pregunta, y suena un poco huraño.

Sonrío para mí. *Sí*.

–Depende. ¿Trajiste el hacha?

Deja escapar un suspiro épico.

–Tendré que ahorcar al trol hasta que muera. ¿Suficiente?

–Sí, muy bien, cerdo –digo, haciendo mi mejor imitación de James Cromwell–. Muy bien.

La capucha de su bolsa de dormir se ve más mullida que la mía, y le da unos golpes para formar una almohada. Luego se recuesta boca arriba, con un brazo por encima de la cabeza. Me pongo de costado para enfrentarlo, y lo miro fijo hasta que mi vista se acostumbra a la oscuridad, siguiendo con los ojos la línea recta de su nariz y el flequillo puntiagudo que le cubre la ceja.

–Siento no haber estado allí –susurro.

–Te necesitaba –responde–. Fue terrible, y te necesitaba.

Veo a su padre e, inesperadamente, pienso en mi madre biológica. Su rostro. Su risa. Lo vacía que me sentí cuando murió. Sé exactamente cómo se siente Lennon, y eso me hace sentir mucho peor. Porque jamás hubiera querido lastimarlo así.

Un sonido apagado y extraño inunda la carpa, y me toma un momento darme cuenta de que está llorando. Lennon nunca llora. Nunca. Ni de niño, ni cuando nos hicimos mayores. El sonido me destroza el corazón en mil pedazos.

Instintivamente, extendiendo la mano. Cuando la apoyo sobre su pecho tembloroso, la toma con fuerza. No me doy cuenta de si quiere apartarla, y por

un instante nos quedamos congelados.

Un momento tenso de indecisión.

Se vuelve, y lo acerco hacia mí, y él entierra la cabeza en mi cuello, sollozando. Siento sus lágrimas calientes sobre la piel, y lo rodeo con ambos brazos. Me inunda su aroma: shampoo, sol y humo, el olor acre del sudor y la fragancia de las agujas de pino. Lo siento más duro, fuerte y mucho más masculino que la última vez que lo abracé. Es como sostener en los brazos a una pared de ladrillos.

Gradualmente, el llanto se detiene, y él se relaja completamente en mis brazos.

Estamos en una cueva desconocida, un poco perdidos. Sin planes y, sin lugar a dudas, lejos de todo sendero.

Pero por primera vez desde que nos fuimos de casa, no siento ansiedad.

Capítulo 19



Hace varias horas que estamos caminando, y recién pasamos el valle que se encuentra debajo de nuestra cueva. Me duelen las piernas y la espalda, a pesar del ibuprofeno que Lennon me dio con el desayuno. Lo tenía listo sobre uno de los contenedores anti-osos cuando desperté, junto a una de las tazas azules para café. Ni sé cómo salí de la carpa sin que me diera cuenta. Todo lo que sé es que cada vez que me desperté durante la noche, seguía envolviéndome con el brazo. Y que en algún momento al amanecer, vagamente sentí más frío. Para cuando desperté del todo, ya había encendido el fuego y estaba preparando el desayuno, la montaña rusa de emociones de anoche sustituida por la promesa de café caliente y un nuevo día.

No es una mala manera de levantarse. Excepto que me siento como si un camión me hubiera pasado por encima, varias veces y con rencor.

Hacer senderismo duele.

Duele más cuando estás subiendo una colina empinada. Pero no me importa, porque tengo ganas de ver por dónde estamos yendo. Lennon hizo otro mapa. Lo dibujó esta mañana en su cuaderno y recalculó nuestra ruta mientras yo hacía un esfuerzo por no quedarme mirándole la barba incipiente que le está creciendo en la mandíbula, porque me hace sentir cosas inapropiadas. Después del error en la cueva, dijo que seguiremos un sendero conocido que me gustará más: aparece en el mapa oficial de Bosque del Rey y conduce no solo a un refugio del parque nacional sino que además tiene unas vistas panorámicas que insiste en que sean una sorpresa.

Sabe que odio las sorpresas, pero me convence. Me digo a mí misma que acepto la propuesta por lo que me contó anoche, aunque probablemente es la

barba incipiente. Es una barba con mucha onda.

Llegamos a una encrucijada donde dos senderos se bifurcan. Un letrero indica que el sendero más grande es el Sendero del Emperador. Y a través de una apertura entre los cedros, vemos las montañas cubiertas de nieve que destellan bajo el sol.

–Ah, guau –murmuro.

–¿Verdad? –dice Lennon–. La cima oscura a la izquierda es el Monte Topaz, y la gris irregular a la derecha es el Monte Thunderbolt. Muchos andinistas mueren allí arriba.

No *parece* mortal. De hecho, son hermosas. Majestuosas. Sí, puedo entender lo que la gente dice acerca de las montañas. Estiro los brazos y lleno los pulmones de aire limpio. Siento un ardor. Me doy una palmada en el brazo.

–Ah, estamos entrando en zona de mosquitos –comenta Lennon, volviéndose y señalando su mochila–. Revisa el segundo bolsillo. Tengo un frasco pequeño de repelente.

Abro la cremallera, meto la mano y encuentro el frasco en cuestión. Nos turnamos para untarnos en aceite con olor a citronella que me irrita los ojos. Una vez que estamos cubiertos de líquido y a prueba de mosquitos, tomamos el sendero que corta el bosque de cedros. Después de un momento suceden dos cosas: 1) vemos a otros senderistas delante de nosotros y 2) los vemos subir una impresionante escalera de granito tallada en la montaña.

–¿Qué demonios es eso?

–La Escalera del Emperador –dice Lennon, alzando las cejas.

Tiene puesta una gorra tejida negra y holgada decorada con una calavera, y le asoman mechones de cabello por debajo. Me gustaría tener un gorro para cubrir el desastre que es mi masa de rizos encrespados. La naturaleza es implacable.

–¿Vamos a subir esas escaleras de piedra?

–No son solamente escaleras de piedra, Zorie. Es una escalera grandiosa para la naturaleza –dice, con voz grandilocuente–. Más de ochocientos escalones tallados en el granito a finales del 1800. Tres hombres murieron durante la construcción, y cada año desde entonces alguien muere en la escalera. Quince personas en la última década. Es el sendero más peligroso de todos los parques nacionales de Estados Unidos.

–¿Qué? –exclamo, alarmada.

Sonríe de oreja a oreja.

–No te preocupes. Las personas que mueren suelen ser idiotas que se caen

por intentar alguna estupidez. Entenderás por qué cuando subamos. Si Brett estuviera aquí, le daría cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir, porque no podría resistirse al llamado de la muerte. Lo cual casi me hace desear que aún estuviera con nosotros.

–Eso no está bien –me quejo, aunque no puedo evitar sonreír un poco.

–*Pero* –insiste– tú y yo no seguiremos los pasos de los temerarios.

–Mm, espero que no.

–No te preocupes. Miles de personas con sentido común suben esta escalinata todos los años y viven para contarlo. Es una de las vistas más populares del parque. Te encantará, lo prometo. Hay un premio en la cima.

–¿Un baño caliente y pizza?

Deja escapar una carcajada.

–No, pero te gustará. Pararemos a almorzar a mitad de camino. ¡Hagámoslo, Everhart! –exclama con entusiasmo y una sonrisa contagiosa.

Y así empezamos la subida.

Tenemos que trepar por un sendero normal cuesta arriba durante media hora antes de llegar a la escalera. Los escalones son desiguales y anchos, y junto a ellos crecen bellas flores silvestres y hierba que parece encaje. La escalera serpentea al costado de la montaña, y la parte superior no es visible, ya que está del otro lado de la cumbre. Los escalones son bastante empinados en algunos sectores, y un poco torcidos, pero fuera del esfuerzo que tienen que hacer mis pantorrillas, no entiendo por qué son peligrosos. Oigo el ruido de agua que aumenta a medida que ascendemos, así que asumo que hay un río cerca, fuera de la vista.

A medida que subimos me doy cuenta de que me siento mejor físicamente. No al cien por ciento, pero Lennon dice que lleva un tiempo que el cuerpo se acostumbra al senderismo. La resistencia se construye lenta y constantemente, no a la carrera. Y el paisaje prístino me motiva muchísimo.

El problema con el senderismo es que te deja sin nada. No tienes la distracción de las redes sociales. No hay televisión. No hay horarios. Eres tú y tus pensamientos y el paso constante de tus pies moviéndose sobre el suelo rocoso. Y por más que trato de mantener la cabeza libre de pensamientos, en el fondo sigue funcionando e intentando resolver cosas que no quiero resolver.

Como Lennon.

Y yo.

Nosotros.

No volvimos a hablar de anoche. Ni de dormir en la misma carpa, y

definitivamente no hablamos de la muerte de su padre. Tengo montones de preguntas, pero estoy esperando a que él me dé algún indicio de que está dispuesto a responderlas.

O tal vez yo no estoy lista para escuchar esas respuestas.

Odio los dilemas.

Después de unos veinte minutos de subir escalones, tengo la cabeza y las piernas a punto de explotar. No hay reflexión ni paisaje bonito que me pueda hacer olvidar el dolor.

—No puedo más —le digo, sin aliento—. El peor entrenamiento del mundo. Odio estos estúpidos escalones. Los odio, los odio, los...

—Tómalo con calma. Ya casi llegamos a la mitad. Allí arriba —señala, y veo un lugar donde no hay escalones. Pasamos algunas zonas de descanso, pero esta es una meseta amplia de granito suave con varios bancos tallados en la roca. Uno está ocupado por una familia de turistas con mochilas pequeñas, dos niños y mamá y papá. Son ruidosos, y se gritan por encima del rugido siempre presente del río oculto. Después de no oír ni ver a nadie durante todo el día de ayer, es intenso.

Lennon deja caer la mochila en un banco a la sombra del lado de la montaña, y colapso junto a él. Me quedo sobre el borde del banco durante un momento y luego desengancho la mochila. Estamos en una zona protegida y algo apartada, así que el ruido del río no se escucha tanto aquí.

—Estoy sudando —le cuento—. No recuerdo la última vez que sudé antes de este viaje.

Abre su contenedor anti-osos y extrae el mismo almuerzo que tomamos ayer.

—Es bueno para ti.

—¿Es gracias al senderismo que pasaste de delgaducho a musculoso?

Entrecierra los ojos y me clava la mirada.

—No me di cuenta.

—Ah, pero claro que sí —digo, y siento calor en el cuello. *Elegante, Everhart*. Estoy acercándome peligrosamente al asunto de espiarlo desde mi cuarto con el telescopio y decido cambiar de tema mientras puedo.

—No miraste las estrellas anoche —comenta, después de un instante.

Uff. Él también estaba pensando en mí espiándolo. Fantástico.

—No hay problema —afirmo.

—Te prometo que esta noche podrás pasar un buen rato mirando las estrellas —asevera. Se queda pensando un momento y carraspea—. No te pregunté si quieres seguir hoy hasta llegar a Cerro del Cóndor. El refugio de los

guardaparques está del otro lado de esta montaña. Llegaremos allí por la tarde. Quiero decir, sé que asumí que te quedarías esta noche para ver las estrellas, pero si quieres pedir un auto que te recoja en el refugio...

Ah, *en realidad* no estaba pensando en eso.

–No tienes que decidirlo ahora –asegura–. Solo piénsalo y házmelo saber. Así hago un plan de contingencia.

Asiento, y dejamos de hablar al respecto. Comemos en silencio, principalmente porque estoy demasiado cansada para hacer dos cosas al mismo tiempo. No puedo hacer más que masticar. Pero para cuando cargamos de vuelta con las mochilas, la familia de turistas ha partido y nos quedamos solos. En ese momento me doy cuenta de que la pierna de Lennon salta como un taladro mecánico. Hace eso cuando está muy concentrado –en los exámenes– y también cuando está ansioso por algo.

Cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, deja quieta la pierna y suspira.

–Esto es una estupidez. Tendríamos que hablarlo –dice.

–¿Disculpa?

–El otoño pasado. Mira, te conté lo de papá. Ahora quiero saber sobre el tuyo.

–¿Sobre mi padre?

Entrecierra los ojos y me mira.

–Me gustaría saber qué te dijo sobre mí después del baile de bienvenida. Asumo que te dijo algo. Nada más quiero saber cuánto de lo que te dijo es cierto.

–No te entiendo –replico, sacudiendo la cabeza.

–Después del baile. Lo que te dijo.

Me lo quedo mirando.

–Mm, tuvimos una charla y me dijo que era mejor si me mantenía alejada de ti. Que lo mejor era cortar por lo sano y seguir con mi vida, porque me estaba... estresando.

–¿Eso es todo?

No sé qué quiere que le diga.

–Sí. No le conté sobre... tú sabes. El experimento.

–¿Y él no lo mencionó? –pregunta Lennon, entrecerrando los ojos.

–¿Por qué lo haría?

Empieza a responder, pero cambia de idea. Dos veces.

–Estoy tratando de entender por qué rompiste conmigo y empezaste a salir

con Andre –dice finalmente, después de morderse el labio inferior y dejar que su pierna brinque rápidamente.

–¡Me dejaste plantada en el baile!

–Te escribí un mensaje.

–Solamente un “Lo siento”. Eso es todo lo que dijiste. Te envié un millón de mensajes y nunca contestaste.

–Bueno, perdóname si estaba ocupado con el intento de suicidio de mi padre.

Me quedo helada.

–Eso pasó... ¿el día del baile?

–Fue una de las muchas cosas de mierda que pasaron ese día.

–Mmm... ¿Quieres compartirlas con la clase?

Se queda mirando las montañas lejanas como si les hubieran salido piernas y estuvieran por irse caminando.

–Por eso te preguntaba por tu papá. ¿No te contó lo que pasó ese día? ¿En el hotel?

–¿Qué hotel?

Cierra los ojos y masculla algo, hundiéndose en el banco del parque.

–No importa.

–Ah, no, no puedes hacer eso –digo, irritada–. Por supuesto que no. Tú lo trajiste a colación. Ahora termina de hablar. ¿Qué hotel?

Se tapa los ojos con la mano y gruñe.

Lo que no hace más que aumentar mi ansiedad. Si Lennon cree que es malo, debe ser mucho peor de lo que imagino.

–Dímelo –le suplico.

Apoya ambas manos sobre las rodillas, con los codos flexionados, como si estuviera por incorporarse, pero en vez de eso inhala y exhala profundamente.

–El otoño pasado las cosas habían estado, bueno, cambiando entre nosotros. Dimos comienzo al Gran Experimento.

–Estaba ahí –le recuerdo.

–Pensé que iba bien. Tan bien que decidimos que les íbamos a contar a nuestros padres y que lo haríamos público –continúa, recostándose contra el banco de brazos cruzados y hundiéndose aún más–. Y creo que yo... le di demasiada importancia al baile de bienvenida. Pensé que, bueno, tú sabes. Que ya teníamos la parte de la amistad bajo control. Éramos expertos en ser amigos. Y cuando... quiero decir, Dios mío. Todo lo que hicimos en ese banco del parque.

–No todo –observo, y siento cómo se me calientan las orejas.

–No, pero estuvo bien. Quiero decir, muy *pero muy* bien. ¿Verdad?

Fue increíble. Incómodo de a ratos, especialmente al comienzo. Es raro besar a tu mejor amigo. Pero al mismo tiempo no fue extraño. Fue muy lindo. Tan lindo que ni quiero pensar al respecto en este momento, porque me altera. Toda esta conversación me está alterando. Creo que estoy sudando de nuevo.

Se relaja cuando asiento, vacilante.

–Así que eso, sí. Las cosas iban bien. Estuvimos de acuerdo en hacerlo público. Parecía lo correcto. Pero el baile se acercaba, y estabas un poco estresada por tener que contarle a tu padre...

Se me empiezan a dormir los dedos.

–... y no te culpo. No es amigable ni fácil de encarar. Y, bueno, nunca le caí bien.

No lo corrijo, porque es cierto. Cuando éramos niños, papá no tenía ninguna opinión sobre Lennon... hasta que se enteró de que tenía dos madres y un padre musulmán. Ahí fue cuando comenzó a decir cosas desagradables acerca de los Mackenzie.

–Tan solo digo que en ese momento, entendí por qué no querías contarle, pero lo entendí aún mejor después de lo que pasó el día del baile –continúa.

–Que fue ¿qué, exactamente?

Suspira profundamente.

–Me enteré de que algunos chicos del último curso habían reservado habitaciones de hotel para la noche del baile.

Eso sucede todos los años, el día del baile de bienvenida y para la graduación. A veces las habitaciones las reservan grupos de chicos que quieren festejar, y otras veces son parejas.

–Se me ocurrió reservar una habitación para nosotros dos. Solos –explica Lennon.

Dejo escapar un ruido. Esto... no es lo que esperaba escuchar. Para nada.

–Pensándolo ahora –dice–, me doy cuenta de que suena como si hubiera asumido unas cuantas cosas acerca de la dirección que iba a tomar nuestra relación. Y supongo que fue así. Pero para ser honesto, pensé que estábamos de acuerdo. Al menos, es lo que me dije a mí mismo.

No tengo idea de qué estoy sintiendo en este momento. Siento que la piel me arde y al mismo tiempo no siento nada.

–¿No podías consultarme al respecto? –pregunto. Honestamente, en ese momento es probable que me hubiera encantado la idea, pero es raro

escucharlo recién ahora—. O sea, ¿no podías preguntarme antes?

—Pensé que era una sorpresa romántica.

—¿Rentar una habitación para que tuviéramos sexo?

Entrecierra un ojo.

—Bueno, cuando lo dices *de ese modo*, sí, suena bastante dudoso. Pero jamás te hubiera presionado. Lo sabes. ¿Verdad?

—Pero ¿no era lo que querías?

—Como dije antes, pensé que estábamos los dos de acuerdo en eso. En ese momento.

Está bien, quizás lo estábamos, es cierto. Hay un límite en la cantidad de sesiones de besuqueos —*dónde quedó el sujetador*— extremas y rockeras que se pueden tener antes de perder un poco la cabeza.

—Por favor, continúa y dime qué pasó con tu plan romántico del hotel —digo secamente.

Suspira de nuevo. Eso no es buena señal. Cuando suspira mucho, es porque está por decir algo que no quiere decir.

—Así que, bueno, no sé si lo recuerdas, pero no estuve durante el almuerzo el día del baile.

Asiento.

—Me había escapado de la escuela para ir a reservar la habitación. Me preocupaba que no me dejaran porque tenía dieciséis, y sabía que los otros chicos que estaban reservando habitaciones lo hacían con las tarjetas de crédito de sus padres así que... Tomé prestada la tarjeta de crédito de Mac.

—Tú...

—Bueno —admite—. Supongo que la hurté.

—Ay, Dios.

—Lo sé. Fue una estupidez. No estaba pensando bien las cosas. Pensé que podría reservar la habitación, devolver sigilosamente la tarjeta al bolso de Mac, interceptar el detalle de la tarjeta cuando llegara y pagarla antes de que Mac se diera cuenta. Y la prima de Ina Kipling trabajaba como recepcionista en el hotel Edgemont...

—Guau. Es...

—Costoso. Lo sé. Ina nos contó a algunos de la clase de teatro. Afirmó que su prima ignoraría el límite de edad del hotel, así que me escapé de la escuela y fui al Edgemont el día del baile. Estaba en la recepción, con la prima de Ina, y ella me preguntó a nombre de quién ponía la reserva, y yo no quería usar nuestros nombres reales. Así que me agarró un ataque de pánico y di el

nombre de papá. Y mientras le deletreo “Ahmed”, ella me pregunta si soy árabe, lo que me molesta, porque primero no soy un idioma, y segundo, se está comportando como si fuera un terrorista o algo por el estilo.

Le hago un gesto a Lennon con la mano para que continúe. ¡Termina la historia, colega!

–Y mientras estamos hablando, y admito que Ahmed es el nombre de mi padre, ella me dice que tengo que dar mi nombre real o la meteré en problemas. Así que le doy mi nombre y el tuyo y entonces, de la nada, tu papá me da un empujón.

Espera. ¿Qué?

–¿Papá?

–Tu papá –repite en una voz cargada de resentimiento.

–¿Qué demonios hacía allí?

–Aparentemente, estaba detrás de mí en la fila y escuchó todo. Porque hizo un escándalo. Estábamos en la recepción de este hotel de lujo, con botones y carros para el equipaje dorados, y él está a los gritos diciendo que si miro a su hija me dará una golpiza.

Me estremezco y me tapo los ojos mientras Lennon continúa.

–Luego amenaza a Ina, y le dice que deberían despedirla por darle una habitación a un menor de edad y... –Lennon suspira–. Fue *espantoso*. Quería morir. Y luego tu papá tomó la tarjeta de Mac de la recepción y me preguntó si mis mamás habían dado su aprobación. Las llamó “tortilleras paganas”.

–Ay, cielos.

–Sí –concede–. Ahí perdí la cabeza.

–¿Qué sucedió?

–Le di un puñetazo.

¿QUÉ? Me quedo con la vista clavada en Lennon, incrédula.

–Sip –admite, dándose golpecitos en el muslo con los nudillos–. Le encajé un golpe en la mandíbula. Me dolió muchísimo. Me quedaron los nudillos magullados por días.

Analizo mentalmente los recuerdos del año pasado. Papá apareció con la mejilla hinchada y magullones en la mandíbula. Nos dijo que le había caído un andamio encima cuando pasaba por un lugar en construcción.

–Después del golpe –continúa Lennon– quiso venírseme encima, pero intervino un empleado del hotel. Y entonces Ina corrió a avisarle al gerente. Y... para resumir, tu papá me arrastró fuera del hotel y dijo que no llamaría a la policía ni me haría arrestar por lesiones si me mantenía alejado de ti. Nada

de baile de bienvenida. No más visitas. Nada de hablar en la escuela. Nada de mensajes o llamadas. Me dijo que controlaría tu teléfono.

–Cielos –exclamo, conmocionada. ¿Puede controlarme el teléfono? ¿Ya lo está haciendo? Mis padres me han dado bastante libertad. Jamás se me ocurrió que invadirían mi privacidad.

–Así que eso, básicamente. Pensaba contártelo. Después de conducir por la ciudad y calmarme, al menos. Le escribí a Avani para que te dijera que te vería directamente en el baile, porque nuestro plan de que te pasara a buscar por tu casa y les contáramos a tus padres que éramos novios no... iba a funcionar. Así que pensé que te contaría lo que había pasado con tu papá en el baile y que decidiríamos juntos qué hacer. Pero en ese momento me llamó Sunny y me contó que papá había intentado matarse, y fuimos corriendo al hospital, porque no sabíamos si iba a sobrevivir o no.

Traga saliva.

–Papá superó el fin de semana. Y mis mamás se aseguraron de que su novia tuviera todo lo necesario para cuidarlo en la casa: les compraron comida, y esas cosas. Y de todos modos, fue agotador. Y no volví hasta el domingo en la noche. Iba a intentar hablar contigo al día siguiente en la escuela, para pedirte disculpas por lo del baile de bienvenida y explicarte lo que había sucedido. Pero entonces papá intentó suicidarse de nuevo, y esta vez no había nadie para detenerlo.

–Ay, Lennon.

–Sí –sonríe, tenso, y la sonrisa se desvanece–. Fue entonces cuando te envié ese último mensaje.

Lo siento.

Veó el mensaje en mi mente tan claramente como el día en que lo recibí.

–Pensé... pensé que me querías decir que no querías una relación. Que no te animabas a decírmelo en persona.

–Tenía miedo de que tu papá estuviera controlando los mensajes, y estaba en medio de una pesadilla. No podía pensar bien. Me dije que cuando volviera después del funeral lo solucionaríamos. Lo último que esperaba era volver a la escuela y verte con Andre.

Ay, Dios.

Todo empieza a cobrar sentido.

Recuerdo ese lunes perfectamente. Me había pasado el fin de semana llorando, pensando que él había decidido que ser más que amigos sería muy extraño, y que me había abandonado. No quería ir a la escuela. Mamá me

obligó a ir después de que le contara acerca del Gran Experimento. Ella me dijo que tenía que buscarlo y averiguar qué había sucedido. Que le diera el beneficio de la duda. Y...

–Papá tuvo una larga conversación conmigo –le cuento, demasiado alterada como para sentarme. Me bajo de un salto del banco y camino por la meseta–. Dijo que mamá le había contado que estaba mal y que era mejor que no hablara contigo. Que lo dejara ir, que todas las relaciones cambian, y que era mejor ser orgulloso que rogarle al otro. Él... –me detengo y pongo las manos sobre las caderas para mantener el equilibrio. Me parece que voy a vomitar–. Pensé que estaba preocupado por mí. ¿Por qué tenía que preocuparse por lo que nosotros hiciéramos o dejáramos de hacer?

Lennon alza las manos.

–Claro. Nunca lo entendí. Es decir, sé que mis madres son mucho menos estrictas en cuanto al sexo...

Dios santo. Me sonrojo.

–... pero me resultó muy extraño que explotara como explotó.

–Ah, sí, él explota, sí –digo, caminando de un lado a otro de nuevo–. Es un barril de dinamita.

–Es mezquino, también. Se quedó con la tarjeta de crédito de Mac, para equilibrar las cosas, según dijo. Cuando ella se volvió loca buscándola después del funeral de papá, no pude mentirle. Así que le confesé todo. Estaba furiosa conmigo. Ya sabes cómo se pone con lo de robar.

–Lo sé.

–Pero después se enojó aún más con tu papá. Toda la mierda que dijo sobre el *sex shop*... Esa fue la primera pelea entre nuestras familias, sabes. Fue acerca de nosotros dos. Mac fue al centro de tus padres cuando nosotros estábamos en la escuela y le dio una patada verbal en el trasero.

¿Era por nosotros? ¿Todo ese lío es lo que dio comienzo a la hostilidad entre nuestras familias?

Asiente.

–Quería hablar de todo contigo pero después del funeral de papá, llegué a la escuela y ahí estabas, besándote con Andre junto a tu taquilla.

–¡Pensé que habíamos terminado! Hice una escena y lloré en el baile, y él me trató bien. Estuvo ahí, y tú no, y pensé que tú no... Jamás lo habría hecho, de saber la verdad. No sabía que tu papá había muerto. ¡Me podrías haber contado!

–Supuse que te enterarías. Salió en las noticias. Pero no me dijiste nada, y

yo no debía acercarme a ti, o tu papá me mataría. El único momento en que podía hablar contigo sin que él supiera era en la escuela, pero ahí estabas, con Andre. ¡Andre! Y ni siquiera me mirabas. Me sentí como si tuviera la peste. Pasaste a sentarte en el patio a la hora del almuerzo con Reagan y Andre, y luego los vi en una cita en el Thai Palace...

–Pensé que me odiabas. Pensé que habíamos terminado.

Se levanta la gorra para pasarse la mano por el cabello y luego se la vuelve a colocar más abajo para que quede más ajustada, y más baja sobre la frente.

–Estaba hecho un lío con lo de papá... No sabía qué hacer. Todo estaba jodido y pensé que no querías saber nada más de mí. Estaba destrozado, Zorie. Destrozado.

Escucho el dolor en su voz, y es lo mismo que siento en el corazón.

Abrumada, camino hacia el borde de la meseta y miro hacia abajo, hacia la escalera serpenteante. Parece de otro mundo, como si fueran escalones antiquísimos de un templo en las montañas del Tíbet. Pero estamos en California, y no hay nada sagrado aquí. Ni monjes. Ni santuarios.

Solamente la montaña y el sol y nosotros dos con todo este dolor que nos separa.

Un grupo de excursionistas trepa los escalones abajo, a lo lejos. Parecen hormigas. Camino unos pasos en dirección a unos bancos que rodean una barandilla de madera no muy alta, y contemplo el paisaje agreste. Me pregunto si este es uno de los lugares desde donde la gente se cae de la montaña. No debería ser un lugar donde la gente muere. Es demasiado hermoso.

Escucho que Lennon se acerca, pero no me doy vuelta. No sé qué decir. No puedo procesarlo. Lo estoy intentando, pero estoy enojada y con el corazón roto, y tengo las emociones a flor de piel.

¿Todo esto es mi culpa, por buscar consuelo en Andre y asumir lo peor de Lennon?

¿Es todo culpa de Lennon, por asumir lo peor de mí?

Y está papá...

–Todo lo que pasó en el hotel... –logro decir, y hablo más a las montañas que a él–. Quiero decir, es prácticamente chantaje, lo que papá te hizo.

–De hecho, lo fue. Mira, había algo que me molestaba. ¿Por qué estaba registrándose en ese hotel? Era mediodía. ¿Y quién necesita ir a un hotel cuando vive a veinte minutos de distancia? No pensé demasiado al respecto hasta después de que se fue todo al demonio. Hasta que ese paquete llegó a la tienda de mis mamás la semana pasada.

Me quedo inmóvil, el corazón latiéndome irregularmente.

–¿Por qué? –pregunto, casi en un susurro. No sé si quiero saber.

–Porque la mujer que salía en esas fotos... Me di cuenta de que ya la había visto antes. Estaba en el lobby del hotel, mirando a través de la puerta giratoria mientras tu papá me arrastraba afuera –Lennon hace una pausa, y añade–: Cuando pensé al respecto más tarde, me pregunté si quizás hizo semejante escena para distraerme y que no la viera.

Es el golpe de gracia. Quiero levantar las manos y rendirme. *Estoy muerta, así que puedes dejar de dispararme, por favor, gracias.* Ya nada puede herirme. Estoy más allá del dolor. No siento nada.

Camino a zancadas en dirección a nuestro banco y me coloco la mochila sobre los hombros.

–¿Qué haces? –pregunta Lennon.

–Necesito pensar –le respondo–. Ahora... necesito pensar.

Capítulo 20



Y eso es exactamente lo que hago. Sola, reflexiono sobre todo lo que sucedió en los últimos cien peldaños, más o menos, de la escalera en la montaña. Me pregunto si alguna vez dejaré de estar enojada con papá. Si estoy enojada también con Lennon. Y estoy tan perdida en mis propios pensamientos egocéntricos que ni me doy cuenta de que el ruido del agua se está volviendo cada vez más fuerte. Y más fuerte. Cuando los escalones giran bruscamente a la derecha, entiendo en un instante por qué.

Cataratas. Dos. No como la cascada pequeña y tranquila de las Cataratas Mackenzie. Si aquellas rugían, estas son la voz misma de la Diosa. Y es poderosa.

Agua azul cae a plomo desde un precipicio agudo de varios pisos de altura y desaparece en una violenta espuma blanca. Fluye tan salvajemente que un tercio de las cataratas está envuelto en una niebla vaporosa. Hasta siento el vapor en las piernas, y la base de las cataratas debe estar a unos cuatrocientos metros de distancia, o más.

Subo los últimos escalones para llegar a un amplio mirador que está en una meseta el doble de grande que la de abajo. No hay nadie aquí arriba. ¿Cómo es posible? Descubro otra serie de escalones al final del mirador que conduce a un punto más alto. Parece que hay un sendero alrededor de las cataratas, y en la cima hay varios turistas tomando fotos y mirando a través de visores de larga distancia. Si no me equivoco, hay un tranvía y algunos baños públicos. Supongo que la mayoría de las personas prefieren tomar el tranvía antes que caminar por la escalera más peligrosa del mundo.

Me acerco al borde del mirador, dejo caer la mochila sobre unas piedras

que están secas y me asomo para observar las cataratas.

–Las Cataratas del Emperador y de la Emperatriz –dice Lennon a mi lado, y deja caer su mochila junto a la mía–. Son parte del mismo río, pero esa formación rocosa que asoma entre las dos divide el flujo del agua. Más de cien metros de altura.

Son bellísimas. Estoy verdaderamente impresionada. Por la vista, por la conversación que acabamos de tener. Me pregunto si puedo quedarme mirando las cataratas y hacer como si nada hubiera sucedido hasta que se me ocurra un plan...

–Zorie –suplica a mis espaldas–. Por favor, dime algo.

Tengo que hablar más fuerte de lo normal para que me oiga por encima del rugido de las cataratas, y termino gritando.

–Si les confesaste todo a tus madres, entonces papá no tenía nada con qué presionarte –me vuelvo para encararlo, con amargura en la voz–. ¿Por qué no me dijiste nada en ese momento?

–No me hablabas.

–¡Porque tenía asumido que me odiabas!

–Nunca te odié. Estaba enojado contigo porque me apartaste, y por supuesto que estaba furioso por lo de Andre. El día en que los vi juntos frente a tu taquilla fue uno de los peores de mi vida. Y créeme, tuve *muchos* días malos el año pasado.

–Estuve con Andre solamente porque quería olvidarme de ti.

Estoy llorando –mitad por enojo, mitad por pena– y siento que el pecho me va a explotar y que me caeré del mirador y moriré en la niebla de la catarata. Porque no solo estoy pensando en lo que yo hice con Andre, sino que también pienso en Lennon haciendo lo mismo con Jovana Ramirez. Y no sé qué imagen es peor.

–Y entonces –grita–, tuve que escuchar a Brett, justo al jodido *Brett*, fanfarroneando sobre cuán cerca estuvo de “comerse a esa”.

¡Uf! ¿Qué le vi?

–¡Fue solo un beso! Un beso, y ni siquiera fue tan bueno. No fue bueno con Andre, y con Brett fue prácticamente nada. ¿Es eso lo que quieres oír?

–No me molesta escuchar eso, honestamente –replica, con las mejillas enrojecidas por la indignación.

–¿Y Jovana? Andre y yo tuvimos sexo una sola vez. ¡Una vez! Probablemente te echaste un millón de polvos con Jovana!

–No pienso hacerte caso. Es una buena persona.

–¡Ajá! Evitaste responder.

–¿Era una pregunta? Porque escuché solamente una suposición. Y sí, tuvimos sexo. Pero no estaba enamorado de ella.

–¿Eso hace que sea menos malo?

–No me estás escuchando. *No estaba enamorado de ella.*

–Te escuché.

–Me dejé porque seguía pensando en ti.

–Y entonces, ¿por qué no me hablaste?

–Porque me dejaste muy en claro que no querías que lo hiciera. Porque estabas ocupada besándote con Brett en fiestas. Porque te hiciste nuevos amigos y me evitabas en la escuela. Porque tu padre me estaba vigilando siempre.

–¡Tendrías que haber luchado por mí! –chillo–. ¿Por qué no luchaste por mí?

–¡Tú te diste por vencida! –responde a los gritos–. ¿Por qué luchar por alguien que finge que no existo?

–Estaba tratando de protegerme. Me heriste. Mi mundo se vino abajo.

–TAMBIÉN EL MÍO.

Estoy temblando. Al menos ya se acabó el llanto furioso.

–¡Se supone que no tiene que ser así! –le digo.

–¿Qué cosa?

Lo señalo a él y luego a mí, enojada.

–¡Esto! Si tuviera que ser, sería más fácil. Tal vez el universo nos está tratando de decir algo.

–¿Eh? –se acerca bien a mí. Con toda su altura–. ¿Es así?

–Sí –digo, insegura.

–Realmente quiero saber, Zorie. ¿Qué crees *tú* que el universo nos está tratando de decir?

–Que nosotros...

Me quedo con la boca abierta, y no puedo terminar la idea. Está demasiado cerca. A centímetros. Tengo el cerebro vacío, desaparecieron las palabras que tenía en la punta de la lengua. No sé qué quiero decir. Ni lo que estoy sintiendo. Solamente tengo la sensación de que hemos llegado a un instante decisivo y que algo está por quebrarse. Es como si la energía entre los dos se hubiera elevado de pronto y ahora estuviera vibrando. Como el letrero que advierte detrás de mí: MANTÉNGASE ALEJADO DEL BORDE. LAS ROCAS SON RESBALOSAS.

–¿Quieres saber lo que pienso? –pregunta Lennon, bajando la cabeza para

ponerse al nivel de mis ojos—. *Yo* creo que si el universo quiere mantenernos separados, está haciendo un trabajo de porquería. Porque no estaríamos aquí juntos si no fuera por eso.

—¡Desearía que no lo estuviéramos!

—No, eso no es cierto —dice con firmeza.

—Sí, sí que lo es. Desearía que no hubiéramos hecho este viaje. Desearía no saber nada de esto, y desearía...

Sin advertencia, su boca está sobre la mía. Me besa bruscamente. Sin vacilaciones. Pone las manos en mi nuca y me sostiene. Y durante un momento largo, quedo suspendida, congelada, sin saber si quiero apartarlo de mí. Entonces, de repente, me invade el calor, y me derrito.

Le devuelvo el beso.

Y, *ay*, es increíble.

Relaja las manos y sus dedos se enredan en mi pelo, su lengua suave juega con la mía. Y cuando me quedo sin aire y tengo que alejarme, me besa la esquina de la boca. La mejilla. La frente. Besos en la línea de la mandíbula. Por todo el cuello. En el lóbulo de la oreja... y estoy a punto de desmayarme del placer. Incluso tironea del cuello de mi camiseta para besar la piel que se oculta debajo. Su boca está caliente, y su barba incipiente es áspera pero de la mejor manera posible. Sus besos son largos y lentos e intensos, y tienen mucha, *mucha* seguridad. Y se siente como si quisiera dibujar un mapa de mi cuerpo, siguiendo un camino de hitos que ha recorrido mentalmente.

Su exploración es incesante, y emito gruñidos extraños que me dan un poco de vergüenza. *Pero no puedo parar*. Y ahora lucho por poner mi boca sobre su piel, sobre cualquier lugar que esté a mi alcance, y lo rodeo con los brazos y lo acerco a mí, y encuentro su boca y *DIOS, ES INCREÍBLE*.

¿Cómo pude haberlo olvidado?

¿Se ha vuelto mejor? ¿O soy yo?

Porque *Dios mío*.

La bruma de la catarata me cubre las piernas y se me aflojan las rodillas. El esqueleto ya no me obedece. Es como si Lennon hubiera apretado un botón secreto y ahora estoy a merced de mi cuerpo, al que le gusta mucho su cuerpo y quiere con desesperación tirarse al suelo y dejar que Lennon haga lo que quiera conmigo, aquí mismo frente a la Voz de la Diosa. Yo haría lo mismo, totalmente. En este momento, soy una casquivana. Una zorra impenitente. Soy un incendio voraz de sentimientos y sensaciones, y no puedo apagarlo.

Ay, guau. No puedo respirar, de verdad. Creo que tengo que aprender a

manejar mis modales de casquivana. O al menos aprender a respirar por la nariz cuando estoy besando a alguien.

Trato de recuperar el equilibrio, y en ese momento las voces mentales empiezan a susurrarme. *Te abandonó. Te lastimó.*

El ruido de otros excursionistas acercándose aumenta mi malestar.

Me alejo de Lennon.

Me atrae hacia él.

–Viene gente –le aviso.

–Zorie –dice, pasándome la mano por la espalda–. Quiero que probemos de nuevo. No quiero que seamos enemigos. O amigos. Quiero... todo. Tú y yo. No me importa más tu padre. Lucharé por nosotros, si es necesario. Encontraremos la manera juntos. Dime que tú también quieres lo mismo.

Y durante un instante, casi me doy por vencida y acepto, pero uno de los excursionistas se ríe –están *mucho* más cerca de lo que pensaba– y el momento pasa, el consabido baldazo de agua helada sobre la calidez que compartimos. Y en un instante de claridad recuerdo a Lennon diciéndome cosas similares antes del baile de bienvenida, cuando decidimos hacer público el Gran Experimento.

¿Podemos volver a estar juntos?

¿Quiero que lo estemos?

¿Lo que me contó ha cambiado mis sentimientos acerca del otoño pasado?

Y, por último: *¿Qué demonios me pasa?*

–Necesito pensar acerca de todo –le digo.

La angustia en su rostro es inconfundible.

Cierra los ojos y parpadea rápidamente, recomponiéndose. Luego asiente y da un paso atrás, poniendo distancia entre nosotros.

–Lo siento –agrego–. Es que... son muchas cosas a la vez y...

Y no puedo funcionar como un ser humano normal.

–Lo sé –asiente–. Lo entiendo.

–Lennon...

Los excursionistas invaden la meseta. Es un grupo de chicos universitarios. Sus risas me distraen de mis pensamientos y construyen un muro invisible entre Lennon y yo.

–Ven. Salgamos de aquí –señala nuestras mochilas. Las emociones desaparecen de su voz y su postura, y vuelve a ser impenetrable.

Quiero gritar. Quiero rogarle que vuelva. Quiero estar sola así puedo pensar en cada uno de los detalles de lo que acaba de suceder. Quiero dejar de

pensar.

Pero no puedo hacer ninguna de esas cosas, así que regresamos al sendero en silencio, inmersos en nuestros pensamientos... Ni muy cerca, ni muy lejos.

Capítulo 21



Después de dejar atrás las cataratas, caminamos el Sendero Esmeralda el resto de la tarde, comunicándonos solamente cuando es absolutamente necesario, y cada tanto charlando de algún tema sin riesgos. El sistema de parques nacionales. El tiempo. Nos mantenemos a una distancia prudente, como si fuéramos solo dos conocidos que comparten el sendero. Como si no nos hubiéramos comido a besos hace un rato. Como si mi mundo no estuviera patas arriba como una tortuga invertida que lucha por darse vuelta.

A pesar de que nos encontramos con unos cuantos excursionistas por el camino, cuando llegamos al final del sendero me sorprende descubrir que además del refugio de guardaparques hay un campamento repleto de personas. Una carretera. Autos. El aroma de la carne cocinándose en las parrillas. Música que sale desde el utilitario de alguien.

–El Campamento Plata –me informa Lennon–. Aquí comienza el sendero. Es necesario reservar lugar para caminar el Sendero Plateado en esta época del año. Intentan controlar el número de personas que lo caminan, para que no esté tan lleno.

–Parece bastante lleno ahora –replico, echando un vistazo alrededor del campamento.

–Todo el mundo quiere ir al lugar donde Ansel Adams tomó fotos –explica–. El sendero sube hasta la Corona, desde donde se puede ver todo el parque.

Creo que he oído algo sobre eso. Me resulta familiar, así que debe ser una atracción turística importante.

–Existen campamentos a lo largo del camino para las personas que quieren disfrutar de algunas comodidades modernas, pero este es el más grande, probablemente –dice Lennon–. Y allí está el refugio que te mencioné antes.

El refugio es una cabaña pequeña construida con troncos, y está en el límite del campamento. Afuera hay un tablero con volantes: anuncios acerca del estado del tiempo, las condiciones de cada campamento y qué senderos se encuentran cerrados. Hasta hay una advertencia sobre un puma en la zona, varias personas desaparecidas y un aviso sobre un pequeño avión bimotor que se estrelló en las montañas. Los senderistas deben mantenerse apartados del lugar del accidente hasta que el parque nacional pueda transportar los restos del avión.

–¿Qué demonios? –murmuro al leer los volantes. No sé cuál es peor.

Lennon no parece preocuparse por el puma, porque golpea con el dedo el anuncio sobre el accidente aéreo y deja escapar un silbido suave.

–He escuchado acerca de esto. La cadena montañosa de Sierra Nevada es un cementerio de aviones perdidos. Lo llaman el Triángulo de Nevada.

–¿Como el Triángulo de las Bermudas?

–Exactamente. Desde Fresno hasta Las Vegas, básicamente una zona muerta sobre la frontera entre California y Nevada donde los aviones se caen o desaparecen por completo –su tono de voz se va volviendo más dramático–. Hay quien dice que es una combinación de lo rápido que cambia el tiempo, vientos fuertes y cerros escondidos. Pero toda la cadena montañosa tiene esa fama mítica y espeluznante al estilo del Área 51. Más de dos mil aviones han desaparecido allí desde 1960. Algunos simplemente se desvanecieron de los radares, y nunca los encontraron.

–Guau –exclamo, apropiadamente impresionada.

Sus labios se curvan ligeramente, solo por un momento. Luego se pone serio de nuevo y se queda callado.

–Entonces, este Sendero Plateado... –pregunto, intentando recordar su mapa–. ¿Es el que deberíamos seguir para llegar a Cerro del Cóndor?

Sacude la cabeza.

–No tenemos reservas para el sendero, y se dirige al sur. Necesitamos ir al oeste de aquí. Hay un sendero más pequeño que cruza una zona agreste. He estado allí antes, así que no habrá sorpresas como en las cuevas de ayer.

–Entiendo.

–A menos que hayas decidido volver a casa –dice, señalando el refugio.

¿Es así? He estado pensando en esa decisión durante toda la tarde. Y en

todo lo que me dijo sobre el baile de bienvenida. Y en el beso.

Pensé en el beso, sin lugar a dudas.

Podría seguir adelante. (¿Y si terminamos peleándonos?).

Podría irme a casa. (¿Y si me arrepiento de no quedarme?).

Estamos tensos, y un poco incómodos. Pero Lennon es paciente, y no me fuerza a tomar una decisión, y por eso le estoy agradecida. Le echa un vistazo a su teléfono.

—No hay señal todavía. Debería haber un teléfono dentro del refugio.

—Debería llamar a mamá, al menos —comento—. Para que sepa que estoy viva.

Me clava la mirada. Estudia mi rostro, e intenta descubrir qué voy a hacer. Si lo supiera, le diría.

—Yo también —dice, finalmente—. Y tengo que informar sobre el material que Reagan y Brett dejaron abandonado. ¿Vamos?

Asiento e inspiro hondo para calmarme mientras nos dirigimos hacia la puerta del refugio y entramos.

La acogedora y poco iluminada cabaña está compuesta por una única habitación. Aunque no es muy grande, el techo es alto y está atravesado por toscas vigas de madera que generan la ilusión de mayor tamaño. Hay un escritorio pequeño al frente y una estantería con libros de viaje sobre flora y fauna local. En el medio de la habitación hay un par de sillas alrededor de una estufa, y al fondo, cerca de un enorme mapa de pared del parque, hay un viejo teléfono de pago.

—Buenas tardes —nos saluda con una sonrisa un guardaparques—. Estamos a punto de cerrar.

—No tardaremos mucho —le asegura Lennon, y me señala el teléfono, con una mirada sombría—. ¿Quieres llamar primero?

Paso junto a las sillas mientras Lennon le cuenta al guardaparques acerca del material que dejaron Reagan y Brett. Me preocupa que el parque nacional no esté muy de acuerdo con que una pareja de adolescentes anden solos de mochileros. Pero todo parece estar bien, porque Lennon sabe de lo que está hablando y suena seguro de sí mismo, y el guardaparques lo toma en serio. No me están prestando atención a mí, lo que me permite respirar hondo y concentrarme.

¿Irme o quedarme?

¿Quedarme o irme?

Si me quedo, no creo que Lennon y yo podamos olvidar todo lo que pasó y

volver a ser nada más que amigos. De eso estoy segura. Tenemos demasiada historia, y el beso básicamente acabó con los esfuerzos de un año entero reprimiendo mis sentimientos. Ahora he vuelto adonde estaba, con las costillas abiertas de par en par y el corazón expuesto.

Me gustaría poder pedirle consejo a mamá, pero si se enterara de que estoy aquí sola con Lennon... Bueno, en realidad no me preocupa tanto ella sino papá. Pero tarde o temprano se terminará enterando. Ojalá tuviera tiempo para pensar exactamente lo que le quiero decir. Quizás escribir un guion. Pero el refugio está a punto de cerrar, y si quiero llamarla, es ahora o nunca.

Me lleva un rato entender cómo usar el antiguo teléfono de pago, pero después de leer un cartel con instrucciones encuentro algunas monedas y las introduzco en el aparato. Y luego marco el número de celular de mamá.

–Joy Everhart –dice mamá, con interferencias.

–¿Mamá?

–¿Zorie? ¿Eres tú? ¿Estás bien? –suena frenética.

–Estoy completamente bien –afirmo, y levanto la vista hacia el mapa enorme que cuelga de la pared–. Estoy en Bosque del Rey.

Deja escapar un suspiro audible.

–Maldición, Zorie. Estuve tan preocupada. No respondiste mis mensajes.

–No hay señal aquí –le explico–. Lo hablamos, ¿recuerdas?

–Lo hicimos. Tienes razón –responde–. Pero es un alivio oír tu voz. Espera, ¿dijiste que estás en el parque nacional? ¿Por qué no estás en el complejo de *glamping*?

–Mm...

¿Le digo lo que pasó? Odio mentirle. Pero si me quedo con Lennon, no puedo contárselo. Estoy obligada a tomar una decisión ahora, así que cierro los ojos y dejo que lo que sea que salga de mi boca sea mi decisión...

Uno, dos y tres...

–¿Recuerdas que te conté que quizás iríamos a ese sendero por el campo? Estoy ahí. Estoy caminando en dirección a la fiesta estelar.

Ay, Dios mío. Lo estoy haciendo. ¿Me quedaré con Lennon?

Eso parece.

Me inunda una sensación de alivio, desaparecen los nudos de mi espalda y se me relaja el cuerpo entero.

–Apenas te puedo oír. ¿Dijiste que vas a ir caminando a Cerro del Cóndor? –pregunta mamá, con la voz una octava más aguda–. Pensé que ibas a tomar un autobús. ¿Estás sola?

–No es tan lejos y no estoy sola –le aseguro–. Me encontraré con el Dr. Viramontes y Avani en la fiesta estelar.

–Entiendo, pero ¿con quién estás ahora?

Maldición. ¿Por qué no escribí un guion?

–Cambiamos el plan para la semana. Y estoy con un guía, así que no te preocupes.

–¿Un guía?

–Alguien que conoce bien la zona. Ahora estamos en un campamento, en un refugio del parque nacional.

–Zorie...

–Estoy bien, te lo prometo. Hay familias acampando y un guardaparques. Estoy totalmente a salvo. Por favor, confía en mí. Necesito que confíes en mí, o no podré disfrutarlo. Me dijiste que sea prudente, no cautelosa, ¿recuerdas?

Suspira.

–Pero *estás* siendo inteligente, ¿verdad?

–Todo lo que puedo. Lo juro por mi mochila.

–Ah, bien. Bueno, está bien –escucho el alivio en su voz–. ¿La urticaria?

–Bajo control.

–Gracias a Dios. ¿Tienes suficiente comida?

–Sí. También tengo tu dinero para emergencias.

–¿Te estás divirtiendo? –pregunta, después de una pausa.

Le echo una mirada a Lennon. Es unos cuantos centímetros más alto que el guardaparques, y ahora está señalando un lugar en un mapa laminado sobre el escritorio. Es increíblemente apuesto. No me permití pensar mucho en eso el año pasado, pero lo estoy pensando ahora, y me hace sentir mariposas en el estómago. Esa voz, esos labios, esas...

–¿Zorie?

Ah, maldición.

–¿Qué? Ah, eh... sí. Me estoy divirtiendo –una mordedura de serpiente, un oso, el mejor beso de mi vida–. Me duele de tanto caminar, y necesito una ducha, pero es muy hermoso todo.

–Me alegra tanto. Es fantástico –dice, y parece feliz. Me gusta cuando es feliz. Se merece a alguien mejor que el mierdoso de mi padre. Lo que me contó Lennon acerca del hotel está presente y el peso de su aventura secreta se vuelve cada vez más insoportable. Pero soy demasiado cobarde como para decirle nada sobre papá. No puedo decírselo por teléfono, no de este modo. Me asusta lastimarla, pero me da más miedo perderla. Así que le digo el día

en que llego a Cerro del Cóndor y le aseguro una vez más que todo está bien.

Soy una persona muy, muy egoísta.

–¿Cariño? –me pregunta, y le cambia el tono de voz–. ¿Hay algo más que me quieras contar?

Se me acelera el pulso.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, sabes que no me gustan los secretos.

–Lo sé.

–Y cuando la gente tiene secretos, suele ser por los motivos equivocados.

Ay, Dios. ¿Sabe que estoy aquí con Lennon? ¿O está hablando del romance de papá? No es posible. Estoy siendo paranoica.

–Sé que algunas veces parece que... –hace una pausa–. Zorie, te quiero más de lo que tú te imaginas. Pero...

–Pero ¿qué?

¿Por qué un *pero*?

–Quiero que sepas que puedes contarme cualquier cosa –dice con firmeza.

–Lo sé.

–Bueno, eso es todo.

¿Eso es todo? ¿Qué está sucediendo? ¿Por qué es tan críptica? Quizás debería contarle lo de Lennon. Pero si lo hago, tengo miedo de que le cuente a papá, y vendrán y me obligarán a volver a casa. Ya me he decidido. Sé que me llevó mucho tiempo, pero ahora que estoy decidida, *honestamente* no quiero volver a Melita Hills.

Odio mentirle.

Pero me quiero quedar con Lennon.

¿Por qué es tan difícil todo?

El teléfono reproduce un mensaje pregrabado, y me dice que deposite más monedas.

–No tengo más monedas, así que tengo que colgar –le explico–. Pero quería reportarme y decirte que estoy bien y que... Bueno, como dije, estoy con un muy buen guía. Así que no tienes nada de qué preocuparte.

–¡Espera! ¿Cuándo estarás en Cerro del Cóndor?

–Pasado mañana. Tarde.

–Prométeme que me enviarás un mensaje cuando llegues.

–Lo prometo. Y te quiero.

–Yo también te quiero, dulzura –suena triste. ¿O decepcionada?–. Y te extraño. Por favor, cuídate.

Uff. Me está rompiendo el corazón. Y no puedo agregar nada más, porque el teléfono detecta que no puse más monedas y corta el llamado. Cuelgo y apoyo la frente sobre el aparato.

–¿Todo bien? –escucho que dice Lennon en voz queda a la altura de mi hombro.

–Creo que sí. Eso espero.

–¿Qué decidiste?

Me vuelvo y me rasco el brazo, distraídamente.

–Espero que no hayas cambiado de idea acerca de llevarme a Cerro del Cóndor, porque ahora no te puedes deshacer de mí.

Suspira. Dos veces. Al tercer suspiro, extiende la mano tímidamente hacia el costado de mi rostro, y aparta con gentileza un rizo errante que me cae sobre un ojo, tomándose su tiempo.

–Me pone contento. Muy contento.

–¿Sí?

–Sí. No asumo nada. No pienso reservar una habitación de hotel, ni nada de eso.

Gruño suavemente, un poco avergonzada.

–¿Demasiado pronto? –dice, con un atisbo de sonrisa.

Sacudo la cabeza y le devuelvo la sonrisa.

Deja caer la mano y hay un momento de silencio incómodo hasta que hablo de nuevo.

–Estoy preocupada porque debería haberle contado a mamá sobre la mujer que viste el año pasado con mi padre –confieso, tratando de apartar el foco del complicado asunto de *nosotros*–. Y lo del álbum de fotos. No pude.

–Probablemente sea lo mejor. Hay algunas cosas que es mejor no decir por teléfono, créeme. Como por ejemplo: *ey, soy un idiota que intentó reservar una habitación de hotel porque no tengo idea de cómo funciona una relación y ah, sí, le di un puñetazo a tu padre y tenemos prohibido vernos*. Ya sabes, cosas por el estilo.

Dejo escapar una risita.

–Todavía no tengo idea –susurra.

–¿De qué? –le respondo también en susurros.

–De cómo funciona una relación.

–Ah, bien, porque yo tampoco.

–Lo aprenderemos, en algún momento. Si tú quieres, claro.

–Creo que sí –digo en voz baja.

Sonríe con algo de timidez, pero cuando suspira por última vez, exhalando profundamente por la nariz, suena satisfecho. Y eso me hace sentir menos ansiosa acerca de todo el asunto.

Carraspea.

–Bueno... reservé un lugar para acampar –me cuenta, y me muestra una pequeña tarjeta perforada con un número impreso–. Sin dar nada por sentado, por supuesto. Si te ibas, de todos modos necesitaba un lugar para acampar, y realmente no quería...

–Calma. Te creo.

–Bueno –responde, y ambos sonreímos.

Concéntrate, Zorie.

–Acampar. ¿No acamparemos en el bosque?

–El campamento facilita las cosas, así que pensé que no tenía nada de malo aprovechar las comodidades por una noche, ¿no? Y tenemos suerte de haberlo conseguido. Estaba todo reservado hasta el aviso del puma que vimos en la cartelera más temprano. Aparentemente, un puma trató de atacar a un niño en otro campamento.

De pronto me asusto, pero Lennon alza la mano para tranquilizarme.

–Los pumas se mantienen alejados de las zonas pobladas, pero cuando atacan, suelen elegir niños, que a sus ojos son presas. No somos niños. Estaremos bien, en particular con otros campistas alrededor. Y, además, eso sucedió a kilómetros de distancia, y el niño escapó sin ninguna herida.

Sin embargo, no me siento cómoda con esto...

–Ahora, muévete –dice Lennon, con un gesto–. Déjame llamar a la unidad parental antes de que el guardaparques nos eche.

No quiero oír su conversación telefónica, así que me apresuro a salir del refugio y tomo un mapa gratuito del parque de una caja de plástico con tapa. El sol se está poniendo, y sus rayos naranjas atraviesan los árboles. Cuando Lennon emerge, es puro sonrisas, actitud y confianza. Lo que ha hablado con sus mamás le ha levantado el ánimo considerablemente. Pero no llego a preguntarle nada, porque agita el permiso de acampada frente a mí.

–Bueno, Medusa. Tenemos que buscar un espacio libre por algún lado. Armemos el campamento. Y, como premio, hay baños y duchas con agua caliente.

a) No me ha llamado por mi apodo en mil años y b) duchas. ¡DUCHAS!

–Realmente sabes cómo ganarte el corazón de una chica –digo, sonriendo de oreja a oreja.

–Estoy haciendo mi mayor esfuerzo –responde, y siento cómo el mencionado corazón da un salto.

Recorremos un sendero que atraviesa el campamento, saludando con la cabeza a los desconocidos que levantan la mano en reconocimiento. Debe ser algo de campistas. No estoy acostumbrada a tanta amabilidad sin reservas entre desconocidos. ¿Estos hippies no saben que así es cómo te roban? Cabeza baja, la vista clavada en la acera: ese es mi lema. Aunque mejor pensado, quizás están tan alegres porque todos tienen autos estacionados junto a sus carpas o en un estacionamiento cercano, y acampar con auto parece ser una experiencia completamente distinta. Estas personas tienen neveras con comida de verdad –no paquetes de comida deshidratada– y asientos portátiles. ¿Desde cuándo siento envidia de una silla y de un paquete de perritos calientes? Pero, por los dioses de los cielos, se ve tentador.

–Bingo –exclama Lennon, y señala en dirección a un sector de tierra vacío–. Bob el guardaparques dijo que había dos espacios libres, y que podemos elegir. Veo que el otro espacio disponible está cerca de los baños, y mi sugerencia es que lo evitemos, porque he acampado cerca de baños antes. Es como sentarse cerca del baño en el avión, pero peor. Mucho peor.

–No digas más. Este lugar luce y huele perfecto.

Bueno, estoy exagerando un poco. Está vacío, y las carpas vecinas están demasiado cerca para mi gusto. Pero, por otro lado, es plano, no hay piedras ni ramas que quitar, y tiene una mesa para pícnic privada, un contenedor anti-osos y un fogón oxidado con una parrilla encima.

–Genial –agrego–. Ojalá tuviéramos unos perritos calientes.

–Tenemos macarrones con queso deshidratados, y si te portas bien conmigo te daré algunos de mis M&M.

–Trato.

Hay un momento de incomodidad cuando apoyamos las mochilas sobre la mesa para buscar las carpas. No sé qué piensa él, pero estoy recordando que ayer dormí con él. Solo que ahora...

Sí. Alzo la vista y descubro lo que esperaba en sus ojos. Está pensando lo mismo.

Ahora todo es distinto.

–Eh, armamos las carpas una junto a la otra, ¿aquí? –dice, después de unos segundos tensos.

–Me parece bien.

No nos lleva mucho armar las carpas, y Lennon explora con la mirada el

bosque que está cerca del campamento.

–Puedo ir a recoger leña, pero es probable que me lleve un rato, en especial si otros campistas suelen recoger leña ahí. ¿Quieres tomar una ducha mientras hecho un vistazo? –entrecierra los ojos y alza un dedo–. Eso sonó mal. Mientras hecho un vistazo en busca de leña. En el bosque.

Se me escapa una carcajada por la nariz.

–O lo otro –dice.

–Consigue leña.

–Si cambias de idea, pégame un grito –añade, con una sonrisa juguetona.

–Sí, sí, mi capitán.

Antes de irse al bosque, Lennon comenta que es un buen momento para lavar la ropa que necesitamos lavar, y extrae una pequeña botella de jabón biodegradable. Mis calcetines mordidos por la serpiente y bañados en sangre necesitan un lavado, definitivamente, y también mi ropa interior y unas camisetas sin mangas. Junto todo, busco mis productos sanitarios y una muda de ropa y me dirijo al baño comunal, que es otra cabaña de troncos rústicos que parece tener un diseño similar al refugio. Después de contemplar cómo otra campista se pasea por el campamento en bata y chanclas, me doy cuenta de que este lugar es realmente un paraíso hippie, y que a nadie le importa demasiado la etiqueta.

Este no es un campamento de lujo.

Un tabique de madera protege una puerta con un letrero que indica MUJERES. Cuando entro, encuentro taquillas para poner la ropa, y grandes y largos lavamanos frente a espejos. El agua está fría, y para que salga el agua caliente de la ducha hay que poner monedas en un aparatito. Tengo monedas suficientes para cinco minutos de agua caliente, y aunque me apresuro a ponerme el shampoo, lavarme y rasurarme, se acaba cuando estoy despegando las tiritas de la mordedura de la serpiente y grito sorprendida cuando el agua se vuelve helada. Logro soportar lo suficiente para terminar con todo, y después de secarme con una toalla de microfibra –una de las compras de Reagan– cepillo mis dientes y lavo la ropa en el lavamanos.

Uno de los inconvenientes de darse una ducha en el bosque es que no hay secadores de pelo, y la temperatura baja a medida que se pone el sol. No hace frío, pero al tener la cabeza llena de rizos húmedos tampoco se siente mucho calor. Por suerte, para cuando vuelvo a nuestro campamento, Lennon ya ha encendido el fuego. También ha colocado una cuerda entre su carpa y la mesa de pícnic para colgar la ropa recién lavada. Me parece un poco raro colgar mi

ropa interior para que la vea todo el mundo, pero es lo que hace el resto de los campistas, así que supongo que es uno de esos momentos donde te tragas el orgullo y haces lo que tienes que hacer. Cuelgo rápidamente todas las prendas y luego me siento sobre un contenedor anti-osos frente al fuego, y dejo que el calor me seque el cabello mientras Lennon toma su ducha en el baño comunal.

El campamento está muy animado, porque todo el mundo ha regresado de su caminata diaria y se está preparando para la cena. Es extraño estar con tanta gente alrededor. Siento que fue en otra vida cuando Reagan nos abandonó y me dio un ataque de nervios por quedarme sola con Lennon. Observo el movimiento y me pregunto de dónde vienen todas estas personas, y por qué decidieron acampar aquí. Son muy diferentes de los campistas del campamento de lujo. No sé si eso es bueno o es malo, o simplemente es lo que es. Pero al menos no estoy nerviosa porque no sé qué tener que usar en una cena de cuatro platos. Además, todo el mundo parece estar de mejor humor. Y a pesar de que todavía estoy un poco preocupada por la llamada de mamá, creo que yo también estoy más contenta.

Después de unos minutos de peinarme los rizos cabeza abajo junto al fuego, escucho un silbido suave.

Levanto la vista para descubrir las largas piernas de Lennon caminando hacia nuestro campamento.

–Ah, pero qué bien. Mira tus prendas íntimas secándose al viento. Guau. Veo una onda muy lencería francesa y, para serte honesto, esperaba tela escocesa.

–Ay, Dios mío –me quejo, y le doy una patada en la pierna–. Deja de mirar, perverso.

Cuelga su ropa interior junto a la mía, con la toalla alrededor de los hombros y el cabello húmedo y despeinado de la manera más adorable.

–Dejaré de mirar cuando tú lo hagas.

–¿Qué hay para mirar? ¿Calzones negros? Ya los vi anoche cuando te metiste en mi carpa.

–Mmm, es cierto. ¿Y has estado pensando en mí en calzones todo el día?

–Por favor, deja de hablar.

–¿Dejo de hablar por completo o...? –se ríe y se aleja bailando cuando intento patearlo de nuevo. Huelo crema de afeitar y me doy cuenta de que la barba ha desaparecido–. Está bien, está bien. Trata de contenerme, y yo haré lo mismo. Tenemos asuntos más importantes que tratar, como por ejemplo el hecho de que mi estómago está a punto de comerse a sí mismo. Pongámonos a

preparar los macarrones con queso, ¿te parece?

Mientras él acomoda nuestro equipo de cocina, miro los otros campamentos y observo las idas y venidas de chicos y adultos. Incluso hay un campamento lleno de adolescentes y uno de los chicos está por tocar la guitarra acústica. Lennon me dice que hay un aspirante a guitarrista en cada campamento. Es prácticamente un requisito.

Mientras se calienta el agua para la cena, Lennon revisa la mordedura de la serpiente, coloca una tirita nueva sobre la herida y anuncia que “está mucho mejor”. Luego preparamos y comemos nuestra cena de macarrones que no está muy fabulosa y que, además de una salsa de queso grumosa, también tiene carne, por lo que nos hacemos los payasos y fingimos que estamos comiendo la hamburguesa que, según el aroma que nos llega, están cocinando los del campamento de al lado. A mitad de la cena, está tan oscuro que Lennon tiene que encender nuestros farolitos de campamento –para ver mejor mi ropa interior, bromea–, y le arrojo mi tenedor-cuchara. Finge estar herido, y justo en ese momento los adolescentes del campamento del guitarrista se ponen a cantar un himno. A los gritos.

–Noooo –susurro–. Qué pesadilla. Ni siquiera afinan.

–Y ni siquiera es un himno de los buenos. ¿Qué tal “Holy, Holy, Holy”? *Ese* sí que es un himno para cantar con todo.

–¡Ajá! –exclamo–. Me acabo de dar cuenta de por qué Mac te obliga a ir a misa. No es por tu conjunto diabólico de ropa negra. Es porque le robaste la tarjeta de crédito para reservar el hotel.

Me mira, avergonzado.

–Me descubriste. Aunque *yo* me entregué, supongo que algo es algo. Pero sí, me hace quedarme sentado escuchando himnos como penitencia.

–Ahora entiendo todo.

–Así que, básicamente, es tu culpa.

–¿Mi culpa?

–Eres una chica seductora, Zorie. Si no me hubieras besado esa primera vez, nunca habría querido reservar la habitación de hotel y...

–¿Yo, besarte a ti? ¡Fue un accidente!

–Un beso nunca es por accidente. Jamás en la historia de los besos ha habido un accidente.

–Resbalé cuando me senté en el banco.

–¿Y justo de casualidad tu boca terminó sobre la mía?

–¡Andrómeda estaba tirando de la correa porque quería perseguir una

ardilla!

–Sigue engañándote a ti misma. Mientras tanto, yo he aceptado mi responsabilidad en el asunto, es decir, que soy completamente inocente.

–Si no fue un accidente, entonces los dos somos responsables.

–No según los cristianos evangélicos –adopta el tono de voz de un predicador callejero–. Y sí, aunque fui seducido por la diablesa pecadora en el jardín...

–¡Ey! Que aquí eres tú el que tiene un jardín de consoladores en el escaparate.

–Un *bosque* de consoladores, Zorie. No te confundas. Ayudé a armarlo. Tomé una foto de Ryuk caminando por el escaparate.

–Voy a tener que ver eso –digo, pero mis palabras se pierden en el estruendo de los himnos que surgen de la carpa de enfrente y me quejo–. Uff, esa gente. Me encantaría estar acampando en el medio de la nada. Es decir, no me malinterpretes, la ducha es genial y es mucho más fácil conseguir agua potable de la canilla que recogerla de un río y esperar a que se filtre. Pero por favor, qué ruidosa que es la civilización.

–Bueno, bueno, bueno. Miren a quién le picó el bichito –dice Lennon, señalándome.

–¿Qué bichito? –exclamo, mirándome frenéticamente la ropa y las piernas.

–No, el bichito del mochilero –se ríe–. Prefieres la paz y la tranquilidad. Así empecé yo. Quería alejarme de todos y pensar.

–Bueno, no estoy lista para hacer esto muy seguido, pero le estoy empezando a ver el encanto.

Lennon hace un gesto en dirección a la parte posterior del campamento.

–¿Sabes qué? –comenta–. Cuando estaba juntando leña, bajé por esa colina grande que se ve ahí. No es más que una pradera, pero te apuesto que desde allí se pueden ver muy bien las estrellas. Por lo menos está alejado de las luces del campamento. ¿Quieres llevar tu telescopio allí antes de que empiecen a cantar “Kumbaya”?

Sí. Sí, quiero. Limpiamos y guardamos todo, Lennon apaga el fuego, tomamos el cubretecho de mi carpa y el telescopio. Nos colocamos las linternas de cabeza –y arrojamos la costosa linterna de Reagan que ya no funciona a la basura–, cargamos con todo y nos dirigimos hacia la colina.

No nos lleva mucho tiempo encontrar un lugar donde las luces del campamento quedan a nuestra espalda. Lennon despliega el cubretecho y nos sentamos sobre él como si estuviéramos en un pícnic. Apago mi linterna. Las

estrellas se ven increíbles. Creo que jamás me acostumbraré a verlas así, sin la contaminación lumínica de la ciudad. Miles y miles de estrellas, centelleantes puntos de luz. Es como si estuviera contemplando un cielo completamente distinto.

–Mira –digo, señalando una tenue estela blanca–. La Vía Láctea. En casa no se la puede ver así sin telescopio. Ni siquiera en el observatorio.

Lennon remueve su linterna y se apoya hacia atrás sobre las palmas de las manos.

–Es irreal. Sé que no lo es, pero mi cerebro no quiere reconocer que no se trata de una proyección de luces de mentira.

Ninguna proyección luciría así. Nos quedamos mirando al cielo un largo rato.

–Creo que no quiero usar el telescopio –confieso–. Creo que tan solo quiero mirarlas. ¿Es raro?

–Para nada. Esto no es algo que se puede ver todos los días.

Me queda un poco de batería en el celular, así que enciendo la pantalla para usarla como linterna para ver dónde mover el telescopio. En ese momento descubro algo.

–¡Hay señal!

–Bueno, qué sorpresa –dice Lennon, y extrae su teléfono–. Ah, mira. Tengo mensajes de Brett.

–¿Sí? Yo solo tengo mensajes de mamá y Avani.

–Pide disculpas por dejarnos. Bueno, es una especie de no-disculpa. Ah, espera. Se arrepintió. ¿Los padres de Reagan no están en Suiza, o algo así?

–Sí, ¿por qué?

–Porque no tiene sentido lo que escribió. Ahora le está echando la culpa a Reagan. ¿Creo? Su ortografía es espantosa, por cierto.

–¿Cuántos mensajes te envió? –le echo un vistazo a la pantalla.

–Uno, dos, tres, cuatro... ocho. Y en el último me vuelve a preguntar si le puedo conseguir hierba.

–¿Vuelve a preguntar?

–Ya me preguntó una vez. Asume falsamente que porque mi papá estuvo en una banda yo tengo acceso ilimitado a drogas. Te lo juro, Brett es lo peor. No pienso responderle.

Avani me escribió solamente para confirmarme que salió en dirección a la fiesta estelar y que nos vemos allí. Decido rápidamente contarle que estoy de mochilera con Lennon en el parque nacional –se lo cuento casualmente, sin

detalles— y le pregunto si puede volver a casa en el auto con nosotras. Después de que me da su aprobación y le cuento cuándo estaremos llegando, leo el mensaje de mamá: Por favor, cuídate y envíame un mensaje cuando llegues a Cerro del Cóndor. Si alguna vez necesitas hablar de algo, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

¿Por qué sigue diciendo eso? Vuelvo a reproducir mentalmente nuestra charla y algo me empieza a molestar.

—Dejé el álbum de fotos en mi escritorio.

—¿Qué? —pregunta Lennon, y apaga su teléfono.

—Me preocupa que mamá lo haya encontrado. Sigue preguntándome si tengo algo para decirle, como si quisiera que confesara algo. Y es el álbum, o sabe que estoy aquí contigo.

—¿Cómo lo sabría?

—¿Tus madres saben que estamos aquí solos?

Vacila.

—Sí, de hecho. Están muy contentas.

¿Lo están?

—Mira —dice—, saben que tus padres no saben que estás aquí conmigo, pero no irían a contarle a tu mamá. Saben que estamos bien, y eso es todo lo que les importa.

—Entonces debe ser el álbum de fotos.

—¿Joy estaba mal?

—No en particular. Sonaba... decepcionada.

Se queda en silencio por un rato.

—Mira, si quieres saber lo que pienso, te apuesto a que hace mucho tiempo que sospecha que algo pasa con tu papá. Así que si encontró el álbum de fotos, ya lo encontró. No hay nada que puedas hacer al respecto ahora.

Sé que tiene razón. Preocuparme no me servirá de nada. Me cuesta dejar de hacerlo. No me gusta sentirme intranquila.

Pero trato de no pensar al respecto, y apago el teléfono y lo meto en el bolsillo. Me acuesto sobre el césped y miro las estrellas.

Lennon se acuesta junto a mí, nuestros hombros tocándose.

—Estamos bajo el mismo cielo estrellado —digo.

—Siempre lo estamos.

—No juntos —observo.

—Creo que siempre estábamos juntos, incluso cuando estábamos separados —

afirma, y me toma la mano.

–Sé que es un cliché, pero a veces miraba las estrellas y me preguntaba si tú las estabas mirando al mismo tiempo que yo –admito.

–Cuando miraba las estrellas, nos veía. Tú eras las estrellas, y yo era el cielo oscuro.

–Sin la oscuridad del cielo, no podríamos ver las estrellas.

–Sabía que era útil.

–Eres indispensable.

Deja escapar un sonido feliz y pone el brazo por detrás de la cabeza.

–Cuando estábamos separados, buscaba constelaciones y te imaginaba hablándome de ellas. Por ejemplo, el Gran Gato.

–¿El Gran Gato? Querrás decir la Osa Mayor... ¿O Leo?

–¿Cuál es el Gato Mayor?

–No existe el Gato Mayor. Existe Ursa Maior, la Osa Mayor. Es la que contiene el conjunto de estrellas que forma el Carro.

–Hubiera jurado que había una constelación llamada el Gran Gato. El Gato Montés.

–¿Gato montés? –digo, irritada.

–Hubiera jurado que hay una constelación que parece un gato montés con una cola larga. Ahí.

–¿Dónde?

Señala hacia arriba.

–Sentado sobre una cerca.

–¿Quieres decir Taurus?

–¿Taurus es un gato?

–¡Es un toro!

–Ya lo sé –dice, poniéndose de lado junto a mí–. Tan solo quería oírte toda alterada por una estrella.

–Eres un idiota, lo sabes, ¿no? –me río, y le clavo varias veces el dedo en las costillas.

Da un salto y trata de atraparme el dedo.

–Muy idiota. Si fuera tú, no soportaría semejante porquería.

–¿Ah, sí? ¿Qué debo hacer al respecto? ¿Dejarte aquí tratando de encontrar la constelación del gato y volver al campamento?

Hago como que voy a ponerme de pie.

–Noooo –exclama, y me toma de los brazos para atraerme hacia el suelo de nuevo.

–Vas a hacer que aplaste el telescopio.

Lo toma y lo coloca detrás de él.

–Ahí está. ¿Mejor?

–Bueno, ahora no puedo usarlo.

–No lo estabas usando. Salvo que tengas planeado espiar a los chicos del campamento bíblico. Pero dudo de que vayas a ver algo sórdido, y ambos sabemos que te gusta ver un poco de piel cuando estás espiando... ¡Ey! –grita y se ríe, alzando un brazo para protegerse–. ¡Ay! ¡Deja de pegarme! Yo no te espié cuando estabas desnuda. Soy la víctima.

–No estabas desnudo.

–Cinco segundos más y lo estaba. Si no te hubiera descubierto, ¿habrías dejado de mirar?

Mi silencio me delata.

Lennon me toma de la cintura y me acerca hacia él. Mucho. Tengo los pechos aplastados contra su pecho.

–¿Habrías tomado fotos?

–Me insulta, señor. No uso mi telescopio para espiar a la gente.

Por lo general.

–¿Y se supone que debo aceptar su palabra? Que yo sepa, usted podría haber estado fotografiándome en secreto con su lente espía –dice, muy cerca de mis labios–. ¿Debería preocuparme?

–Por lo que he visto, no tiene nada por lo que preocuparse.

–Me sorprende, señorita. ¿Ha estado observándome cuando hacía cosas malas en mi habitación?

–Siempre dejas las persianas cerradas. Aguafiestas.

Se ríe con esa voz grave que tiene, y el sonido vibra en su pecho y en el mío.

–¿Zorie?

–¿Sí?

–Dios, te extrañé tanto.

–Yo también.

–Voy a besarte accidentalmente.

–Está bien.

Suave y lentamente, sus labios rozan los míos. Su boca es suave, y su mano me recorre la espalda. Dejo escapar un suspiro tembloroso, y me besa.

Una vez, brevemente.

Siento calor en el pecho.

La segunda vez, el beso es más largo.

Un calor que derrite y se derrama en la parte inferior de mi estómago.

A la tercera vez...

Estoy perdida.

Me ahogo en él. Soy pura piel de gallina, endorfinas zumbantes y placer que me recorre el cuerpo. No existe nada más que su boca conectándonos, y meto los dedos dentro de su camiseta para bailar sobre la superficie sólida que es su espalda. No existe nada más que sus brazos envolviéndome como una manta calentita.

No existe nada más que nosotros y las estrellas en el cielo.

Es perfecto. Como si lo estuviéramos haciendo hace años. Como si él supiera exactamente qué me hace temblar, y como si yo supiera exactamente cómo hacerlo gemir. Somos exploradores valientes. Los mejores. Lewis y Clark. Fernando de Magallanes y Sir Francis Drake. Neil Armstrong y Sally Ride.

Zorie y Lennon.

Nos sale *tan* bien.

Y sin que pueda evitarlo, rodamos por el suelo, una maraña de brazos y piernas, mitad encima del cubretecho y mitad sobre el césped. Como solíamos hacerlo en la época del Gran Experimento. Mis gafas se cayeron por ahí, y él tiene la mano metida por debajo de mi camiseta, y me cuenta todas las cosas increíblemente escandalosas e íntimas que me quiere hacer, y debería sonrojarme, pero en este momento todo suena a poesía. Y bajo los dedos a la hebilla de su cinturón y...

Un grito.

No mío. Y no de Lennon. En el bosque.

Suena como una mujer. En problemas.

Capítulo 22



Se escucha otro grito. Desde otro lugar. Una respuesta.

No es un grito humano. ¿Un animal?

–¿Qué mierda es eso? –susurro, con la mano todavía posada sobre los músculos de su estómago desnudo. Alguien le ha levantado la camiseta de un modo completamente indecente. Ah, fui yo.

–Está bien. Es un puma. No hay peligro –susurra Lennon, y lleva mi mano más abajo.

Ah. Guau.

Definitivamente, está muy excitado por lo del puma.

Lo que me súper excita a mí.

Espera. ¿Puma?

–¿*Puma*? –musito vehementemente.

–Maullando. Probablemente está buscando pareja –informa Lennon, con voz de dopado–. Dios, tu mano se siente tan bien.

–¿Nos van a atacar? –digo, y mi voz también suena dopada. Sé que tendría que sacar la mano de sus pantalones, pero me está costando transmitirle el mensaje a mis dedos, que *realmente* quieren quedarse y seguir explorando. El cuerpo me dice: *¡Ah! He estado navegando durante meses en un océano desierto y finalmente he avistado tierra. Tierra fértil. Tierra mejor de lo que recordaba. No pienso darle la vuelta al barco ahora.*

–¿Qué? –murmura.

–¿Hablé en voz alta?

–¿Es un juego de piratas sexies? Porque me *encanta* Anne Bonny.

Otro grito atraviesa la noche.

–¡Cielos! –exclamo, con el corazón acelerado, y no de una manera buena–. Suena como una persona.

–También suena muy, muy cerca –replica, recuperando la seriedad–. Aunque preferiría que nunca, nunca, nunca, *nunca* dejaras de hacer lo que estás haciendo, creo que deberíamos...

Más gritos. Una cubeta de agua helada. Tengo miedo de verdad ahora, me imagino que algo surgirá de la oscuridad y me destrozará la cara a zarpazos. La naturaleza es una película de terror. Y estamos en el medio de un prado, rodeados de animales asesinos.

Me invade el pánico, no puedo encontrar mis gafas o mi linterna, pero Lennon las ubica. Nos apresuramos a recoger nuestras cosas. Luego trotamos colina arriba mientras gatos salvajes en celo gritan a nuestras espaldas.

Cuando llegamos al campamento, nos encontramos con varios campistas en ropa interior de abrigo, escuchando con preocupación los maullidos. Todas las miradas se dirigen a nosotros y –fantástico– me pongo roja como si fuera culpable de algo. Bueno, técnicamente lo soy, pero ahora además soy la desvergonzada del campamento, genial, ¿no?

Por otra parte, Lennon está tranquilo e imperturbable, y conversa sin más con los demás campistas mientras carga con el cubretecho y les cuenta que sí, es probable que haya dos pumas en los árboles al pie de la colina pero que no, es poco probable que suban hasta aquí. Otra persona, un hombre de mediana edad con un acento jamaicano que se presenta como Gordon, comenta que ha tenido encuentros a lo largo de los años con pumas en el parque, y está de acuerdo con Lennon. Les dice a los demás que se aseguren de que sus hijos no estén solos por ahí, y que sean prudentes.

Como el guardaparques ya se ha ido, varias personas, incluido Lennon, se ofrecen como voluntarios para vigilar durante un rato. Y después de que dejamos nuestras cosas, extrae una de las farolas de campamento –una de esas que entran en la palma de la mano– y la coloca sobre nuestra mesa de pícnic.

Durante un rato se escuchan murmullos por todo el campamento, y algunos campistas encienden sus fogones. Comemos algunos de los M&M de Lennon en un ataque de ansiedad oral, y cuando voy por el segundo puñado, noto que abre los ojos como platos.

–Ah, mierda.

–¿Qué? –exclamo, buscando desesperada al puma.

–No, no –dice, y me hace dar vuelta–. Sarpullido.

Bajo la vista hacia mi escote, mientras él baja delicadamente el cuello de

mi camiseta. Tengo el cuello y el pecho cubiertos de un sarpullido rosáceo. Me levanto la camiseta. También lo tengo en el estómago y los brazos.

Mi primer pensamiento es: me volví alérgica a Lennon. Y *por supuesto* que el universo me castigará por haberme revolcado por el campo con él. Soy la desvergonzada del campamento, claro. Estoy maldita. Pero la perspectiva de Lennon es un poquito menos paranoica.

–Los pastos largos de la colina. No sé qué son, pero a tu urticaria no le gustan –me inspecciona y me pregunta si tengo dificultades para respirar. No. No tengo pérdida de visión. No se me está cerrando la garganta. Ningún síntoma urgente que requiera llamar al 911.

–¿Tienes tu autoinyector de epinefrina? –me pregunta.

–Sí, pero no creo que sea para tanto. Esto ya ha sucedido antes, ¿te acuerdas?

–El día que fuimos a buscar metales en el depósito abandonado –murmura.

Teníamos catorce, y alguien le había dado un detector de metales al papá de Lennon, quien se lo pasó a su hijo. Estábamos convencidos de que nos haríamos ricos y encontraríamos un tesoro pirata escondido. Nuestro botín consistió en una placa de identificación metálica que probablemente le perteneció a una camarera, una moneda antigua con un agujero en el medio y una jeringa para animales doblada. Todo sin ningún valor. Lennon se quedó con la placa de identificación –que tenía el nombre “Dorothy” grabado– y yo me quedé la moneda.

Ah, sí, y me dio un ataque súper rápido de urticaria porque el lugar estaba cubierto por dientes de león.

–¿Y Benadryl? –consulta.

–Tengo un montón –asiento.

–¿Por qué no te tomas la dosis máxima? –sugiere–. Por ejemplo, ahora mismo.

Le hago caso y me tomo un par de pastillas más por las dudas. El sarpullido luce horrible. Acabo de tener una de las mejores sesiones de besos de mi vida, y ahora soy un monstruo.

Púdrete, universo. Púdrete.

Aún no desenrollé la bolsa de dormir, así que la uso como almohada, y me acuesto en el suelo de la carpa. Intento concentrarme en tranquilizarme, porque el estrés no sirve para nada más que para empeorar la alergia. Soy vagamente consciente de que los antihistamínicos “pueden causar somnolencia”, y cuando te tomas una dosis doble el efecto se vuelve “puedes apostar lo que quieras a

que te causará somnolencia”, y lo próximo que sé es que Lennon me está despertando, y tengo una contractura espantosa en el cuello.

–¿Ezz de mañana? –digo, arrastrando las palabras, completamente grogui.

–No, es pasada la medianoche. Has estado roncando por más o menos una hora.

–Dios santo.

–Fue súper tierno –ríe–. No un ronquido fuerte. Tenías la boca abierta.

Gruño y estiro el cuello.

–Estúpidos antihistamínicos.

Lennon me levanta la camiseta.

–Pero funcionaron. El sarpullido está mejorando. ¿Cansada?

–Muy cansada –susurro.

–Los pumas se fueron. Vayámonos a dormir.

Te llevo ventaja, amigo.

Pero no me deja volverme a dormir en el suelo. Con gentileza me hace salir al aire fresco de la noche, lo que me pone de mal humor hasta que veo la magia de lo que ha hecho. Se las ha arreglado para juntar nuestras bolsas de dormir y formar una gran bolsa. No son del mismo tamaño así que la bolsa está un poco torcida y mal emparejada. Lennon desenrolla su colchoneta y coloca encima la súper bolsa de dormir. También fabrica una almohada larga con nuestra ropa, y la cubre con una de nuestras toallas de campamento que ya se ha secado.

Es un maldito genio de la acampada.

Y si yo estuviera más consciente y no tan confundida, me encantaría mostrarle cuánto aprecio sus habilidades y continuar lo que dejamos cuando empezó el griterío de los pumas. Pero apenas puedo mantener los ojos abiertos. Mientras él guarda las mochilas en su carpa, me meto en la bolsa de dormir doble y me quito los jeans una vez que estoy dentro de ella. Y luego él se desliza junto a mí, cálido y sólido. Nos acercamos y me enrosco contra él, la cabeza sobre su pecho, sus brazos rodeándome, y una serie de pensamientos aleatorios me invade la cabeza.

Primero: *Esto es divino.*

Segundo: *No quiero que termine.*

Y digo en voz alta el último pensamiento.

–La única manera en que papá me dejará verte es si le hablo de su aventura.

Lennon suspira, y su respuesta resuena contra mi mejilla.

–Lo sé.

–Mis padres se separarán.

–Ojalá que eso no ocurra. Nunca. Si mis padres se separaran, no sé si podría soportarlo.

–¿Qué hacemos, entonces?

–Encontraremos una solución. Te lo prometo. No te preocupes –dice, y me acaricia el brazo.

Y no me preocupo. Pero en el fondo, sé que nuestro tiempo juntos está llegando a su fin, y que una vez que llegue a casa existe la posibilidad de que todo se caiga a pedazos. Necesito tener un buen plan. Crearme una especie de búnker mental para protegerme en el caso de que mi mundo se venga abajo.

Durante todo este tiempo pensé que mi vida sería más fácil sin Lennon. Tenía algo de razón. Ahora que ha vuelto, las cosas son mil veces más difíciles. Nunca se me ocurrió que ser “nosotros” sería tan complicado.

* * *

A la mañana siguiente, abandonamos el campamento antes de lo planificado.

Despierto y la bolsa de dormir está fría, y encuentro a Lennon afuera, vestido. Él también es un manojo de nervios. Primero pienso que sigue el problema con los pumas, pero me asegura que ya están lejos. Hay otra cosa por la que preocuparse.

Se aproxima una tormenta de verano. Una grande. Se ha formado después del paso de un frente tropical en el Pacífico en la costa del sur de California, y ahora ha ganado fuerza y avanza hacia el norte.

Si queremos llegar a la fiesta estelar, tenemos que cruzar hoy el Paso de la Reina, un cañón angosto entre dos montañas. Un río pasa por él, y se inunda cuando hay tormentas. Se inunda el cañón entero.

–Hablé con el guardaparques. Me advirtió que tenemos que evitar quedar atrapados allí –explica Lennon–. Así que debemos atravesarlo antes de que caiga la noche, o tendremos que quedarnos aquí una noche más. Pero existe la posibilidad de que si nos quedamos pase otro día hasta que se pueda pasar el cañón.

–¿Estás seguro de que podemos atravesarlo?

–Si la tormenta sigue la ruta en la que se encuentra ahora, no tendríamos que

tener ningún problema. Pero debemos salir pronto. En la próxima hora.

–Ah, guau.

–¿Cómo está el sarpullido? –me levanta las mangas e inspecciona mis brazos–. Ya no asusta, pero sigue ahí.

–Por lo menos no me pica tanto.

Lo único que puedo hacer es estar atenta y tratar los síntomas. Intentar bajar mi nivel de estrés y tomar la medicación. Todavía sigo grogui por el Benadryl, pero tomaré otro antihistamínico que no causa somnolencia con el desayuno. Y *hay* desayuno, descubro, porque Lennon ya preparó todo, incluido lo más importante: café.

–Voy a necesitar esa cafeína en cuanto regrese del baño –le explico–. Toda la que puedas dejarme.

–Prepararé café extra fuerte. Sabrá a lodo quemado. Tendrá la consistencia de un licuado.

–Había olvidado que me caías tan bien.

–Te caeré mejor si puedo llevarte a la fiesta estelar sin que nos ahogemos por una tormenta, así que apresúrate –dice, con un atisbo de sonrisa.

–¡Me estoy apresurando!

Desayunamos y desarmamos el campamento con rapidez, y cubrimos las mochilas con bolsas de residuo por si llueve. Una vez que estamos listos, nos dirigimos al campamento con algunas otras almas que también se han levantado de madrugada. Pronto esos senderistas nos dejan para seguir el Sendero Plateado. Nuestro sendero se dirige al oeste y es mucho más pequeño. Que sea más pequeño implica que hay menos senderistas –bien–, pero también significa que recorreremos lugares agrestes.

Sin letreros, ni baños, ni señal de celular.

Estamos solos.

La niebla matutina se levanta a medida que avanzamos en dirección a una pequeña cadena de montañas cubiertas de pinos ponderosa. Y después de una enérgica caminata cuesta arriba, el bosque se nivela y se abre ante un río que serpentea a lo largo de un cañón: el Paso de la Reina.

El cañón es bastante angosto y repleto de helechos y musgo. A la derecha del río está el sendero que poco a poco se va inclinando, y donde apenas caben dos personas caminando lado a lado cómodamente, por lo que cada tanto me quedo atrás para no caer en la maleza. Vale la pena el esfuerzo –el camino dificultoso, las telas de araña y las ocasionales ramas bajas que casi me sacan un ojo– porque el lugar es de una belleza espectacular. El río

murmura y genera una ligera niebla cuando se cruza con pequeñas colinas de piedras pulidas por el agua, y los helechos sobrenaturales que cubren el suelo del cañón parecen ser más grandes y abundantes a medida que avanzamos. Es una exuberancia de helechos. Como si la naturaleza nos dijera: *Toma, te mereces una porción más.*

Llevamos un buen ritmo, y me alegra alejarme de los campistas que tocan la guitarra y sus tentadoras carnes asadas. También estoy contenta de poder pensar tranquila. Por una vez, me paso el rato de caminata en el cañón observando a Lennon. Pensando en él. Mentalmente, vuelvo a nuestra sesión de besos de la noche pasada y le sumo algunas fantasías que son el doble de escandalosas.

Pero cuando se acerca el mediodía, me baja la energía. Ni los pensamientos obscenos me sostienen. Me duele todo y estoy cansada, y quiero tirarme al suelo y dormir.

–Tengo que detenerme –le pido a Lennon.

–¿Estás bien? –pregunta y me echa un vistazo, frunciendo el ceño.

–Cansada, nada más.

–Yo también, de hecho. Ven aquí –dice, gesticulando para que me acerque–. Quiero revisarte el sarpullido.

–Quieres quedarte mirando mi deformidad –le espeto, cuando me levanta la camiseta para revelar una sección de mi estómago. Tengo la piel cubierta de granos rosados, pero los más grandes están desapareciendo–. Muy sexy, ¿verdad?

–Muchísimo –asiente Lennon, y me pasa la parte posterior de los dedos por los granos inflamados–. ¿Te pica?

–No lo sé. Me cuesta concentrarme en sentirme mal cuando me estás metiendo mano.

–¿Quieres decir que tengo manos mágicas, como Jesús? –pregunta, con un atisbo de sonrisa.

–¿Estás diciendo que soy una leprosa?

Me acomoda la camiseta.

–Claro. Es exactamente lo que estoy diciendo. Por favor, mantente alejada de mí y por sobre todas las cosas no me beses.

–Entendido.

–Se suponía que tenía que tener el efecto contrario.

–Lo sé. Es que me acabo de dar cuenta de algo.

–¿Ah? ¿Qué cosa, dime?

–Eres la única persona además de Joy a la que no le da miedo tocar mi sarpullido.

–No es contagioso. Y si crees que un par de manchas en tu cuerpo van a evitar que te toque con mis mágicas manos sanadoras después de lo que hicimos anoche, te sorprenderás.

–Bien. Quiero decir, eh...

–*Fue* muy bueno, ¿no?

¿Me estoy sonrojando? Siento las orejas calientes. Y otras partes del cuerpo también.

No flirteamos mucho el otoño pasado. No fue como ahora. De día éramos amigos y de noche, compañeros de besos, y al mantener las dos cosas separadas pudimos guardar el secreto de nuestra relación y del nuevo mundo que estábamos explorando juntos.

Ahora siento una energía distinta. Una tensión excitante.

Sé que no soy la única que siente esta nueva energía entre los dos. Lo he descubierto mirándome de costado, como si quisiera tomarme las medidas. Estudiarme. Es excitante y enloquecedor, y creo que voy a tener un ataque cardíaco si no sucede algo pronto.

Ahí está la sonrisa de nuevo.

–Bueno, el sarpullido luce mil veces mejor que anoche, pero no tienes que exigirte demasiado.

–¿Esa es su opinión profesional, Dr. Mackenzie?

Bueno, quizás me quede un *poquito* de energía para pensamientos obscenos. No tengo problema en exigirme demasiado si él me ayuda.

–Gordon me contó que el verano pasado tuvieron que llevarse en helicóptero a un tipo con urticaria.

–¿Gordon?

Le lleva un segundo a mi cerebro salir de la cloaca y darme cuenta de que está hablando del hombre jamaicano que estaba anoche en el campamento.

–Hablamos esta mañana.

–Mírate, haciéndote el anti-antisocial.

Lennon pone los ojos en blanco y continúa.

–Gordon me dijo que aparentemente este senderista jamás había tenido urticaria, o al menos nunca así. Pero parece que era un poco alérgico al maní, y aunque podía comer cantidades pequeñas, comió un montón de golosinas con frutos secos mientras subía la pendiente. Y eso, sumado al agotamiento... Se le cerró la garganta tanto que quedó inconsciente.

Angioedema. Cuando se te hincha la cara como un globo.

Les pasa a muchas personas con urticaria crónica. Por suerte, no me ha sucedido. Y entiendo lo que Lennon está diciendo, pero me preocupa más la fuente de la historia.

–¿Le contaste a Gordon sobre mi sarpullido?

–Suele venir a acampar aquí a menudo, y tan solo quería saber si él tenía idea acerca de qué tipo de pasto crece en la colina esa. Heno blanco y margaritas, de hecho.

–Ah, *sí*. Las margaritas están en la lista de exclusión. Un alérgeno de alto riesgo.

Me echa una mirada que dice “pues ahí lo tienes”.

–Y lo siento mucho por el idiota que decidió comerse una barra de Snickers mientras caminaba, pero no soy alérgica a los frutos secos. Por Dios, ¿te imaginas vivir en un mundo sin maní?

–El horror –dice Lennon, con una mueca cómica–. No serás alérgica al maní, pero mira todas las cosas que te ponen mal.

Usa los dedos para contar.

–El estrés, las margaritas, los camarones que cocina Sunny...

–Camarones podridos –musito con alegría.

–Camarones podridos –repite, imitando la voz de Sunny–. Ah, y también el perro del viejo y malvado señor McCrory, ¿lo recuerdas? Te lamió la mano y cinco minutos después...

–Eso fue raro. Los besos de Andrómeda no me dan alergia. ¿Cómo iba a saber que la saliva de ese sabueso del demonio era venenosa?

–Quizás estuvo masticando margaritas.

–O camarones.

–Eres una anomalía, Zorie Everhart.

–Soy original, por sobre todas las cosas.

–A ver, original, démosle a tu cuerpo cubierto de urticaria algo de almorzar, así podemos salir de este cañón antes de que llegue la tormenta.

Encontramos un buen lugar para sentarnos y comemos rápidamente de nuestros contenedores anti-osos; cuando volvemos al sendero no me duele el cuerpo tanto como antes. El descanso sirvió, o los remedios extra, o tal vez me estoy acostumbrando al senderismo. Sea lo que sea, adopto un buen ritmo. Un pie detrás del otro, mirando alrededor y respirando.

Cabeza despejada, pasos constantes. Siempre avanzando.

Hacemos una segunda parada por la tarde, y ahí siento un cambio en el aire.

Un aroma distinto. Casi dulce. Es intenso y fresco, y lo trae el viento que se ha levantado.

Lennon mira al cielo.

–¿Ves aquellas? Son nubes cúmulo. Se están apilando y formando torres de nubes. Cuando pasa eso, llega la lluvia.

–Ay, no.

–Estamos casi afuera del... –dice, mirando el mapa satelital en su teléfono–. Ah, mierda... Mi teléfono murió. Préstame el tuyo.

Extraigo el celular, pero también se quedó sin batería. Mierda. No puedo enviarle un mensaje a mamá. Seguramente, entenderá y pensará que es porque no hay señal.

Lennon se queda mirando la pantalla negra por un largo rato antes de devolverme el aparato.

–No importa. Sé dónde estamos. Saldremos del cañón en media hora, más o menos. ¿Te sientes bien como para seguir caminando?

–Si eso quiere decir que no nos mojaremos, entonces claro que sí. Marchemos.

Caminamos rápidamente durante unos minutos, pero ahora el viento azota el cañón. Lo suficiente como para echarme el cabello en el rostro. Lennon mantiene la vista en el cielo. Parece que está oscureciendo más. Me hubiera gustado preguntarle más cosas sobre la tormenta. No parezco yo *para nada*, porque me concentré únicamente en saber lo necesario para atravesar el cañón sin que me comieran viva los mosquitos. No pensé en lo que sucedería después. Y la tormenta no nos dará un premio por cruzar el cañón. Algo como: *¿Cruzaron al otro lado? ¡Buen trabajo! ¡No lloveré encima de ustedes!*

¿Qué haremos cuando llueva?

–¿Soy bueno, o soy un maldito genio? –exclama, unos pasos más adelante de mí.

Cuando lo alcanzo y llego a la cima de la colina, veo lo que él ve.

Un bosque frondoso compuesto por árboles gigantes.

Capítulo 23



El cañón se abre y nos conduce directamente hacia el río que lo atraviesa como una flecha.

–Majestic Grove –dice Lennon, y se detiene para alzar la vista hacia los enormes troncos–. Secuoyas gigantes. Son los árboles más grandes del mundo. Muchas de estas bellezas tienen mil años de antigüedad. Las secuoyas rojas de la costa pueden tener más altura, pero las que crecen aquí en las Sierras son más grandes.

He visto secuoyas rojas en la costa cercana al observatorio, pero jamás había visto un bosque entero de árboles gigantes. Algunos son grandes como autos y prácticamente tapan el cielo. Y los helechos del cañón no tienen comparación con los de aquí. Crean una alfombra verde sobre el suelo del bosque y tienen las hojas tan grandes que parece que están compitiendo con las secuoyas por ver quién crece más.

–Parece prehistórico –murmuro.

–Las escenas del bosque de Endor con los ewoks de *El regreso del Jedi* fueron filmadas en la bahía en un bosque como este. Muy genial, ¿no?

–Es bellissimo –digo mientras entramos en el bosque antiguo, alzando el cuello para mirar los colosales troncos. El suelo es esponjoso, y hay un aroma raro, a biblioteca al aire libre, huele a humedad. Pero me gusta. Y es silencioso. Me llama la atención, porque el cañón estaba repleto de cantos de pájaros y el eco del río reverberando en las paredes rocosas. El río fluye también por aquí, pero es un murmullo más suave, porque lo absorben los árboles.

Camino hacia una secuoya y paso la mano sobre la corteza suave y corrugada, maravillada.

–¿Cuántas personas harán falta para darle la vuelta? –pregunto, mientras extiendo los brazos y trato de abrazar el tronco.

–Demasiadas –responde Lennon, que está de pie cerca de mí y también está abrazando el árbol. No llegamos a cubrir ni una cuarta parte de la circunferencia.

–Amo este lugar –exclamo, y realmente lo siento así.

–Es mi lugar preferido del parque –dice Lennon, con los ojos brillantes–. Es mi catedral.

Entiendo por qué.

–Hay un sendero mayor que pasa al norte del bosque de secuoyas –comenta, señalando hacia la izquierda–, a varios kilómetros de aquí. Nadie pasa por aquí. Está protegido. De hombres y bestias. Los árboles bloquean la luz del sol, por lo que hay menos alimento para los animales. Menos insectos para las aves, por eso es más silencioso.

–No hay mosquitos.

–Hay *menos* mosquitos –me corrige.

–Lo acepto. Es mejor que nada –respondo, y miro a nuestro alrededor–. Esto es irreal. Ojalá nos pudiéramos quedar.

–Podemos. Acamparemos aquí.

–¿Esta noche?

–Ahora mismo. Paramos temprano.

–¿De verdad?

–De verdad. La razón número uno es que me encanta. Sé que puede sonar extraño, pero porque hay poca luz, me hace muy feliz estar aquí. Y cuando lo descubrí por primera vez, una de las cosas que pensé es que me hubiera gustado que estuvieras para compartirlo conmigo.

Lo miro a la cara y se me derrite el corazón.

–Ahora lo estás –dice, quedamente.

Un trueno resuena en la distancia.

Lennon apunta al cielo.

–Y esa es la segunda razón. Va a ser una tormenta importante, y necesitamos encontrar un lugar para acampar. Alejémonos un poco más del cañón y busquemos un buen lugar. Rápido.

No hay senderos aquí, así que debemos hacernos camino entre los árboles y helechos y seguir el río a medida que entramos cada vez más profundamente en el bosque de secuoyas. Los truenos suenan más fuerte, y me dan miedo, pero cada vez que encuentro un claro lo suficientemente grande como para

acomodar nuestras carpas, Lennon alza la vista y sacude la cabeza.

–¿Por qué? –pregunto finalmente, frustrada después del tercer rechazo—. Está cerca del río, pero no demasiado cerca. Es plano, es...

–Ahí –dice, apuntando hacia otro lugar. Es igual a este, básicamente. Quizás un poco más amplio. Estoy cansada de buscar, así que lo sigo y me alegra poder parar y dejar mi mochila en el suelo.

Lennon mira las copas de los árboles.

–Sí, aquí deberíamos estar bien. Armaremos las carpas cerca de estos dos árboles. Son la mitad de altos que los demás.

Cuando abre la mochila y extrae su carpa, los relámpagos centellean por encima de los árboles. Se queda quieto, escuchando.

Un trueno resuena a lo lejos.

–Quince segundos –dice—. Cinco segundos por cada kilómetro y medio. La tormenta está a menos de cinco kilómetros.

–¿Eso es malo?

–Los árboles nos protegerán, pero son altos, y las cosas altas atraen a los relámpagos. Es por eso que quería acampar debajo de árboles más bajos – hace un gesto indicando los dos árboles que flanquean las carpas–, de modo que los árboles más altos que nos rodean reciban el impacto. Esta no es como las tormentas en casa. Aquí los relámpagos matan gente.

–Todo el mundo se muere por aquí –me quejo—. Es prácticamente una tragedia griega.

–Sí, ¿no? –dice, esbozando una sonrisa.

–Pero...

–Armamos las carpas primero, después hablamos –observa, mientras desenvaina las partes de su carpa.

Me apresuro a buscar la mía, y para cuando la saco, él ya ha levantado la suya. Coloco el piso de la carpa junto a la suya, como hemos estado haciendo últimamente, pero él sacude la cabeza.

–Armémoslas puerta con puerta, enfrentadas –dice.

No pregunto por qué, pero confío en que Lennon tiene un plan. Se fija en algo de mi carpa, mide el espacio y me indica dónde empezar. Se ha levantado viento en el bosque, y el cielo está tan oscuro que parece que se hubiera hecho de noche bajo las copas de los árboles. Pongo la carpa en su lugar y conecto todos los palos, pero tenemos además el paso extra de colocar los cubretechos por encima. Toma mucho tiempo, y me apresuro a clavar la carpa con las estacas antes de que el viento se la lleve. Lennon termina de armar su carpa y

me ayuda a levantar el pequeño toldo que cubre la entrada de mi carpa. Ha tomado las medidas correctas, por lo que fuera de una separación minúscula, el toldo cubre el espacio entre las dos carpas y crea un pequeño pasillo cubierto.

Mete las mochilas en su carpa, menos las cosas para dormir.

–Prepararé todo en la carpa grande –me dice–. Tú ve a llenar las botellas de agua. La mía está casi vacía, y necesitaremos agua para cocinar. Quédate donde pueda verte, y apresúrate.

Oigo el estruendo sordo de los truenos. Tomo las botellas de agua y el filtro de Lennon, que es más rápido que el mío. Hay un camino diminuto hacia el río que serpentea entre un par de helechos gigantes. El agua corre rápido por aquí, y aunque podría cruzar el río en doce pasos, parece profundo. Me inclino junto al agua, asegurándome de pisar sobre terreno firme, y empiezo a bombear agua a través del filtro.

Mientras se llena la primera botella, oigo un trueno. Cuento mentalmente los segundos y observo los árboles. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

El destello de un relámpago.

Cinco segundos. ¿Cayó a un kilómetro y medio, entonces?

–¡Apresúrate! –escucho que grita Lennon desde el campamento, y me sobresalto.

–No puedo hacer que el agua pase más rápido por el filtro –murmuro entre dientes. Finalmente, la primera botella se llena. La cierro y pongo el filtro en la segunda botella, y empiezo a bombear.

Siento algo en la cabeza. ¿Es una gota de agua? Alzo el rostro. Una gota, definitivamente. Dos. Cuatro. Veinte. Es algo tonto estar tan preocupada por juntar agua cuando está por caer un montón encima.

Los truenos resuenan tan fuerte que son ensordecedores. Pero casi inmediatamente el cielo se ilumina. Escucho que Lennon me llama, pero trato de concentrarme.

–¡Mierda, mierda, mierda! –exclamo, y trato de bombear más rápido. Pero no lo suficiente.

El bosque entero se enciende con el estruendo más fuerte que he oído en mi vida.

Me arrojo lejos del río. La segunda botella cae en los rápidos, junto al filtro de agua. Por un momento estoy desorientada, y no puedo oír nada. La botella flota y desaparece en la espuma. Empiezo a perseguirla, pero una mano fuerte me toma del brazo.

–¡Déjala! –grita Lennon, y me lleva hacia el campamento.

Me toma de la mano y me doy cuenta por la fuerza con la que me lleva a través de los helechos de que no es broma. Estamos en problemas.

El corazón se me acelera mientras corro tras él en la lluvia; el aroma fresco de las acederas y el musgo emerge desde las suelas de mis zapatos. Y huele a algo más: a Navidad y a fuego. El relámpago. Prendió fuego las copas de los árboles.

Ese olor me aterra.

Corro sobre el terreno húmedo y mullido, y las carpas aparecen ante mí. Antes de que podamos llegar, vuelve a caer un relámpago. Por primera vez en la vida entiendo de verdad el asunto de Zeus y los rayos, porque luce exactamente así. Como si un dios enojado estuviera atacando el planeta con una pistola láser gigante. Suena como si hubiera estallado una bomba, y todo el suelo tiembla. Los arbustos, los enormes árboles... todo.

Creo que me voy a orinar encima del miedo.

Se me apagó el cerebro. Quiero llorar, pero tengo demasiado miedo. Soy puro terror y estoy completamente convencida de que voy a morir.

Todos estos árboles gigantes, y sin embargo no hay nada que nos proteja. No hay refugio. No podemos cerrar la puerta. Ni escapar de la tormenta en auto. Me siento tan pequeña e indefensa.

Justo antes de que alcancemos las carpas, Lennon me tira al suelo y se agacha sobre mí.

¡Bum!

El mundo se vuelve blanco.

Estoy agachada sobre algo que no es ni tierra ni lodo, mojada hasta los huesos. La lluvia se desploma con fuerza sobre nosotros y siento olor a madera quemada. Siento que esto no terminará nunca. *Mátanos ya*, pienso. Vamos, acabemos con esto.

Lennon tiene los músculos rígidos como el acero cuando cae el próximo golpe. Pero siento que él también se sobresalta. Es como estar en medio de una zona de guerra. A los segundos, otro relámpago.

Pero...

Este no suena tan fuerte. Ni tan cerca. Los truenos y los relámpagos se están separando de nuevo. Esperamos... durante segundos o minutos, no lo sé. Pero de pronto ya no se siente como el fin del mundo, y Lennon se relaja.

¿Ha terminado? Aún escucho truenos a lo lejos.

–Estamos a salvo –me dice Lennon al oído–. Te dije que era una tormenta

grande, ¿no? Y escucha eso. Se está moviendo más lentamente ahora. Sigo contando. Mayor lentitud significa mucha lluvia, pero por ahora ya estamos fuera de la zona de relámpagos. Vamos, levantémonos.

Me ayuda a incorporarme, pero no veo nada.

–Mis gafas –digo.

–Las has perdido por algún lado –responde Lennon, mirando a nuestro alrededor.

–También perdí las botellas de agua.

–Una está en la orilla. La buscaremos más tarde. Y tenemos otro filtro. En el peor de los casos, hervimos agua.

Y puedo vivir sin gafas por unos días. Estoy muy atontada como para preocuparme.

Me alza la barbilla.

–Está todo bien. ¿Estás bien?

–Sí –asiento.

–Eso fue intenso.

–Eso fue... –me río. No puedo evitarlo. No sé si es risa nerviosa o alivio, pero me aparto el cabello mojado del rostro y río—. Casi volamos por los aires. Casi morimos.

–No, Zorie, acabamos de *sobrevivir* –Lennon alza ambos brazos y los puños, victorioso—. ¡Estamos vivos! ¡Ganamos!

Tiene razón. Sobrevivimos. La supervivencia es una cosa hermosa. Río y alzo las manos sucias, y dejo que la lluvia lave el lodo. Todavía siento la adrenalina en las venas, y me siento invencible.

Lennon se aparta el cabello oscuro de los ojos. Tiene la ropa pegada al cuerpo, destacando cada curva. Cada ángulo. Cada músculo. Es prácticamente solo apto para mayores de edad. Mejor dicho, es *exactamente* eso, porque parpadeo en la lluvia y veo que me está recorriendo con la mirada. Y no hay ni una gota de cortesía en la manera en la que me observa.

Quizás la tormenta nos rompió algo en el cerebro.

Inhalo profundamente. Él deja escapar un ruido ronco desde el fondo de la garganta.

Nuestras miradas se encuentran.

Saltamos uno sobre el otro al mismo tiempo.

Me lleva hacia él, un brazo sobre mis hombros, la otra mano sobre mi nuca. Sus ropas empapadas están frías, pero su boca se siente caliente sobre la mía. Me besa con fuerza. Es un beso impaciente, avaricioso. Voraz. Y cuando se

oye un trueno a la distancia, me sobresalto un poco, pero no me aparto.

Mi espalda choca contra la corteza lisa y húmeda de una secuoya, él se apoya contra mí. Es sólido, una pared de ladrillos de músculos, y me levanta hasta que los dedos de mis pies rozan las raíces irregulares del árbol. Y cuando presiona las caderas contra las mías, le devuelvo la presión, y siento su inconfundible dureza entre nosotros. Me estremezco.

Lo envuelvo con mis piernas, y él me sostiene contra el árbol mientras me calienta el cuello con sus besos. Huelo su cabello y el aroma de la corteza de la secuoya. Cae tanta lluvia que mis manos se empiezan a deslizar de sus hombros. Le echo ambos brazos al cuello y me aferro con fuerza.

–Carpa –me susurra al oído. No sé si es una pregunta o una afirmación, pero le respondo que sí. Y él me dice que me sostenga fuerte, pero creo que si lo abrazo más fuerte le romperé un hueso. Mi espalda abandona el árbol, y él me alza durante unos pasos. Nos resbalamos en el lodo, y luego cuando él me deja caer torpemente frente a las carpas, me estoy agarrando tan fuerte de él que casi lo arrastro conmigo. Nos golpeamos las cabezas.

–¡Ayyy!

Reímos, y siento que estoy desvariando un poco.

–Estamos empapados –digo.

–Sí –coincide, y me aparta los rizos mojados del rostro.

–Se mojarán las bolsas de dormir.

–Quizás deberíamos, no sé –dice, encogiéndose de hombros lentamente–, sacarnos la ropa antes de meternos.

Siento el pulso latiéndome en las orejas.

Desnudos.

Lennon.

Yo.

Nosotros.

–Eso sería lo más práctico –asiento, y trato de sonar despreocupada.

Pero esto no es *ninguna* tontería. Y ambos lo sabemos.

Nos arrojamos uno sobre el otro, y él me quita la camiseta. Tengo las mangas enredadas, y él se ríe, mientras trata de despegar la tela mojada. De pronto cede, y su brazo vuela hacia atrás. Mi camiseta choca ruidosamente contra la carpa.

Lennon hace una pausa y me mira, con una sonrisa cautelosa.

–¿Vamos a hacerlo? –suena sorprendido.

Me da un poco de vergüenza, pero no tanta como para detenerme.

–Pero claro que vamos a hacerlo.

Caen los zapatos y los calcetines en el lodo. Y luego le quito la camiseta, y ambos atacamos los jeans del otro como si fueran a autodestruirse si no los quitamos rápido. Ah, bueno, los calzones mojados son *sin lugar a dudas* algo pornográfico. PUEDO VER TODO, y no logro apartar la vista. Ni siquiera me importa estar temblando en sujetador y bragas en el medio de un bosque.

–Espera, espera, espera –le apoyo una mano sobre el pecho. Mi boca es más rápida que mi cerebro. Continúo, con firmeza–. No puedes dejarme embarazada.

El rostro de Lennon se contorsiona con varias expresiones simultáneas.

–Eso es algo que ningún tipo cree que escuchará.

–Quiero decir, seguro que *podrías*, y ese es el problema. No planifiqué esto. Eso quiero decir.

Uf, qué idiota, pienso, y de pronto me siento cohibida. Pienso en lo que pasó con Andre, y lo estúpidos que fuimos. Y ahora estoy asumiendo cosas, porque nos estamos desnudando. ¿No tendría que asumir nada, entonces? Me siento completamente trastornada.

–Olvidalo –agrego.

Abre la boca para responder, pero se queda callado un momento.

–Espera –dice.

Se introduce bajo el toldo que conecta las dos carpas y desaparece dentro de la suya, después de abrir la cremallera. No sé qué hacer. Estoy de pie en la lluvia, semidesnuda y humillada, y...

Lennon emerge. Se arrastra bajo el toldo en dirección a la carpa grande, abre el cierre y arroja nuestras toallas de campamento dentro. Luego, alza la mano para mostrarme una larga tira con brillo metálico de envoltorios de condones antes de arrojarlos también dentro de la carpa.

–Quizás tú no hiciste ningún plan, pero yo sí –dice, sonriente–. Lema de niño explorador. Siempre listo.

–Santo cielo. ¿Cuántos trajiste?

–Quizás fue ilusorio, y se ve que no aprendí nada del fiasco del hotel. Y, bueno, una de las cosas buenas de Juguetes en el ático es una provisión interminable de condones gratis. Ven aquí.

Con el corazón acelerado, me agacho debajo del toldo y tomo su mano, y ambos nos arrastramos rápidamente dentro de la carpa. Adentro está en penumbras, y huele mucho a nailon y lluvia. Soy muy consciente de lo pequeño del espacio, y de cuán largas son las piernas de Lennon. De cuánta piel

desnuda hay a la vista, la de él y la mía. Esos calzones pornográficos. NO MIRES.

Demasiado tarde. Se ve que no está nervioso.

Pero de pronto, yo lo estoy. Muy, *muy* nerviosa. ¿Por qué?

Miro hacia abajo y veo mis sarpullidos totalmente expuestos. Eso no me ayuda. Espero que esté lo suficientemente oscuro como para que él no los pueda ver, y rápidamente muevo el brazo para cubrirme el estómago.

—Ey —me dice en una voz dulce, me aparta la mano del estómago y entrelaza los dedos con los míos—. Soy yo.

—¿Tú? —sacudo la cabeza—. Ese es el problema. Eres tú. Y yo. Y acabo de recuperarte. Ni siquiera tenemos un plan para lo que nos espera cuando volvamos a casa. Todo podría acabarse. Mis padres quizás se divorcien. Quizás me obliguen a vivir con papá...

—O todo podría salir bien.

—Ese es el problema. La vida es impredecible, que es lo peor de todo. Necesito seguridad. Necesito algo con lo que pueda contar. Y si esto sale mal o se vuelve raro, entonces...

—Entonces, ¿qué? ¿Cuán malo puede ser? Estoy bastante seguro de que me sé lo básico.

—Es más fácil para ti. Eres un tipo. Tu cuerpo no es un misterio.

Se queda pensando un momento.

—Me gustan los misterios. Se me da muy bien resolverlos.

Dudo.

—¿Cuán bien?

—Muy, *muy* bien. No descanso hasta resolver el misterio. Soy la jodida Nancy Drew.

Me río.

—¿Ah, sí?

—¿Recuerdas el gato atigrado del señor Henry? ¿Quién descubrió que había sido secuestrado por el supremasista blanco que vive al final del callejón?

—Tú. Deja de hacerme reír.

Con los ojos alegres, extiende una toalla y me hace un gesto con el dedo para que me acerque. Me inclino hacia delante y lo dejo que me seque el cabello.

—¿Y quién descubrió que la peluquería estaba robando la electricidad del Jitterbug cuando la gerente se quejó por la boleta de electricidad?

—Tú —murmuro, con la cabeza inclinada. Me gusta sentir sus manos en mi

cabello, y desde aquí tengo una muy buena vista de su pecho y sus brazos—. Un momento, ese misterio lo resolvimos juntos. Yo fui la que dijo que alguien podía estar robándoles electricidad.

—Pero ¿quién investigó en Internet y siguió la pista hasta la peluquería? ¿Quién te hizo hacer de vigía en el callejón mientras yo examinaba los medidores, y entonces me gritaste porque no te dejaba comprar café hasta que termináramos?

—No te grité.

—Sí que me gritaste —dice, quitando la toalla y pasándosela rápidamente por el pelo hasta que le queda todo parado—. Y me puse furioso. Y *esa* fue la primera vez que me dieron ganas de besarte.

—Espera, no. No es posible. Teníamos...

—Catorce.

—¿Querías besarme cuando teníamos catorce?

—Quería hacerte muchas cosas cuando teníamos catorce. Quince. Dieciséis. Cuando me besaste, ya tenía una bóveda de fantasías con Zorie más grande que Fort Knox. Pensé que nunca sentirías lo mismo.

Me quedo sin palabras. Estoy sorprendidísima, e intento encajar su confesión en los recuerdos de lo que éramos.

Lo que somos ahora.

—Y sé que odias la tienda de mis madres, y a veces yo también la odio — dice, y arroja la toalla a un rincón—. Pero otras veces, tiene sus ventajas.

—¿Además de los condones gratis?

—Además de eso —sonríe con picardía.

»Te sorprendería saber las cosas que he aprendido. Las clientas son sorprendentemente específicas, y no creerías la mierda que te cuentan. Cualquier cosa mala (o buena) que creas que puede pasar, ya le ha pasado a alguien antes.

—Mmm.

—Lo que quiero decir es que todos los cuerpos son extraños. Nombra cualquier misterio. Te ayudaré a resolverlo.

—No es que no pueda resolverlo por mí misma. Que te quede claro.

—Esta es la mejor conversación que hemos tenido, quiero que lo sepas. Y me estoy guardando la imagen de tú resolviendo tus propios misterios en la bóveda para futura referencia...

—Ay, santo cielo —musito, un poco espantada.

—Pero en este momento, ¿no sería más más divertido resolver el crimen

juntos?

–Me preocupa que sea malo, o incómodo –digo con un hilo de voz.

–A mí también me preocupa –replica, rozándome con las uñas el hombro, el brazo, y siguiendo el trayecto con la mirada–. Esto no es una tontería. Esto no es cosa de nada. Es importante. Es épico.

–Somos tú y yo.

Asiente.

–Pero ¿después de anoche en la colina, y de ahora mismo, ahí afuera?

–Estamos bien juntos –confirmo, y abro la mano cuando me pasa el dedo por los nudillos–. ¿Verdad?

–Estamos increíblemente bien. Somos un cohete espacial repleto de potencial. O morimos en un incendio antes de abandonar la atmósfera terrestre, o la superamos y orbitamos la luna.

–Si estás tratando de seducirme con cosas espaciales, está funcionando.

Sonríe divinamente.

–¿Sí?

–Sí.

–¿Quieres intentarlo?

Asiento lentamente.

–Creo que sí.

–¿Estás segura?

Sí. Lo estoy, de hecho.

–Llévame a la luna.

La lluvia cae contra la carpa, Lennon me acerca hacia él y nos metemos en la bolsa de dormir. Boca sobre boca, cadera sobre cadera, latido sobre latido. Estamos menos desesperados que cuando estuvimos afuera, más atentos al otro. Es una consciencia fervorosa, nerviosa y excitante a la vez, y cuando nos quitamos la última capa de ropa, me tranquiliza hablándome con la voz baja y calma, y lo sigo como si fuera un faro en la tormenta.

Me guía. Me da confianza. Se asegura de que no me pierda en aguas profundas y me hunda.

Luego, es mi turno al timón. Me escucha. Sigue mis instrucciones. Usa mis instrucciones para crear nuevos caminos.

Es un mundo nuevo.

Y es completamente absorbente. Estoy a punto de arrojar todo lo aprendido por la borda porque él no encuentra los condones, y no me importa, y *debería* importarme, sin lugar a dudas, pero estoy dispuesta a abandonar mi vida en la

civilización y vivir en esta carpa como hippies sin casa si él...

–¡Estaban aquí! –exclama, y parece al borde de un ataque de pánico.

–Espera, ¿qué es esto? –pregunto, y saco algo que está debajo de mi espalda.

–Gracias, gracias, gracias –murmura.

–Apresúrate.

–No, no digas eso. Créeme, apenas si aguanto.

–¿Por favor? –susurro.

–Me vas a matar, Zorie.

Cada vez que dice mi nombre con esa voz suya aterciopelada siento que voy a morir. Tengo los sentidos sobrecargados de placer, y estoy a punto de llegar a algo increíble, y realmente, *realmente* no quiero que se detenga. Pero entonces... está sucediendo. Está sucediendo. Se siente bien, y un poquito incómodo, y a veces gracioso, porque guau, los cuerpos humanos son raros. Pero también es mejor de lo que creía... de lo que esperaba.

Es todo él, y toda yo, y por sobre todas las cosas, somos nosotros, nosotros, *nosotros*.

Capítulo x



—Te dije que resolvería ese misterio —me dice Lennon después de un rato de estar abrazados escuchando mientras llueve afuera—. Dos veces —añade. Yo sonrío contra su pecho.

—Nunca tuve dudas. Eres la jodida Nancy Drew, después de todo.

—Y tú eres el jodido Sherlock Holmes.

—Si abrimos una agencia de detectives, quiero esos dos nombres pintados en la puerta, exactamente así.

—Mis madres tendrían que haberle puesto a la tienda “La agencia de detectives”.

Me río, y él finge morderme el cuello y me hace chillar. Me abraza más fuerte. No tengo problemas con eso, porque no puedo dejar de tocarlo. La barba incipiente. Las gruesas cejas. La curva de sus músculos sobre las caderas. Nunca he estado tan cerca de él, y hay mucho para explorar.

Pero cuando mi estómago gruñe, nos damos cuenta de lo tarde que es. No sabemos *exactamente* cuán tarde, porque nuestros teléfonos están sin batería, y la súper brújula de Lennon —nuestra única fuente para saber la hora— se encuentra en ese momento en el bolsillo de sus jeans, que están enterrados en el lodo afuera de la carpa. Pero hemos estado jugando a los detectives un buen rato ya, y necesito cosas que están en la otra carpa. Comida. Toallitas húmedas. Ropa seca. Bueno, no tengo mucho apuro con lo último, pero cuando Lennon se ofrece como voluntario para arrastrarse bajo el toldo e ir a la otra carpa, añado ese ítem a la lista, y él valientemente sale de la bolsa de dormir.

La otra carpa está muy cerca, y es una estupidez, pero odio que se tenga que ir tan lejos. Cuando ajusto la malla que está sobre la puerta para mantenerla

abierta, toda mi atención se concentra en la visión de Lennon metiéndose desnudo en la otra carpa.

–Qué vista interesante –le digo desde la entrada.

–Vivo para complacer.

Tiene que hacer dos viajes, y entre viaje y viaje se escabulle afuera por unos minutos. Lennon desnudo en el bosque. Qué buen momento para tomar una foto. Pero vuelve con una de las botellas de agua, que me pasa tiritando, y se mete en la otra carpa. Esta vez, emerge luciendo calzones y me arroja una camiseta. También atacó nuestra provisión de comida, ¡aleluya!

Nos acostamos boca abajo con las cabezas asomando por la entrada de la carpa, y armamos la cocina de campamento de una hornalla debajo del toldo. La cocina no es más que una botella de combustible con cuatro varillas que se despliegan para sostener una olla. Calentamos agua para preparar un chocolate caliente, que está dentro de dos paquetes de raciones listas para comer del ejército que trajo Lennon. Cada paquete contiene un millón de cosas: una barra dulce, galletas saladas, frutas deshidratadas y lo mejor de todo, un paquete de mantequilla de maní.

–Supuse que eso te iba a gustar –dice Lennon con una sonrisa cuando revisamos los contenidos de las raciones. También contienen cucharas, servilletas, fósforos e incluso una minúscula botella de salsa Tabasco y golosinas. La entrada se calienta en una bolsa de calor sin fuego que solo requiere un poco de agua para activar la fuente de calor. No sabe tan bien como las comidas deshidratadas gourmet de Reagan, pero muero de hambre, y las galletas y la mantequilla de maní compensan todo.

Una vez que terminamos de comer y limpiar todo, Lennon saca su cuaderno y los mapas, y me pongo de costado para observarlo recalculando el último tramo de nuestro viaje hacia el Cerro del Cóndor.

–Seis horas de caminata –me informa–. Quizás siete si hacemos descansos largos.

–No está tan mal.

–Nop.

–Ajá. Pensé que era más lejos –ambos contemplamos el mapa desplegado sobre el cuaderno–. ¿Estás seguro de querer venir conmigo a la fiesta estelar?

–¿Por qué no querría ir?

–Habrá mucha gente que no conozco, y algunas personas que conozco de las reuniones mensuales.

–Y Avani.

–Tengo que usar su telescopio para tomar fotografías decentes, y lleva mucho tiempo hacer los ajustes correspondientes. Quizás te aburras, parado por ahí junto a un montón de cerebritos que miran a través de lentes y tratan de charlar con Sandra Faber.

–No sé quién es, pero supongo por el temblor de tu voz que es alguien importante.

–Tan solo hay una ley astronómica con su nombre, con la que logró estimar la distancia que existe entre galaxias. No es gran cosa.

–Impresionante –dice, y sonrío de oreja a oreja.

–De todos modos, solo digo que quizás odies la fiesta estelar.

–No te preocupes, no me aburriré. Estaré contigo. Además, me interesa todo lo que te interesa a ti.

–¿Ah, sí?

–Las lluvias de estrellas fugaces tienen onda. Podrás tomar montones de fotos geniales y hablar de galaxias. Y cuando estés lista para partir, volveremos a la civilización. Avani no es la única opción de transporte.

–Hay un autobús que pasa por ahí varias veces al día –confirmo–. Lo chequeé.

–Por algún lado tengo el cronograma de autobuses del parque nacional – dice, revolviendo en la pila de papeles que están entre las páginas del cuaderno–. Es del año pasado, pero dudo que haya cambiado.

Y mientras busca el cronograma, algo me llama la atención, y pongo los dedos en la esquina de la página para que no pase las hojas.

–¿Qué es eso? –pregunto.

–Uff, no mires –dice, y lo tapa con la mano.

–¿Por qué?

–Porque me da vergüenza.

–Bueno, *ahora* obviamente olvidaré todo –lo molesto, y le toqueteo las puntas de los dedos–. Muéstrame.

Gruñe, pero suelta la página. Espío por encima de su brazo y descubro dibujos de personas. Parecen personajes de animé, un poco estilizados, con líneas simples y claras, y ojos grandes. Me lleva un momento darme cuenta de que son todas chicas. La misma chica. Repetida una y otra vez desde distintos puntos de vista. Sentada ante un escritorio, haciendo deberes. Comiendo en una mesa de pícnic. Leyendo sentada en una escalera. Tomando café. La mayoría de los dibujos está hecho desde atrás, así que no se le ve bien la cara, pero...

Pero...

Tiene cabello oscuro y rizado, gafas y usa tela escocesa.

Paso la página lentamente y descubro más dibujos. La misma chica, una docena de veces. Cada dibujo tiene la fecha escrita en la letra cuidadosa de Lennon. Son del otoño pasado. De la primavera pasada. De este verano.

El último es de la semana pasada. La chica está de pie en un balcón, mirando por un telescopio.

Los dibujos son halagüeños. Son tristes. Están llenos de deseo. Son el corazón expuesto de Lennon.

La garganta se me cierra con ternura y dolor. Es un dolor agrídulce, uno marcado por lo horrible que ha sido este año para los dos. Intenté con todas mis fuerzas reprimir mis sentimientos por él, meterlos en una cajita y esconderla en un rincón de mi cerebro. Hice todo lo posible por olvidar.

Y Lennon hizo todo lo posible por recordar.

Mis lágrimas caen sobre la página, y la manchan. Trato de secarlas con el dedo, pero la tinta se corre.

–Perdón –susurro–. Son hermosos, y los arruiné.

Cierra el cuaderno y me acerca para secarme las lágrimas de la mejilla con el pulgar.

–No pasa nada –murmura, besándome los párpados–. No los necesito más. Te tengo a ti.

* * *

Al día siguiente, le suplico que nos quedemos un día más en nuestra catedral de secuoyas. Tenemos tiempo de sobra para llegar a la última noche de la fiesta estelar, que es el mejor momento para ver la lluvia de estrellas fugaces, de todos modos. Nuestros celulares están muertos, así que no le puedo avisar a Avani que llegaremos un día más tarde, pero ¿importa? Ella ya estará allí. Y es probable que esté tan ocupada pasándola bien que ni se dará cuenta. El único problema potencial es mamá, porque *es cierto* que le prometí que le enviaría un mensaje cuando llegara a la fiesta. Pero también le dije que íbamos a llegar hoy tarde a la noche, ¿y qué cambia un día? Además, estoy de mochilera, no tomando un autobús con horarios. Seguramente entenderá que no es una ciencia

exacta. La puedo llamar del celular de Avani en cuanto lleguemos al Cerro del Cóndor mañana.

Le presento todos esos argumentos a Lennon pero, sinceramente, no necesito convencerlo. Está de acuerdo, y nos quedamos.

La tormenta pasa, así que aprovechamos el día haciendo cosas prácticas. Lavamos la ropa en el río. Juntamos leña y la ponemos al sol para que se seque. Encontramos mis gafas. También nos la pasamos haciendo cosas poco prácticas. Bañándonos en el río juntos (poco baño, mucho toqueteo). Leyendo el manga que Lennon trajo en la mochila (poca lectura, mucho toqueteo). Durmiendo la siesta (poco sueño, más sexo que casi deja a Lennon sin un ojo cuando salta un palo de la carpa).

Todavía tengo sarpullidos, pero no me estoy rascando mucho. En parte porque estoy tomando la medicación regularmente, y en parte porque me di por vencida y permití que Lennon me embadurnara con la olorosa crema de marihuana de la señorita Angela. Creo que nunca me he sentido tan relajada: sexlajación, le dice Lennon, y proclama que se hará millonario vendiéndola como una cura para las alergias y el estrés.

Pero todo lo bueno termina, y cuando nos quedamos sin condones, sabemos que es hora de irnos.

Adiós, campamento sexual.

Mientras guardamos todas nuestras cosas, reviso la cámara para ver si aún funciona, y me doy cuenta de que no he tomado ni una sola fotografía del viaje. No solo eso. Tampoco he revisado obsesivamente mis mensajes ni mis redes sociales. No sé qué es tendencia en Twitter, ni publiqué nada. No puedo revisar la cantidad de vistos, me gusta, favoritos o compartidos. Y no tengo idea de las noticias.

–Nos desconectamos –le digo a Lennon.

–Lo sé. ¿No es genial?

De hecho, lo es. Quizás no es algo que quiero hacer siempre, pero tampoco morí por hacerlo.

Esperamos hasta el último momento para irnos, después de almorzar. Siento la mochila más pesada, aunque tiene exactamente la misma cantidad de cosas dentro. Creo que tiene tan pocas ganas de irse como yo.

Pero es hora de partir.

Caminamos por prados durante toda la tarde, y cenamos junto a un lago que es uno de los cuerpos de agua alpinos más grandes del estado. Estamos a más de mil quinientos metros de altura, por lo que el agua está demasiado fría para

nadar, pero el paisaje es muy sereno. No tan sereno como la sexlajación, señalo. Lennon revisa todo tres veces. Definitivamente nos quedamos sin condones.

Cuando volvemos al sendero, mi cerebro se pone en funcionamiento. No hemos hablado de lo que haremos con papá cuando lleguemos a casa. O del futuro. No quiero pensar al respecto. Quiero quedarme aquí. Es imposible, lo sé, pero cuando empiezo a pensar en lo que nos espera: padres, escuela, los supuestos amigos que nos abandonaron, la sombra amenazante de la aventura de papá... Todo eso me genera dudas. Dudas, preocupación y miedo.

El sol se pone en el tramo final de la caminata cuesta arriba por las colinas. Hemos llegado a un sendero más importante con letreros oficiales del parque nacional que nos informan sobre las distancias a varias atracciones cercanas. Cerro del Cóndor está fuera de Bosque del Rey en una zona mantenida por el estado. Existen varios puntos panorámicos en y alrededor de las montañas, pero nos dirigimos a uno, el Punto Panorámico Norte, que está justo enfrente de nosotros a cinco kilómetros. La fiesta estelar es en un pequeño campamento debajo del punto panorámico, cruzando una carretera que bordea el parque nacional.

Una carretera de verdad. Con autos de verdad pasando por ella.

Nunca pensé que iba a tener tan pocas ganas de volver a la civilización.

Todas mis preocupaciones pasan a un segundo plano cuando descubro un gran letrero que anuncia la fiesta estelar a la entrada de un estacionamiento junto a un campamento pequeño. El letrero advierte al público que están entrando a una zona de cielo oscuro, y que solo se permiten luces rojas después del campamento, para evitar la contaminación lumínica. El lugar para ver la lluvia de estrellas está cuatrocientos metros cuesta arriba siguiendo un camino que rodea la montaña. Incluso pequeñas cantidades de luz blanca son un problema para los astrónomos, así que muchos de los autos y utilitarios tienen cinta roja adherida a los faros. Vine preparada, y tengo una pequeña linterna tipo lapicera con luz roja.

–Guau –exclama Lennon–. Un montón de gente. Es una fiesta estelar importante, ¿verdad?

Más de lo que esperaba.

–Quizás deberíamos fijarnos si Avani está por aquí abajo antes de subir al punto panorámico. Las estrellas fugaces no serán visibles hasta dentro de una hora, al menos, así que tenemos algo de tiempo.

Cruzamos el estacionamiento, y está repleto de autos. Los autos que se

quedaron afuera están estacionados al costado de la carretera. Las personas cargan fundas para telescopios que sacan de los autos, algunas profesionales, otras no. Hay varias familias con niños pequeños. Trato de encontrar a alguien de mi club, pero está oscuro, y el estacionamiento es caótico.

Una cerca de cedro divide el estacionamiento del campamento, que tiene la mitad del tamaño del que nos quedamos hace tres noches, y los campamentos individuales están pegados unos a otros. La mayoría parece estar ocupado por casas rodantes. Pasamos junto a un anuncio que dice que está completo.

Caminamos por el sendero principal que rodea el campamento, y a mitad de camino alguien corre hacia nosotros, moviendo los brazos.

–¡Zorie!

Es Avani, y se detiene justo a tiempo para arrojarme los brazos alrededor del cuello.

–¡Estás viva! –exclama.

–Claro que estoy viva –digo–. Disculpa que llegamos un día más tarde.

Avani se aparta y se queda mirando a Lennon con los ojos abiertos como platos.

–Guau. Estás aquí de verdad. Es decir, ey, Lennon. Es raro verlos juntos de nuevo. Pero ¡es bueno!

–Es bueno verte a ti también –responde Lennon, sonriendo.

La abraza, y recuerdo que han pasado más tiempo interactuando en la escuela del que yo he pasado con ambos todo el año pasado.

Avani está sin aliento, y pasa la mirada de uno a otro. Cuando recupera el aliento, frunce el ceño.

–Miren, lo siento tanto, *tanto*.

–¿Por qué? –entrecierro los ojos.

–No tuve opción. No tendría que haber dicho nada, pero insistió.

¿De qué está hablando?

–Es malo –dice, gesticulando–. Siento que es todo mi culpa.

–Tranquilízate y dinos qué pasó –replica Lennon.

Avani mira por encima del hombro.

–Por lo que me contaron, la mamá de Reagan llamó a tu mamá, Zorie. Así empezó todo.

Ay, Dios. No, no, no...

–El papá de Reagan enfermó –continúa– y no pudieron tomar el vuelo a Suiza, y aparentemente Reagan llegó a la casa con Brett, y se suponía que tenía que estar en el coso ese de *glamping* con ustedes. Pero ¿los echaron?

Tengo un nudo en el estómago.

–Fue culpa de Brett –precisa Lennon.

–Ah –dice Avani, distraída por un instante, y luego sacude la cabeza–. Bueno, entonces, tu papá llamó al Dr. Viramontes ayer, te estaba buscando.

–¿Qué? –exclamo, alarmada.

Asiente.

–Tu papá estaba muy molesto, y dijo que tu mamá y él habían estado tratando de ponerse en contacto contigo, pero que no respondías los mensajes...

–Nos quedamos sin batería –informo, pero no hago más que pensar en la conversación telefónica con mamá cuando estuve en el refugio hace tres días. ¡Ella lo sabía!

–... Y supongo que lo último que sabía tu mamá era que ibas a llegar ayer a la fiesta estelar, entonces él estaba enloquecido. Y el Dr. Viramontes me preguntó si yo sabía algo, porque tu papá estaba por llamar a la policía y denunciarte como desaparecida. Y entonces... –cierra los ojos con fuerza–. Le conté que me habías enviado un mensaje hace un par de días. Que venías hacia aquí caminando con Lennon. Que se suponía que iban a llegar ayer.

–Ay, Dios –musito.

–El Dr. Viramontes llamó a tu papá y le contó. Y le aseguró que le avisaría en cuanto ustedes llegaran. Pero como anoche no aparecieron...

–¡Se nos hizo tarde! –me quejo, exasperada.

Avani asiente, y mira a Lennon, que está soltando palabrotas en voz baja.

–¿Qué pasó? –pregunto.

–Escuché a escondidas un par de cosas, nada más –comenta–. Tu papá grita cuando está enojado. Estaba diciendo cosas sobre las Mackenzie, y que habían dejado que Lennon te secuestrara.

–¿Qué? –exclamo, presionándome las sienes con las manos.

–Y traté de intervenir y defenderte, Lennon –dice, mirando de nuevo por encima del hombro–. Pero el señor Everhart está... Bueno, me gritó y me acusó de ser partícipe...

–Ah, por el amor de Dios –digo–. Espera, espera, espera. Dijiste que escuchaste a escondidas... dijiste que te gritó. ¿Por teléfono?

Avani se muerde el labio y sacude la cabeza.

–Lo siento tanto, Zorie. Te envié un mensaje y te llamé para advertirte hace unas horas, pero no me respondiste.

Y entonces miro en la dirección en la que ella ha estado mirando. La puerta

de una casa rodante se abre de golpe, y salen tres personas. El Dr. Viramontes es el primero. Y detrás de él están mis padres.

Capítulo 25



—¡Zorie! —grita mamá desde la otra punta del campamento, con alivio evidente en la voz. Se adelanta y me echa los brazos al cuello—. Estás bien.

—Mamá... —espero decir las palabras correctas, pero estoy atrapada entre su preocupación y la tormenta de mierda que se me viene encima.

Se aparta y me toma el rostro entre las manos.

—Estás bien.

—Estoy bien.

Toca con una mano el rostro de Lennon.

—¿Tú también estás bien?

Asiente. Está serio.

—¿Qué demonios está sucediendo aquí? —ruge mi padre por encima del hombro de mamá. No me habla a mí. Ni siquiera me echa más que un vistazo superficial. Tiene la vista clavada en Lennon. Aparta a mamá y se pone muy cerca de él—. ¿Secuestraste a mi hija y te la llevaste al bosque?

—No secuestré a nadie —responde Lennon, con los ojos entrecerrados.

—Le pedí que me lleve —le digo a papá—. Reagan nos abandonó. Ella era quien debía llevarnos a casa. Y Lennon conoce el parque...

—Me importa tres pepinos. Reagan volvió a casa hace cinco días. ¡Cinco días! Has estado en el medio de la nada solo con mi hija, ¡mi hija! —le grita a Lennon.

—Dan —advierte mamá, tratando de alejarlo de Lennon.

El Dr. Viramontes carraspea.

—Zorie, me alegra ver que tú y el señor Mackenzie están bien.

—No había de qué preocuparse —digo, con una sonrisa tensa—. Siento haberlo metido en todo esto.

Sacude la cabeza.

–Estoy contento de que estés a salvo. Te invité a venir, así que me siento responsable.

–Por supuesto que es responsable –le espeta papá–. Son menores de edad.

–Me parece que la mayoría de los miembros de nuestro club son personas inteligentes y que se conocen bien, y no necesitan niñeras.

Papá resopla.

–Claramente usted no es padre, porque estos chicos no tienen idea de nada.

El Dr. Viramontes alza las manos en señal de paz.

–Como ya le dije, no discutiré con usted. Dado que la miembro de mi club ha aparecido y está sana y salva, dejaré que lo resuelvan entre ustedes. Les pido únicamente que no molesten a los demás campistas. Estamos aquí para contemplar la Naturaleza, no para perturbarla.

El Dr. Viramontes me dedica una mirada de lástima antes de alejarse. Mamá se introduce con cuidado entre Lennon y papá.

–Hablemos de esto civilizadamente –propone.

–El momento para ser civilizados ya pasó –replica papá.

Algo se quiebra en mi cerebro. Miro hacia atrás y me aseguro de que el Dr. Viramontes no puede oírme, y me vuelvo hacia él.

–Ha pasado, claramente –le digo–. Pasó cuando amenazaste a Lennon en el hotel. Sí, como lo escuchas. Lo sé. Sé *todo*.

–¿Qué hotel? –pregunta mamá.

–¿Ah, sí? –una sombra de furia pasa por las facciones de papá–. ¿Te dijo que lo descubrí tratando de usar una tarjeta de crédito robada y que me dio un puñetazo?

–Sí, y ese es el magullón que nos dijiste a mamá y a mí que te habías hecho en un lugar en construcción –le grito–. Mentiste. Mentiste acerca de Lennon. En vez de decirles a sus madres, te hiciste cargo de castigarlo cuando no tenías *ningún derecho*.

–¿De qué están hablando? –pregunta mamá–. Dan, ¿qué pasa?

–Lo encontré tratando de reservar una habitación de hotel para los dos –afirma papá.

Mamá parpadea rápidamente. Cuando abre la boca, emite un sonido entrecortado.

–Es verdad, lo hizo. Y mi vida amorosa es tema mío –le digo a papá–. Hiciste que mi mejor amigo se alejara de mí. Nos arruinaste la vida a los dos con tal de mantener oculto tu sucio secretito.

Silencio tenso. No puedo creer que acabo de decir eso. Se me... escapó, y mamá entrecierra los ojos, socarronamente. Quisiera poder volver el tiempo atrás. Miro alrededor para ver si alguien puede oírnos discutiendo, pero nadie parece prestarnos atención salvo Avani, que parece no saber si irse o quedarse.

–Zorie –dice mamá, tranquila–. ¿Qué sucio secretito?

–Nada –no puedo mirar a papá. ¿Por qué abrí la boca?

–Zorie –insiste mamá, con mayor firmeza.

–Lennon estaba en el hotel por el baile de bienvenida –le explico, con lágrimas cayéndome por las mejillas–. Papá estaba en el hotel... porque estaba con otra mujer.

Mamá me mira fijo, y se vuelve hacia papá con calma.

–¿Era Molly?

Él asiente una vez, rápidamente.

–Entiendo –dice mamá.

¿Qué?

–¿Eso es todo? –los miro, incrédula, primero a ella y luego a él.

–Sé acerca de ella –precisa mamá–. Estábamos pasando por un mal momento. Eso quedó atrás ahora.

Me toca a mí quedarme con la boca abierta. Cuando finalmente puedo hablar, sueno como una imbécil.

–¿Cómo...? ¿Cuándo? ¿Lo sabías? No me dijiste nada. ¿Lo sabías?

Mamá le echa una mirada a Avani, que finge examinar el cielo nocturno.

–No es algo que quiero comentar en público. Pero sí, tu papá me contó... acerca de la otra mujer. Ya hemos pasado las dificultades.

–Te engañó –susurro.

–No voy a hablar contigo de esto ahora –me dice, rápidamente.

–¡No me dijiste nada!

–No era asunto tuyo –repone, enojada. Sus ojos oscuros brillan con emoción intensa–. Era asunto mío. Y solo mío. Y de tu padre.

–¿No soy parte de la familia? –exclamo–. ¿No merezco saber que mi padre es una mierda?

–¡Ey! –me reta mamá.

–No hablarás así de mí –dice papá–. Joy tiene razón. No era asunto tuyo.

Lennon se cruza de brazos.

–Lo convertiste en asunto suyo cuando le mentiste.

Papá apunta a Lennon con el dedo y avanza hacia él.

–Escúchame bien...

–No, no lo haré –lo desafía Lennon–. ¿Quieres pegarme? Adelante, viejo. Fui un estúpido y no me di cuenta en el momento, pero ahora sé que no tengo por qué tener miedo de tus amenazas. Hay un campamento entero de testigos. ¿Quieres pegarle a un menor de edad? Mis madres te verán en los tribunales.

–Nadie le va a pegar a nadie –grita mamá, dándole un empujón a papá, furiosa–. Esto es ridículo. Todo el mundo tiene las emociones fuera de control, así que no es el lugar ni el momento de discutir nada. Lo único que me importa esta noche es saber que Zorie y Lennon están a salvo. Iremos a casa y hablaremos de esto más tarde.

–No pienso llevar al punk a casa –dice papá, y mira por encima de la cabeza de mamá para hablarle a Lennon, apuntándolo con enojo–. Puedes arreglártelas solo para volver a casa. Sabe Dios que te sientes lo suficientemente adulto como para andar por el bosque con mi hija. Consíguete un taxi, toma un autobús, llama a tus madres. Pero no vendrás en mi auto.

–Dan –lo reprende mamá.

–No, no hay problema –dice Lennon, con la boca tensa–. No pienso aceptar ningún favor de él. Me las arreglaré.

–Los dos nos las arreglaremos –afirmo, y tomo a Lennon de la mano–. Porque no pienso subirme al auto contigo, papá. Me quedo aquí con Lennon.

–Ni se te ocurra –amenaza él–. Te vienes a casa con nosotros.

Plan nuevo.

Plan nuevo.

Plan nuevo.

¡No se me ocurre ningún plan nuevo! Estoy llorando, y soy consciente vagamente de que medio campamento nos está observando, y probablemente haya personas que me conocen. Personas que quiero conocer. ¡Sandra Faber! Cielo santo, existe la posibilidad de que una astrónoma famosa esté presenciando este espanto, junto a todos los que podrían ayudarme a entrar a Stanford.

Pero no me importa nada de eso, porque se me está rompiendo el corazón. Mi familia es una farsa, y estoy a punto de perder a Lennon de nuevo.

–Jamás te odié tanto como ahora –le espeto a mi padre.

Veo un relámpago de dolor en su mirada, pero en vez de hablarme a mí, señala a Lennon.

–Tú hiciste esto. Te culpo por corromper a mi hija. ¿Y adivina qué, pez gordo? Nada ha cambiado. No tienes permitido verte con Zorie.

–No eres quién para darme órdenes –replica Lennon.

–A ti no, pero a ella sí –dice papá, e inclina la cabeza en mi dirección–. Y por si no lo recuerdas, tengo evidencias de lo que hiciste el otoño pasado.

Lennon se encoge de hombros.

–Mis madres saben lo de la tarjeta de crédito, y saben lo de la habitación de hotel. También saben que estoy aquí con Zorie, y no están perdiendo la cabeza.

Papá lo va a matar. A asesinar, directamente. Me pregunto en serio si deberíamos pedir ayuda, y luego noto que hace un esfuerzo visible para calmarse. Respira hondo. Afloja la mandíbula. Clava la vista en el suelo.

–Zorie, vienes a casa con nosotros. Y no se hable más.

Habla en serio. Se está cayendo todo a pedazos.

¿Qué voy a hacer?

–No te dejaré –le digo a Lennon, llorando y volviéndole la espalda a mis padres–. No dejaré que nos haga esto. No quiero perderte. No quiero perderte.

Estoy desesperada, y me aferro a su camiseta.

La expresión de Lennon es glacial, y mira por encima de mi hombro en dirección a mi padre.

–Ve a casa con ellos. Estaré bien. Y encontraremos la solución juntos –me susurra rápidamente al oído, bajando la cabeza.

¿Cómo? ¿Qué solución encontraremos? No veo cómo puede arreglarse esto. Pero por sobre todas las cosas, no puedo imaginarme la vida sin él. Intenté vivir así el año pasado, y eso no era vivir. Era sobrevivir.

Sin pensarlo, me pongo de puntillas y le doy un beso. Es rápido y duro, y sigo llorando. Me devuelve el beso, y parece una despedida.

–Joy –dice papá, fríamente–, haz que Zorie entre en razones antes de que diga algo de lo que me arrepentiré. Nos vamos en tres minutos.

–Vine a tomar fotografías de la lluvia de estrellas fugaces –protesto, en voz queda. Ya no importa, y estoy peleando una batalla perdida–. Se suponía que iba a conocer a Sandra Faber.

Papá sacude la cabeza.

–Perdiste la oportunidad cuando nos mentiste acerca de con quién viniste aquí.

–¡Vine a las Sierras con Reagan! Ella no me dijo que Lennon venía, y sin lugar a dudas nunca nos dijo a ninguno de los dos que pensaba abandonar el campamento de lujo e irse con sus amigos. Lennon y yo no sabíamos que íbamos a terminar perdidos en el medio de la nada. ¡No lo planeamos!

–La vida es difícil –replica papá, apartándose bruscamente de mí, con los

ojos turbios—. Nadie planea nada.

* * *

El ambiente en el auto es opresivo y silencioso cuando papá conduce fuera del estacionamiento. Me vuelvo y veo todas las luces rojas de la fiesta estelar. Lennon ya se ha perdido en la multitud, así que ni siquiera puedo ver su rostro por última vez. Solo puedo ver cómo se desvanece mi libertad mientras una lluvia de meteoritos blancos cubre el cielo negro. Polvo y partículas, algunas apenas del tamaño de un grano de arena, desintegrándose a medida que pasan a través de la atmósfera terrestre. Que algo tan pequeño pueda crear una luz tan brillante. Parece un milagro. Sobrenatural.

Estrellas fugaces.

Con razón la gente pide deseos cuando las ve.

Y aunque no son estrellas, en realidad, y pedir deseos no tiene sentido, observo las rayas blancas pasar zumbando por encima de las montañas, y pido un deseo. Pido un deseo con todas mis fuerzas. *No permitan que lo pierda de nuevo.*

Capítulo 26



Mi padre conduce a toda velocidad durante el camino a casa, y se dirige derecho a su habitación sin decir una palabra. Como si quisiera alejarse de nosotras lo más rápido posible. Por mí no hay problema. No tengo nada para decirle. No quiero pelearme. No quiero hacer las paces.

En este momento, no quiero volver a verlo nunca más.

Con Andrómeda pisándome los talones, subo la escalera y cierro la puerta tan fuerte que una de las estrellas que brillan en la oscuridad se cae del techo. Es extraño estar de vuelta aquí. Solía ser un espacio seguro, pero ahora se siente contaminado. Todo huele raro. Polvoroso y artificial. Creo que estuve en la naturaleza demasiado tiempo, porque me siento en una prisión, no en un refugio. Andrómeda es lo único feliz en este apartamento. Por lo menos parece que me ha extrañado.

Es la una de la mañana, y me encuentro en ese estado raro en el que estás sin energía pero no cansada. Ni siquiera puedo mirar mis calendarios de pared. El verano es un desastre, y ahora mismo, en vez de ayudarme a estar tranquila, me recuerdan todo lo que ha salido mal. Así que me ocupo de lo que puedo controlar, y empiezo a desempacar mis cosas. Estoy armando una pila de ropa sucia para llevar a la lavadora cuando escucho un golpe suave en la puerta.

—Está abierto —digo, sin expresión alguna.

El rostro de mamá aparece en el descanso.

—¿Puedo pasar un segundo?

—¿Qué puedo hacer para detenerte?

Suspira, cierra la puerta detrás de ella y se sienta sobre la cama junto a mi

mochila.

–Sé que estás enojada con nosotros en este momento.

–Tienes que reconocer que tengo buenos motivos para estarlo.

Tiene sombras oscuras debajo de los ojos.

–Y nosotros tenemos motivos para estar enojados contigo también. Me mentiste, Zorie. Cuando hablamos hace unos días, podrías haberme dicho que estabas con Lennon.

–¿Ya lo sabías?

Juguetea con la cremallera de la mochila.

–La mamá de Reagan me llamó. Parece que Reagan volvió a casa antes de lo planeado con Brett Seager, pero no le contó a su madre que los habían abandonado a ti y a Lennon en el parque nacional. El campamento de lujo contactó a la señora Reid y ellos le informaron acerca de lo sucedido. ¿Los echaron por robar vino?

–Yo no tuve nada que ver con ese plan. Fue idea de Brett.

Mama suspira y sacude la cabeza.

–Más allá de eso, la llamada del campamento puso en evidencia las inconsistencias del cuento de Reagan, y allí fue cuando admitió que los habían dejado a ustedes dos. La señora Reid me llamó aterrorizada, un par de horas antes de que tú te pusieras en contacto. Tu papá no estaba, así que fui al lado y hablé con las Mackenzie.

Gruño quedamente.

–Síííí –dice mamá arrastrando la vocal, y me sonrío, tensa–. Me dolió enterarme de que ellas sabían lo del viaje. Lennon les había contado, pero tú no me contaste a *mí*. Me hizo sentir una mala madre.

–No lo supe antes de irnos, de verdad. Sabía... –vacilo, pero ¿qué sentido tiene seguir mintiendo?–. Sabía que Brett y los demás venían. Pero no supe que Lennon venía hasta que nos fuimos.

–Pero claramente has hecho las paces con él. Ese no fue un beso de amigos.

–No, no lo fue.

Sorbe por la nariz.

–Siempre supe que era cuestión de tiempo antes de que su amistad cambiase. El modo en el que él te miraba. El modo en el que tú lo mirabas a él...

–¿Qué tiene de malo eso? Deberías estar contenta. Lennon te caía bien.

–Me sigue cayendo bien. Mucho, de hecho.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

No responde, y acaricia a Andrómeda, que saltó sobre la cama y está tratando de participar de la conversación.

Está bien. No quiere hablar. Yo tampoco. Extraigo mi telescopio portátil de la mochila y lo coloco en el suelo. Reviso todas las piezas. Qué estupidez pensar que cargué con esta porquería montaña arriba y abajo por días y ni siquiera lo usé.

–Pasaron mucho tiempo solos con Lennon –dice mamá, finalmente–. Espero que se hayan cuidado.

–Nos cuidamos.

Deja escapar un gemidito y suspira profundamente.

No quiero hablar de eso ahora. Pongo la cámara junto al telescopio y desvío la conversación en otra dirección.

–Tuvimos un montón de tiempo para hablar de los secretos que todo el mundo me ha estado ocultando.

–Zorie...

–¿Sabías que su padre murió el año pasado? –le espeto, enojada.

–¿Adam...? –se me queda mirando y parpadea.

Ella tampoco lo sabía. Creo que esto es aún peor, de alguna manera. ¿Estábamos tan metidos en nuestras propias miserias que no nos dimos cuenta de que nuestros vecinos nos necesitaban? Me hace sentir mucha pena otra vez.

–Sí –confirmo–. Adam murió. Lo puedes decir. Se suicidó en octubre pasado. Ninguna de nosotras se enteró porque papá separó a nuestras familias.

Se tapa los ojos y deja escapar un sonido bajo, se incorpora de la cama y empieza a dar vueltas por la habitación.

–No puedo creerlo.

–Créelo –le digo–. ¿Tienes idea de lo que debe haber sido para Lennon? Me apoyó cuando nos mudamos aquí por primera vez y yo estaba haciendo el duelo. Y ha estado solo durante todo este tiempo, tratando de seguir adelante. Es tan injusto que...

Se me quiebra la voz, y tengo que detenerme un momento.

–No nos enteramos porque papá estaba muy ocupado tratando de ocultar el hecho de que se estaba encamando con una chica.

–No me hables así –responde bruscamente.

–Papá puede hacer todo eso y salirse con la suya, pero ¿yo no puedo decir nada?

–Fuimos a terapia.

Dejo de desempacar.

–¿Terapia? ¿Terapia? No solamente no me contaste que papá es un infiel asqueroso, ¿sino que además fueron a terapia en secreto?

–Era un tema nuestro, no tuyo.

–Pensé que éramos amigas.

Se le demuda la cara.

–Somos amigas. Zorie, tú me importas más que cualquier otra persona en este planeta. Más que... –hace una pausa. Empieza de nuevo–. Quise mantener a la familia junta. No quería ponerte en contra de tu padre.

–Demasiado tarde. Ya lo hizo él solito.

–Las relaciones son complicadas –explica–. Lo entenderás cuando seas mayor. Las cosas no son siempre blanco o negro. Las personas se equivocan porque están dañadas, pero eso no quiere decir que no merezcan perdón. No significa que no puedan cambiar.

–Papá sí que está dañado –musito–. Y no sé por qué perdonarlo es más importante que el respeto que te mereces. ¿Por qué él vale más? Te engañó con Dios sabe cuántas mujeres...

–Fue una sola, y todavía estaba pasando el duelo por lo de tu madre.

–¿Mi madre? ¡Murió hace años! Jamás lo vi llorar por ella. ¡Nunca! Ni una vez.

–Así es cómo sobrevivió. Trató de compartimentarlo, meterlo en una caja y olvidarlo. No sé si lo aprendió del imbécil de su padre, pero es algo que hace. Piensa que si ignora el problema, desaparecerá.

Tiene razón. Hace eso. Todo el tiempo.

Y yo también.

Joy suspira y mira por el balcón.

–La pena es escurridiza. A veces piensas que has superado algo, pero en realidad te has estado mintiendo a ti misma. Si no le haces frente, la pena se quedará hasta que lo hagas, llevándose poco a poco pequeñas partes de tu vida. Ni siquiera te das cuenta de que está sucediendo.

Eso lo puedo entender.

La muerte de mi madre biológica fue inesperada. Un día estaba aquí, al día siguiente, había desaparecido. Fue la peor clase de sorpresa. Mi mundo quedó patas para arriba. Ni siquiera me pude despedir. Y esa pérdida repentina disparó mis ansiedades... y modificó la manera en la que enfrento cualquier cambio. Si tengo un plan para algo que me genera estrés, si he considerado todos los ángulos y posibilidades, entonces lo tengo bajo control. Estoy a cargo. Nada puede sorprenderme, porque si planeo con cuidado, entonces

estoy preparada para cualquier eventualidad.

Pero no lo estoy. Porque no se puede tener todo bajo control. A veces estás en tu mundo sin meterte con nadie, y tu padre está ocupado teniendo aventuras. En ocasiones, planeas todos los detalles de un viaje con amigos, pero esas personas resultaron no ser tus amigos, para nada. A veces, sigues un camino bien trazado a través del bosque e igual te acechan los pumas.

Y a veces, a veces, te das por vencida con tu mejor amigo, pero él no contigo.

—No sabía que papá tuvo problemas cuando mamá murió —le digo a Joy—. Pero ¿sabes qué? Cuando me equivoco, tengo que hacerme cargo de las consecuencias. Es un hombre adulto, ¿y a él le perdonan todo? Creo que eso es una mierda. Y creo que mereces a alguien mejor. Las dos nos merecemos algo mejor.

—Zorie —suplica con suavidad.

—Estaba tan preocupada por lo que pasaría si papá y tú se divorcian, porque no podía soportar la idea de que me obligaran a vivir con él. Me imaginé que decidías que ya habías hecho suficiente criando una hija que no es tuya, y que mi vida volvería a hacerse pedazos. Perdería otra madre.

—Eso no sucederá jamás —afirma, y me toma de los hombros—. ¿Me oyes? Tú eres la razón por la que acepté continuar con este matrimonio. Tú, no él.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

—Me quedé por ti. Porque me necesitas, y yo te necesito a ti —me toma el rostro entre las manos—. Estoy criando a *mi* hija. Eres mía. No hace falta haberte dado a luz para amarte, dulzura.

Estoy llorando, y creo que ella también. Nos pedimos perdón entre susurros, y me abraza como lo hace siempre, tan fuerte que duele.

Y es un dolor lindo.

Cuando las lágrimas se calman, relaja el abrazo y me acaricia la espalda.

—Siento lo que pasó esta noche. Lo de la lluvia de estrellas fugaces y la escena... Lo de Lennon.

—No puedo creer que lo hayamos dejado ahí. Él jamás me hubiera dejado.

—Llamé a Sunny y le pedí disculpas antes de subir a verte.

—¿Está enojada?

—No está contenta. No le conté mucho, pero me pareció que ella ya sabía mucho más sobre lo que estuvo sucediendo que yo —me busca la mirada—.

¿Estás enamorada de Lennon?

¿Lo estoy?

Ay, Dios.

Lo estoy.

Estoy enamorada de mi mejor amigo.

Parpadeo y la miro a través de mis lágrimas.

–Creo que... Lo he estado durante un largo tiempo.

Asiente y sorbe por la nariz, con una sonrisa tierna.

–Hablaré con tu padre. Ahora está alterado, pero quizás se dé cuenta de que está siendo muy obstinado. No puedo prometer que cambiará de idea para mañana, pero tarde o temprano tendrá que aceptarlo. ¿Está bien?

No está bien, de hecho. No quiero tener que vivir como una mendiga, suplicándole a mi padre que me permita ver a Lennon. Pero no digo nada. Sé que está haciendo lo mejor que puede.

–Es tarde –me dice–. Y has tenido una noche agitada. Descansa, y hablamos mañana. ¿Sí?

Asiento, y me sonrío, cansada, antes de salir de la habitación.

Aquí estoy, hablándole de forma egoísta de estar enamorada, como si ella no tuviera dificultades en ese aspecto de su vida. No puedo ni imaginar lo que está viviendo con mi padre. Pienso en cómo se le escapó sin problemas el nombre de la amante de papá, como si fuera algo que ella había aceptado.

Molly. Ese es el nombre que dijo mamá.

Pero no es el nombre que ponía el sobre del álbum de fotos.

Catherine Beatty.

Una de muchas.

¿Será la misma mujer? Quizás usó un nombre falso para enviar el paquete. Todo lo que sé es que Lennon reconoció a la mujer del álbum de fotos porque la había visto en el hotel con papá. Y también está lo que dijo Reagan sobre papá tratando de acostarse con la mamá de Michelle Johnson después de la gala para recaudar fondos. No sé si será cierto, pero mamá dijo que fueron a terapia el invierno pasado. La gala fue esta primavera. Hay algo que no cierra.

¿Qué debería hacer?

Me siento al borde de la cama y analizo las opciones. Podría darle toda esta información a ella y arriesgarme a que mis padres se peleen... o peor. Podría enfrentar a papá en privado y esperar que... ¿qué? ¿Avergonzarlo hasta que me diga la verdad? ¿Y después qué? Podría guardármelo, y quizás todo vuelva a la normalidad.

¿No es eso lo que quiero? ¿Evitar el dolor? ¿Aferrarme a una apariencia de normalidad? Imágenes contradictorias de mis padres juntos y separados me

inundan el cerebro, y trato de organizarlas y resolver todas las ecuaciones, pero otras preocupaciones me distraen. Cosas que pasaron la última semana. El oso atacando la carpa de Brett. La mordedura de la serpiente. El puma. Los relámpagos en las secuoyas. Dormir en los brazos de Lennon.

Resultados impredecibles. Algunos malos, otros buenos.

De pronto, me doy cuenta de que tengo que dejarlo ir. Los planes. Controlar todo. No sirve. Los mejores planes muchas veces se vuelven una mierda.

¿Podría haber evitado el sarpullido y comerme las uñas si le hubiera entregado el álbum de fotos a mamá? Porque tanto preocuparme no sirvió para nada. Aquí estoy, sabiendo que papá es un mentiroso, pero sin saber lo que sucederá. Preguntándome acerca del destino de mi familia. Imposibilitada de prevenir el desastre.

No puedo estar siempre con la guardia alta, tratando de prevenir las catástrofes, controlando y delimitando todas mis expectativas.

Además, Lennon tiene razón. Nadie espera la Inquisición española.

A partir de ahora, nada de planes. Nada de tratar de controlar cada detalle de mi vida. Puedes planificar un rumbo para llegar a destino, pero no puedes predecir con qué te cruzarás por el camino. Así que voy a dejar que la vida suceda, y enfrentaré lo que venga, sea lo que sea.

Empezando ahora.

El álbum de fotos sigue en la gaveta donde lo dejé. Lo saco, junto a la carta. No es mi secreto. Nunca lo fue.

Mi bolso está donde lo dejé antes de irme de campamento. Meto ropa limpia y el cargador de mi celular. Luego bajo y llamo a Andrómeda para que me siga y se meta en su cama al pie de las escaleras. Todas las luces están apagadas, salvo la que está sobre el fregadero de la cocina, porque mamá está allí tomando un vaso de agua. A papá no se lo ve por ningún lado.

—Toma —le digo en voz baja, cuando alza la vista hacia mí—. Este es el paquete que me pediste que buscara en lo de los Mackenzie la semana antes de irme de campamento. Te dije que no lo tenían, pero era mentira. Lo abrieron por equivocación, y cuando lo estaba llevando a la oficina, eché un vistazo. Te lo oculté. Lo siento.

Dubitativa, toma el paquete y abre la carta. Le tiembla la mano. Parpadea varias veces. Y luego cierra la carta y la mete dentro del álbum de fotos.

—Papá te mintió. No fue solo Molly, o esta Catherine. Reagan está al tanto de otro incidente. Me encontré con Razan Abdullah en el campamento de lujo y me preguntó si papá y tú seguían juntos.

Se me queda mirando, estupefacta.

–La gente está hablando –continúo–. Probablemente esa sea la razón por la que papá ha estado perdiendo clientes y tú no. Porque todos saben que es una porquería de persona.

Nos quedamos de pie, sin mirarnos, por un largo rato.

–Lo siento –le digo–. Te quiero, y lo siento muchísimo. Por todo.

–Hasta mañana –responde, en voz baja, y se dirige a su habitación. Un segundo después, cierra la puerta y desaparece.

No sé lo que sucederá, pero tengo una bola de nervios en el estómago, y siento ganas de perseguirla y de sacarle el álbum.

Pero es demasiado tarde. Ya no puedo volver el tiempo atrás. Respiro hondo. Le escribo una nota breve a mamá y la dejo en la mesada de la cocina. Y cuando el sonido de las voces de mis padres se vuelve más alto, salgo sigilosamente por la puerta delantera.

Afuera está fresco. Una brisa suave acaricia las hojas de la palmera que está frente a nuestra casa. Bajo los escalones y me acomodo el bolso en el hombro. Pesa mucho menos que la mochila. Casi extraño el peso. Casi.

La mitad de las estrellas han desaparecido del cielo. Es como si el universo hubiera pasado la mano y las hubiera borrado. Pero mientras camino aparece un pálido haz blanco, y deseo que Lennon lo esté mirando con Avani. A kilómetros de distancia, pero el mismo cielo estrellado.

Doblo a la izquierda para dirigirme al dúplex azul que está frente a casa. Todavía se ve luz en las ventanas. Las Mackenzie siempre han sido aves nocturnas, otra cualidad que papá utiliza para acusarlas de hedonistas. Pero no pienso en él cuando toco el timbre y espero. De hecho, no estoy pensando o planeando nada más allá de este momento, y cuando la cara oblonga de Sunny aparece en la puerta, y me mira parpadeando bajo la luz del porche, digo lo primero que me pasa por la cabeza.

–Siento mucho molestarlas tan tarde. ¿Puedo quedarme aquí esta noche contigo y Mac? Mis padres están discutiendo.

Se me queda mirando, sorprendida, con su pantalón de pijama estampado con pequeños duendecitos de dibujo animado.

–Por supuesto que puedes, bebé. Entra antes de que te congeles.

Me hace pasar y atravieso el vestíbulo, y paso las fotos de Lennon y su papá vestidos con sus disfraces de Halloween. La casa huele igual que siempre, a crema de vainilla y libros viejos. Y cuando descubro a Mac hecha una pelota en el sofá frente a la tele, dándome la bienvenida con la mirada, siento que

finalmente he llegado a casa.

Capítulo 27



Cuando despierto al día siguiente, estoy completamente desorientada. Me lleva varios minutos darme cuenta de que no estoy en una carpa con Lennon. Estoy durmiendo en su cama, y las sábanas huelen como él, a ropa recién lavada y sol. Tan delicioso. Por un instante, al menos. Hasta que descubro la vil pared de reptiles, incluyendo a Ryuk, que me está mirando fijo desde su hábitat.

–Perdón, amigo –le digo al dragón barbudo–. El amo oscuro no está aquí.

Y no llegará hasta dentro de unas cuantas horas. Mac recibió un mensaje de Avani anoche antes de que yo llegara. Parece que el teléfono de Lennon sigue muerto, y Avani les dijo que estaba a salvo y que volvería hoy con ella.

Espero que esté bien.

El reloj de la mesa de noche descansa sobre un pilón de novelas gráficas sangrientas, e indica que son las nueve y media. Huelo panceta y café, y mi estómago baila de alegría. Me di una ducha antes de caer muerta en la cama de Lennon, pero no comí nada, y mi cuerpo es muy consciente de que mi última comida fue el guiso deshidratado que compartimos con Lennon ayer por la tarde cuando íbamos rumbo a Cerro del Cóndor.

Por un lado quisiera quedarme hibernando en la habitación de Lennon, entre las pilas de cómics y DVD de terror, pero sé que no puedo tardar mucho. Así que después de examinar mi sarpullido –no luce genial, pero no está descontrolado–, me pongo la ropa que metí anoche en el bolso y camino por el pasillo en dirección a la sala de estar de los Mackenzie. Sunny y Mac ya están vestidas y sentadas a la mesa, leyendo los titulares de las noticias en una tablet que tiene la pantalla rota.

–Buenos días –dice Sunny, alegremente–. ¿Cómo dormiste?

–Como los muertos.

–Excelente –replica, y se levanta en dirección a la mesada de la cocina–. ¿Qué tal algo de sustento?

–Sí, por favor. Estoy muriendo de hambre.

–¿No tienes ninguna nueva alergia a los huevos o al cerdo, verdad? –me pregunta Mac, entrecerrando los ojos.

–Siempre y cuando nadie cocine camarones rebozados, estaré bien.

–Uf –exclama Mac, y finge estar molesta–. ¿Podré dejar atrás eso algún día?

–Camarones podridos –le grita Sunny, que está ante el horno.

Exhalo profundo y me siento junto a Mac.

–Las extrañé, chicas.

–Nosotras también a ti –me asegura, y choca el hombro con el mío.

Sunny me trae un plato lleno de huevos, panceta y tostadas, y me sirvo café de la cafetera que está sobre la mesa.

–¿Han tenido noticias de Lennon esta mañana? –pregunto, esperanzada. Cargué el teléfono anoche, pero no me llegó ningún mensaje de él.

Mac alza su taza de café.

–Avani nos dijo que nos enviaría un mensaje cuando salieran hoy. Le pedí que le avise que estás aquí con nosotras.

Me siento contenta, pero también me siento dejada de lado y desconectada de él. Es raro estar del otro lado del problema de no tener señal. Prefería cuando era yo la que no tenía señal.

No sé qué es lo que tiene la civilización, pero ahora que estoy aquí, la necesidad urgente de estar conectada ha regresado. Si no puedo tenerlo frente a mí, necesito que esté a un mensaje de distancia.

Resisto la tentación de revisar el teléfono por duplicado, triplicado y cuadruplicado, y me dedico a responder las preguntas de Sunny y Mac acerca del viaje. Sienten curiosidad, hacen preguntas, y les cuento un montón de cosas... pero no todo. Tengo la sensación de que saben exactamente qué es lo que Lennon y yo estuvimos haciendo en el bosque: sonrían mucho, y me siento un poco incómoda, así que me concentro en las cuestiones de vida o muerte del viaje y no en las cuestiones de sextación. Suena el timbre cuando les estoy contando sobre la tormenta eléctrica, y cuando Sunny responde, escucho que habla un momento con alguien y luego me llama en voz baja desde el pasillo.

–Es para ti –susurra.

Echo un vistazo a la puerta entreabierta.

–¿Es mamá?

Niega con la cabeza.

–Ve. No te preocupes. Y estamos a unos pasos de distancia por si nos necesitas.

Inquieta, arrastro los pies hacia la puerta y la abro. El rostro que descubro devolviéndome la mirada es familiar, e inesperado: un guapo hombre coreano de unos cincuenta años con el pelo gris en las sienes y negro atrás.

–¿Abuelo Sam? –saludo, totalmente confundida.

–Zorie –dice, y pronuncia cuidadosamente. Luego escupe una retahíla de frases incomprensibles que suenan importantes y urgentes.

–Sabes que no entiendo coreano –informo.

Sé decir “hola” (*Annyeonghaseyo*) y “dame eso, por favor” (*juseyo*), y algunas palabras selectas que mamá usa cuando el dueño de Pizza Delight trata de cobrarnos de más por los ingredientes extra. Cada tanto entiendo lo que los actores dicen en las series coreanas preferidas de mamá si miramos varios episodios seguidos, pero eso es todo.

El abuelo Sam, por otro lado, entiende casi todo nuestro idioma, pero no habla muy bien. Dice “está bien”, “sí” y “no”, pero no se molesta con mucho más, por eso es que su modo de comunicación preferido conmigo son los emojis.

Ahora, alza la cabeza y dice algo entre dientes mientras mira al cielo. Luego suspira profundamente y me hace gestos para que lo siga.

–¿Está bien? –dice.

–Está bien, espera.

Entro corriendo a la casa y busco mis cosas, y cuando Mac me pregunta qué sucede, le respondo que no tengo ni la menor idea.

Me dicen que todo estará bien, y salgo a encontrarme con el abuelo Sam que me espera afuera. Me guía en silencio a través del callejón, con una mano gentilmente apoyada en mi espalda. Me está hablando en coreano, pero ahora suena menos molesto. Está tratando de tranquilizarme, pero cuando veo a mamá sentada en el asiento trasero del brillante sedán Audi del abuelo, tengo un presentimiento espantoso.

–¿Qué está pasando? –pregunto. Mamá aparta la mirada. ¿Me está evitando? ¿Y las promesas que me hizo anoche? Dijo que no se iría.

El abuelo Sam señala la puerta delantera de casa y me da una orden en coreano, y luego dice:

–¿Está bien?

–No, no quiero quedarme aquí –respondo, desesperada–. Llévame contigo.

–Sí –responde, irritado.

–¿Qué quieres decir, “sí”? ¿Sí, puedo ir? ¿Sí *qué*?

Antes de que pueda lanzar otra de sus retahílas exasperadas, la puerta del apartamento se abre de par en par y me llega un torrente de malas palabras que *sí* entiendo. Y provienen de la boca de mi minúscula abuela coreana, lo que las hace sonar aún peor... Básicamente, es una serie de combinaciones creativas que tienen que ver con animales.

La abuela Esther nunca dice malas palabras. Tampoco grita, así que estamos entrando a un territorio inexplorado. Lleva a Andrómeda de la correa, y pasa sin problemas del enojo a arrullar a mi perra para convencerla de bajar los escalones de la entrada. No sé quién tiene más problemas para bajarlos: la vieja perra siberiana, o la mujer que luce zapatos con tacón aguja y una falda de diseñador que le calza como un guante.

El abuelo la llama, y ella levanta la cabeza.

–¡Zorie! Gracias a Dios. Empaca un bolso y despídete de la mierda cubierta de moscas que tienes por padre.

Como dije, a diferencia del abuelo Sam, no tiene problemas con el idioma.

–Abuela Esther. ¿Qué está pasando?

–Tú y Joy se quedarán con nosotros por unos días –dice alegremente, y le rasca la cabeza a Andrómeda, que intenta lamerle la falda. La abuela Esther es la encantadora de perros coreana. Tiene dos bulldog francés y un Boston terrier, que la adoran y la siguen por toda la casa.

»Y tú te divertirás mucho con mis niñas, ¿verdad, dulzura? –arrulla a Andrómeda.

Estoy tratando de procesar todo.

–¿Nos vamos a Oakland?

–No, a la casa de vacaciones de Bali –dice, sarcástica–. Por supuesto, a Oakland. ¿Estás bien?

Se aparta de la perra y me mira de arriba abajo, y me acaricia los rizos con sus dedos delicados.

–No lo sé –respondo, sincera.

–Lo estarás. Te haré sopa de pollo y arroz.

Debo admitir que es un buen incentivo. La abuela Esther es una cocinera increíble. Y *también* lo hace en tacones.

El abuelo Sam me suplica... algo. No entiendo. Habla demasiado rápido.

–¿Qué? –pregunto, pasando la mirada de uno a otro.

La abuela Esther le saca la lengua al abuelo.

–No le hagas caso. Quiere que nos apresuremos para volver a ver el partido de fútbol. Tómate tu tiempo. Te esperamos en el auto –llama a Andrómeda y mientras se dirige hacia el sedán, se da vuelta para decirme por encima del hombro, con dulzura–: Si el mierda de cerdo de tu padre quiere convencerte de que te quedes, dile que puede pedirle la custodia a un juez.

Ay, cielo santo.

El abuelo Sam se ríe, me da una palmada en la espalda y la sigue al auto. Me quedo sola, y preferiría no estarlo. Siento que estoy entrando a una casa llena de espectros que esperan para saltarme encima.

Me doy ánimos y entro a la sala de estar. Papá está ahí, con los ojos rojos y con cara de cansado. Pareciera que acabara de enterarse de que alguien ha muerto. Estupefacto. Con la mente en blanco. Incapaz de comprender.

El seguro y encantador Dan Diamante ha dejado el edificio.

–Ey –digo recelosamente.

–Ah –exclama, y se sienta en el sofá–. Zorie.

–¿Qué pasa?

Se frota la cabeza.

–Es una excelente pregunta. No estoy muy seguro, de hecho. ¿Qué te contó Esther?

–Que me quedo con ellos por unos días.

–¿Nada más?

–Nada más.

Asiente, y pone las manos sobre las rodillas mientras se toma un momento para pensar. Me sonrío, reservado.

–Bueno, quizás tu madre y yo nos separemos. No está decidido aún. No entraré en detalles, pero no es necesario que los sepas. Bueno, ya te enteraste de algunas cosas anoche, así que asumo que esto no te sorprende...

–Papá, las últimas dos semanas han estado llenas de sorpresas.

–Ah. Bueno.

¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que piensa decirme? Qué tal: *Ey, he estado acostándome con otras por ahí y esta familia es una farsa. ¡Ups!* Quiero decir, por favor. Dame algo.

Nos quedamos en silencio.

–¿Por qué? –pregunto, finalmente.

–No lo entenderías –repone, sacudiendo la cabeza con lentitud.

–Entiendo más de lo que crees.

Aparta la mirada, y pienso en lo que mamá me contó, que a mi padre aún le pesa la muerte de mi madre biológica, incluso después de todos estos años. Anoche parecía una excusa cómoda, pero ahora pienso en el álbum de fotos, y en que la mujer se parecía un poco a mi madre biológica.

–No puedes revivirla –le digo–. Murió, hubo una sola, y no puedes revivirla.

–Lo sé –afirma, con la voz quebrada.

–Podrías haber hablado conmigo en vez de dejarme de lado. Yo también la perdí, ¿sabes? Era mi mamá.

–Sé que lo era.

–¿Y por qué no hablaste conmigo? ¿Nunca?

Levanta un hombro, y lo deja caer.

–No estaba preparado para criarte solo. Me sentía un fracasado. Y luego vi cómo Joy apareció y te dio lo que yo no podía. Le salía naturalmente. ¿Por qué podía hacerlo mejor que yo, cuando tú eras mi carne y mi sangre? Sus padres te malcriaron...

–¿Malcriarme? Lo dudo mucho. El abuelo Sam no me baña en regalos todo el tiempo. Tan solo me compra cosas prácticas.

–Santo Dios, hasta las Mackenzie lo hacen mejor que yo. Tu madre se revolvería en la tumba si supiera.

No recuerdo que mi madre fuera homofóbica, pero quizás lo he bloqueado.

–No me necesitas –me dice papá en voz baja, desanimado.

–Papá...

–Es verdad. Lo sé. Todos lo saben. Estás mejor sin mí.

No sé si toda esta lástima es genuina, o si está tratando de manipularme para que sienta pena por él... o si quiere alejarme aún más.

–Me va a llevar mucho tiempo perdonarte por lo que has hecho –le espeto–. A mamá, y a mí. Algún día te darás cuenta de que *tú* también me necesitas. Y cuando ese día llegue, estaré aquí.

Alza la mirada, con la cara desdibujada por la pena.

–Pero hoy –le digo, dándome vuelta–, mamá me necesita más.

Capítulo 28



Pasamos el fin de semana en la casa de mis abuelos en Oakland. Viven en una casa pequeña en un barrio de clase media-alta, donde todos contratan jardineros para que les corten el césped. Suena bien, pero también es aburrido, y no pasa mucho tiempo antes de que me sienta a la deriva, inquieta. Como si mi vida estuviera yendo hacia atrás en vez de hacia delante.

Como si hubiéramos estado peleando una guerra y hubiéramos perdido.

La abuela Esther nos alimenta constantemente, y eso parece ayudar a mamá. No se está viniendo abajo como temía, pero llora mucho, y eso me hace llorar *a mí*. Y las conversaciones en coreano entre ella y el abuelo Sam me hacen sentir inútil.

Todo es un caos. No tengo casa. Nuestra familia está destrozada. Mi futuro entero está en el aire. Y extraño desesperadamente a Lennon. Aunque llegó sano y salvo de Cerro del Cóndor, y nos enviamos mensajes todo el tiempo y hablamos por teléfono cuando puedo tomarme un rato para mí, no es lo mismo.

Lo extraño como nunca antes.

Extraño su voz profunda y su sentido del humor retorcido. Extraño su rostro y la sensación de seguridad que tengo cuando está cerca. Extraño sus abrazos, y la excitación que me provocan sus dedos acariciándome la espalda. Lo extraño tanto que me siento físicamente enferma.

No quiero más comida o siestas o ver películas. Quiero irme a casa y ver a Lennon. Pero ya no sé cuál es mi casa. Pienso en el año en el que Lennon y yo nos la pasamos evitándonos, y el desperdicio de tiempo que fue eso. No sabíamos la suerte que teníamos de vivir tan cerca. Ambos fuimos tontos. Me encantaría poder borrar el año entero y empezar de nuevo. Hacer que no

reserve la habitación de hotel. Evitar que papá sea infiel y arruine el negocio y nos endeude, porque la abuela Esther dice que él es la razón por la que mamá tuvo problemas con el banco antes de que me fuera de campamento. Se gastó todos los ahorros de mis padres y se endeudó por sus aventuras. Viajes. Hoteles. Restaurantes costosos. Regalos. Se estaba dando la buena vida mientras mamá se esforzaba por mantener el negocio a flote.

Mis abuelos dicen que lo van a demandar por todo el dinero que le dieron para invertir en el negocio. La abuela Esther está segura de que el juez le dará la custodia a mamá si papá la pelea. Lo bueno es que no peleará, aunque sea *triste* que no lo haga. No sé cómo sentirme respecto a él, y estoy cansada de eso y de que mi vida esté en un limbo. Algo tiene que cambiar.

Y el martes por la mañana, sucede.

Todo cambia.

Me siento inquieta y un poco deprimida, y observo a Andrómeda que está tirada sin reaccionar en una cama para perros que le queda pequeña, mientras los enérgicos perros de la abuela Esther tratan sin éxito de hacer que juegue con ellos. Mamá aparece en el descanso de la puerta, y me imagino que es para revisar mi urticaria, porque me ha estado vigilando como si fuera un médico.

Pero no le interesan mis alergias. Tiene una expresión rara en el rostro. Es una especie de felicidad, pero con enojo. Enojada feliz. Enojaliza.

–Recoge tus cosas –me dice–. Nos vamos a casa.

–¿A lo de papá?

–Tu papá se ha ido a vivir con una de sus amantes a San Francisco. Tú y yo nos vamos a casa, cambiaremos las cerraduras, y pienso arreglármelas para hacer que el centro funcione sin él.

Suena demasiado bueno para ser verdad.

–¿Puedes hacerlo?

–Zorie, puedo hacer lo que quiera, demonios –y suena inesperadamente segura de sí misma y positiva–. Y lo que quiero es volver a la calle Mission y ser la mejor acupunturista al este de la bahía y criar a mi hija, la futura astrofísica. Así que eso es lo que haré, maldición.

–Ya que estás, puedes tratar de parecer un poco más segura de ti misma –digo entre dientes, con una sonrisa.

Y por primera vez desde que todo el caos empezó, ella también sonrío. Solamente por un segundo.

–No estoy segura –admite–. No todavía. Pero tengo fe de que algún día lo

estaré. *Ambas* lo estaremos. Haremos un plan y lo concretaremos. Y empezamos con esto.

Sus palabras entran en mi cerebro, y me doy cuenta de algo.

Planear no te salva de todo. El cambio es inevitable y la incertidumbre es un hecho. Y si planeas tanto que no puedes funcionar sin un plan, la vida no es divertida. Ni todos los calendarios, los cuadernos y las listas del mundo te salvan cuando el cielo se desploma. Y tal vez, tal vez, he estado usando mis planes no tanto como mecanismo de supervivencia sino como una excusa para evitar todo aquello que no puedo controlar.

Pero eso no quiere decir que prepararse sea malo. Los planes son útiles cuando sales por la salida equivocada de la cueva y tienes que encontrar el camino correcto.

Cuando todo lo que puedes hacer es poner un pie delante del otro, y seguir adelante.

–Estaremos bien –me dice mamá, y le creo.

–Bueno –le digo–. Hagamos un plan.

* * *

Lo único que quería era ir a casa y ver a Lennon. Y *por supuesto* los Mackenzie deciden que justo ahora es el mejor momento de dejar a cargo de Juguetes en el ático a la asistente de ventas mientras ellos visitan amigos en la ciudad, antiguos músicos punk que conocían al padre de Lennon. Quiero gritar. Necesito ver a Lennon. No es opcional. *Lo necesito*. Y sé que pasamos un año entero separados, así que un par de días más no debería importarme. Pero no es así. Es doloroso.

Lennon considera brevemente tomarse el tren BART que cruza el puente de la bahía de Oakland para encontrarse conmigo. Pero decidimos que es mejor esperar hasta que vuelva el jueves, y tener una cita real en vivo. Es gracioso que nunca hayamos tenido una.

Mientras tanto, tiene entradas para un recital en San Francisco –una banda que suena oscura y angustiada–, y yo estoy súper ocupada. La abuela Esther se quedó con nosotras por unos días para ayudarnos con lo que ella denomina la Purga. No se trata de la película de terror del mismo nombre, pero casi que

podría serlo, porque implica interminables horas de trabajo para deshacernos de todo lo que no nos ayude a seguir adelante.

Es tan malo como suena. Y por más que adoro a la abuela Esther, me está empezando a volver loca. Y parece que mamá siente lo mismo.

–La voy a asesinar –me dice cuando estamos solas.

–Por favor, no lo hagas –le suplico–. Su cadáver sería otra cosa más que tenemos que cargar hasta el porche. Parece liviana, pero también parecía liviana la caja de zapatos que acabo de bajar.

–Claro. Bien pensado. Esperaremos hasta que esté afuera. Tú la haces tropezar, y yo la empujo a la calle.

–¿Quién nos cocinará?

–Maldición, Zorie. ¡Estoy intentando planear un asesinato!

–No creo que puedas matarla. Tiene demasiada energía. No es normal.

–Imagínate crecer con ella –replica–. Es un milagro que yo no haya terminado en la cárcel.

Para cuando terminamos con la Purga, estamos bastante seguras de que Melita Hills nos cobrará extra por el exceso de residuos que tienen que recolectar, porque la acera está repleta de bolsas negras, y eso sin contar todo lo que donamos a una caridad local. No sabía que teníamos tanto bagaje, literalmente. Y hasta quito las viejas estrellas que brillan en la oscuridad del techo, y mamá me ayuda a pintar el cuarto con pintura nueva, un amarillo sol que contrasta muy bien con mis fotos del cielo nocturno.

¿Mis calendarios de pared? Los arrojé a la basura. Pero no estoy lista para abandonar por completo mis proyectos. En vez de anotar obsesivamente cada detalle de cada día del año en múltiples calendarios, uso *washi-tape* con motivos de estrellas para organizar una sola planilla en una plancha de corcho, y le pongo recortes divertidos sobre fechas importantes y eventos planetarios.

Poco a poco.

Avani viene el miércoles con su madre. Nos traen hummus, pan de banana casero y una bandeja llena de sándwiches. Parece como si se hubiera muerto alguien, y cuando lo comento, mamá bromea y dice que debería divorciarse más seguido.

En su defensa, es un pan de banana *muy* rico.

Mientras nuestras madres charlan, Avani me cuenta en detalle lo que sucedió después de que me fui de Cerro del Cóndor, y todo lo que pasó los dos días anteriores a que llegáramos. Al parecer, me perdí todo y nada a la vez. Me da envidia únicamente cuando me muestra algunas de las fotos que

tomó de la lluvia de estrellas. Pero habrá más lluvias de estrellas, otras fiestas estelares. Por primera vez, me doy cuenta de que si Lennon y yo no nos hubiéramos quedado en el bosque de secuoyas la segunda noche, nadie habría pensado que estábamos desaparecidos, y probablemente no habría ocurrido la cadena de eventos que nos trajo hasta aquí.

Lo importante es que no me arrepiento de nada.

Cuando llega el jueves, la abuela Esther se va después de comprar una cantidad descomunal de papel higiénico y detergente de regalo para la “buena suerte”, una tradición coreana, dice. Me pone triste que se vaya, por todas las comidas caseras, pero también contenta, porque las fantasías asesinas se estaban saliendo de control. Y tengo cosas mejores en las que pensar que acabar con ancianas agradables.

Como Lennon.

Estoy tan impaciente por su vuelta a casa que me están regresando las ansiedades. Hace una semana que no nos vemos –la semana más larga y extraña de mi vida– y muchas cosas han cambiado. ¿Y si todo eso altera el modo en el que nos sentimos? ¿Y si la semana que pasamos aislados fue una anomalía?

Mis padres no lo lograron, y estaban casados.

¿Por qué nos iría mejor a nosotros?

Cuanto más tiempo paso lejos de él, más me preocupa un pensamiento en particular: ¿y si nos sedujo la naturaleza? La magia de las estrellas centelleantes. El aroma de las secuoyas rojas. Lo majestuoso de las montañas.

¿Y si fuera eso lo que hizo que Lennon me besara esa primera vez en la escalera de granito? Si hubiéramos estado en casa sin el atractivo sonido de las cataratas de fondo, ¿habría hecho el primer movimiento?

¿Habría estado yo tan dispuesta a aceptarlo?

¿Existe el equivalente natural de las gafas de cerveza?

Besarnos sobre una manta bajo el cielo estrellado es ciertamente más romántico que toquetearnos en un banco de plaza mientras Andrómeda nos mira.

La cuestión es que el año pasado tuvimos la oportunidad de hacer funcionar esta relación, pero ninguno de los dos lo intentó en serio. Dejé que papá me convenciera de alejarme de Lennon. En vez de regodearme en mi pena, podría haber reaccionado y obligar a Lennon a que me dijera lo que había ocurrido en el baile de bienvenida. Y Lennon podría habérmelo contado. Si fue lo suficientemente valiente como para confesarles a sus mamás que robó la

tarjeta de crédito de Mac para reservar el hotel, podría haberse enfrentado a mí.

Pero no lo hizo. Y yo tampoco.

Y después del tiempo que pasamos juntos en el bosque, a ninguno de los dos se nos ocurrió un plan para lo que íbamos a hacer cuando volviéramos a la civilización. No hicimos promesas. Ni pactos. Ningún *Te amo* susurrado en la oscuridad. ¿Se sentirá de la misma manera acerca de mí ahora que estamos en casa?

¿Tendremos éxito como pareja en el mundo real? ¿O es mejor que sigamos siendo amigos?

Es fácil pensar que te estás enamorando en el medio de la nada, donde todo es hermoso y hay a mano una carpa llena de condones. ¿Tuvimos un amor de una noche que duró una semana?

Probablemente no ayuda el hecho de que no supe mucho de él los últimos días, salvo algunos mensajes breves para hacer planes para nuestra cita a su regreso. Intento que la incertidumbre no se apodere de mí y hago mi mayor esfuerzo por ignorar pensamientos aleatorios donde él conoce a alguien con más onda que yo en la ciudad y decide que no valgo la pena. Sé que es mi mente de mono parloteando, inquieta y distraída. Pero cuando me envía un mensaje para avisarme que quiere pasar nuestra cita para después de cenar, tengo *flashbacks* del baile de bienvenida del año pasado.

¿Y si me está dejando plantada de nuevo?

Sé que no es lógico, y mamá me dice que me relaje antes de que me cubra de sarpullidos de la cabeza a los pies. Pero estoy vestida y lista con mi vestido escocés negro y rojo más sentador, y el sol se está poniendo, y todavía ni noticias de Lennon.

Son las ocho.

Ocho y media.

Ocho y cuarenta y cinco.

Suena el timbre.

Casi caigo de bruces cuando salgo corriendo a atender. Y allí está, de pie frente a mí. Cabello negro. Jeans negros. Sonrisa infantil.

Lennon.

Mis emociones enloquecen, estoy tan contenta de verlo que se me seca la garganta y me quedo sin voz. Nos quedamos parados los dos como estúpidos, y necesito que alguien diga algo, ¡cualquier cosa!

–Llegas tarde –le espeto, finalmente.

Parece aturdido.

–Tenía que coordinar unas cosas. Dios, estás bellísima.

Siento fuegos artificiales en el pecho. Creo que me voy a desmayar si no me toca.

Cuando no puedo soportarlo más, me rodea con los brazos y yo lo abrazo, y es cálido y sólido, y huele rico, a ropa recién lavada y secada al sol. Estoy sobrepasada por el alivio que siento. Gracitud. Alegría.

Me doy cuenta en ese instante de que no fueron las estrellas centelleantes. No quiero que seamos solo amigos. ¿Y él?

–Hola –murmura, la boca en mi cabello.

–Te extrañé –le digo, y lo abrazo tan fuerte que oigo el latido de su corazón.

Quiero decirle *Te extrañé tanto que sentí que iba a morir*.

Quiero que me lo diga a mí.

Pero nos quedamos en silencio, y siento que se pone rígido. Se aparta, y mira por encima de mi hombro. Mamá está detrás de nosotros, de brazos cruzados.

–Hola, Lennon –saluda–. Es bueno verte.

–A ti también –responde, y ella le entrega una bolsa con algo dentro.

–Aquí tienes.

–Gracias –dice Lennon, sonriendo.

Paso la mirada de uno a otro.

–¿Qué pasa? ¿Es un intercambio de drogas?

–Ya lo verás –afirma Lennon, agitando la bolsa.

¿Mamá y Lennon confabulados en algo? Es interesante, sin lugar a dudas.

Lennon la mira con timidez.

–¿Estás...? Quiero decir, ¿podemos irnos?

–Sí, está bien. *Estoy bien* –hace un gesto para echarnos–. Ustedes salgan. De hecho, estoy con ganas de un poco de paz y tranquilidad. Tan solo vuelvan a una hora razonable.

–Lo haremos –afirma, y alza la bolsa a modo de agradecimiento.

–¿Lennon? Cuídala –exclama mamá, mientras estamos bajando los escalones.

–No te preocupes. Siempre lo hago.

Me conduce a su auto, en el que no he estado desde el verano pasado. La pesada puerta cruje –audiblemente– y el interior del auto huele a cuero viejo y aceite para motores. No es tan desagradable.

–No tienes ningún cadáver en la parte de atrás, ¿no? –le pregunto cuando se

acomoda en el asiento del conductor junto a mí.

–No esta semana –responde, sonriente, y siento que me derrito en el asiento.
Por el amor de Dios, contrólate, Everhart.

–Ahora, ponte el cinturón –me ordena–, así puedo cumplir con la promesa de mantenerte a salvo.

–¿A dónde vamos?

–Es un secreto, Medusa.

Siento un pequeño estremecimiento eléctrico cuando usa mi apodo.

–No me gustan los secretos –le recuerdo.

–Este te gustará. Creo. Espero. Averigüémoslo.

Conduce por la calle Mission y no me da ninguna pista mientras atravesamos la ciudad. Trato de adivinar. ¿Una película? ¿Un restaurante? ¿Un café en el Jitterbug? Pero responde “Nop” después de cada uno de mis intentos. Sinceramente, me siento tan feliz de estar lo suficientemente cerca de él como para tocarlo que de verdad no me importa a dónde vayamos. Pero cuando pasamos algunos puntos familiares y el auto empieza a subir una colina al límite de la ciudad, creo que sé a dónde estamos yendo.

El observatorio.

Estaciona el auto, y somos los únicos aquí. No es sorprendente, porque cerró hace media hora. Pero Lennon aparca y me lleva más allá del estacionamiento, en dirección a un sendero pavimentado que zigzaguea por el costado izquierdo del edificio, que conduce a la terraza pública. Subimos un pasaje bordeado por barandillas metálicas hasta llegar a una puerta cerrada. Lennon introduce un código numérico.

–¿Cómo sabías eso? –le pregunto.

–Supongo que tengo suerte.

–*Lennon* –le digo, seria.

–*Zorie* –me responde, en broma–. No obtuve el código ilegalmente, ni prometí hacer nada ilegal a cambio de él. Ahora, por favor, si es tan amable, señorita Everhart...

Sostiene la puerta y me hace un gesto para que pase.

Lo miro con los ojos entrecerrados e ingreso.

Una serie de luces rojas bordea la pared baja que limita la plataforma panorámica. Debajo de nosotros, al pie de la montaña, la ciudad se despliega hacia la bahía, una cuadrícula de luces blancas y amarillas que titilan como estrellas caídas en el suelo oscuro. El horizonte de San Francisco centellea a lo lejos, y podemos ver los dos puentes, el Golden Gate y el de la Bahía,

extendiéndose sobre el agua oscura. Hay viento, y huelo los eucaliptos.

Es una vista hermosa. Corta la respiración.

Y es nuestra, estamos solos.

Cuando el observatorio está en funcionamiento, un domo con una pátina de óxido verdoso se abre para permitir que un gran telescopio profesional de alto alcance examine el cielo. A esta hora está cerrado, pero los dos telescopios más chicos para el público, que cada noche se guardan en un pequeño cobertizo metálico, siguen afuera.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—No estoy seguro —contesta, y se rasca la barbilla—, pero me parece que es un observatorio.

Lo miro de reojo, con intensidad.

—Avani me ayudó a coordinarlo con el Dr. Viramontes —dice, y me sonrío—. Hablamos mucho después de que te fuiste el día de la lluvia de estrellas. Pensé que me odiaría luego de la escenita con tu papá...

Gruño. Me sigue dando vergüenza.

—Pero el Dr. Viramontes se lo tomó sorprendentemente bien.

—Es un tipo genial —afirmo.

—Te tiene mucho cariño —dice Lennon—. Somos dos. Toma. Necesitarás esto.

Tomo la bolsa que mamá le dio y miro dentro. Es mi cámara buena.

—¿Mamá sabe de esto?

—Quería estar seguro de que a ella le pareciera bien. Las cosas han sido raras entre nosotros, y no quería que me odiara como tu papá.

Sacudo la cabeza.

—Ella siempre te defendió.

—¿Estás bien? Quiero decir, con lo de tu papá yéndose de casa. Sé que no es fácil... para ti o para tu mamá.

—Es extraño —admito—. No sé si he caído del todo.

—Ojalá las cosas hubieran sido distintas. Aunque he fantaseado mucho acerca de las cosas horribles que quería que le sucedieran, nunca quise que tú o Joy sufrieran.

—Lo sé —asiento, y hago crujir la bolsa de papel—. Al menos algo bueno salió de todo esto.

—¿Qué?

—No tengo prohibido verte —digo, y me siento inexplicablemente cohibida.

—No aún —observa Lennon, con la mirada alegre—. La noche es joven.

Apoyo la bolsa con la cámara en un estante que está junto a uno de los

telescopios.

–No puedo creer que hiciste todo esto.

–Pfff. No hice más que conseguir un código numérico –replica Lennon–. El Dr. Viramontes dijo que sabrías usar el soporte, base o trípode o lo que sea que necesites. Debería estar en el cobertizo. Solamente tenemos que cerrar todo antes de irnos. Y si rompemos algo, estamos en problemas. Y quiero decir decapitación. O una demanda judicial. No sé cuál es peor.

–Probablemente, la demanda –asevero, mirando alrededor–. Jamás he estado aquí sola.

–Hay un eclipse lunar esta noche.

Ajá. Tiene razón. Hay un eclipse. Ahora lo recuerdo.

Me sonrío con ternura.

–Sé que no es lo mismo que una lluvia de estrellas y que la vista no es tan buena como en Cerro del Cóndor, pero prometí llevarte a ver las estrellas. Y estoy cumpliendo la promesa.

Me quedo sin aliento. Me cuesta encontrar las palabras, y después de contemplar como tonta la terraza, alzo la vista hacia Lennon y parpadeo.

–No sé qué decir. Es una de las cosas más amables que alguien ha hecho por mí.

–No lo sé... Creería que rescatarte de un oso enojado suma algunos puntos.

–Es cierto –me río–. Pero te dejé ganarme al póquer, y te di casi todos mis M&M. Si eso no es amor, no sé qué es.

De pronto, me doy cuenta de lo que acabo de decir.

Él también.

Me toma de la mano, pasa el otro brazo alrededor de mi cintura y me acerca hacia él.

–Me pone tan contento escuchar eso.

–¿Sí? –susurro.

–Sí. Porque yo también te amo.

–¿De verdad? –pregunto, y se me pone la piel de gallina.

–Siempre te he amado –murmura–. Y probablemente siempre lo haga. Eres mi mejor amiga, y mi familia. El año en que te estuve esperando fue el peor de mi vida, pero valió cada segundo. Si tuviera que volver a pasar de nuevo por todo para poder abrazarte, lo haría.

–Bueno, yo no –digo, con los ojos rojos–. Porque yo también te amo, y no soporto estar separada de ti ni un minuto más. Así que deja de atraer a la mala suerte.

–Me amas –afirma, con una sonrisa tonta de oreja a oreja. Baja la cabeza hasta rozar la nariz con la mía.

–Por supuesto que te amo. Eres mío, y no puedo volver a ser solamente amigos. Así que si tenemos que dormir en el bosque o pelearnos con nuestras familias, entonces es lo que haremos. No quiero vivir una vida sin ti.

–Dímelo otra vez –dice, y me besa el cuello, por debajo de la oreja.

Una calidez me recorre la piel.

–No puedo pensar cuando haces eso.

–Dejo de hacerlo, entonces.

–Ni se te ocurra.

–Dímelo otra vez –repite, besándome la cara.

–Eres mío.

–Lo otro.

–Te amo.

Se aparta para poder verme, curva los labios y deja escapar un suspiro profundo. Su sonrisa es monumental.

–Es lo mejor que he escuchado en mi vida. Voy a necesitar escucharlo muy seguido. Tengo el ego muy frágil.

Río, y me seco una lágrima.

–Tu ego jamás ha sido frágil.

–Lo es cuando estoy contigo.

Lo beso debajo de la barbilla, y tiembla de placer.

–Yo tampoco puedo pensar cuando me haces eso.

–Mejor. No pensemos. Está sobrevalorado.

–Sé que le prometimos a tu mamá que volverías a una hora decente, pero el eclipse no sucederá hasta la medianoche...

–Es cierto que dijiste que no llevas ningún cadáver en la parte posterior de tu coche fúnebre.

–Está *completamente* libre de cadáveres –me asegura–. Y no será una carpa en medio del bosque, pero es bastante privado. Puede ser que hasta haya una manta y una almohada. Sabes que me rijo por el lema de los niños exploradores. Siempre listos.

–Es lo que más me gusta de ti.

–Cuando estábamos en la carpa, dijiste que era otra cosa –murmura, sonriendo mientras me atrae hacia él.

–Estaba muerta de hambre y asustada y no pensaba bien. Es probable que haya dicho muchas cosas. Tendrás que recordármelo.

–¿Sí? Bueno, estoy con ganas de resolver un misterio. ¿Qué te parece?
¿Quieres jugar a los detectives con el chico que amas?
Sí. Por supuesto que sí.

Capítulo 29



—Es lo que digo, los miembros de KISS mezclaron su sangre con la tinta roja que se usó para imprimir el primer cómic de KISS —dice Sunny—. Te apuesto un cupcake a que tengo razón.

Afuera es casi de noche, y estoy en Juguetes en el ático junto a Sunny, que está controlando una pila de cajas cerca del escaparate.

—Fue en los setenta —dice, con el rostro animado—, y una de las editoriales grandes, Marvel o DC Comics, hicieron un cómic con KISS, sabes, Gene Simmons y Paul Stanley maquillados, haciendo de superhéroes, o algo así. Y mezclaron la sangre de la banda con la tinta. Les juro que es verdad.

Mac pone los ojos en blanco.

—¿Quién empieza esos rumores desquiciados? —se pregunta, con su acento escocés—. Es *completamente* falso. Y asqueroso.

Mamá se cruza de brazos, y asiente.

—¿Te imaginas la cantidad de enfermedades de transmisión sexual que esos tipos tenían? ¿Quién querría su sangre contaminada en un cómic?

—Parece ser que mucha gente, porque sucedió —insiste Sunny—. Pregúntenle a Lennon.

Tironeo de una de las presillas de la parte trasera de los jeans negros de Lennon. Está doblado, con la mitad del cuerpo en el escaparate de la tienda, donde se exhibe un conjunto de calabazas talladas para Halloween, y un caldero negro que rebalsa de condones y botellas de gel para masajes a modo de pócima. Anoche fue Halloween, así que estamos cambiando las calabazas por una cornucopia para el Día de Acción de Gracias.

–¿Escuchaste todo eso? –le pregunto.

Emerge del escaparate, y se incorpora.

–Sunny tiene razón. Una enfermera les extrajo sangre y volaron a Nueva York y se tomaron fotos en la imprenta de Marvel, donde echaron los frascos con sangre en una cuba de tinta. Un notario fue testigo y certificó todo.

–¡Puaj! –decimos todas al unísono.

Lennon se encoge de hombros.

–Los KISS siempre hicieron trucos tontos y escandalosos para vender sus productos. Les interesa hacer dinero más que tocar.

–Y por eso *tú* me debes un cupcake –le dice Sunny a Mac, con una sonrisa de satisfacción.

Mac alza los puños al techo.

–Maldito seas, Leyendas urbanas del rock.

No sé por qué sigue compitiendo con Sunny. Siempre pierde. O quizás sea por eso. Todo lo que sé es que me encantaría comer un cupcake ahora mismo, y me encantaría que el escaparate estuviera lleno de golosinas de verdad y no de condones. Me parece que he estado comiendo mucha comida chatarra últimamente, que es algo que jamás pensé que podía ocurrir. Pero mamá y yo hemos estado demasiado ocupadas como para ir a comprar comida de verdad a la tienda. Nuestro único sustento casero han sido las cenas de los domingos en lo de los Mackenzie.

Han pasado unos meses desde que papá se fue. Sigue en San Francisco, y está en modo cien por ciento Diamante Dan, haciendo cosas impulsivamente. Se ha anotado en un curso de certificación para –no es broma– masajes terapéuticos para caballos. Como lo oyen, se quiere mudar a Sonoma y frotar caballos. Ey, es su vida, supongo. He hablado por teléfono con él algunas veces, pero no lo he visto. Es para mejor, creo. No estoy tan enojada como antes, pero no quiero más alteraciones en mi vida.

Y mamá tampoco. Ha estado ocupada. El Centro Terapéutico Everhart es ahora el Spa Terapéutico Moon. Sí, ella decidió bautizar el spa con su nombre de soltera, pero yo le sugerí que use una luna en el logo nuevo. Sunny y Mac le presentaron a una nueva masajista, la amiga de una amiga que se estaba por mudar al este de la bahía, porque ya no podía pagar la renta en la ciudad. San Francisco se quedó con papá, y nos dio a Anna, una joven latina con pelo violeta a la que le encantan los perros. Ganamos todos.

Mamá está concentrada en reconstruir el negocio, y yo me dedico a la escuela. Al principio, estaba súper dedicada a las solicitudes para la

universidad, pero ahora Lennon y yo estamos considerando tomarnos un año entre la secundaria y la universidad, lo que llaman año sabático. Me permitiría hacer crecer mi portafolio de astrofotografía y tomar clases de coreano en la universidad comunitaria local para poder comunicarme mejor con el abuelo Sam. Lennon quiere trabajar a tiempo completo y ahorrar. Quiere que nos vayamos a recorrer Europa como mochileros. Me parece una idea estupenda.

También estamos pensando seriamente en intentar caminar el Sendero del Macizo del Pacífico. Tiene más de cuatro mil kilómetros de largo, y atraviesa California, Oregón y Washington, partiendo desde México y llegando a Canadá. Lleva seis meses caminar el sendero entero. No sé si estoy lista para hacer eso ahora –o nunca, la verdad– pero si empezamos en junio próximo, podemos hacer parte del sendero desde las Sierras Altas pasando por la cordillera de las Cascadas hasta la frontera con Canadá.

Ya veremos. Por ahora, hemos ido de campamento un fin de semana cada dos semanas. Viajes cortos de dos noches, sin salirnos mucho de los senderos. Este fin de semana iremos al norte por la costa al Parque Nacional Redwood en el condado de Humboldt. Les soy sincera: la mitad de la diversión de acampar es la posibilidad de sexlajación. Pero disfruto de estar al aire libre, lejos de la ciudad. Lennon emplea sus habilidades con los mapas para llevarme a zonas cercanas con cielos nocturnos no contaminados. He empezado a usar, finalmente, mi telescopio portátil para tomar fotos, en vez de cargarlo inútilmente.

–Odio ser quien te lo tenga que decir, pero tendrán que conseguirse sus propios cupcakes –les dice Lennon a sus mamás–. Tengo una cita especial con una astrofísica en el Jitterbug.

–Soy yo –digo, alzando la mano–. Soy la cita especial.

–¿No es demasiado tarde para consumir cafeína? –replica mamá.

–¿Te parece?

–Té de hierbas, por favor –me sugiere.

–Lo pensaré.

–En realidad, vamos a hacer deberes –admite Lennon–. Wi-fi decente y el descuento para empleados son una buena combinación.

Empecé a trabajar medio tiempo en el café después de la escuela hace unas semanas.

Prácticamente vivo allí ahora, pero está bien porque: 1) siempre me gustó el café que hacen, y 2) ahora me pagan para que lo beba. También necesito todo el dinero posible, porque acampar es costoso cuando eres pobre.

–De vuelta a las diez –exige mamá–. Mañana hay clases.

Lennon le hace la venia y yo le doy un tirón a la correa de Andrómeda. Les decimos buenas noches a todas y salimos de la tienda rumbo a la noche, que se siente un poco más fresca. Está súper lindo, de hecho, y a Andrómeda no le resulta frío. La sacamos a pasear varias noches a la semana, lo que la ha animado mucho y parece haber recobrado su vigor. Quizás sea así. Creo que extrañaba salir a caminar con Lennon el año pasado. O tal vez es porque vemos más seguido a los energéticos perros de la abuela Esther, y Andrómeda ha tenido que aprender a seguirles el paso.

Lennon toma la correa, y ella trota por delante de nosotros, moviendo la cola mientras explora el sendero. Me pasa un brazo alrededor de los hombros mientras nos acercamos a la esquina y esperamos que el semáforo nos dé el paso.

–Bueno, mi dama –dice Lennon–. Ambos sabemos que no vamos a hacer deberes a la cafetería.

–Terminé los míos en la última clase –le confirmo.

–Yo terminé los míos en el trabajo mientras limpiaba las jaulas de los gecos. Sé cómo hacer varias tareas a la vez.

–Somos tan geniales –afirmo, y alzo la mano para que choquemos los puños.

–Los mejores –dice, golpeando mis nudillos con los suyos, y el brazo aún rodeándome los hombros.

Combinar escuela, trabajo y nosotros no ha sido fácil. Ayuda el hecho de que almorzamos juntos todos los días en la escuela. Nos sentamos con Avani y su novio, y a veces, desafortunadamente, con Brett. Le rogó a Lennon que lo perdonara por su responsabilidad en lo que ahora se conoce como la Batalla de las Cataratas Mackenzie, y no nos lo hemos podido sacar de encima. Reagan, por otro lado, se pasó a una escuela privada. Oficialmente, su prioridad ya no son las Olimpiadas, así que no necesita al departamento de atletismo de la escuela. Al parecer, los padres de Reagan la obligaron a cambiarse de escuela después de que se descubrió el lío del campamento.

Me gustaría poder decir que hicimos las paces, pero no ha sucedido aún. Estoy dispuesta a perdonarla, pero ella tiene que hacer su parte. Se acabaron los días de bajar la cabeza.

–Así que, ¿a dónde vamos hoy? –me pregunta Lennon–. ¿Mission y la avenida Western, o Mission y Euclid?

Tenemos cuatro caminos distintos que recorreremos. Uno es la ruta vieja de cuando éramos niños, y otra pasa por el mercado de productores, que está tan

desierto por la noche que es casi romántico. Les sorprendería saber lo que pueden hacer dos personas con mentes perversas sobre fardos de heno. Dos de las rutas van en direcciones opuestas y bordean la bahía, pero mi preferida es una que serpentea por un parque donde podemos subir una colina y mirar la ciudad sentados debajo de un viejo roble. El cielo no está lo suficientemente oscuro como para mirar estrellas, pero nos da la privacidad necesaria para besuquearnos.

Ah, los lugares para besuqueos que hemos descubierto. Tenemos en todas las rutas.

–Hace frío para los caminos de la bahía. Andrómeda se pondrá molesta – observo.

–Podríamos tomar el Boulevard Wick hacia el límite del distrito industrial y cortar camino por las vías del tren hacia la colina.

–Eso suena sospechosamente a una quinta ruta.

–Sí, ¿no?

Para nuestro primer mes de novios, me dibujó un mapa. Incluye todos los momentos importantes de nuestras vidas. El lugar donde nos conocimos. La noche que jugamos póquer con su papá. Nuestra primera pelea. Nuestro primer beso. La catástrofe del baile de bienvenida. La catedral de secuoyas. La noche que le dije *Te amo* en el observatorio.

Un mapa de nosotros dos.

Tiene años, y es desordenado y complicado, y hasta trágico. Pero no cambiaría el camino, porque lo recorrimos juntos, incluso cuando estuvimos separados. Y lo mejor de todo es que está inacabado. La incertidumbre no siempre es mala. A veces puede estar llena de un potencial extraordinario.

–¿Qué hacemos, entonces? –me pregunta, cuando el semáforo cambia–. ¿Ruta vieja o ruta nueva?

–Sorpréndeme –digo.

Me sonrío, y entrelazo mis dedos con los suyos. Ponemos un pie detrás del otro. Cabeza despejada, pasos constantes. Y avanzamos.

ZORIE & LENNON

UN VIAJE DE 1 AÑOS

X INICIO
LA VIAJERA SE COLOCA FRENTE A LA CACERÍA DE ZORIE Y LA TORNAN PARA EL OESTE

COMIENZA EN LA PUERTA, EN SU MISMA PUNTO DE LA CALLE MEDIDA

SE HAYO DESDE DEL
EL MUNDO DEL
DELICIA Y UNA FORMA
DE SER LA QUE SE HAYO

DESCUBRIR

SE HAYO DESDE DEL
EL MUNDO DEL
DELICIA Y UNA FORMA
DE SER LA QUE SE HAYO

MONTE DE
MONTAÑA

MONTE DE
MONTAÑA

CAMPAMENTO
MONTAÑA



ESTACION
TURISTICA

ESTACION
TURISTICA

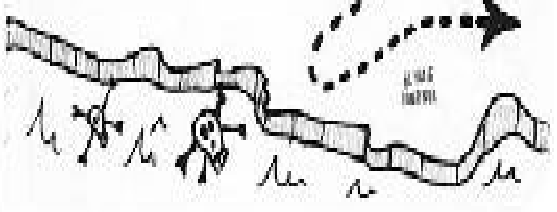


ESTACION
TURISTICA

ESTACION
TURISTICA

ESTACION
TURISTICA

ESTACION
TURISTICA



Reconocimientos y un millón de gracias

Por todo su trabajo:

*Laura Bradford, Taryn Fagerness,
Nicole Ellul, Lucy Rogers, Sarah Creech.
Todo el equipo de Simon Pulse y Simon UK.*

Por su apoyo:

*Karen, Ron, Gregg, Heidi, Hank
Brian, Patsy, Gina, Shane, Seph.*

Por sus comentarios:

Aya Sharif.

Por inspirarme:

*Parques Nacionales Yosemite, Secuoyas y Cañón de los Reyes.
La ciudad de Berkley, California.
Nancy Grace Roman, Neil De Grasse Tyson, Carl Sagan,
Tsugumi Ohba, Takeshi Obata,
Kimerly Saul.*

Por existir:

A todos los bibliotecarios.

A todos los libreros.

Y a ti.



- Título original: *Starry Eyes*
- Dirección editorial: Marcela Luza
- Edición: Melisa Corbetto con Erika Wrede
- Coordinación de diseño: Marianela Acuña
- Diseño de interior: Cecilia Aranda
- Diseño de portada: Sarah Creech
- Fotografías de portada: © 2018 plainpicture/Cavan Images/Nick Roush | (chico junto a la fogata) © 2018 Jill Wachter | (cielo estrellado) © 2018 Thinkstock

© 2018 Jenn Bennett

© 2018 V&R Editoras www.vreditoras.com

Los derechos de traducción fueron gestionados por Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA:

San Martín 969 piso 10
(C1004AAS) Buenos Aires
Tel./Fax: (54-11) 5352-9444
y rotativas

MÉXICO:

Dakota 274, Colonia Nápoles CP
03810, Del. Benito Juárez,
Ciudad de México
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621
01800-543-4995

e-mail:

e-mail:

editorial@vreditoras.com editoras@vergarariba.com.mx

ISBN: 978-987-747-472-5

Bennett, Jenn

Bajo las estrellas / Jenn Bennett. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: María Victoria Boano.

ISBN 978-987-747-472-5

1. Literatura Estadounidense. I. Boano, María Victoria, trad. II. Título.

CDD 810

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a vrya@vreditoras.com
con el título de esta novela en el asunto.

Encuétranos en

 facebook.com/vreditorasya

 twitter.com/vreditorasya

 instagram.com/vreditorasya

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag

[#bajolasestrellas](https://twitter.com/hashtag/bajolasestrellas)



Table of Contents

Parte 1

Mapa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Parte 2

Mapa

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Parte 3

Mapa

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo x

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29
Reconocimientos y un millón de gracias